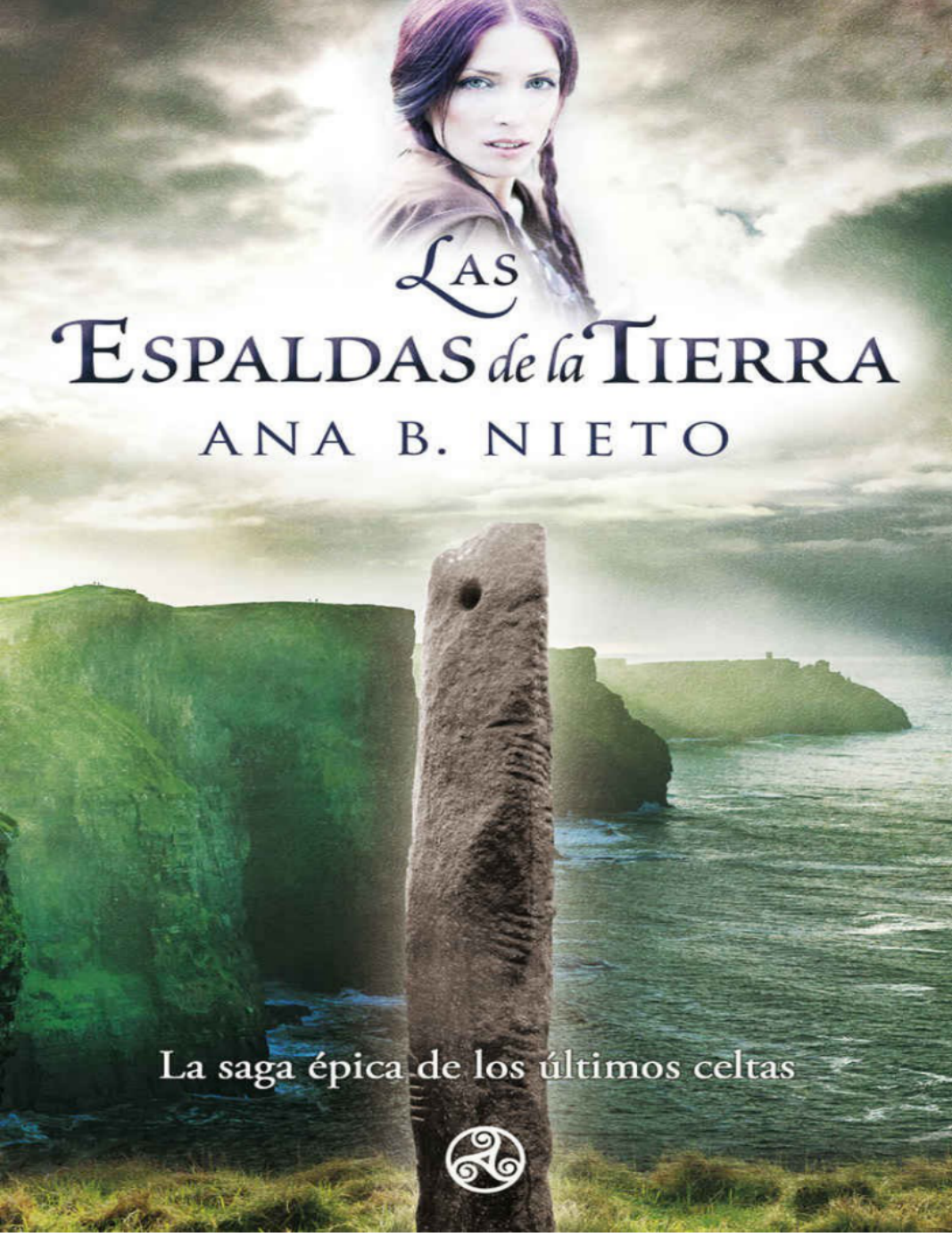
Las
Espaldas de la Tierra
Ana B. Nieto
La saga épica de los últimos celtas

LAS ESPALDAS DE LA TIERRA

Ana B. Nieto

1ª edición: marzo 2021

© Ana B. Nieto, 2021
www.anabnieto.com

ISBN: 979-87-110-8792-2

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

Portadilla
Créditos
Dedicatoria
Agradecimientos
Mapa de Irlanda
Mapa de Britania

Prólogo

Parte I

1. El nacimiento de un reino
2. Cocinando a un rey
3. La misión
4. La maldición de Macha
5. Las mujeres de la tribu
6. En la Roca
7. La virgen del rey
8. El obispo Patricio
9. Luna de sangre
10. La coronación
11. Primera carta: rescate
12. Dos dragones
13. La mordedura
14. Los mellizos sajones
15. Segunda carta: Dies irae
16. Ese lugar es tu cuerpo

Parte II

1. Las runas de tu nombre
2. *En los extremos del mundo*
3. *Imbas forosna*
4. La marca de la Badb
5. Sol de verano, sol de invierno
6. El único tabú
7. El ahorcado

Parte III

1. La penitencia
2. Incendios

3. La confesión
4. Conspiradores
5. La sátira definitiva
6. Las Espaldas de la Tierra
7. La Tierra de los Jóvenes

Apéndices
Apuntes, licencias y aclaraciones
Cronología propuesta
Personajes y calendario
Bibliografía
Sobre la autora

A las dos Esther: mi madre y mi hija, última luz de Eärendil

Agradecimientos

A mi marido Eladio, por su apoyo y generosidad constantes.

A mis padres por todo lo recibido y a mi hermano por acompañarme en todos mis proyectos. A Esther, Marcos y David por entenderme.

A Lucía Luengo, de Ediciones B, sin cuya fe y entusiasmo este proyecto no hubiera sido posible y a Maya,Vanesa y Valentí por ponerme en el buen camino.

A los irlandeses, gentes que me acogieron, me enseñaron y me hicieron partícipe del tesoro que es su cultura. Gracias a todos aquellos que me llevaron de un sitio a otro, me contaron sus historias, me hicieron de guías o me ayudaron en lo académico.

Gracias sobre todo a vosotros, lectores, que me habéis acompañado durante este largo camino con cariño y paciencia.

Como agradecimiento a sus padres, que siempre me acompañan, quiero mencionar a Eladio y María Pascual. Camino Mascuñano. Alex, Fernando y Pablo Nieto. Carlota, Ana y Martina Loira. Miguel y Fernando Herrero. Sara y Paula Macía. Eva y Ágata Otón. Arwen, Aidan y Willow Gladis. Pablo y Martina Monteagudo. Valeria y Asier Antón.

"Toda creación, toda construcción, no puede ser más que obra sobrehumana"

MIRCEA ELÍADE
Herreros y alquimistas

Mapa de Ériu (Irlanda), siglo V

Mapa de Alba (Britania), siglo V

Prólogo

—¡Cuéntanos la historia del caballo negro! —la menor de los cinco niños llegó la última y se hizo un hueco a empujones entre las piernas de sus hermanos. Acercó los pequeños dedos al fuego.

—¡Au! ¡Te has sentado encima de mi mano! —protestó el que la seguía en edad— ¡Mamá, se ha sentado encima de mi mano!

Muñecas, palos, pelotas y piñas se habían abandonado en lo oscuro. Más allá del círculo donde las sombras tomaban forma de caballos y de espadas y los nombres del pasado cobraban vida de nuevo.

—¿Qué historia? ¿De qué habláis? —preguntó la madre con una media sonrisa, aunque los niños no podían verla porque estaba de espaldas, removiendo el guiso con una larga cuchara de madera.

—Pues ya sabes, mamá, la de nuestro antepasado… La de Ciarán mac Bróenán. El que era capaz de correr tan rápido que si pestañeabas te lo perdías…

—¡El que dio la vuelta a Irlanda!

—Decían que corría más rápido que el sol…

—¿De verdad queréis que os la cuente otra vez? ¿Es que no os la sabéis ya de memoria? —la madre terminó de remover y se secó los dedos en el delantal—. Mirad que es una historia muy larga…

Siempre pedían la misma. En todas las fiestas. En todos los cambios de estación.

—Solo corría tanto cuando lo hacía en Cuchillo —dijo la pequeña, de apenas tres años—, que tenía las crines como una tormenta negra…

—Cuéntanoslo, mamá. ¿Cómo eran las pisadas de la Huella Blanca? —dijo la niña tercera— ¿Es verdad que salían las margaritas del barro cuando ella se ponía a caminar? Y cuéntanos cómo cruzó todos los mares del mundo para estar junto a Ciarán.

—¡No! ¡De eso nada! —protestó el cuarto niño—. ¡Sáltate todo eso de los amores y ve directamente a la Batalla del Cisne! Cuando tocaron las trompetas de guerra y el bosque entero retumbaba —el niño ahuecó las manos e imitó el sonido.

—Sí, mamá, cuéntanos quién cortó más cabezas…

—¡Calla! —la hermana pequeña se tapó los oídos.

—No te sientes tan cerca del fuego, que te vas a quemar la falda —la reprendió la madre—. Venga, separaos un poquito.

—Mamá, todo eso ya nos lo sabemos —dijo el mayor—. Venga. Cuéntanos la parte nueva.

Entonces se callaron todos y la miraron expectantes. La madre estaba acomodando los troncos para que el fuego no se apagara. En las cintas de humo que salían de la hoguera podía adivinar los caballos sagrados, las túnicas blancas de los druidas y los sacerdotes, las espumas en las orillas de las playas.

Los cuerpos pálidos de unos amantes, abrazados sobre la tierra, en un bosque antiguo, perdido del tiempo.

—Cuéntanos qué pasó con los hijos del caballo —insistió—. Con Ciar y sus hermanos mellizos, Finn y Niam.

Habían llegado al punto en que las tramas se abrían y alargaban sus dedos hacia territorio desconocido. Habían llegado al borde del acantilado, donde estaba el misterio.

Ahora había un vacío, el vértigo del viaje.

Sus pequeños cuerpos se estremecían de inquietud, de excitación, del miedo a que los héroes no llegaran a su destino, a que no vencieran en la lucha o a que no acabaran en los brazos amados… A que no salieran con vida de allí.

La palabra de la madre era una llave.

De repente podían ser altos y poderosos, llevar espadas, tripular barcos, lucir largas cabelleras coronadas de flores, cabalgar a velocidades mortales, recitar maldiciones e incluso emborracharse. Nada estaba prohibido en la salvaje Irlanda de sus antepasados.

Siempre era la misma historia y, cada año, las crines de Cuchillo eran más largas, la distancia entre los amantes más grande, el mar más tormentoso, los ojos de Ciarán, más brillantes, los pasos de Olwen, más ligeros. Y el báculo de Patricio, más poderoso.

—Dame el pie —pidió la madre al mayor. Tenía los cabellos negros y los ojos azules, como los niños de las baladas irlandesas.

—¿Cómo fue que los tres hijos del caballo cumplieron sus destinos?

—No es difícil. Todo empezó con una pelea, que es como empiezan algunas de las mejores historias…

Parte I

(...)
¿Qué podría haberle dado paz, con una mente
que la nobleza volvió simple como un fuego,
con la belleza de un arco tenso, de una forma
que no es natural en tiempos como estos,
siendo altiva y solitaria y tan severa?
¿Por qué? ¿Qué podría haber hecho, siendo ella quien es?
¿Es que había otra Troya que pudiera quemar?

W.B. Yeats*, No second Troy*

1

El nacimiento de un reino

Llanura de la Espadas, Ériu (Irlanda), otoño del 452 d.C.

Ciar sujetó la cuenta de ámbar que pendía de su cuello con tanta fuerza que se le marcaron los nudillos blancos. Como si así pudiera aferrarse a todo su linaje.

Aquel era el talismán que había heredado de su padre, Ciarán, como si fuera una gran gota de hidromiel soberana: le recordaba su derecho a ser rey. Era lo único que le daba algún sentido a toda aquella locura.

Frente a él tenía a Marcán, al que el asalto nocturno había tomado desprevenido. Se había pertrechado para el combate aprisa, con apenas unos cueros de batalla.

Era de noche y sus armas brillaban ante la hoguera principal del fuerte. Los rasgos se le marcaban con dureza, como tallados a cuchillo. Sabía que luchaba por su vida, además de por su título de rey.

Era el último eslabón de la dinastía enemiga de los Juncos. A Ciar le recordaba demasiado al maldito Coirpre. Sintió cómo el odio renovaba sus fuerzas.

Marcán se lanzó contra él primero.

Ciar interpuso la madera del escudo y aguantó el choque, que intentaba derribarle.

Separó las piernas, clavó los pies en la tierra resbaladiza para no caer. Todo su cuerpo absorbió el golpe, hasta el último músculo, para contener la embestida rival.

Marcán parecía cansado. No esperaba el ataque, había estado celebrando y bebiendo la noche anterior. Sus propios esclavos le habían traicionado desde dentro.

Intentó tomar la delantera, hizo dos tentativas con la espada, pero su voluntad era insuficiente. Parecía torpe y añoso al lado de Ciar, que

resplandecía de vigor y decisión.

El muchacho ya podía anticipar el calor de la victoria en su estómago, como una creciente nube de euforia. Se henchía con cada paso en falso de su rival, que fracasaba con sus lances imprecisos, sus brazos flácidos por el cansancio y sus ataques a la desesperada.

Solo tenía que cansarle un poco más, aguantar sus brutales empujones sin caer.

Marcán no era un hombre cualquiera, sino un rey consagrado y le necesitaba vivo. Le había reservado una muerte ritual, durante sus ceremonias de inauguración. Sería el sacrificio humano perfecto, un buen augurio.

No estaba dispuesto a aceptar menos. Su reino conseguiría fama y los poemas recorrerían la provincia. La Soberanía se agitaba fogosa y seductora ante él, como si fuera una llama. Se echó sobre su enemigo como un caballo desbocado.

Marcán logró bloquearle con el escudo, mientras escabullía su espada traidora y le arañaba el flanco del cuerpo, de arriba abajo, como un zarpazo lobuno.

Ciar se tensó y soportó el dolor, sin respirar, aguantando la posición. Presionó el borde metálico del escudo contra la muñeca de Marcán y la atrapó contra su propio cinturón. Volcó su peso completo, torturándole, hasta que los dedos machacados soltaron el acero.

Arrojó entonces las armas al suelo, ante la sorpresa de su enemigo, y se abalanzó sobre él para descargar a puñetazos toda su ambición y su rabia.

En el suelo, sus ojos desorbitados no veían nada más.

Todas las peleas que había superado en el pasado, con su banda guerrera, le parecían destinadas a aquel punto de locura bélica. El vapor de batalla en su cabeza era tan denso que le nublaba.

Aquel era el culmen de la vía del guerrero. Cuando por fin su mano se cerraba sobre la Llanura de las Espadas y la hacía suya.

De un último puñetazo en el rostro dejó inconsciente a Marcán y solo entonces se calmó su sed terrible.

Respiró trabajosamente, jadeando, intentando recuperar su lugar en el mundo, cuyos límites se habían deformado.

Todo tenía una consistencia extraña. La segunda voz de Macha, la de la guerra, se fue apagando poco a poco en su cabeza.

Frotó las manos, llenas de sangre, sobre la tierra que ahora era suya.

El trabajo por fin estaba hecho.

Áine se mantuvo erguida mientras la última trenza iba a rematar su peinado, después de toda una noche de insomnio y de silencio

innegociable.

La futura reina no había podido asistir a Ciar en la batalla, ni con las armas ni con las heridas. Ni trompetas ni invocaciones de los druidas ni buenos augurios esta vez.

Se había hecho todo con nocturnidad. Una masacre secreta.

Ciar había acudido varios días antes a sublevar a los esclavos, antiguos miembros de la tribu Barr, para que ser rebelaran contra sus amos. Ellos habían reconocido a Ciar como legítimo descendiente de sus reyes del pasado, su único soberano posible. Les había empujado a la traición.

Áine no había tenido más remedio que esperar en el campamento de los *fíanna*, las bandas guerreras donde Ciar se había formado. Se habían refugiado allí desde que empezara su destierro voluntario, tras la batalla del Cisne. Noches y noches de dormir en tiendas, de fuegos a la intemperie, de incertidumbre y desposesión. Les habían dejado sin territorio ni casa alguna ni ganado y no estaban dispuestos a conformarse. Ellos mismos se habían encontrado un nuevo hogar, con un nuevo reino, aunque tuvieran que robarlo. Aquel asalto desesperado era su única oportunidad.

Úna, la esposa de Áedán, formaba parte del escaso grupo que había jurado seguirles hasta el final de la vida y el tiempo, de ser necesario. Llevaba la noche entera compartiendo su desvelo, relatando historias para que no pensara. Inventando rituales para transformarla en la reina que pronto sería.

Había recorrido con cuidado cada mechón de su cabellera rubia. Por cada tirón de su peine de hueso, un suspiro de alivio a su tensión. Por cada trenza rematada se acercaba un poco más el alba.

Cuando Áine se puso de pie para que ceñirse el vestido rojo de las reinas, estaba rígida como una lanza. Úna le aflojó las cintas de los laterales para que no le apretaran el vientre, que ya estaba en el último tramo de embarazo. La acarició con mimo, abarcando sus curvas pronunciadas, presionando con cuidado al niño dentro de ella para darle calma.

La reina, sin embargo, ardía por dentro con todos los fuegos de Bel.

En momentos como aquellos hubiera deseado ser una sola carne con Ciar. Recibir el dolor de sus heridas, cargar con su abatimiento, ser capaz de infundirle el coraje y las iras necesarias. Deseaba gritar, destruir parte de la choza con sus manos, arrancarle a pedazos el musgo aislante que la protegía del frío, pero contuvo dentro de sí misma las fuerzas que querían poseerla, que no eran otras que las fuerzas del paisaje.

El alba asomó, por fin, a través del cuero. La luz era como el filo de un cuchillo y Áine se apartó brusca de su doncella, tiró del cuero de la tienda y salió al frío cortante del mundo, a sus silencios, para

averiguar si el destino le deparaba triunfo o desolación.

Los druidas no habían hecho falta en absoluto. Se bastaban ella y Ciar, con su sangre refulgente, para dar forma al territorio y poner los nuevos nombres sobre él. Las hogueras de madrugada elevaban sus cintas de humo hasta los cielos.

Al salir se encontró frente a frente con Creidne, la maestra de armas de Ciar y reina de las bandas. Ella era la única que les había dado asilo en el bosque, entre sus *fíanna*, cuando se habían quedado sin nada. Su capa de plumas de cuervo ocultaba el hueco de su brazo izquierdo, amputado hasta el hombro. Llevaba la cara pintada de blanco y las líneas de los ojos negras, como correspondía a una noche de muerte como aquella.

Creidne se ganaba el respeto y la autoridad de sus hombres vistiéndose con los atributos de la diosa negra Morrígan.

—Los mensajeros traen buenas noticias. Ciar ha triunfado y te espera en la frontera del Fial. Ahora te toca a ti cumplir.

Le señaló el vientre colmado, pues para ella se acercaba otra batalla muy distinta, pero igual de peligrosa.

La tensión entre ambas mujeres se hizo evidente. Creidne no solo había sido la maestra de Ciar en el camino del guerrero, sino que había sido su amante durante años y tenían un vínculo indisoluble. Le había preparado de todas las maneras posibles para ser rey.

—*Ní hansae*… —dijo. “No es difícil”.

Creidne le sonrió de medio lado. ¿Qué sabría la muchacha acerca de nada? No había estado nunca en riesgo de muerte. No como ella, que lo había hecho como mujer, en sus partos, y como hombre, en la batalla.

—*Ní·fríth ní·fuigébthar brithem bas fíriu cathroí* —“Nunca se ha encontrado un juez más verdadero que el campo de batalla. Y nunca lo habrá”. Que sea lo que tenga que ser.

Áine asintió severa, ante aquella mujer atroz. “Si debes vivir, lo harás”. Le dio la espalda y se puso en camino, como el viento.

Cuando llegó al río la madrugada revelaba con nitidez los contornos del mundo. La luz azul daba a las aguas una pátina espectral y las rocas negras parecían cuerpos desplomados, exhaustos tras la noche batallando.

Sentado sobre una de ellas estaba Conmáel, el protector del oeste de Ciar, el perro de presa. Inexpresivo y salvaje, como siempre, y sin heridas visibles. Apenas arañazos marcaban su torso y su espalda de guerrero, por debajo de su pelo enmarañado y rojizo. A Áine le maravillaba constatar su carácter casi invulnerable, dado que luchaba semidesnudo y sin traje de batalla. Un tributo a sus antepasados que

podía costarle la vida.

Ciar, sumergido en el agua hasta las rodillas, estaba herido.

La sangre le caía como un reguero negro por el costado. La mente de Áine se llenó de sombras, pero no se dejó conmover. Avanzó con paso firme.

El muchacho, aún de espaldas, advirtió su presencia como un cambio en el paisaje: el río pareció fluir más rápido y el viento se hizo más penetrante. El color verde de la hierba pareció encenderse al fin, bajo el empuje del amanecer. Un olor intenso, a tierra profunda y húmeda. Un susurro como el crepitar de un fuego.

Siempre había tenido esa sensación, la de que Áine transformaba la naturaleza a su alrededor. Tal era el efecto que ella despertaba cuando estaba presente. Al intuirla, se giró despacio y le dedicó su mayor sonrisa de júbilo y orgullo. Los ojos azules le centelleaba.

Áine llegó hasta él a grandes pasos, con todo el ímpetu de sus diecisiete años, avanzando con dificultad en el agua, debido al embarazo. No le importó que el vestido bermejo se le empapara y que su peso lastrara su avance. Le echó los brazos al cuello y él la abrazó con todas sus fuerzas.

La frente de uno descansó, por fin, en la del otro. Como dos asas de metal que equilibran un caldero de abundancia.

—Tienes la voluntad de un mar abrupto —susurró ella—. Todo lo arrasas. Todo lo conquistas…

—Este reino lo he ganado para ti —dijo él, enamorado—. Pondré tu nombre en todas las cosas. Arañaré los árboles y marcaré las piedras con tus letras *ogam*. Tú serás dueña del mundo entero, Échtach…

La Llanura de las Espadas era, por fin, de ambos. La tierra para cavar y plantar su mutuo sueño de poder.

Ahora solo había que cantarlo.

—Quiero que empecéis a componer inmediatamente.

Ciar había llamado a la casa de reunión a todos los druidas, poetas y artistas de la tribu derrotada. Había dado instrucciones para que se respetara a todo aquel que vistiera la túnica blanca o que portara las ramas de cascabeles propias de la orden, los instrumentos musicales, los martillos o los cinceles… Al destierro le habían seguido sus fieles bandas de guerreros, pero una tribu no podía levantarse con lanzas. No podían vivir para siempre de la rapiña y el pillaje. Si quería fundar algo sólido, un pueblo propio, necesitaba a los sabios de su parte.

—No quiero retener aquí a nadie, hablando pestes de mí. Sois libres de abandonar la Llanura y marchar al Oeste, a las tierras de vuestros antepasados. Podéis decir en los Juncos que soy un rey generoso y que os dejé marchar.

La sala de reunión se llenó de murmullos de sorpresa. Muchos habían creído que su ejecución solo se había pospuesto… y ahora les dejaban marchar, sin condiciones.

—¡Sin embargo…! —llamó su atención— Si decidís quedaros y cambiar vuestro juramento yo os cubriré de oro. Más riqueza que nadie de vuestra clase. Os juro que no viviréis peor que yo mismo.

Los druidas se miraron entre sí, preguntando en silencio a los *ollam*, que eran los ancianos de mayor grado.

—No toleraré una palabra en mi contra —les advirtió Ciar, al ver sus dudas—. Aún podéis huir como perros a las faldas de los Juncos…

El sabio de mayor edad clavó con firmeza la vara en el suelo y se adelantó unos pasos, arrastrando sus sandalias de piel de ternero. Los siete cascabeles dorados de su rango se agitaron, llenando la sala del inquietante sonido antes de las predicciones. La lana blanca de sus ropas olía a humo y a carne, de los sacrificios de batalla que habían sido inútiles.

Se concedió el momento de suspenso que era su privilegio, un silencio marcado. Su particular desquite frente a la insolencia y el fragor del metal que Ciar había traído, como una tormenta, a la Llanura. No era más que un crío de dieciocho años el que se sentaba en la silla real, apenas un recién salido de chozas intermedias… Sin embargo, en los ojos acuosos del druida no había lágrimas ni preocupación en sus arrugas. Los dioses estaban por encima de las dinastías, de los nombres de los reyes y las tribus. La diosa de la Soberanía había hablado, alto y claro. Había escogido a su nuevo esposo en la batalla. Aquel era el hombre elegido para compartir su lecho divino. Eso era todo.

—Yo me quedaré en la Llanura de las Espadas —anunció el sabio, firme.

Después de esto, los druidas asintieron de forma unánime. Sabían que la corte del Oeste mantenía a sus propios sabios y consejeros y que no tendría más que migajas para ellos. Si se quedaban, en cambio, tenían una oportunidad de prosperar y conservar su ganado.

El *ollam* se acercó hasta Ciar y esperó frente a él.

—¿No me ofrecerás un asiento a tu diestra? —le preguntó.

El joven rey le miró un instante, con el mentón alzado.

—Deja que me siente y así podrás postrarte ante mí… —sugirió el anciano.

Faltaba cumplir el ritual. En el gesto tradicional de respeto, Ciar se arrodillaría, abarcaría las piernas del druida supremo, y apoyaría la cabeza sobre su regazo.

Pero en aquel rostro anciano, Ciar solo podía ver el lastre de una generación marchita. Como sus familiares, que se habían quedado en la Llanura del Cisne, humillados, aceptando acuerdos, cambiando los

nombres, agachando la cabeza para evitar el exterminio. Él había preferido el destierro mil veces. Hombres del pasado. No era eso lo que quería.

—Yo mismo escogeré a mi druida de confianza, cuando llegue el momento.

Ante el estupor de toda la casta, el *ollam* mayor agachó levemente la cabeza y se retiró dignamente, los pasos despacio hacia atrás, hasta alinearse con los demás túnicas blancas.

Ciar sonrió satisfecho y miró a Áine, que estaba sentada junto a él, en una silla menor, ligeramente adelantada. Ella le devolvió la sonrisa.

Lo primero que había hecho era grabar con su propio cuchillo, en *ogam*, el nombre de ella en el poste central de la casa de reunión. "Como en aquellas ramas que te dejaba, cuando todavía no estábamos casados. Las que tú colocabas, como un pájaro, trenzadas con el mimbre de tu cama". "Perteneciente a Áine, hija de Diarmait". Había cumplido su promesa con creces. Le había conseguido un reino entero.

También se había ocupado de recompensar bien a sus guerreros, jóvenes de su generación, que habían abandonado a sus padres en busca de fortuna. Les había entregado las tierras y los fuertes de piedra de los nobles derrotados y suficientes vacas para prestar.

Todo en la Llanura de las Espadas había cambiado de un día para otro: los amos habían pasado a ser esclavos y los esclavos campaban ahora como hombres libres.

De los restos de la antigua tribu Barr había nacido la Gente de Ciar.

Montañas de los Juncos, Iarmumu

—Déjala por aquí. Y ve a quitarte ese horrible olor.

El mensajero se adelantó, tembloroso y avergonzado, intentando separar el ominoso saco de arpillera que hedía y chorreaba. Había dejado sus ropas completamente inservibles para presentarse en una corte como la del Oeste.

Se sentía sucio del sudor de la cabalgada y el polvo del camino, pero todavía más del reguero que la sangre negra había dejado en su pantalón. Depositó la bolsa con mucho cuidado en el suelo alfombrado de pajas. Todavía temía que, en cualquier momento, pudiera salírsele la materia orgánica que contenía la cabeza.

El charco empezó a formarse casi de inmediato a los pies de Dauí de los Juncos, el jovencísimo soberano del Oeste.

—Retírate.

El mensajero así lo hizo, aliviado de haber cumplido con tan delicada misión, sin haber perdido el trofeo ni haberlo echado a

perder con los golpes del galope. Inclinó la cabeza y se dirigió a la puerta. Iría directo al baño caliente. Y a la cerveza tibia, eso también. A los guantes de cabritilla les prendería fuego.

Dauí apenas movió un músculo de su cuerpo. Dirigió su mirada hacia abajo, sin inclinar el cuello. No pensaba tocar la bolsa de ninguna manera. Habría que renovar las pajas del suelo entero, el rastro de sangre llegaba hasta la puerta. ¿Cuánto tardaría la tierra de debajo en quitarse un olor tan nauseabundo? Seguía esperando a que su tío abuelo, Coirpre el Picto, dijera algo.

Estaba algo más atrás, a su vera, en la sombra. Desde allí observaba y ejercía de consejero. En la intimidad simplemente le decía a Dauí lo que tenía que hacer.

El Picto tuvo que apoyarse para levantarse del banco. Estaba muy viejo, pero aún tenía intacto el odio y la responsabilidad de proteger a la dinastía, como una madre loba que ampara a sus cachorros. Al moverse se agitaron con él los tatuajes que se había hecho durante todo su reinado en tierras pictas, al otro lado del mar. Una existencia dura la de colonias, un aprendizaje que se leía en todos los dibujos de su piel.

Se acercó hasta la silla real y apoyó la mano sobre la tela que colgaba por encima: tenía una pintura de la sanguinaria diosa Badb. Miró un momento su rostro terrible, de boca roja, simulando sangre. Era una diosa que se transformaba en cuervo y en lobo para descarnar los cuerpos y se llevaba las amputaciones como botín. La que lucha en la batalla. Aunque esta la habían perdido.

—La culpa fue de Marcán, que no hizo bien el trabajo.

—Creo que le sorprendieron —le disculpó el joven Dauí—. Fue un asalto, más que una batalla. Le traicionaron…

—Estaba perdido desde hacía años. Cuando tus propios esclavos se te rebelan es porque el trabajo anterior está mal hecho. Cuando se destruye a una tribu y se la esclaviza es necesario hacer más que poner cadenas en sus manos.

Sacó la cabeza de la bolsa, que apestaba a vísceras, pero también a resina de cedro. Habían tenido el detalle de embalsamarla. Ciar le estaba enviando un regalo, una especie de ofrenda de paz nacida de la guerra. En la cabeza de Marcán residía su persona. Podría haberla quemado, pero la había devuelto a la familia.

—Cuando se esclaviza a una tribu hay que destruir algo que no se ve. Separando a sus miembros, evitando que se reúnan alrededor del fuego.

—¿La cercanía?

Ciar quería la paz, eso estaba claro. Quería levantar tranquilo su propio reino, sin preocupaciones. Por eso había enviado la cabeza. Para que le dejaran en paz.

—Las historias —Coirpre volvió a meter la cabeza en la bolsa y se la llevó para enterrarla con las armas familiares. No tenía prisa en darle una respuesta a Ciar. Podían esperar—. Las historias del pueblo. Eso hay que destruir.

2

Cocinando a un rey

Estaban en plena audiencia, pero Áine solo podía mirar fijamente a Ciar con los ojos anegados de deseo. Recordando lo hermoso que estaba en el trance del amor, con toda la sangre desbocada bombeando a través de su cuerpo, enrojeciendo su piel blanca como si fuera un dios furioso.

Le daba la impresión de que en el acto sexual se transformaba, se volvía más puro y más salvaje, más cercano a la divinidad. Cuando estaban juntos podían serlo todo, beber el agua de la creación como de un pozo subterráneo. Ciar la había abarcado con sus manos y se la había ofrecido y así es como había llenado su vientre con el niño que estaba ya a las puertas.

Estaban trayendo la Piedra negra de la diosa Macha, un bloque fálico de caliza que Ciar ordenaría decorar con espirales en los próximos meses. Quería un símbolo claro de la prosperidad que llegaría a la tribu con su reinado. Algo que todos pudieran ver y admirar.

Áine se dio la vuelta en la silla, de manera que solo Ciar podía ver su expresión suplicante y el movimiento de su boca. “Vámonos de aquí”. “Llévame a la cama”. Se mordió los labios, hizo un anillo con los dedos de una mano y, con los de la otra, hizo el gesto obsceno de meter y sacar.

Ciar retiró la vista, con divertida vergüenza. Era imposible que nadie más consiguiera de él semejante reacción. Estaban allí reunidos todos los principales del reino: guerreros, sabios y artesanos. No podía ser más inapropiado. Con un solo gesto ella le había desconcentrado por completo y lo cierto es que aquella reunión era importante. Muy importante.

Audaz, salvaje, excesiva. Échtach, la potente. Ciar no sabía de dónde sacaba tanto fuego, cuando apenas le quedaba un ciclo lunar para parir.

Podría haber parado la asamblea, vaya que sí. Ahora era el rey. Podía hacer lo que le viniera en gana. Se sintió tentado de dejar en pie a toda la corte, esperando, solo para unirse a ella. Para demostrar que podía hacerlo. ¿No detenía las batallas la reina Medb para estar con sus amantes? Bien podía él suspender una simple reunión. Tenía dieciocho años y ella solo diecisiete. Estaban constantemente enredados, en público y en privado.

Sonriendo, y con una fingida expresión de lástima, negó con la cabeza y puso su mano sobre el vientre de ella. "Todavía no".

—¿Qué me traéis vosotros? —preguntó a los poetas.

—Necesitarás de un ancestro conocido —dijo uno de los mayores, con un gesto amplio del brazo, mostrando su túnica vistosa de cuadros azules—. Habrá que mencionarte en sus historias, cuando cantemos por toda la provincia. Que se llame como tú, para que la Gente de Ciar sea a la vez la suya y la tuya…

Era la estrategia habitual de las dinastías: pagar la composición de un ciclo poético, repleto de hazañas épicas, que diera prestigio en cortes propias y ajenas. Hablar del ancestro mítico. Tenían que repetir hasta la saciedad que Ciar era el esposo legítimo de la tierra, por derechos que se perdían en el tiempo, y que solo había recuperado lo que ya era suyo.

—¿Habéis pensado en alguien en concreto?

Los poetas habían repasado ya a todos los Ciar que conocían en las genealogías de los reyes, sin conseguir dar con el adecuado. Se habían dejado los sesos la noche anterior, alrededor de la hoguera, hasta que muchos cayeron rendidos de sueño.

—Hay varias opciones… —dijo el *ollam* mayor—. Varios reyes de tribus menores que podrían servir…

—¡No me interesan las tribus menores! —le interrumpió Ciar, ofendido.

—¡Yo sé quién debe ser tu ancestro fundador!

El muchacho estaba en un aparte, separado del grupo de sabios. Dio el paso al frente que le separaría ya del resto de su clase y que lamentaría años después, bajo tortura.

Era un druida mucho más joven que el resto, apenas veinteañero, que llevaba una rama larga de cascabeles plateados. Los propios de un *ánruth*, que ni siquiera ha completado sus estudios.

Los *ollam* le miraron con recelo. ¿Quién le había dado permiso para hablar?

—Me llamo Irél mac Dáire. Y tu ancestro debe ser el hijo de Fergus mac Roich y de la gran reina Medb.

Ciar se inclinó un poco hacia delante, interesado. Ciertamente, Medb era desmesurada y terrible. Conocía bien su leyenda, según la cual podía correr tan rápido como un caballo. Una reina guerrera, *la*

que intoxica. Como Áine.

—Muy poco se sabe sobre ese Ciar —intervino el *ollam* mayor—. No se sabe si llegó a ser rey. Además, es familia gris. Hijo de dos amantes sin contrato…

—Por eso precisamente —se defendió Irél—. El que no sea conocido nos favorece. ¡Es una oportunidad!

—Háblame del padre —pidió Ciar.

—Fergus es el hombre con mayor potencia sexual de nuestro acervo —Irél adoptó la actitud de un cuentacuentos. Había observado bien a Ciar y a Áine. Sabía lo que querían oír—. Su nombre significa Viril, hijo del Gran Caballo. Es un guerrero-semental. Dicen las sagas que tenía un miembro del tamaño de siete puños y un escroto tan grande como un celemín. Que siete mujeres eran necesarias para satisfacerle. Y que solo era superado por Medb —miró a Áine, con toda la intención—, que en una noche podía necesitar hasta treinta y dos hombres.

Ciar enarcó las cejas, impresionado. La fertilidad excesiva era casi una obligación para un gobernante. Una prueba tangible del favor de los dioses.

—¡Bueno, creo que eso servirá! —se rió— Quiero que el ciclo esté listo para cuando hagamos el circuito real. Pagaré con las mejores vacas a quienes hagan un buen trabajo. Y ahora, ¡que empiece la música! ¡No quiero que haya silencio en esta corte nunca!

Todo el mundo, a lo largo y ancho de la isla, tenía que enterarse de que aquella no era una tierra de espada, a merced de cualquier conquistador, sino que tenía dos dueños, que eran Áine y él. Había que cantarlo a los cuatro vientos hasta que lograran hacer las alianzas y pasara a ser verdad.

—Prepara a los guerreros para los robos de ganado —susurró a Conmáel, el perro de presa—. Necesitaremos de muchas cabezas para pagar todo esto.

"Y de muchas lanzas mirando a los Juncos", pensó el guerrero, pasándose la mano con preocupación por la cabeza pelirroja. Era él quien le guardaba el Oeste. Estaba siempre con la mirada puesta allí.

Habían ganado el territorio amparados por la noche y la traición, en apenas una escaramuza nocturna. Ahora venía lo difícil: mantenerlo.

—¿Seguro que estás preparado?

Áedán, el joven herrero, le puso a Ciar el brazalete de oro con forma de soga, que había forjado para él. Justo por encima del tatuaje que aún estaba cicatrizando, con la cabeza orgullosa de un caballo. Afuera, la música atronadora de los cuernos de bronce. Oscilando en

tono y volumen, como animales lamentándose de necesidad.

Ciar había pasado varios días junto a sus guerreros, robando ganado y durmiendo sobre la tierra, en los bosques. Irél, su nuevo druida, había recitado la genealogía recién forjada, le había dado la vara de mando y le había proclamado rey. Había ligado el nombre al título, de forma indivisible y casi mágica, por el poder de la palabra. Solo faltaba el ritual: dar un carácter sagrado a lo que los hombres ya habían hecho oficial.

—Necesitarás de todas tus fuerzas… —insistió el herrero.

—He estado preparándome para esto durante toda mi vida.

—Dicen que es… —musitó Áedán— como ser quemado vivo. Solo que desde dentro.

Áine, la joven reina, levantó la vista, alarmada. Los muchachos seguramente se contaban esas cosas en privado, pero era la primera vez que ella escuchaba algo así.

—Estás asustando a mi mujer. Si fuera tan terrible no estaría todo el mundo dejándose la piel en ello…

—No estoy asustada —dijo Áine—. Sé que tu puedes con esto. Eres la mejor materia de rey de la isla.

Le sujetó del torques y le atrajo para besar su boca. Aquel sería su último día como un simple hombre. El último día en que le tendría para ella sola.

—¿Quién te preparará la bebida? —les interrumpió Áedán. No acababa de acostumbrarse a sus arranques pasionales y aquello era muy serio.

—Irél… —dijo Ciar, separándose del beso.

Áedán se estremeció. Los bebedizos de los rituales tenían fama de venenosos e Irél era inexperto.

—Que los sabios le supervisen…

—Confío en él como si fuera mi mano.

“Demasiada confianza”, pensó Áedán. Había querido dejar claro que Irél sería su consejero y que le daría todo el poder a los muchachos de su generación. Que deseaba una tribu regenerada y vital, a su medida… “Las espinas más jóvenes son las más afiladas”, decía el refrán. Pero dar de lado a los ancianos podía ser muy peligroso. Un solo tabú real le habían impuesto entre todos: que no montara nunca sobre un caballo blanco.

Ciar salió de la tienda y se expuso ante todos en la noche, tan solo con las joyas doradas del tesoro real. El futuro rey tenía que mostrarse desnudo en público para que todos pudieran comprobar su plenitud física, un requisito del matrimonio sagrado. El pretendiente debía conservar todas las partes de su cuerpo.

Habían untado su piel con la grasa de un semental negro, lo que la oscurecía y le daba un lustre especial a la luz de las antorchas. Olía

intensamente a caballo.

Los principales del reino estaban allí reunidos. Toda la nobleza, los guerreros y las gentes de arte. Los músicos soplaron más fuerte en sus trompas curvas, de más de dos metros de largo, tan grandes que había que apoyar su campana en el suelo por el peso. Resonaron en quince notas distintas a través de las placas metálicas y los más de mil clavos que había en cada una.

Creidne, la reina de las bandas, también había venido. Disfrazada de Morrígan, con su capa de plumas de cuervo bien engrasadas y resplandecientes a la luz del fuego. Los cañones se movían cuando caminaba, como si en cualquier momento pudiera echar a volar. Llevaba la melena negra, ondulada sobre su torques grueso de guerrera, que era de oro vaciado y retorcido. Sonrió a Ciar con un orgullo que era a la vez de madre y de amante. Había luchado tanto por aquello… Había visto en él la chispa de la grandeza desde el mismo momento en que se presentó en su corte, cuando todavía era un crío que solo tenía sus ambiciones. Y ahora, por fin, estaba ocupando el lugar para el que había nacido.

Ciar avanzó con paso firme hasta la losa de las inauguraciones. Pisó sobre ella, en la misma hendidura que todos los anteriores esposos de la Llanura de las Espadas. Observando satisfecho cómo los contornos de su pie se adaptaban perfectamente a la huella ancestral.

Ahora era uno más de ellos. Le recorría el cuerpo una sensación de rayo solo de pensarlo. Áine le tendió la copa con el misterioso licor.

El líquido tenía el color y el perfume de la hidromiel de los reyes, pero había algo más, de eso Ciar estaba seguro. Podía verlo en la superficie, como un polvo brillante que se agitaba. Un elemento transformador.

La reina se retiró a un segundo plano para no molestar a la diosa territorial, a la que estaba ofreciendo su hombre. La prosperidad de la tribu dependía por completo de su aceptación como consorte divino. En su cuerpo nacería y viviría otro ser, pero ya no sería Ciar.

Él acercó el alcohol a sus labios y pudo anticipar enseguida el calor. Había sentido su tibieza desde las manos. Sería como beber un trago de fuego, que pasaría por su garganta y su estómago y echaría raíces en su cintura. Cerró los ojos y permitió que entrara.

Aquello, lo que quiera que fuese, era increíblemente rápido. Lo sentía como un caballo en llamas galopando bajo la piel, recorriéndole el cuerpo en todas direcciones, llenándole completamente. Poseyéndole. Golpeó su mente un instante y le hizo levantar el rostro hacia el cielo, las venas del cuello hinchadas. Ardía.

Áedán tragó saliva. El rostro y el cuello de Ciar habían enrojecido. La bebida solo debía matarle lo suficiente como para que la parte divina encontrara espacio para encarnarse. El hombre tenía que hacer

sitio al rey dentro de sí mismo. Pero cualquier exceso en la dosis podía ser letal.

Ciar no se movía, pero su tensión era máxima. Se le había endurecido cada parte de su cuerpo, rígido, como de piedra. Áedán podía intuir su lucha contra aquel líquido vivo y la carne en fuga, buscando desesperada la resurrección pagana.

Todos guardaron silencio, pero los tambores seguían sin misericordia y los cuernos de toro se lamentaban en largos gemidos, graves y agudos.

Finalmente, Ciar abrió los ojos y respiró profundo, sintiéndose como un hombre-caballo con un pecho más voluminoso, una bestia que necesitara de mucho más aire en sus pulmones. Bajó la barbilla, procurando enfocar. Aquello se parecía demasiado al frenesí guerrero, el que hacía hervir la cabeza de sus dueños.

Había conseguido asimilar la bebida en su cuerpo y ahora se encontraba por completo bajo sus efectos. Seguro y poderoso, relajado y dispuesto, rezumaba deseo por todos sus poros. Se sentía dueño de una potencia inagotable y pensó que aquella sola noche sería capaz de satisfacer a todas y cada una de las mujeres del *túath*.

Trajeron a la yegua, conducida por un gran aro de oro retorcido que llevaba al cuello, como un yugo. A Ciar le pareció el animal más perfecto que había visto nunca. Los druidas la habían purificado con agua y con fuego desde hace días, a base de bañarla en los ríos sagrados y de darle vueltas entre las piras.

La diosa y él necesitaban de sus disfraces animales para encontrarse. No había otra manera. Aquella yegua era la Llanura de las Espadas, la tribu hecha carne y sangre y huesos primordiales ante él.

Las palabras de Irél le llegaron como a través de un muro de agua.

—Que en el mundo celestial seáis ambos cumplidamente cubiertos.

Se acopló con ella con la misma entrega con la que siempre había deseado el poder. Ella era diosa y yegua y él era caballo y hombre. No podían estar más cerca el uno del otro. Sus esencias se confundieron y se asimilaron por un instante. La tercera voz de Macha, la del poder, se volcó en sus oídos cuando se derramó y la marca de la realeza se imprimió a fuego en él.

Se separaron violentamente y la voz se desvaneció.

Ciar abrió los ojos, aún aturdido por aquel rito bestial. Le parecía que estaba solo en la noche. Que no había nadie más.

Parte de las antorchas habían sido apagadas. El animal delante de él, embrutecido y pálido, ya no era más que un símbolo marchito, que había cumplido su propósito y que ya no servía. Era un recipiente muerto. La diosa ya no estaba allí.

El joven rey sintió cómo las fuerzas le abandonaban, en el momento

en que Irél acercó al animal al borde de la tina de baño y le rajó el cuello para que toda su sangre cayera oscura en su interior. Clareó al mezclarse con el agua del Fial.

—No mueres de esto. De hecho, no habrá daño alguno. Irás con los dioses por caminos despejados.

Áedán corrió a sujetar el brazo de Ciar y se lo pasó por encima del hombro. El muchacho necesitaba un descanso, tras la intensidad del trance. Pronto la yegua entera estaría hecha pedazos, cocinada en la tina. Él debía entrar en el baño con ella, una vez que ya no hirviera.

Y de aquella carne y sangre del sacrificio debía obtener su único banquete.

Ciar reservó el final de la noche para los brazos de Creidne porque era mucho lo que le debía. Si había llegado hasta allí, había sido de su mano. Se habían apartado de la celebración y habían tendido sus mantos sobre el suelo, junto a uno de los fuegos.

La maestra acarició el rostro de Ciar con ternura, con la única mano que le quedaba, que era la de la lanza. Tenía su cabeza apoyada en el regazo.

—Tú siempre fuiste esto, Ciar. Yo tuve que hacer muy poco.

Él estaba agotado, pero satisfecho. Todo el mundo se había ya retirado y la explanada estaba en silencio. Solo habían quedado ellos dos, bebiendo con prudencia para poder seguir la conversación, que ahora se desarrollaba entre iguales. De reina a rey y viceversa.

Ciar recordaba cómo ella le había impresionado desde su primer encuentro, sentada en su silla de reina guerrera, rodeada de sus armas y luciendo su capa de plumas de cuervo, que le disimulaba la amputación del brazo izquierdo. Aquel brazo que le había cortado su propio padre en batalla, antes de que ella le otorgara el don irreparable de la muerte.

Desde su llegada a la banda, aquella mujer madura había sido confidente de todas sus ambiciones. Con respecto a Áine, la conquista, la Soberanía…

—Me alegro de que pudieras venir a verme.

Era una madre adoptiva. Al otro lado del mar estaba Aífe, su verdadera madre, a quien hacía años que no veía, aunque la recordaba y quería con ferocidad. Pero había tenido que dejarla para cumplir sus sueños de grandeza. Había tenido que ir allí donde el poder estaba disponible. Si se hubiera quedado en casa habría sido siempre un ganadero con ínfulas, las migajas de una dinastía destronada. Su destino estaba en Irlanda, adonde había acudido a recuperar su lugar y a enderezar las líneas del destino.

Creidne tenía algunas cosas en común con Aífe: la melena negra, el

orgullo que a veces la mantenía distante, la sangre guerrera…

—No me costó venir. Las Montañas de los Juncos no están lejos de tus tierras. Fue solo una cabalgada —se puso a trenzarle un mechón de cabello oscuro. A Ciar le sorprendió la habilidad extrema de sus dedos, que habían aprendido a hacerlo con una sola mano—. Y ahora que tienes mujer y tribu y que estás esperando un hijo, ¿dónde vas a poner tus ambiciones?

"Esta es mi última lección, Ciar. Mi último regalo", le había dicho ella durante su último encuentro, como amantes. "No te confíes. Cuando pienses que ya está todo hecho y estés disfrutando de tu gloria, la Soberanía puede abandonarte de súbito. Cambiarte por otro pretendiente. Siempre debe quedarte algo por conquistar. Algo que te mantenga alerta. El día en que lo tengas todo estarás muerto".

—No he olvidado lo que me enseñaste, Creidne, ni por un momento, pero estoy muy lejos de hastiarme de victoria.

—Eres muy joven. Así es como debe de ser.

—¿Y tú? ¿Qué es lo que quieres? ¿Te queda todavía algún deseo?

Ella sonrió. Arrancó una pluma del final de su capa córvida, junto con el hilo negro, y comenzó a atársela a Ciar en la trenza.

—Quiero seguir viendo cómo mis guerreros, mis hijos de acogida, se transforman en hombres como tú. El resto de mis deseos son ya imposibles de cumplir.

Guardó silencio un instante y su rostro adquirió una gravedad extrema.

—Ojalá no hubiera matado a mi padre en batalla —confesó—. Desearía poder devolverle a la vida.

Ciar asintió, con respeto. Besó la mano solitaria de ella, que había terminado de peinarle. En el fondo había resultado vulnerable: una mujer corriente, con sus remordimientos y sus cuentas pendientes.

—Lamento no haber estado a su lado en su vejez —sentenció ella.

—Creidne —susurró Ciar—, tuvo lo que se merecía… Después de lo que te hizo… Después de violarte durante tantos años…

—Ahí te equivocas por completo. No tuvo lo que se merecía —se incorporó a medias y se apartó los cabellos del rostro, tensa, como si fuera a ponerse en pie y a marcharse en cualquier momento—. Lo que tuvo fue una muerte por hierro, limpia y noble. En batalla. La muerte de un guerrero. En cambio… si hubiera permanecido a mi cargo… — Ciar sintió que se le erizaba el vello al asomarse a los ojos de Creidne. Nunca había percibido tanto odio y dolor en ella— Cuando se hallara más vulnerable y necesitado le habría devuelto una por una todas sus vejaciones y crueldades. Habría amargado su vejez, igual que él hizo con mi juventud. Le habría atado desnudo a la intemperie y le habría causado quemaduras espantosas. Le habría alimentado una vez cada tres días, solo para privarle de nuevo y le habría impedido el sueño.

Mis únicas palabras solo serían de desprecio hasta su muerte, que me habría suplicado de rodillas.

Se hizo el silencio.

Ciar estaba impresionado, pero Creidne se había relajado de nuevo y, ahora que había empezado a hablar, el rencor le salía a borbotones.

—Con mi madre, Úasal, lo hice mejor. La desterré, por supuesto, pero también le quité a su único hijo varón. Lo mandé castrar cuando todavía era un niño y lo vendí como esclavo a los pictos. La dejé viva para que pensara en ello, para que no se me escapara tan fácilmente como mi padre. Se refugió cerca de aquí, en la Cueva de las Espadas. Dicen que se ha convertido en una bruja poderosa y que intenta dañarme con palabras —se encogió de hombros—. Es tan absurdo que ni siquiera me preocupa.

Ciar seguía mudo de espanto ante el discurso de la *rígfennid*. No se atrevía a mirarla.

—Uno debe tener mucho cuidado de cómo trata a los niños, Ciar —terminó ella—. Un crío está en su momento más débil y desamparado, pero en algún momento las fuerzas se invierten y el vulnerable es el viejo. Y el que fuera niño sabrá reconocer a quien le maltrató como a un perro.

Se recolocó las plumas negras cosidas a su capa, intentando cubrir el agujero que le había quedado tras arrancarse una para el discípulo.

—Pero no hablemos de cosas tan desagradables —sonrió de nuevo, como si el episodio anterior nunca hubiera tenido lugar—. Hoy es tu día de triunfo y debemos hablar de tus deseos y no de los míos.

Se inclinó sobre él, rodeándole con su melena negra, que le caía como un manto por el lateral del rostro. Un manto agitado, de ondas, como la superficie del mar nocturno cuando acecha la tempestad. Besó su boca y Ciar la atrajo hacia sí, con pasión. Con rabia, por la grandeza de Creidne, por la admiración tan grande que le profesaba. Le parecía estar besando a un avatar de la diosa. Se oyó a algunos pájaros piando fuera. Estaba amaneciendo.

—Esto es solo el principio —aseguró el muchacho. El olor a cuero y a caballo y al alcohol de ella se mezclaron con los de él—. Haré que este reino crezca, ya lo verás.

—Conozco bien a los de tu raza. Eres como un caballo sin freno que no sabe hacia dónde se dirige. Te quemas por dentro y solo puedes seguir galopando para no volverte loco. Pero no existe una línea de meta, Ciar. Jamás estarás satisfecho. Si no eres capaz de parar…

Ciar ya estaba dormido en sus brazos, rendido por los acontecimientos extraordinarios del día.

Ella le acarició los cabellos y le cubrió con la capa de plumas, en un gesto maternal.

3

La misión

Finn hundió el pie hasta el fondo en un inmenso charco, que estaba oculto bajo un lecho de hojas mortecinas. Desde que iniciaran la marcha a través del bosque su túnica de sacerdote se había vuelto cada vez más parda y sucia y menos blanca.

—Aquí hay más barro que en todas las cochiqueras de mi tierra juntas —se quejó Juan, levantando su pie lleno de lodo—. Si tiene usted, maestro, audiencia directa con Dios hágaseme usted el favor de preguntarle de dónde sale tal somanta de agua.

Finn se echó a reír. Patricio era un nombre serio, que no mentaba a Dios en vano. Si conseguía una audiencia con el Altísimo sería para hablar de los grandes temas y no del clima.

—¡Pues ni que no hubiera lluvia en Hispania!

—Muchacho, no como aquí. Que más me valdría salir nadando que intentar seguir a pie. Que esto no es un camino… ¡es un arroyo!

—Una vez tuve la mala suerte de acampar en una zona hondonada y me quedé dormido. Por la noche llovió y cuando me levanté estaba todo inundado… Como una tina de baño, ¡solo que estaba helada!

—¡Por no hablar de este viento, que te levanta del suelo! Que no te puedes ni acercar al acantilado porque se te aparece la Virgen del santísimo susto. Vamos, que voy santiguado perdido de que se me lleve volando por encima del agua y acabe yo en mi Gades sin comerlo ni beberlo. ¿Sabes por qué estoy tan gordo? Por eso, porque no quiero que se me lleven de aquí los vientos. A ti te va a pasar, Finn, un día de estos te vas por los aires como la ropa tendida. ¿No podríamos evangelizar en mi tierra, maestro? ¿Y estar allí tomando el sol en lugar de aquí ensopaos? ¿Que allá no hay cristianos que también nos necesitan?

—No tanto como estos de aquí, que no han oído de Cristo en su vida —dijo Patricio. Aquello era lo que le daba sentido a la misión—. Hay que llegar a los acantilados del Oeste.

—Y no podría interceder un poco, Padre, para que las cosas resultaran un poquito más fáciles aquí, en Hibernia…

—Hiberio… —le corrigió Patricio, arrastrando las vocales— ¿Cuántas veces tengo que repetirlo, Juan?

—Perdón. Que esta mollera hispánica hace lo que puede. Es lo más parecido a un barril de aceitunas. Que a mí las ideas me van dando tumbos pa todos laos.

Finn sonrió. Patricio insistía en que tenían que llamar a los sitios según su nombre local. Que nadie había oído hablar allí de Hibernia y que así no había quien les entendiera. Era parte de su filosofía misionera: "lo importante son ellos, los que escuchan. Hay que hacer un esfuerzo". Pero a Finn le hacía gracia que el maestro hubiera mezclado Ériu, que era el nombre original de la diosa, e Hibernia, que era el nombre dado por los romanos, y se inventara su propia versión, Hiberio. Una creación original, adecuada para una isla que ya no era pagana, pero tampoco cristiana.

—Maestro, dejémoslo en Hibernia entre nosotros… —pidió Finn— Para entendernos.

—Sí, tenga piedad, por Dios. Que la necesitamos.

Juan avanzaba con dificultad por el terreno anegado, con el hábito recogido por encima de las rodillas. Corpulento, exagerado, algo ridículo.

Finn miró a Patricio y se lamentó también por su túnica blanca, echada a perder. La salpicaban sus propios pasos, las patas del caballo de tiro, las ruedas de la carreta al tomar los baches… El barro seco le llegaba a las mejillas y a los cabellos rubios. Le dolía verle en circunstancias tan penosas, teniendo que presentarse ante los reyes como un vagabundo y no como el hombre sabio e inspirado que era. Llevaban más de diez días de viaje desde la capital de Caisel hasta los lagos y necesitaban un verdadero descanso, más allá del baño ocasional de una hospedería.

Pero Patricio lo había dejado claro. No se detendrían hasta llegar a los acantilados del Oeste, los confines que llamaban las Espaldas de la Tierra. Allí donde nadie había oído hablar de Cristo.

Según la profecía, una vez que los alcanzaran todo el mundo habría podido escuchar la palabra de Dios y tenido la oportunidad de salvarse. Nadie podría ya condenarse por ignorancia. Entonces se declararía el final de los tiempos y se desataría, por fin, el Armagedón.

Todavía quedaban un par de días de penuria. Solo un par de días y después no más sufrimiento ni muerte ni injusticia.

—Esperad aquí todos —el príncipe Ailill, descabalgó. Acababan de llegar a la región de los lagos—. Solo será un momento.

Los sacerdotes detuvieron el carro junto a los postes de frontera y el príncipe y sus guerreros se acercaron a negociar los derechos de paso

con el jefe local.

"Qué hombre tan antipático", pensó Finn.

El príncipe Eóganacht acumulaba un rencor íntimo que no podía disimular. Era el mayor de los cuatro príncipes de Caisel, pero no había conseguido que su padre le nombrara sucesor. Le habían concedido una pequeña tribu al noroeste de la Roca, un premio de consolación. Mientras el jovencísimo Óengus de diecinueve años, hijo de una esclava britana, se quedaba con todo el poder y convertía la capital en la primera corte cristiana de la isla. El propio Patricio acababa de bautizarle.

El resentimiento de Ailill por haber sido arrinconado no tenía fondo. Corría el rumor, incluso, de que había conspirado en la muerte de su padre, Nad Froích. Estaba claro que detestaba a los cristianos.

Le observó desde lejos mientras gesticulaba, con sus manos enguantadas de cabritillo, haciendo cuentas con los dedos y echando hacia atrás su largo manto de lana escarlata para que no le estorbara. Desde allí no podía escuchar lo que decía.

—Se está tomando su tiempo el gañán —Juan estaba ansioso por llegar a comer y a cambiarse de ropa junto al fuego.

—¿Gañán? ¿El príncipe?

—Príncipe, druida o carretero, todos somos iguales sin el sombrero.

—¡Pero este es un príncipe de Caisel!

—Príncipe, noble o remendón, todos somos iguales sin capuchón —se encogió de hombros Juan.

—Pues a mí me parece un tipo bastante importante…

—Príncipe, obispo o trovador de paso, todos somos iguales con el cogote al raso.

—¿Y usted qué piensa, Padre?

Patricio, apartado del grupo, se había remangado y frotaba con fuerza la parte interior de su codo, cerca de sus cicatrices.

Solía rascarse inconsciente cuando no tenía más opción que esperar. Cuando los fieles aún se estaban reuniendo para la misa o bien cuando llegaban a una nueva tribu, como sucedía ahora. A veces se rascaba hasta hacerse sangre, era su única forma de relajarse, de liberar tensión cuando le podía la ansiedad. El propio Finn le sujetaba las manos y se las apartaba con delicadeza cuando se daba cuenta de que no podía controlarse.

Tenía temores íntimos, ocultos. El terror a que alguien reconociera al antiguo esclavo que había sido, durante su cautiverio en Irlanda, en su juventud.

Y luego estaba la certeza de que el fin de los tiempos estaba cerca y de que él tenía un papel fundamental que cumplir. Aquel era un pensamiento desequilibrante, capaz de trastornar a cualquiera. Angustioso y esperanzador por igual. Estaban en una tierra hostil,

entre gentes desconocidas y enemigas de Dios, amparados tan solo por la palabra del rey cristiano de Caisel. Improvisando.

Patricio desenrolló la manga para cubrirse el brazo de nuevo y Finn pudo distinguir pequeñas marcas de sangre en la lana blanca. Sangre del cordero sacrificial. Eso era el maestro, que se había entregado sin dudarlo a aquella expedición.

Ojalá supiera cómo decirle que comprendía su miedo. Que todos vivían con él bajo la piel. Pero sabía que no debía hablar de ello, que eso solo contribuiría a hacerlo aún más real bajo la inmensa intemperie del cielo, de la que era imposible escapar. Sabía que debía guardar silencio y dejar que el fantasma pasara. "Dios proveerá", se repetía siempre, "Dios proveerá". Recordó las palabras de Mateo, que siempre le daban consuelo: "Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros, y sin embargo vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No sois vosotros de mucho más valor que ellas?".

El príncipe Ailill se acercó, seguido por fin de los nobles anfitriones, que iban pertrechados con sus botas y sus lanzas.

—Estas gentes os darán cobijo —anunció.

—Vamos a ver qué tenemos aquí… —Juan fue a la carreta para escoger los regalos. Había llegado la hora de pagar. Se hacía en nombre de la cortesía y las alianzas, de la buena voluntad, pero no era más que un burdo peaje. El carro de los misioneros era un tenderete ambulante que los poderosos saqueaban por el camino.

—Ya voy yo —se adelantó Finn. Era mucho más joven y delgado y podía encaramarse más fácilmente.

Levantó apenas los cueros que protegían la mercancía, con mucho disimulo. El joven rey de Caisel, el recién cristianizado Óengus mac Nad Froích, había derrochado generosidad y les había proporcionado todo tipo de chucherías: capas de lana, anillos de pulgar, cuernos, fíbulas de bronce, arneses y hasta un modesto juego de tablero por si tenían que vérselas con algún importante rey de provincia. La donación les venía como caída del cielo.

Rebuscó a tientas, con discreción. Los reyes locales eran como niños. Si veían el tablero de hueso y sus piezas blanquinegras no querrían otra cosa.

—Además de cobijo os tratarán como si fuerais de la familia —oyó que decía Ailill—. Os darán ropa y comida. Si hacéis lo que os ordenen no sufriréis ningún daño.

Aquel último comentario se resistía a encajar en la mente de Finn. ¿A qué se refería? Ellos siempre eran respetuosos con las leyes de las tribus, pero no se podía exigir obediencia a quienes solo debían responder ante Dios…

Las armas resonaron y Juan se puso a gritar.

—¿Qué estáis haciendo? ¡Soltadme ahora mismo!

—¡En el nombre de Cristo! —gritó Patricio— *¡Vade retro!*

Finn salió alarmado de debajo de los cueros. De las manos de Patricio colgaban las ristras de grilletes, con sus eslabones de metal. Como los que se aparecían en sus pesadillas.

Ailill les había vendido.

Juan se retorció, robusto, buscando zafarse de sus enemigos. En una mano empuñaba una sartén para defenderse y en la otra el cuchillo de desollar. El resto de los sacerdotes se habían abalanzado sobre los útiles de cocina, desesperados por armarse.

—¡Ya basta! ¡Soltadlo todo! —les ordenó Patricio.

A Finn le sobrecogió su entereza, dado que se enfrentaba a una segunda esclavitud. En el umbral de su experiencia más aterradora se había crecido. Era plenamente él mismo.

—Padre… —musitó el más joven.

—¡Soltadlos, he dicho!

Después miró a Ailill, como si se dirigiera al mismo diablo. Sus ojos azul claro relampagueaban.

—Responderás ante el rey de Caisel por traición. Y también ante Dios, por supuesto. Tuya será la culpa de lo que nos pase.

Ailill escupió a un lateral.

—Qué me importan a mí tus dioses extranjeros.

—¿Qué insensato metería los dedos en los ojos de un dios, cualquiera que fuese? —estaba crecido, desprendía la nobleza romana de su padre. De Calpurnio, el decurión—¡Yo soy la pupila de Cristo! Si me dañas a mí o a mi familia eclesiástica lo pagarás.

Finn seguía impresionado. Poco quedaba del Patricio temeroso. Parecía desprender un aura a su alrededor. Sin duda, Dios estaba con él y le había otorgado la coraza de la fe. Sin su protección era impensable que estuviera allí, en carne y hueso. Sano y salvo, después de todo por lo que había pasado. La Gracia de Dios era lo único que daba sentido a su extraordinaria vida… y el propio Patricio lo sabía.

Ailill retrocedió un poco porque las palabras de aquel sabio le recordaban demasiado a las de los druidas y su túnica blanca le emparentaba directamente con ellos. Por un momento temió que pudiera echarle una maldición. La idea de estar ante una gran pupila que se concentrara por completo en su persona le inquietaba. Era como el gran ojo de Balor de las leyendas.

Uno de los nobles se acercó y, uniendo las manos de Patricio a la espalda, le puso los grilletes. Él se dejó hacer y no pestañeó. Como un guerrero voluntariamente rendido y desarmado.

Le pusieron las cadenas a toda la expedición hasta que le tocó el turno a Finn, que aún estaba sobre el carro, temblando. Se había quedado insensible y paralizado.

—Vamos, muchacho, bajate de ahí. Si tengo que subir yo, será peor…

Palpó rápido bajo la lona. Tanteó por las esquinas hasta encontrar el nudo de las riendas del caballo, al que habían desuncido para que pastara.

—¡Maldita sea! ¡Baja de una vez! ¡Si te cojo…!

El guerrero se sujetó al carro con las dos manos y apoyó el pie sobre una rueda para auparse, pero Finn ya había dado el último tirón y había deshecho el nudo. Solo le quedaba el salto al vacío, como si se fuera a arrojar desde lo alto de una cascada a un pozo que estuviera muy lejos por debajo. Apretó los puños, sintiendo cómo el cuero se le enterraba en las palmas, y saltó.

Fue como zambullirse en un río muy violento. Sintió el planchazo en el pecho y en el estómago: había caído sobre el animal acostado y bocabajo, con la túnica permitiéndole apenas abrir las piernas, pero consiguió rodear el cuello de la bestia y cerró los ojos, rogando a Dios que le sacara de allí y clavando los talones en los flancos una y otra vez.

El caballo, al sentir la caída, huyó despavorido con su improvisado jinete dando tumbos sobre el lomo, internándose en la espesura y dejando atrás a los esclavistas.

Finn sintió como si se arrastrara bajo el agua, por remolinos muy profundos, revolcado entre rápidos y rocas que amenazaran con abrirle la cabeza.

Siguió en aquella agonía delirante por espacio de varios minutos, sin saber hacia dónde le zarandeaba la corriente, ni dónde estaba el cielo y dónde la tierra. Los árboles del bosque pasaron borrosos y mezclados como en una marabunta, a ambos flancos de la montura.

Se golpeaba una y otra vez contra el lomo del animal, sentía todos sus huesos contra los de la bestia. Era incapaz de encontrarse o entenderse con ella. El galope era un castigo para su cuerpo y su mente, creía que se estaba volviendo loco.

Tenía los pulmones llenos de aquella agua imaginaria y turbulenta, no encontraba la salida para coger el aire. De repente, le pareció encontrar una tira de cuero que venía de la superficie, como una cuerda salvadora.

Tiró de las riendas con todas sus fuerzas y el caballo se detuvo con un relincho de protesta.

Entonces Finn se balanceó, rígido, hacia un lateral y se descolgó muy despacio, mareado y exhausto de debilidad y temor. Cuando cayó a tierra se hizo un ovillo, una carcasa donde no pudiera penetrar el viento.

Ojalá hubiera podido arrastrarse como los gusanos durante el resto de su vida.

El agotamiento le poseyó.

Cuando por fin recobró la conciencia el mundo había cambiado y estaba envuelto en una neblina gris. El cielo encapotado parecía cubierto de ceniza.

Le pareció que acarreara una piedra en el pecho, debido a la mezcla de urgencia, desolación y angustia. Y sobre todo, la amargura de la traición. La conciencia de la maldad en el corazón de Ailill, que se había acercado como cordero y había resultado ser un lobo.

Siempre se esforzaba por continuar creyendo en el hombre. Con su trabajo en las cárceles, haciendo exorcismos… Siempre procuraba atribuir el mal a fuerzas externas: el pecado, los demonios, el caos… Los hombres no eran culpables de su debilidad. Tenía que seguir pensando así, no tenía elección. No podía dejar que la oscuridad entrara en su espíritu. "Todos los hombres merecen salvarse" era el mensaje de Patricio. Necesitaba creerlo para continuar con la misión.

Pero traiciones como la de Ailill le hacían dudar. ¿Y sí había, verdaderamente, hombres que fueran malos? ¿Malos en esencia? ¿Podía haber gente que se entregara, a sabiendas, a la adoración del diablo? Aquello abría abismos ante él. ¿Cómo juzgar y valorar? ¿Cómo confiar entonces?

Estaba solo en el bosque. El caballo, esa bestia, había huido mientras él dormía en el suelo frío y húmedo. De todas formas, no hubiera tenido valor para montar de nuevo.

Estaba entumecido y sentía el dolor en lo más profundo de los huesos, como si hubiera tenido una pelea cuerpo a cuerpo. De alguna manera había combatido, animal contra animal, golpeando su carne contra la del caballo, como si fuera un enemigo. Nunca había conseguido entenderse con esos brutos, ni cuando era un niño. El resto de su familia, criadores y domadores, tenían esa habilidad natural. Su melliza Niam, su hermanastro Ciar… eran jinetes natos. Su padre, Ciarán, era un jinete tan dotado que parecía haber nacido con un potro entre las piernas. Hijo de la diosa Macha, le decían. Pero él detestaba el aire libre, el frío y las cabalgadas. Siempre había preferido el fuego del hogar, tranquilo y en silencio. En su propio mundo.

Avanzó unas zancadas desorientado, intentando abrirse paso entre los velos fantasmales del paisaje, por ver si reconocía un río, un camino… Sus pies inseguros, sin dirección fija, le hacían tambalearse.

Tenía que evitar parecer, precisamente, un esclavo huido. Alguien sin tribu, sin familia y sin derechos, que podía ser capturado, vendido o asesinado sin consecuencias legales. Si era capturado ni siquiera Patricio llegaría a saber qué le había pasado. Simplemente,

desaparecería.

Se apoyó sobre la corteza de un roble para descansar y brillaron en su mano los cinco anillos, joyas de prestigio, que le entregara Ciarán en su lecho de muerte. Eran los que había ganado en la Carrera de las Cinco Colinas, cuando había dado la vuelta a la isla a caballo. Un color esmaltado por cada provincia. Los besó, dando gracias, porque eran reconocibles en las cortes y le conseguirían protección.

Trepó la colina, agarrándose a los terrones de tierra con las manos desnudas, resbalando sobre las mismas marcas, miserable, destrozando su túnica todavía más. Desde lo alto pudo observar, finalmente, los campos despejados. Entre ellos había un camino.

Como tinta escribiendo un salmo, de un tirón, sobre el *vellum* dorado de los campos de cebada. Palabra de Dios.

Bajó la loma a trompicones, con un sentido de urgencia renovado. Si Patricio podía con ello, si había logrado mantenerse entero mientras le apresaban, mirando a sus captores a los ojos… entonces él tenía que llegar a Caisel como fuera y pedir ayuda. Escuchó el traqueteo de un carro que llegaba.

Eran dos hombres y cargaban lana sin tratar, una materia demasiado basta para el comercio de la capital. Finn se peinó hacia atrás los cabellos rubios, lo mejor que pudo, se cubrió la mano de los anillos y salió al camino.

—¡Salud!

—¡Y beneficio! —exclamó el conductor, sobresaltado— ¿De dónde sales, lagartija? ¡Casi te arrollo!

—Me han asaltado y he tenido que esconderme —se estiró, procurando disimular su juventud—. Mis acompañantes tuvieron que huir para salvar el pellejo. Soy poeta del rey de Caisel y estábamos de circuito.

Los dos hombres observaron su ropa manchada. Sin duda llevaba una túnica blanca antes de que se volviera un despropósito gris y marrón, pero el muchacho no parecía precisamente un miembro de la élite.

—Recítanos algo, entonces. A ver si me entretienes un poco, que la conversación de aquí mi amigo no es precisamente la de un cortesano…

—¡Tampoco es que tú tengas muchas luces! ¡Si hasta el caballo canta mejor que tú!

Finn se acordó de su hermana Niam. Sin duda ella, después de tantos años de estudio en la escuela druida, se sabría más de un centenar de historias para aquel desafío.

Respiró hondo, tomó una decisión y se aclaró la voz:

Por los sollozos del humilde

y los gemidos del pobre,
ahora me levantaré —dice el Señor—
y daré mi ayuda al que suspira por ella.
Las promesas del Señor son sinceras
como plata purificada en el crisol,
depurada siete veces.

Tú nos protegerás, Señor,
nos preservarás para siempre de esa gente;
por todas partes merodean los malvados
y se encumbran los hombres más indignos.

El salmo número 12 fue lo único que le vino a la mente. Era lo más cercano a un poema que se sabía.

Los dos hombres se quedaron sin habla. Sin poder disimular, en sus expresiones vacías y atontadas, que no se habían enterado de nada. Sin embargo aquello sonaba a cosa seria, sí, sonaba a algo importante, hecho por gente sabia… Finalmente el mayor, el que conducía el carro, hizo un gesto a Finn para que se acercara. Sentía algo de temor por haberle llamado "lagartija" en un impulso.

—Caisel está lejos. Podemos acercarte hasta la frontera del pueblo.

—Soy amigo del rey y os pagaré con creces.

—¿Y cómo sabemos nosotros que tú eres amigo de nadie?

—Estos anillos son prueba de mi alianza.

Los mostró y los dos hombres se quedaron mirándolos un instante. Deslumbrados y codiciosos.

—Más que con promesas preferiríamos que nos pagaras directamente con los anillos —dijo el joven, que llevaba un cuchillo al cinto—. Sería mucho más rápido y honesto, ¿no crees?

Finn se dio cuenta de que había cometido una imprudencia. Tendría que haberse quitado las joyas de la mano y haberlas ocultado, en lugar de alardear.

—Son de mucho menos valor que lo que os prometo. Os doy mi palabra. No os arrepentiréis.

—Un anillo cada uno o no hay trato.

A Finn se le encogió el corazón con el recuerdo de su padre. Eran el tesoro de su mayor hazaña, de una carrera de leyenda. El auténtico legado de su familia. Ciarán los había conservado contra viento y marea, en los tiempos de la huida con la Huella Blanca, en la mayor escasez y en la mismísima batalla. Siempre había tenido la entereza suficiente para conservarlos. Ni siquiera las circunstancias más terribles le habían separado de ellos. Y ahora él estaba a punto de perderlos.

Cada instante podía ser vital. ¿Cuánto valía la vida del maestro

Patricio? ¿Del elegido por Dios? ¿Tendrían algún valor las cosas materiales en el nuevo mundo que se avecinaba?

—Vamos, muchacho, que no tenemos todo el día…

—Os daré los anillos cuando lleguemos a la frontera. Pero serán un simple préstamo, una señal de que volveré con un tesoro. Juradme que los guardaréis bien hasta que vuelva a por ellos.

Los dos hombres se miraron y el más avejentado se encogió de hombros.

—Como quieras.

—*Is fíach ní dlomthar* —el más joven apuntó a Finn con el cuchillo —. Lo prometido es deuda.

Finn llegó empapado ante los muros de La Roca de Caisel, sintiendo tanto frío y cansancio que había tenido que fijar en su mente la imagen del crucificado para no desfallecer. Sus propias penas, se recordaba, siempre estarían por debajo de las del Señor Jesucristo. Era de madrugada y había tenido que orientarse con la luz de la luna.

Los comerciantes de lana habían cumplido su promesa y le habían llevado en su carro hasta la capital. Pero nada más cruzar los postes de frontera habían exigido su pago, sin darle opción a llegar hasta La Roca. Con los dedos acariciaba nostálgico las dos falanges desnudas, donde había lucido los anillos de Laigin y de Míde de su padre, pero no podía parar a lamentarse. Siguió a pie hasta la fortaleza de madera, desgastando su calzado en el camino hasta que las costuras se abrieron y le asomaba la mitad anterior del pie izquierdo, sepultada en el barro.

Por fin alcanzó los dos tejos centenarios de la dinastía Eóganacht que flanqueaban la entrada a la muralla. Las sombras de aquellos dos gigantes antiguos, que dejó atrás con una premura insana.

—Necesito ver al rey Óengus —anunció, febril y sin aliento.

Los guardianes del muro estaban sentados sobre un manto de cuadros, con las piernas cruzadas, apostando a los dados junto a la pequeña hoguera. A un lado había una larga trompeta desmontada.

—El rey está de circuito, disfrutando de la hospitalidad de sus aliados. Toda la corte está fuera.

Finn se apoyó contra la pared de piedra. Le costaba mantener el equilibrio.

—Necesito ayuda… —suplicó, exhausto.

—El hermano del rey, el príncipe Eochaid, está al cargo del castillo —dijo el otro guardia sin levantar la vista.

—¡Entonces llamadle ya! —gritó Finn, reuniendo las pocas fuerzas que le quedaban.

Necesitaba explicarse antes de que la conciencia le fallara. Estaba

enfermo, ahora estaba seguro. No era solo cansancio, se sentía arder. Y él era la única esperanza de sus compañeros, el mensajero imprescindible.

—El príncipe Ailill nos ha traicionado… El príncipe Ailill es enemigo de Cristo… El príncipe no es más que un vendedor de esclavos…

Lo siguiente fue un mundo oscuro que se oscurecía aún más. La piedra de los muros de la Roca, desmoronándose en su conciencia. La pérdida del sentido, sin fuerzas, sobre la tierra.

El cielo de un negro grisáceo, cayendo finalmente sobre las cabezas de los hombres.

Como en los cuentos de su infancia.

4

La maldición de Macha

—¿Qué pasa con la hospitalidad de esta casa? —bramó Ciar— ¿Dónde están mi baño y mi cerveza caliente?

El joven rey entró en la gran choza de reunión como al frente de una manada salvaje, con Áine a su lado y sus guerreros de confianza guardándole los puntos cardinales.

La tribu de sus vecinos del este, los Uí Fidgente, era la primera parada del circuito tras la inauguración y quería causarles una impresión imborrable. Tanto a él como a Áine les esperaban varias noches de hospitalidad, tanto entre los reyes fronterizos como dentro de su recién fundada tribu, en las casas de sus clientes más nobles. Así podrían darse a conocer, renovar las alianzas, escuchar los relatos genealógicos, beber juntos y reforzar la paz. Pero para la reina, que ya estaba próxima al parto, el viaje era incómodo y extenuante.

—*Fo-chen dúib!* —saludó rápidamente el rey anfitrión, adelantándose. “Bienvenidos todos”.

—*Is ed doróachtamar* —“Para eso hemos venido”. Ciar estaba más tranquilo ahora que tenía toda la atención.

Una multitud se acercó. Pronto abrió un pasillo por el que se acercaron dos figuras con diademas reales. Eran Elatha de los Juncos y Ablach, los nuevos reyes de la Llanura del Cisne.

Áine retrocedió un paso ante la presencia de su hermana mayor, a la que no había visto desde la batalla del Cisne. Era ella quien se lo había arrebatado todo: la granja real, su propia casa y, por encima de todo, el amor de su padre. Por su culpa habían tenido que irse al exilio. Se llevó la mano al vientre abultado, en un gesto protector.

—¿Tú sabías que estarían aquí? —susurró al oído de Ciar.

—Por supuesto. Pero ellos no lo sabían de nosotros. Eso nos da una ventaja.

—Quiero volver a casa.

—Tú te quedarás donde yo te diga —advirtió Ciar, muy serio—. Se

quedaron con el reino que iba a ser nuestro. Nos echaron del Cisne y nos humillaron. Quiero que vean que también somos reyes.

—No me siento bien. El bebé se está moviendo… y ya apenas tiene sitio.

—Pues tendrás que aguantar…

—¡Ya está bien de secretos! —se quejó Elatha, al verles cuchichear. Llevaba un par de cuentas doradas en su larga barba castaña, que se agitaban cuando gritaba— Habla claro o márchate a esa tierra de piedras y ortigas que tienes por reino.

—Piedras y ortigas que antes eran de tu hermano, Marcán, y que no fue capaz de defender. Duerme ahora en el fondo de una ciénaga. Sin cabeza ni pezones.

Elatha torció el gesto. Ciar le había dado a entender que la de su hermano había sido una muerte ritual. Un sacrificio para el cambio de rey.

—Medio hermano, más bien, y no muy querido. Y sí, te las puedes quedar. Son tan pobres que el Oeste no ha movido ni un dedo por recuperarlas. En la Llanura del Cisne, por el contrario, tenemos grano y leche para siete generaciones.

Ciar apretó los puños. De todos era sabido que las tierras del Cisne eran de las más fértiles de la provincia. Pero Ablach le evitaba la mirada, como aquella vez en que la había examinado de arriba abajo, desnuda, junto al río.

Aquella tarde Áine había rechazado su propuesta de matrimonio y él, furioso y dolido, había utilizado a su hermana para desquitarse. Tenía la expresión tímida de la virgen que era entonces.

—¿Y tú, Ablach? —dijo— ¿Todavía me extrañas cuando te encuentras con él?

—Ya basta, Ciar —le advirtió Áine.—¿Qué tal un nuevo encuentro en el río, después del banquete?

—*Gurab bás do rinn nosbéra* —masculló Elatha, sin perder la calma —. Ojalá le atravesara una lanza…

—¡Ya está bien! —le suplicó Áine, que observaba con horror los rostros estupefactos de los nobles, en un *túath* que no era el suyo y delante de sus anfitriones— Ya es suficiente…

—¡Yo decidiré cuando es suficiente! ¡Y deja ya de interrumpirme!

Se acercó a Elatha, desafiante.

—Solo te quedaste con la Llanura por los sucios manejos de tu pariente. Soy mejor guerrero y seré mucho mejor rey que tú. He traído un ejército de poetas que han memorizado hasta cincuenta sátiras que llevan tu nombre. Atácame de cuerpo o de habla y te juro que liberaré sus lenguas como si fueran perros de presa.

Elatha tuvo que guardar silencio. Ciar le había pillado desprevenido.

Miró en derredor con cautela, pues eran muchos los nobles que estaban allí reunidos y la herida de una sátira certera podía tardar en curarse más que una por hierro. Eran muchas las historias que advertían sobre los males físicos, ampollas y enfermedades que las palabras podían causar. Él no había traído a nadie de la clase poética, solo a sus guardias. En el terreno de las palabras estaba desprotegido.

—Esto no se me olvidará, Ciar. Ni a mí ni a nadie en todo el Oeste.

Aquella misma noche, sin embargo, Áine comenzó a sentirse indispuesta. Por la mañana estaba angustiada, fatigada y dolorida y aguantó lo imprescindible para completar el penoso camino de vuelta hasta el *túath*, acostada sobre el rudimentario carro, antes de caer en la cama de parto.

El niño se había adelantado.

Ciar se aferró a las crines de Lanza y, en aquella hora de desesperación y oscuridad, el recuerdo de su padre cabalgando de noche se le hizo más presente que nunca.

No había conocido a otro jinete como Ciarán, capaz de alcanzar velocidades tan altas sobre un camino incierto de luz plateada, trazado por el mero relumbrar de la luna. Iba a lomos del caballo negro, sombra confundida en un río de sombra, al encuentro desesperado del destino.

—Tengo que hacer algo —había dicho a Áedán—. Esto es insoportable…

El herrero había asentido, pero sin esperanza porque, ¿qué podía hacerse en un momento como aquel, en que todo estaba en manos de los dioses?

Había pasado Áine un día completo de trabajo de parto y el camino del niño desde el Otromundo parecía no tener final.

El druida le había llamado ya con todos los nombres que conocía, le había hecho promesas de fama y de fortuna, le había recitado su genealogía y los relatos de los primeros hombres que llegaron a la isla de Ériu.

Nada había convencido al niño para abandonar los territorios subterráneos de los *síde*. Y cada grito de la hija de Diarmait era más desesperado.

—Los druidas ya han dicho que no pueden hacer nada…

—¡Si son un atajo de incapaces tendré que seguir buscando! ¡Encontraré a alguien que sepa ver más profundo!

“Alguien que sepa hacerlo en la oscuridad”.

Áedán se sentía impotente. ¿Es que había alguien que supiera mirar más profundo que un druida? ¿Un santo? ¿Un sacerdote, quizás?

—¡Deja que vaya contigo!

Pero Ciar ya solo escuchaba los cascos del galope en su cabeza y,

todavía, los gritos de Áine en la cama del parto.

Aquellos gritos que amenazaban con llevarse, inevitablemente, la parte más valiosa de su mundo.

Tiró con crueldad de las riendas de Lanza y descabalgó junto a la Cueva de las Espadas, la negra boca de la cual fluía el aliento gélido de tierras invisibles.

—¡Úasal! ¿Dónde te escondes? ¡Muéstrate!

Recibió el silencio por toda respuesta.

—¡Úasal! ¡Deja tu cueva y escúchame!

Oyó, cercanos, los ladridos de los perros y una luz difusa, como un fuego fatuo, se encendió entre los árboles.

Varias mujeres aparecieron con antorchas en las manos. Llevaban los cabellos greñudos, las túnicas arrugadas y la expresión demudada y extraña. Se notaba que las había sorprendido en mitad del sueño. La mayor de ellas se adelantó, contrariada.

—¿Quién eres? ¿Qué es lo que quieres aquí?

No era como Ciar se la había imaginado. Vestía ropas excelentes y pesadas joyas de oro, como las de las reinas antiguas. Era más joven de lo que había previsto y mucho más bella, con una melena negra que le recordó de inmediato a su hija, Creidne, la *rígfennid*. Advirtió los brillos en las lanzas de al menos tres guerreros que guardaban sus espaldas.

—¿Eres tú Úasal? ¿La que habita la cueva?

—Querido, yo no habito ninguna cueva. Eso sería demasiado inconveniente. Como puedes ver, vivo en una casa… —levantó la antorcha, revelando las paredes de mimbre de las varias chozas que tenía en su granja.

—Necesito que hagas un trabajo para mí. Es urgente.

La mujer enarcó las cejas.

—Entra y discutiremos el precio, entonces.

—¡Súbete al caballo ahora mismo!

—Primero el precio…

—¡Yo soy el rey de la Llanura de las Espadas!

La mujer se envaró y levantó la barbilla, orgullosa.

—Hasta los reyes tienen que pagar por estas cosas —dijo sin inmutarse—. Y mostrar algo de respeto.

Se dio la vuelta, hacia la choza. Ciar la agarró de la muñeca.

—Bruja, no puedo perder ni un momento junto a tu fuego. Está naciendo mi hijo. Naciendo y muriendo al mismo tiempo. Tienes que venir conmigo ahora mismo.

Úasal miró la mano fuerte y conquistadora de Ciar, que pretendía imponerse hasta en aquel momento de necesidad, y su expresión altiva

sirvió para marcar distancias. La mirada no logró aflojar la garra de él, pero le dio a entender que ella no estaba por debajo, que no era miembro de su tribu ni cliente. No podía hablarle así.

Sonrió para sus adentros. Un hombre tan poderoso y, a la vez, tan desesperado… Una excelente oportunidad.

—Deja que coja mis cosas.

—Agárrate para no caerte del caballo. No quiero tener que ir al Otromundo a buscarte.

Áedán esperaba a la entrada de la choza real, sentado en el suelo, lanzando los guijarros a la oscuridad. Había vuelto, vencido, después de dar un par de vueltas. Era absurdo intentar seguir a Ciar, que montaba como si le persiguiera el fuego de un incendio.

Cada grito de Áine le estremecía el cuerpo. Estaba agotado.

Se llevó las manos a las sienes rubias y se estiró la piel del rostro, desesperado. No quedaba ya ni rastro de la expresión jovial y amable que solía iluminarle la sonrisa y el rabillo algo caído de sus ojos.

El sufrimiento de la muchacha estaba desgastando también a Úna, su esposa, y al resto de las mujeres que la acompañaban y que ya no sabían qué decirle ni cómo darle ánimos sin incurrir en la mentira. Temían que el desenlace fatal llegara mientras Ciar aún estaba ausente.

"No tendría que haber ido él mismo", se lamentaba el herrero. "Tendría que haber enviado a Conmáel". Pero ya estaba acostumbrado a los arrebatos del nuevo rey. Ciar tenía que obtener lo que quería en el momento.

El ruido de los cascos precedió a Lanza, que pronto surgió de entre los árboles y se detuvo ante la misma puerta de la choza. Ciar lo frenó con tal precisión y violencia que lo puso en dos patas. La anciana que llevaba en la grupa dio un grito mientras se aferraba al jinete para no caer y él, sin inmutarse, bajó del caballo y casi la empujó al interior de la casa, pasando junto a Áedán sin darle explicación.

Cuando Ciar vio a Áine su ánimo se le enterró en el estómago como una piedra *ogam* que ya llevara el nombre de ella escrito. Estaba pálida como una moribunda, empapada en sudor, con los ojos hundidos. Los labios finos, que antes eran como un arañazo de sangre en su rostro, ahora eran violáceos. Llevaba el sabor de la muerte en su boca.

Úasal pidió a las mujeres el cinturón de Áine y presionó ligeramente el vientre de ella en varios lados. Después metió la mano entre sus piernas.

—Todavía será largo y doloroso. Y tendré que moverlo un poco… Parece que el niño se ha dado la vuelta.

Ciar sintió una punzada de remordimiento al recordar las palabras

de Áine, hacía apenas dos días, tras el encuentro inesperado con su hermana. Le había dicho que el niño estaba inquieto y que apenas tenía ya sitio en el vientre. Quizás, por una vez, tendría que haber escuchado. Haberle evitado aquel viaje…

—En tu bolsa… ¿no hay ninguna hierba? —preguntó— ¿Nada que pueda tomar…?

—¿Para evitar el dolor? Drogada no tendrá las mismas fuerzas y será aún peor. Pero hay algo que sí puede hacerse…

Sacó la mano de entre las piernas de ella y se la ofreció a Ciar. Estaba ensangrentada. El cinturón de lana trenzada colgaba de su palma.

—Ahora es cuando tú y yo hacemos un pacto.

Se acercó a su oído y le formuló la demanda maldita.

Ciar miró a Áine, lívido, y supo que tenía que cerrar aquello en secreto.

—No puedo darte eso, Úasal. Te conseguiré oro, ganado… Te daré esclavos. Pero lo que me pides es atroz. Su madre no lo admitirá… —en el interior del almacén el tono de Ciar era cada vez más encendido.

—Si no actúo, pronto no habrá madre ni hijo tampoco —dijo la bruja—. Tú decides.

Ciar había puesto a Áine como excusa, pero lo cierto es que la idea le parecía aberrante. Estaba en manos de aquella mujer. Detestaba la sensación.

La bruja estaba perdiendo la paciencia al ver las dudas de Ciar.

—¡Decide antes de que me vaya y los deje morir a los dos!

Un nuevo grito de Áine hizo que las palabras brotaran de su boca.

—Hazlo ahora mismo. Ya.

—¿Y mi parte?

—Tienes mi palabra.

La mujer sacó el cinturón que se había guardado previamente y que estaba manchado con la sangre de la reina.

—Puedo dividir el dolor de Áine para que lo comparta contigo… O bien puedo dártelo todo, como prefieras.

—Dámelo todo.

—¿Estás seguro?

—Dámelo para que sea libre y pueda terminar.

—Muy valiente por tu parte. Te aseguro que lo peor está por llegar… Y si no lo consigue vais a morir los tres.

—Ya te encargarás de que lo haga o seremos cuatro los muertos.

La mujer frunció los labios y el orgullo llenó sus ojos. No estaba acostumbrada a recibir amenazas. Ciar tendría que estar suplicando, de rodillas, y no mirándola por encima del hombro.

—Solo asegúrate de que funcione —insistió Ciar, rebajando su tono y su expresión. Adoptando, por vez primera, algo parecido a la humildad.

—Oh, querido, funcionará. Créeme —contestó ella, burlona—. La covada lleva funcionando toda la vida. Lo comprobarás por ti mismo en un momento —se acercó aún más a él y susurró—. Otra cosa es que lo puedas soportar…

Tomó la mano izquierda del rey y le hizo un corte con un filo que pareció salir de la nada. Él se quejó, por la sorpresa. Ella le rodeó la mano con el cinturón y movió los labios en el recitado de unas palabras mudas, que él no logró adivinar.

—Una vez que te lo pongas no te lo quites. Por mucho que sufras. Por muy terrible que sea.

Abandonó el lugar sin mirarle y a la salida se encontró con Áedán.

—Es mejor que le dejes solo. Un rey no debería ser visto en semejante trance.

Ciar miró el cinturón un instante, con la lana trenzada y los bordados manchados por la sangre de los dos. Aquella era una prueba que él mismo se había impuesto. Si un verdadero rey debía sacrificarse por su pueblo, ¿qué no haría por su familia?

Tomó el cinturón por ambos extremos y lo acercó a su vientre para atarlo, pero el dolor del simple contacto le embistió por dentro.

Había sido fulminante. Como un rayo lacerando sus entrañas. No había tenido la oportunidad ni de rodearse el cuerpo con él, mucho menos de hacerle un nudo. La exhalación llegó con retraso, una vez pasada la violencia inicial.

Áedán se precipitó hacia el interior de la choza y le encontró pálido.

—¿Qué ha pasado? He oído un ruido…

Ciar miró el cinturón de nuevo, extrañado. No era consciente de haber gritado. ¿Era aquello lo que le esperaba? ¿La pérdida completa de conciencia?

—En verdad que es poderosa la magia de esta mujer…

Áedán le miró con preocupación. Por supuesto que era poderosa. Era magia de sangre, como la que podía hacerse con un muñeco de arcilla para dañar el cuerpo de un hombre. Como el *glam dícenn*, que era la sátira más dañina de todas, capaz incluso de acabar con un rey. No sabía de ninguna tribu que se hubiera atrevido a ejecutar un *glam dícenn*, pero todo el mundo sabía que aquel era el método desesperado, definitivo, para derrocar a un tirano. Que la magia de sangre era real y que sus costes eran terribles.

—Tienes que ayudarme. Coge una cuerda y átame al poste. Átame

las manos. Luego ponme el cinturón y márchate. Y oigas lo que oigas, no entres.

El herrero dejó a un lado sus reparos e hizo lo que le pedía. Le ató con fuerza contra el poste central y luego le puso el cinturón y se alejó de él.

Esta vez Ciar estaba preparado. Apretó los dientes y se puso rígido contra el poste, dejándose arrastrar hasta quedar de rodillas.

La intensidad era abrumadora: en los riñones, en el vientre, en la garganta. Irradiaba hacia todos los nervios de su cuerpo. No entendía cómo Áine lo había soportado. Le hizo vomitar.

Áedán intentó acercarse a él, pero Ciar levantó la vista:

—¡No me toques! ¡Y márchate de aquí!

El herrero asintió deprisa y le dejó solo.

Así que aquello era la maldición de Macha, la que aparecía en las leyendas. Por fin la experimentaba en su propio cuerpo.

En la espera del dolor siguiente, se sintió delirar. Recordó los versos que tantas veces había escuchado junto al fuego, festival tras festival, de aquella historia. La historia de cómo había muerto la primera Macha:

> —¡Una mujer os alumbró a cada uno de vosotros! ¡Ayudadme! Esperad hasta que mi hijo haya nacido.
>
> Pero ellos no se apiadaron.
>
> Compitió entonces en carrera contra los caballos del rey y a ambos los venció ampliamente, y cuando cruzó la línea de meta se dejó caer al suelo con un último y espantoso grito. Parió mellizos: un niño y una niña. Su grito de vida y de muerte resonó a través de los valles, las colinas y el curso de los ríos, y todo el que lo escuchó cayó presa de la misma maldición: el padecimiento de aquellos mismos dolores, los dolores del parto, durante cinco días y cuatro noches. La provincia del Norte estaba allí reunida al completo y la gran debilidad se apoderó de todos sus hombres. Los únicos que escaparon a la maldición fueron los niños, las mujeres y Cú Chulainn. Y así, la reina Medb aprovechó aquellos días malditos para iniciar la Gran Guerra de Cuailnge.

Ciar volvió a experimentar los dolores de parto, latiendo a través del vínculo que había creado con Áine. Un castigo creciente, en olas, que cuando estaban en la cúspide impedían el habla, el movimiento, el pensamiento incluso.

Tuvo un momento en que el dolor remitió, como nunca pensó que ya lo haría, y entonces reconoció el silencio.

Era el silencio de Áine. Se había liberado, por fin.

Entonces sintió unas manos invasoras que recorrían el interior de su cuerpo, rebuscando con avidez, mortificándole. Aquella sensación fue atroz y trajo de vuelta el sufrimiento multiplicado. Era como si separaran sus vísceras con los dedos: los sentía duros, apartando, abarcando, dándole la vuelta a algo invisible en su interior. Algo que Ciar sabía que era su hijo dentro de él. Una sensación extraña e imposible: su pequeño corazón, latiendo en sus entrañas.

Echó la cabeza hacia atrás e intentó tomar todo el aire que pudo. Su piel estaba pálida, bañada en sudor, que le resbalaba por el rostro y empapaba sus ropas de pura tensión. Estiró y dobló de nuevo las piernas, luchando. Se estremeció por completo mientras las manos fantasmas, que no parecían dos, sino un ciento, abandonaban su cuerpo febril.

Tomó aire de nuevo, como si estuviera en un hoyo y corriera peligro de ahogarse.

—Vamos Échtach, acaba con esto —masculló.

Aquello era peor que cualquier tortura.

Hubo entonces una sensación de huesos partidos, de pecho abierto y costillas quebradas. Tan claro como si hubiera podido escuchar su sonido. Como un caballo intentando atravesar un desfiladero demasiado angosto. Sintió como los huesos de todo su cuerpo se separaban, arqueados por la presión, imaginando cómo se astillaban por dentro: la pelvis, el fémur, las clavículas, los dedos… Partiéndose como si fueran ramas secas para arder en un altar, para quemar a un ser humano a cambio de otro.

Y luego una fuerte coz en el pecho, con la que todo terminó.

El llanto del bebé ya anunciaba su nacimiento a través de la Llanura. Le nubló, entre el sudor y las lágrimas, la imagen de un caballo en dos patas, envuelto en una luz de vida tan intensa, tan joven, como solo podía serlo al principio del camino.

5

Las mujeres de la tribu

La choza donde tenían al bebé olía a cocimientos de poleo y estaba fresca y ventilada para que el humo no dañara los pequeños pulmones del recién nacido. Ciar se asomó a la puerta, apoyado en Áedán, que le había ayudado a reponerse de su agonía.

—Vamos. Tu hijo te espera.

El niño estaba en una especie de antesala al mundo de los hombres hasta que su padre lo examinara y lo aceptara. No podía ser lavado ni sus orificios limpiados ni nombrado siquiera. Había nacido, pero todavía era un fantasma, y los *síde* aún podían tomarlo de la mano y darse la vuelta con él.

Irél, el druida principal, estaba arrodillado junto al niño con un balde de agua del Fial, un trapo de lino y un odre de hidromiel. Ciar había insistido en que fuera él quien lavara por primera vez a su hijo.

—¿Dónde está Áine?

—Descansando. Ahora podrás verla.

Úna llevaba al bebé en brazos, tibio y dormido, y Áedán se acercó para besar en la mejilla a su mujer. Después de dos días de velar el lecho de parto parecía que ella misma hubiera dado a luz. Tenía los cabellos castaños pegados al rostro por el sudor y arrastraba la palidez de un moribundo. Los ojos claros se le habían hundido en el rostro. La angustia la había consumido como una enfermedad.

El bebé, en cambio, estaba perdiendo su color morado y se recuperaba a ojos vista. Úna lo destapó para mostrárselo y desveló su condición de varón. Ciar lo tomó un momento en sus brazos y aspiró el olor de su carne, que todavía era también el olor de Áine, el del Otromundo y el olor de todos los animales de la tierra. Entonces se lo entregó a Irél y dijo que se llamaría Eterscél, que significa mensajero o "portador de la historia", aunque después le llamarían siempre Scél.

Una vez que todo estuvo en orden, Irél le lavó, pronunció las palabras de bienvenida y la protección y siguió el ritual de apertura de

orificios, introduciendo con cuidado el meñique en las fosas nasales, la boca, ambos oídos y el ano. Úna lo dejó sobre el gran paño con forma de rombo para envolverlo.

Primero enrolló un pañuelo fino alrededor del cráneo para proteger la fontanela y luego puso pequeñas bolitas de lana en los delicados pliegues de su cuerpo: tobillos, corvas y codos. Tomó las esquinas del paño, que llamaban las orejas, y lo envolvió completamente, apretándolo hasta hacer un paquete con él. Por último lo aseguró con una tira de cuero cruzada, que se ataba con un nudo a la altura de los pies.

Ciar sugirió que hiciera una dieta de dos días a base de agua y de miel, según el modo romano del otro lado del mar, pero Úna se negó.

—La vaca ofrece su ubre al ternero, tú te ofreces a tus guerreros, Macha se nos ofrece a los habitantes de la Llanura para que podamos mamar de su abundancia. ¿Y tu hijo va a tener menos derecho que cualquiera?

Ante la mención de la diosa, Ciar poco pudo decir. Sería la primera discusión de las muchas que ambos tendrían en adelante, en cuanto a la crianza del pequeño Scél.

—Quiero ver a mi mujer.

—Entraremos, pero no puedes llevar al bebé.

—¿Por qué?

—No quiere verlo.

Ciar miró al niño, que había vuelto a amodorrarse y le pareció que era perfecto. Tenía todo en su sitio, detallado y sin mácula. Era su hijo. No podría haberlo imaginado más hermoso.

—Dámelo.

Prácticamente se lo arrebató de los brazos y se dirigió a la choza contigua.

—Déjala tranquila —intentó detenerle—. Necesita descanso. Ha estado a punto de morir…

Ciar se abrió paso, con el niño en un brazo y sujetándose la capa con el otro para no pisársela con las prisas. Apartó sin miramientos a las mujeres que estaban a la entrada de la choza.

Áine estaba despierta, incorporada sobre las pieles y cubierta hasta la cintura. Hasta donde podía ver, estaba desnuda y tenía el cuerpo cubierto de ceniza blanca, desde los cabellos hasta el pecho y las puntas de los dedos. Como en el día de su matrimonio, en que estaba decidida a acercarse lo más posible a su condición de diosa. Parecía otra persona.

—Espero que estés satisfecho —acertó a decir ella.

Ciar se sintió liberado de la tensión que llevaba consigo. No había problema. Solo tenía que acercárselo. Seguro que todo iría bien.

—Es un niño precioso. Un heredero, como quería.

Se sentó sobre las pieles de la cama, pero Áine se tensó y retrocedió como si fuera un animal con su territorio amenazado. Le miró con aquellos ojos de búho, muy abiertos, que le habían ganado el sobrenombre de Échtach, el pájaro nocturno, en su juventud.

—¿Qué es lo que te pasa? —preguntó, atónito— ¿Por qué no lo quieres?

Ella giró el rostro por toda respuesta y cerró los ojos.

Ciar sintió que la ira volvía a inflamarse en su interior. ¿Cómo se atrevía a hacerle aquel desprecio al niño? Era un hijo de rey. Su propio hijo…

Úna ya había llegado a la cabecera de la cama.

—Llévate al niño de aquí —le advirtió.

—¡No! —se empeñó él. Lo puso en el regazo de ella, con brusquedad, y el bebé empezó a llorar— Ni siquiera los animales se comportan así.

Pero ella estaba rígida e inflexible. El espinazo erizado como un gato. Como si fuera a envenenarse al tocarlo.

—Quítalo de mi vista, Ciar.

El bajó los hombros, disgustado.

—¿Por qué haces esto? ¿Es por lo del parto?

Ella no contestó, pero el resto de las mujeres ya se habían acercado a la cama.

—Porque no pudiste acabar el trabajo, ¿verdad? Porque tuve que hacerlo yo todo. ¿Es que te recuerda demasiado a tu fracaso?

—¡Tú no entiendes nada! —le gritó Úna —¡Márchate de la casa!

—¡No tendrías que haber entrado! —le reprochó una segunda.

—¿Cómo puedes hablarle así? ¡Con el daño que le ha causado! —siguió Úna.

—¿Qué daño? —se defendió Ciar—. ¡Si he sido yo el que he dado a luz!

—¿Cómo te atreves? Ha sido ella la que ha estado dos días en el lecho. La que ha mirado de frente a las diosas de la muerte. El dolor no es solo físico. Está rota por dentro. ¡La ha roto él!

“Es el miedo”, pensó Ciar. Quería pensar que era el miedo porque lo prefería al orgullo.

—¡Márchate ahora mismo! —le ordenó Úna.

Las mujeres se habían envalentonado y ya le rodeaban completamente. No se atrevían a tocarle porque era el rey, pero intentaban hacer presión para que se fuera. Ciar estaba confuso. Sospechaba que todo aquello era una venganza femenina por haber quebrantado las reglas sagradas de la maternidad. ¿Pero qué otra opción le había quedado? Le había salvado la vida y sin embargo… Áedán le tomó del brazo y le rescató de allí.

—¡Bien! ¡Pues entonces será solo mío! ¿Me oís? —se reafirmó Ciar,

llevando al pequeño apretado contra su cuerpo, desafiándolas a todas — ¡Yo lo parí y yo seré su padre y su madre!

Salió de la casa a los gritos de "¡fuera!" y "¡márchate!", mientras Úna rodeaba a Áine con sus brazos.

Permitió que descansara un momento del titánico esfuerzo de regenerar a una diosa.

El Señor es mi pastor;
nada me falta.
En verdes praderas me hace descansar,
a las aguas tranquilas me conduce,
me da nuevas fuerzas
y me lleva por caminos rectos,
haciendo honor a su nombre.

El pacto de Patricio era una vida de misionero a cambio de la protección de Dios. Pero esta se había venido abajo.

Todos los prisioneros estaban en la choza, desarmados y vigilados, pero no habían sufrido daños y eso era lo único que le importaba. Había conseguido mantener a los sacerdotes a salvo y sin heridas, a todos y cada uno de ellos. No les habían golpeado y, por lo que había logrado captar de los guerreros, estaban buscando cómo canjearles.

Su irlandés era excelente. Lo había aprendido durante sus años de cautiverio en la isla. Por eso Roma no podía encontrar a un misionero mejor para aquellas tierras. Era medio britano romano y medio irlandés. El puente perfecto entre las dos culturas.

Se abrió la puerta de la choza y entró un hombre con un caldero de hierro, repleto de gachas de avena y unas escudillas. Lo dejó en el suelo y las gachas densas salpicaron fuera, sobre las pajas.

—Aquí tenéis. Comed para que no digan que les devolvemos unos sacos de huesos en lugar de rehenes.

Así que sus sospechas eran ciertas. Valían más vivos que muertos. Una excusa para chantajear al rey Óengus y obtener lo que fuera de Caisel. Al menos podía estar tranquilo, pero… ¿y si al rey no le compensaban? ¿Y si no valían tanto?

Declinó, amable, cuando le ofrecieron comer.

—Padre, es necesario —dijo Juan—. Hay que fortalecerse… No sabemos…

—Comeré más tarde.

Se apartó del grupo y se tumbó para intentar descansar.

Tenía náuseas. Le daba vueltas la cabeza.

Luchaba con los recuerdos de su primer cautiverio, en la adolescencia. El presente y el pasado corrían paralelos. El terror ya no

era un fantasma en su cabeza, sino que se había hecho real de la noche a la mañana.

Aunque pase por el más oscuro de los valles,
no temeré peligro alguno,
porque tú, Señor, estás conmigo.

Se repetía el Salmo 23 una y otra vez para hacerlo fuerte en su pecho.

Quizás Dios le había retirado sus favores por algún motivo. Quizás había hecho algo que no era del todo correcto. No era la primera vez que Dios le castigaba, con toda la razón.

Escondió las manos temblorosas en las mangas de su túnica, mientras rezaba, para que no las vieran sus sacerdotes. "Confiad en Dios, él nos sacará de aquí", les había dicho. Pero la vida le había enseñado que la salvación no caía del cielo, como por milagro. Para librarse de su primera esclavitud había tenido que escaparse y arriesgar su vida, cruzando la isla entera de noche, escondiéndose como podía.

Volvían las taquicardias al recordar el terror de aquello.

Me has preparado un banquete
ante los ojos de mis enemigos;
has vertido perfume en mi cabeza,
y has llenado mi copa a rebosar.

El banquete, el perfume, la copa a rebosar…

El recuerdo de la villa familiar, en Banna Venta. Sus padres reclinados, comiendo uvas y bromeando sobre la nueva estatua impúdica de la plaza, quejándose sobre el precio del aceite, hablando de los buenos tiempos del Imperio, cuando era posible importar perfumes hasta de la misma Persia, antes de que los pueblos invasores cortaran las arterias del comercio. Aquella imagen de sus padres, abrazados en el reclinatorio, besándose con cariño en el cuello y cuchicheando mientras él, el Patricio niño, permanecía acostado bocabajo, con el vientre pegado a los mosaicos. Con la tibieza del hipocausto recorriéndole el cuerpo.

Tu bondad y tu amor me acompañan
a lo largo de mis días,
y en tu casa, oh Señor, por siempre viviré.

Aquella imagen de la infancia, antes de que todo se desmoronara. Aquello era la paz.

Le sobresaltaron los choques metálicos, en el exterior de la choza.

El denostado estruendo de espadas siempre anunciaba el cambio. Deseó con toda su alma que, por una vez, le fuera favorable.

6

En la Roca

Finn despertó, por fin, en la hospedería de La Roca. Le costaba respirar, como si llevara tiempo sin utilizar los pulmones, aunque sabía que era imposible que hubiera dejado de respirar en un sueño.

El olor familiar de los juncos frescos, de las pieles de yegua y de la leña chamuscada. La leche agriándose junto a la cama, la grasa de oveja consumiéndose en las antorchas, el sudor en su cuerpo, después de la fiebre. Olores familiares en una choza desconocida.

Se miró la mano izquierda y descubrió en ella las dos falanges huérfanas de anillos: el púrpura de Míde y el verde de Laigin ya no estaban. Dos punzadas en el corazón, una por cada joya de su padre.

Patricio estaba sentado de espaldas, a su lado, aunque le pareciera imposible. El maestro tendría que seguir cautivo, a muchas millas de distancia, a manos de hombres sin escrúpulos.

Se había deslizado la túnica hasta la cintura y Finn se dio cuenta de que era la primera vez que contemplaba su espalda llena de cicatrices. Eran blancas, de heridas muy antiguas. Tenían que ser de juventud, de cuando fue raptado y desembarcado en Ériu como esclavo. Pero él siempre había dicho que Dios le había protegido. Que había cuidado de él.

Quizás Patricio dejaba a Dios completamente al margen de todo aquello. Había decidido desterrarlo, cubrirlo con la pesada lápida del olvido, y había decidido que Dios le amaba y protegía, a pesar de todo.

Quizás solo en la ilusión, en el engaño, se podía seguir viviendo y confiando.

O quizás mentía solo para proteger la fe de los demás.

—Padre… —su voz ronca apenas le respondía.

—Benditos sean los cielos. ¡Por fin te has despertado! —Patricio abandonó su posición arrodillada y se sentó junto a Finn en la cama— Nos tenías preocupados…

—¿Preocupados? Padre, ¿qué estás diciendo? ¡Yo estaba aterrado! De haberte abandonado en una situación tan terrible, con aquellos hombres… ¡No hacía más que pensar…!

—Actuaste rápido y Dios te trajo en su palma hasta aquí mismo. Aunque no pudo evitar que enfermaras.

—¿Cuánto tiempo ha pasado?

—¿Desde que nos capturaron?

Finn dijo que sí con la cabeza. El rostro de Patricio se ensombreció.

—Exactamente dos meses y una semana.

Se quedó atónito, incapaz de pronunciar una palabra.

—Pero cómo… ¿cómo es posible?

—Lo sé —concedió Patricio—. Me temo que hemos sido el instrumento de la venganza entre varios hermanos de una misma y poderosa familia.

—¡Les dije que buscaran al príncipe Eochaid! ¡Que él podía ayudar! ¡El príncipe era amigo de mi padre!

—Y nos ayudó —intentó tranquilizarle—. Salió al día siguiente de tu aviso y llevó joyas del tesoro de Caisel para conseguir nuestro rescate, pero no hubo acuerdo y sí escaramuzas. Entonces Eochaid aseguró que traería más hombres armados y que nos liberaría por la fuerza.

Patricio llevó la mano a la frente del muchacho. Luego los labios. Con las manos nunca había sabido medir la temperatura, pero con los labios sí. Comprobó que su discípulo ya no tenía fiebre. Luego se lavó las manos en el aguamanil, junto a la cama.

—Intentó una segunda embajada, con mayores bienes, diez días de viaje entre la capital y los lagos, pero sufrió un asalto nocturno y perdió la recompensa. Finalmente tuvo que venir el propio Óengus, desviándose de su circuito real, para imponerse y que nos liberaran.

—¿El rey en persona acudió?

—Así es… Ya ha puesto a su hermano en su lugar, confinándolo en sus tierras, al oeste de la capital. Desde allí ya no podrá molestarnos.

Finn suspiró, pensando que algo bueno había salido de toda aquella calamidad.

—Hay que volver enseguida. Estábamos tan cerca de alcanzar la costa…

—No podemos seguir abusando de la hospitalidad de Caisel —dijo Patricio, preocupado—. Lo hemos perdido todo. Todos los regalos, todos los bienes… No tenemos ni un cáliz. He escrito a mis superiores en Britania para que me envíen más moneda aquí, a la capital. No esperaba gastos tan elevados. Aunque estoy seguro de que la Iglesia entenderá que son necesarios. Tenemos que quedarnos hasta que recibamos el dinero.

—No recuerdo nada de estas semanas… —se lamentó Finn.

—Dicen que te levantabas por las noches y que caminabas. Que vivías sonámbulo durante horas, con la mirada perdida. Que entonces aceptabas la misma comida que eras incapaz de tragar durante el día, por estar inconsciente. Que tú mismo te aseabas con el agua que encontrabas. Y que luego, por el día, solo dormías.

Finn se quedó pensando un rato en todo aquello. Por más vueltas que le daba no encontraba explicación a lo que su maestro le decía. Entonces, de repente, una idea pareció relampaguear en su mente. La expresión del rostro cambió. Había tomado una decisión.

Tomó impulso y se levantó de la cama.

—¿Adónde vas?

Sin decir palabra salió al patio principal de la Roca, que estaba allanado sobre la colina de piedra. Tomó una espada corta de la armería de Caisel, ante la mirada atónita de los guerreros que se estaban entrenando a aquella hora.

—¿Qué haces, chico? ¡Déjala en su sitio!

Finn no hizo caso. Levantó el arma y la descargó con toda la fuerza que pudo contra unas ramas.

—¿Qué estás haciendo? —Patricio había salido detrás de él.

—No estoy dispuesto a que nos pase lo mismo otra vez —dijo, decidido—. Tenemos que defendernos.

Levantó el acero por encima de su cabeza, con muy poco tino, y golpeó con fuerza las ramas con la parte plana de la hoja. Azuzado por la ira, la frustración y el temor.

—Tú no cogerás una espada mientras yo viva.

—¡No podemos seguir viajando así! —se lamentó Finn—. Estás poniendo en peligro tu vida. ¡Y también la misión!

—¡Prométeme que no utilizarás un arma jamás! —Patricio se adelantó, le retorció la muñeca y le hizo soltar la espada. La pisó con fuerza— ¡Prométemelo!

Finn temblaba, debido al arrebato, pero no se atrevía a hacer la promesa. Su maestro necesitaba protección. Tenía que convencerle como fuera. A veces era necesario utilizar el hierro para defender un bien mayor.

—¡No podemos seguir con esta indefensión! La Iglesia aquí es como un niño que está empezando a andar. ¡No puede perder a un hombre como tú!

—El que venga conmigo tendrá que aceptar el credo. Nada de armas en la expedición. Y si yo caigo, otro vendrá que acabe el trabajo.

Finn apretó los labios. Los ojos llorosos de frustración.

—No como tú. No como tú…

—Entonces Dios se encargará de protegerme. Como ya lo hizo antaño.

Finn cerró los ojos con fuerza, dolido de ver hasta dónde llegaban los engaños del maestro. Aquellas cicatrices blancas en su espalda… ¿De qué protección hablaba? ¿Cómo había permitido Dios que le pasaran esas cosas?

—Promételo, Finn. Nada de armas.

Tuvo que rendirse. Patricio ya había intentado apartarle antes del grupo, porque era demasiado joven y no podría protegerle. No quería darle otra excusa para dejarle fuera.

—Lo prometo.

El maestro le puso las manos sobre los hombros.

—No permitiré que vayas al infierno por mí.

Enterró la espada con el pie bajo el polvo y se alejó de allí.

Finn lo tenía decidido. Le daba igual lo que el maestro dijera. En cuanto llegara el dinero contrataría a un par de mercenarios para que les acompañaran en sus viajes alrededor de la isla. Era un gasto imprescindible.

7

La virgen del rey

La mayor no debía de tener más de diez años y la más pequeña, ocho. Sus cabellos rubios y enredados ensombrecían en parte sus rostros infantiles, que estaban sucios del trayecto. A saber desde qué remota aldea las había traído Corótico.

Prácticamente las empujaron al interior de la tienda real, temblorosas y torpes, haciendo esfuerzos por permanecer todo el tiempo la una pegada a la otra.

—¿Es que me has tomado por un ama de cría? —estalló Cunedda.

El caudillo sacó un peine de hueso muy pequeño, que enganchaba a su cinturón, y se atusó con él la barba cana. Siempre le acompañaba en sus campañas militares, que desde hacía años se sucedían, una tras otra. Era como una especie de amuleto que le recordaba al hogar perdido, en el Viejo Norte

—Devuelve a estas niñas al regazo de sus madres —siguió—. No necesito otra virgen, creía que te lo había dejado claro. Niam seguirá siendo mi protectora hasta que la isla de los druidas sea nuestra. Solo entonces te la entregaré.

Niam se irguió como una figura pétrea a los pies del que ahora era su señor, amparada en la protección que ella misma se había procurado. En cuanto tenía ocasión, aconsejaba al monarca en cuanto a la salud de sus piernas, le hablaba de remedios medicinales, le deleitaba por las noches con historias y acertijos. Componía para él versos de alabanza. Empleaba a fondo los conocimientos adquiridos en la escuela poética para entretenerle y lisonjearle. Había urdido en torno a él una malla sutil de buenas palabras, aunque en su fuero interno le aborreciera.

Sin embargo, se guardaba con celo las técnicas de adivinación, las de protección o los augurios de combate. Nada que pudiera utilizar contra la escuela druida de Mona. No era una traidora.

Cada noche hacía sacrificios en el fuego, con la propia carne que el

caudillo le daba para alimentarse. En sus plegarias no se cansaba de pedir a las diosas que protegieran la escuela. Por cada luna que el santuario resistiera, ella seguiría siendo libre. Lejos de las garras del capitán Corótico.

No parecía la misma mujer que llegara al campamento como esclava, meses atrás. Cunedda le había dado un lugar permanente en su corte provisional en el exilio, a sus pies, y le había dado el título de "protectora del rey" porque decía la leyenda que, mientras el rey estuviera lejos de su territorio, debía guardarle siempre una virgen a sus pies para protegerle de peligros sobrenaturales.

De esta forma, le había proporcionado joyas imponentes: gargantillas y brazaletes imperiales, decorados de laurel, a los que ciñó argollas y eslabones de oro con que encadenarla a su silla. Seguía siendo una cautiva, pero una poderosa y admirable, último vestigio de la privilegiada clase druídica. Antigua y temida.

También le había proporcionado vestidos romanos de buen lino, ceñidos con cinturones bordados con motivos de pájaros y símbolos cristianos, que dejaban sus hombros y sus brazos al aire. Ordenó a sus hombres que le consiguieran perfumes y la recostó ante él, sobre lujosos cojines, en las audiencias. La había convertido en un símbolo seductor e intocable a un tiempo, codiciado y prohibido, que sus hombres solo podían admirar de lejos.

Corótico enseñó parte de los dientes en una mueca de furia por el desprecio del caudillo ante sus intentos. La muchacha había logrado fascinarle con sus palabras hechiceras. Jamás tendría que haberle permitido hablar.

Se armó de paciencia antes de dirigirse de nuevo a él.

—Cunedda, hijo de Eterno, nieto de Paterno de la Túnica Escarlata, bisnieto de Tácito. Toma a cualquiera de estas niñas para que actúe como tu protectora. No puede dudarse de su virginidad, pues, como bien dices, son sobradamente jóvenes. Te sirve cualquiera y lo sabes. Entrégame a Niam. No quieras enemistarte con quien es tu aliado…

—¿Me estás amenazando, Guletic? —dijo él, entornando los ojos.

Cunedda era un hombre de inusual corpulencia y altura, que a los seis años ya montaba un caballo semental y a los nueve se ponía la túnica de un adulto. Descendía de una línea de gigantes pelirrojos, que se acentuaría aún más en generaciones posteriores. Estaba convencido de que su altura era la causante de que sus pies le dieran tantos problemas: siempre los tenía en alto o bien sumergidos en baldes de agua tibia, de los cuales se desprendían agradables aromas de poleo, tomillo, romero y lavanda, que embriagaban a Niam, recostada a su lado.

Corótico no respondió a la pregunta, simplemente le mantuvo la mirada. Era precisamente eso: una advertencia.

—Ya pagué en tierras por tu lealtad —dejó claro Cunedda—. Gracias a mí te llaman Poseedor de tierras, ¿no es cierto? Tu padre sigue vivo y tú, aún siendo príncipe, no has heredado todavía ni un miserable ternero. Así que todo cuanto tienes, absolutamente todo, te lo he dado yo. Y te seguiré dando, pero solo hasta donde yo decida. El pacto entre nosotros es muy claro: primero, Mona; después, la chica. ¡Entrégamela para que pueda irme a mi casa de una jodida vez!

Cunedda golpeó violentamente el suelo con el pomo de su lanza. Niam cerró los ojos y retuvo el aliento.

Corótico se puso rígido, debido a la tensión. La isla de Mona se estaba resistiendo y cada vez atraía a más hombres. Las noticias de que el santuario de los druidas estaba siendo atacado habían corrido por Irlanda como metal líquido entre los moldes de una forja y los reyes de las tribus habían enviado guerreros casi sin excepción. Familias enteras se habían desplazado para la guerra desde el otro lado del mar.

Tanto se estaba alargando el asedio que el campamento abandonado de Segontium, que habían ocupado para los asaltos, había empezado a llamarse Caer yn ar-Fon, el Fuerte contra Mona.

No era la primera vez que el santuario de los druidas era conquistado, pero aquella vez parecían dispuestos a sacrificarlo todo. En un mundo que se perdía, se agarraban a su último terruño con uñas y dientes. En las chozas de sus escuelas guardaban los relatos de los antepasados míticos, de cómo se formaron los valles y los ríos, de las vidas de sus dioses, que les daban el ejemplo sobre como se debía batallar, festejar y amar. La explicación completa de por qué el mundo era como era.

Y, en lo más profundo de sus cabezas, la más esotérica de todas sus enseñanzas: el *imbas forosna*, el ritual de la *sabiduría que ilumina*. Aquel era el don supremo, el más perseguido por todos los místicos. El don de los buenos sueños. La predicción del futuro.

Para Corótico, como para Cunedda, aquello no tenía valor alguno. Estupideces. Las palabras se extinguirían con la muerte. A lo sumo, las historias serían lavadas y transformadas por los sacerdotes cristianos. Lo importante era el grano, contante y sonante. Lo que podía tocarse con las manos y llevarse a la boca.

—El granero de Mona es imprescindible —advirtió Cunedda con inusual gravedad—. Se llevó una mano a la sien, que no estaba ceñida por diademas ni por coronas. Solo llevaba una cinta de cuero para no acomodarse, para recordarse a diario que era más un militar que un soberano—. Recuérdalo bien, Corótico: las recompensas se saborean después de la victoria y no antes.

El capitán sintió una punzada en su amor propio. Estaba fracasando. El asalto que había empezado tan fácilmente, la campaña

que debía durar apenas unos días… ahora se dilataba en el tiempo y todos miraban hacia él y ponían en juicio su eficacia en el mando. Su padre seguía vivo, tal y como Cunedda había dicho, pero estaba enfermo y cada poco tiempo llegaba un mensajero desde la Altura de Clota reclamando su presencia en la corte. Se le acababa el tiempo. Tenía que recuperar su nombre de una vez por todas.

El capitán abandonó la tienda con los puños apretados. Recorrió la calle principal del campamento hasta la empalizada, donde cruzó unas palabras con el guardián para salir fuera de los muros. Se acercó hasta el lugar del río donde había quedado con el mercader de especias.

Al llegar a la vereda se encontró con que el menudo comerciante le estaba esperando, encorvado sobre una piedra, comiendo unas avellanas y escupiendo la cáscara marrón al arroyuelo bajo sus piernas.

En cuanto lo vio venir se puso en pie y sacó una bolsita de tela del zurrón.

Deslizó el contenido, como una gema pulida y brillante, sobre su mano.

—Si el bebedizo le causa algún daño te ejecutaré yo mismo.

—La cantidad es correcta —el mercader blandió la oscura pieza de resina entre el índice y el pulgar, mostrándola a Corótico, permitiendo que la luz la atravesara—. No le pongas más que esto. Y tampoco menos, o no dará resultado…

El capitán tomó la preciada pieza con su mano enguantada y la depositó de nuevo en su bolsa.

—Por el precio que estás cobrando más te vale…

—Podría darte vino mandragorado, pero el riesgo sería aún mayor. Esto, por el contrario, viene de las mismas calles de Roma. Es de la mayor calidad. No está adulterado, como el de Alejandría. Y el precio es fijo, pero tengo que cobrarte el trayecto hasta aquí. Y los riesgos añadidos, claro…

—¿Qué estás insinuando?

—Que si quieres dormir a la virgen del rey… por algo será.

Corótico le miró con desconfianza. Quizás había revelado demasiado al mercader. Éste advirtió sus sospechas y levantó ambas palmas en señal de tregua.

—Me marcharé inmediatamente. Para lo que quieras usarlo es solo asunto tuyo.

—No pago solo por la adormidera, sino también por tu silencio —le advirtió.

—Mis labios son los de un muerto, amigo mío. Si no, no haría negocio.

El mercader tendió la mano y Corótico se la llenó con las monedas de plata prometidas.

—El sabor es muy desagradable, por lo que tendrás que camuflarlo. Con algo picante o dulce. Después, espera dos horas antes de intervenir, pero no más de ocho porque puede despertarse.

—¿Y estás seguro de que no sentirá nada?

—En cuanto lo tome le dara sueño. Después vendrán el hormigueo y los picores y el cansancio. Más tarde empezará a soñar despierta, ni siquiera sabrá lo que le pasa. Dudo que sienta nada de lo que le hagas. Simplemente, se acostará siendo virgen y se levantará como una mujer completa.

El mercader se echó entonces el manto por encima del hombro, se puso la capucha de la túnica y se inclinó un poco.

—Ha sido un placer hacer negocios. Aquí tienes algo para ti, cortesía de la casa. Para los dolores de guerra y esas cosas. Si necesitas de alguna otra piedra no tienes más que buscarme.

Le tendió un ungüento y se marchó.

Corótico levantó la preciada pieza que tan cara había pagado y la observó a la luz. Se parecía mucho al ámbar. El mercader la había llamado *mekone* y había hablado de una leche blanca, saliendo de las cabezas de una planta y transformándose en aquella cosa. Era tostada y ocre, con los distintos tonos del oro y la cerveza. Capaz de cumplir sus más inconfesables sueños.

—Me alegro de que estés aquí conmigo.

Niam apretó la mano de Gala, la esclava que era ahora su única amiga. Una de las pocas mujeres que podían entrar en la tienda de Cunedda, en la que estaba confinada desde que tenía el título de la virgen del rey.

El guardián las había dejado salir afuera para ver el atardecer y el encendido de las hogueras que marcaban el paso del otoño al invierno, una salida que era un verdadero respiro para Niam. Su encierro era tal que a veces tenía que levantar el cuero de la tienda, en la parte de atrás, para poder siquiera mirar el cielo. Gala y ella habían aflojado una de las piquetas para poder sacarla y meterla cuando lo necesitaban.

—Hoy llego a la cabeza de los dieciocho —dijo Niam.

Era su cumpleaños. Hacía ocho años completos que no veía a su familia.

—Cuando era pequeña siempre apostaba con Finn sobre cuál de los dos felicitaría antes al otro, porque cumplíamos a la vez, pero él siempre se me adelantaba. Muchas veces le pedí a Ciar que le distrajera y le cansara, por ver si así le daban ganas de dormir la

mañana, pero nunca daba resultado. Siempre acababa madrugando más que yo.

La primera felicitación era de Finn, pero el primer regalo era de Ciar.

Cuando eran más pequeños le entregaba algo tan simple como un huevo pintado con una cara sonriente o una concha bonita, pero a medida que se hizo mayor empezó a hacer de mensajero para algunos vecinos y a conseguir chucherías con que sorprenderla: semillas de glasto para su jardín, una cría de ganso como mascota, una cinta para el pelo teñida de azul, unas nuevas zapatillas de cuero blando y pálido o un par de cuentas de cristal para añadir a su collar.

Recordaba todos y cada uno de los detalles que su hermanastro había tenido. Ella, por su parte, siempre le hacía pastelillos con miel, que no le duraban más allá del desayuno, pero que se habían convertido en una tradición.

También recordó los paseos con su padre, Ciarán, que en esa fecha siempre la llevaba al mercado a comprarle un vestido y luego, en la vuelta a casa, se desviaba galopando por los alrededores de las granjas para que ella pudiera enseñárselo a sus amigas. Y las historias de Aífe, su madre de adopción, acerca del capitán Murchad, que hacían que Ciarán riera y llorara a partes iguales. La genealogía, para que no olvidara. Descendiente de reyes y reinas, decía, al otro lado del mar.

Al final del día, en aquel momento en que los límites con el Otromundo estaban más difusos, Ciarán siempre la llevaba afuera para ver los últimos rayos de sol. Entonces, entre susurros para que Aífe no le oyera, le hablaba de Olwen, su madre de nacimiento. Era como invocarla, de alguna manera, para que también participara de aquel día especial. Aportaban una pieza más de la historia de la Huella Blanca para que Niam la atesorara en su memoria.

Se llevó la mano al pecho y agarró con nostalgia el broche dorado, la joya de afecto que Aífe le había regalado el día de su partida a la escuela de Mona. Era el único vínculo físico que tenía con su familia. Después de ser capturada se lo habían arrebatado, pero al ganar el estatus de virgen del rey y después de mucho rogar a Cunedda, él lo había sacado del arcón de su tienda y se lo había devuelto. El caudillo estaba viejo, tenía ya 65 años. Veía a Niam como a una hija, o incluso como a una nieta, que le hacía compañía. La muchacha se había convertido en su pequeña debilidad.

El sol se ocultó finalmente tras las montañas de las Tierras Altas, que parecían un muro desde el campamento. Cuando el cielo estuvo completamente oscuro empezaron a encenderse las hogueras, una por una. Apenas destellos de llama, como puntas de lanza, ardiendo en la distancia. Era la noche de Samain.

—Si mi hermano Finn fuera una estrella, sería la de la mañana. Y si

lo fuera Ciar, sería la de la tarde.

Gala se estaba acostumbrando a aquellos estados en los que entraba Niam. Eran de inspiración poética pura, en los que se abstraía y se mostraba del todo ausente. Estaba convencida de estar contemplando a una poeta verdadera, como las que describían las leyendas. A una auténtica soñadora.

—Algún día él también tendrá que ir a Tech Duinn, a la Casa de Donn, el Oscuro, montado en su gran caballo rojo. A reclamar su lugar como Rey de los Muertos.

El campamento de Segontium había sido levantado en época romana con su foso, su terraplén, su empalizada y sus vías principales y los nuevos ocupantes habían reconstruido y reforzado cada una de las partes. A medida que el asedio a Mona se había dilatado, mes tras mes, se habían también habilitado barracones para almacenar la comida, las armas y las mujeres. Para evitar el tedio se fomentaban las construcciones —de muros, letrinas y torres— y se animaba a los capitanes a extender los saqueos en las aldeas limítrofes, hasta que se pudiera organizar otro asalto al santuario.

La de la isla de los druidas no era la única campaña de la región. Vortigern, el Gran Tirano, la quería limpia de irlandeses y así lo había ordenado a su vasallo, Cunedda. Los hijos del caudillo —siete de los ocho que habían migrado con él— habían conquistado la fortaleza de Dinas Ffaraon, que había pertenecido antiguamente a la familia de Serigi, el Irlandés, lo cual no había hecho sino encender la rabia y el odio del líder rebelde. Serigi había marchado a Mona para encabezar la resistencia, mientras que los parientes de Cunedda se hacían fuertes en Dinas Ffaraon, acosando sin tregua a los colonos irlandeses.

Las pequeñas hogueras de Samain ya se habían extendido por todo el campamento, protegiéndolo de los muertos y de los seres del Otromundo, a la vez que invocaban a los ancestros propios para lograr protección. Inclinados sobre los fuegos, los soldados recitaban sus genealogías y llamaban a sus santos protectores. Las historias que contaban sobre sus parientes celtas se alternaban con las de la vida del santo mártir Albano y la de san Ninian, apóstol de los pictos, mientras que los sacerdotes deambulaban por las arterias del campamento orando en voz alta.

Cunedda había ordenado que, después del banquete, los soldados bajaran al río para bañar a sus caballos. Ante la duda, mejor ejecutar todos los rituales, tanto cristianos como paganos. Pero antes de atender a los asuntos del espíritu, según la tradición, comerían cerdo y beberían cerveza hasta quedar ahítos.

—Este plato es para la virgen del rey.

El soldado que se presentó en la tienda tenía en la cara una cicatriz curva, como una luna menguante, que le abarcaba casi todo el lateral. Era uno de los hombres de Corótico. ¿No se habían marchado todos con el capitán a la Altura de Clota, a celebrar la noche con la familia real?

Le acompañaba un esclavo adolescente, que portaba una tabla de madera donde había cerdo cortado en lonchas, especiado con pimienta y regado con miel. Excesivo para una cautiva.

—Qué mala y caprichosa es la tercera edad —se lamentó el guardián de la tienda—. ¡Ni los capitanes se dan estos lujos!

—Tú vete a celebrar, que ya me encargo yo…

—¡Vosotras, volved adentro!

—Solo para la virgen —dijo el de la cicatriz—. La comida es solo para ella.

El guardián se encogió de hombros.

—Vamos, Gala.

—Es su cumpleaños. No quiero dejarla sola —protestó la esclava, resistiéndose a abandonar a su amiga.

—Órdenes de Cunedda.

El guardián la sujetó del brazo y tiró de ella, rumbo a los barracones. Durante el camino, miró un par de veces hacia atrás, hasta que la curva de la loma hizo que la tienda desapareciera de su vista.

Corótico sabía que, si no aprovechaba Samain, no se vería en otra ocasión igual hasta la fiesta de la Natividad.

De camino a la tienda del caudillo se felicitó porque todo hubiera encajado tan bien: las raspaduras de opio, camufladas entre la pimienta del cerdo; la marcha de Gala, que siempre le estorbaba los planes; el corpulento soldado de la cicatriz, que estaría ya guardando la entrada de la tienda; el esclavo al que utilizaría como chivo expiatorio, para cuando él desapareciera de allí sin dejar rastro; y la ira desatada para Cunedda cuando él fingiera volver de la Altura de Clota y se encontrara con que la preciada Niam, que tanto se le había prometido, había sido malograda en su ausencia.

¿Cómo aquel plan tan perfecto no se le había ocurrido antes?

Tanto esfuerzo por intentar intercambiar a Niam por cualquier otra virgen que ocupara su puesto… Tantos intentos por reemplazarla… Cuando lo único que tenía que hacer era quitarle la única cualidad que la hacía especial. Aquella por la que protegía al caudillo de toda clase de calamidades.

La solución siempre había estado al alcance de su mano.

—¿Está ya dormida?

—No la despertarían ni las trompetas de guerra de la Badb —afirmó

el soldado de la cicatriz, mientras le daba paso.

"Pues ni que fuera de oro la carne de la muchacha…", pensó el soldado, con algo de fastidio. Tenía la sospecha de que, si no estaban ya en la Altura de Clota, disfrutando del banquete de la corte, era por la obsesión del capitán con la cautiva. Por fin se acabaría aquel encono absurdo.

Corótico cerró la cortina de cuero a sus espaldas y contempló el hermoso cuerpo tendido de la muchacha. Pálido y cubierto aún con los ricos vestidos con que la vestía el monarca.

Por fin podía mirarla a solas, a salvo de los ojos del caudillo, los guardianes, las esclavas… Tomó aire, como si hubiera llegado al final de una larga carrera y pudiera permitirse el merecido descanso.

Había tenido que esperar dos horas a que el efecto fuera profundo, pero a Cunedda y a sus hombres les quedaba aún mucho banquete por delante y ni siquiera habían hecho el ritual del río.

¿Cuánto tiempo necesitaría para transformarla? Un instante, apenas. Menos de lo que tarda el sol en ponerse por completo.

Transformarla, por fin, de libre a suya.

Se acercó y se sentó junto al cuerpo de la muchacha para sujetarlo. Lánguido por el efecto del opio, se lo puso en el regazo. La tomó de la nuca y su delicada cabeza cayó hacia atrás con facilidad, levantando la barbilla y mostrando el cuello níveo, con la cabellera dorada colgando tras de sí.

Corótico disfrutaba moviendo sus formas articuladas, viendo cómo respondían a su contacto y sus deseos. Desató los cordones de su escote y deslizó el vestido por detrás de sus hombros, dejando a la vista una parte cada vez mayor del cuerpo blanco, deslumbrante. El secreto y la urgencia del robo hacían aún más excitante el encuentro. La besó levemente, procurando no despertarla, mientras la rodeaba con un brazo para erguirla y su otra mano se adentraba en las profundidades de su vestido, buscando las formas de su pecho.

Quería disfrutar de cada momento prohibido. Empezó a levantarle el vestido desde los tobillos, palmo a palmo hasta los muslos. Después se concedió un arrebato y se lo sacó del todo para apreciar su desnudez completa. Le pareció fascinante, un tesoro mayor que cualquier otro que hubiera podido pedirle a Cunedda y se reafirmó en que toda la humillación y las penurias del interminable asedio a Mona habían merecido la pena. Simplemente, no podía esperar más. No podía pedírsele a nadie que estuviera tanto tiempo junto a las puertas del Cielo, observando sus verjas doradas y floridas, sin pisar el umbral. La necesitaba demasiado. Se estaba empapando por la clandestinidad y el deseo mismo.

Tenía las manos sucias de tierra y se las frotó contra el uniforme antes de cubrirle el sexo con la palma. Sus dedos acariciaron el vello

color miel para absorber la tibieza que desprendía. Cerró los ojos. Se sumergió en el pozo sublime de la anticipación.

El golpe en la cabeza fue repentino y no le dio tiempo a asimilarlo. Antes de recuperarse, otro golpe en el pecho, con algo sólido y largo.

No entendió qué pasaba ni de dónde había venido, pero su experiencia de guerrero se impuso y giró sobre sí mismo hasta ver a un muchacho menudo, apenas un adolescente, delante de él con una lanza. Del fondo de la tienda se coló una ráfaga de aire. Había una piqueta suelta.

Se volvió por los gritos y el choque de las armas en la entrada principal, mientras que su ánimo se desplomaba de golpe, rayando la desesperación. El cuero de la tienda se abrió de pronto y mostró la severa faz de Cunedda, espada en mano.

El caudillo hizo una señal al muchacho, que se apartó hasta el fondo de la tienda y colocó otra vez la piqueta en su sitio. Gala se precipitó a cubrir a Niam con un manto, pero Corótico la hirió en el brazo, arañándola de arriba abajo, de pura ira que le consumía. Dos soldados se apresuraron a protegerla, a la carrera, con un ruido de metal en sus andares.

Cunedda levantó la voz:

—¡Además de incapaz eres un traidor! Puedes regresar definitivamente a Clota. No necesito serpientes rondándome la tienda.

Corótico se mordió el interior del labio hasta hacerlo sangrar. Era absurdo. Él era un príncipe. ¿Cómo iba Cunedda a poner en peligro la alianza con Clota? Y todo por no dar su maldito brazo a torcer.

Pasó entre guerreros, amargo y humillado. Protegido tan solo por el linaje de su padre. Cuando terminó el pasillo dejó de temblar de furia, se reunió con el soldado del rostro cicatrizado y abandonó el campamento.

Cunedda se quitó entonces la tira de cuero negro que le ceñía la fuerte cabellera canosa. La miró con cansancio y advirtió en ella un cabello enredado, naranja como una filigrana de cobre, recuerdo de otros tiempos en que había sido joven.

—Buscad una virgen nueva —sentenció, derrotado.

—Pero, Niam está intacta… —la defendió Gala— ¡Hemos llegado a tiempo!

—Lo siento, muchacha, pero no puedo correr ningún riesgo. A partir de ahora Niam es solo una esclava más.

8

El obispo Patricio

Primavera del 453 d.C.

Ciar caminaba sin rumbo fijo por la choza, sin conseguir que Scél se callara y, pese a toda la paciencia y la buena voluntad con que se había armado al principio, ya desesperaba.

—¿Habéis llamado a la nodriza?

—Ahora mismo voy a buscarla —contestó Úna.

Escurrió los pañales de lino en un balde horadado en la base de un tronco. Había logrado convencer a Ciar de que dejara en paz a Áine, para que ella se levantara y se fuera acercando al niño poco a poco. Pasarían quince lunas hasta que volviera a verla.

—¿Qué les gusta a los bebés?

—Que les canten. Que les hablen suave. Que les susurren y que les abracen. Prueba a ponerlo boca abajo.

Pero Ciar ya había colocado a Scél en todas las posiciones posibles, sin éxito. La única experiencia que tenía con bebés era la de sus hermanos y él mismo era demasiado pequeño en aquella época como para acordarse. Sí que tenía en mente las historias de Aífe sobre cómo Finn comía poco y mal desde que había nacido y que estaba siempre intranquilo. Sus cólicos y sus eternas lloreras hacían que al final todos los miembros de la familia se marcharan de la choza al silo, de pura desesperación, para poder dormir algo porque de nada servían los paseos, las canciones o el balanceo de la cesta, suspendida del techo. Mientras Finn lloraba contra el cuerpo desnudo de su madre, dejándola empapada, el resto se tapaba los oídos bajo los juncos y las pieles. Aífe decía que al niño la oscuridad le daba miedo, que solo se calmaba con la llegada de la luz. Ciar esperaba que su hijo no hubiera heredado el carácter de su tío y mucho menos sus ridículas inclinaciones religiosas.

—No tienes por qué hacer esto, Ciar. Eres un hombre y, además,

eres el rey. Déjanos hacer…

"Yo seré su padre y su madre", recordó. Por supuesto que no tenía obligación. Solo quería estar con él. Alguien tenía que hacerlo, ya que su madre no estaba.

Hizo llamar a Irél y le pidió que contara una historia, pero con tanto grito el druida vio imposible empezar. Llamaron entonces a la nodriza para que volviera a ponérselo al pecho y los oídos de todos, por fin, pudieron descansar. No importaba si tenía hambre, sueño o, simplemente, estaba molesto por cualquier dolorcillo. Aquello nunca fallaba.

Úna se levantó las faldas y se puso entre las piernas un cesto que tenía a medio trenzar. Se echó el aliento en las manos y se las frotó en los muslos para calentar los dedos y prepararlos para la labor.

—Dame el pie —pidió Irél a Ciar.

—¿Cómo se fundó la colina de los Mellizos de Macha, en el norte?

—No es difícil. La tribu de Nemed, el Sagrado, llegó por mar treinta años después de la gran plaga. Su hermosa mujer le acompañaba y por entonces no había en Ériu más que la raza de los fomorianos, de terrible aspecto, con lo cual ella se convirtió en la más agraciada de toda la isla. Se llamaba Macha.

Úna llevaba la labor muy avanzada. Tenía las manos curtidas de tanto trenzar los juncos.

—Llevaba el cabello rubio y suelto, flotando detrás de ella como un aurora creciente que iluminara sus pasos. Y sus ojos verdes eran como gemas prendidas en la tela de aquel íntimo amanecer. Cuando Macha bajó del barco y pisó las tierras de Ériu, estas se volvieron más verdes con su luz y su contacto. Los árboles se inclinaron y algunos incluso se desgajaron de su raíz para abrirle paso y dar a la expedición madera con que construir sus casas y alimentar los fuegos de sus hogares. Decían que los bosques se sacrificaban voluntariamente por ella, que no había que tirarlos con el hacha. Caían a tierra y se dividían a su paso. El contacto de sus pies domaba la superficie que pisaba y así, en su trayecto hacia el interior, brotaron tres lagos, el terreno se aplanó y se fundaron doce llanuras, pues el nombre de Macha significa, precisamente, "llanura".

Úna lo mismo hacía un cestillo pequeño que un cesto grande o un canasto. Le había enseñado su abuela, que había trenzado desde que era niña y era la mejor maestra cestera que había tenido la Llanura del Cisne. En los días largos de mal tiempo en que el resto de las mujeres se afanaban en el telar y el huso, Úna aprendió las destrezas que habían hecho famosos los cestos de su familia. Con cambios sutiles en el color de las maderas, rojizas, pálidas, ocres, pardas. Con tapa o sin tapa, con asas simples, dobles o cuerpos planos como cuencos. El mercado estaba lleno de los cestos de la muchacha, tan pequeños

como un puño para las nueces o tan grandes como para un caldero. Las manos de Úna eran más jóvenes y, en los últimos tiempos, más rápidas que las de la abuela, pero ya igual de callosas.

—Sin embargo, el próspero viaje de Macha no duró mucho tiempo, pues a las doce lunas, después de haber recorrido gran parte de la isla con los pasos poderosos de los hombres antiguos, Macha murió. Se subió a la colina para ver el alba y un pensamiento funesto le cruzó la mente y se le instaló en el corazón, rompiéndolo en mil pedazos. Había visto la Gran Guerra de Cuailnge, donde tantos morirían. Cuando Macha profetizó toda esta destrucción se bajó de la colina y sus últimas palabras fueron para que el resto de la tribu construyera un hospital, la primera Casa de la Pena. Para que cuando llegara la Gran Guerra los hombres tuvieran un lugar donde pasar su dolor. Entonces la enterraron en un lugar cercano y construyeron una nueva colina, los Mellizos de Macha, y ahí es donde duerme hasta el día de hoy.

Ciar comprobó complacido cómo el niño, pese a contar con el consuelo de la leche, no se había dormido. Había escuchado la historia desde el principio hasta el final, tranquilo y silencioso, con los ojos completamente abiertos, como solía hacer Niam. Quizás había heredado de ella su vocación poética.

Supo entonces que "portador de la historia" era el nombre adecuado, el verdadero. No se había equivocado con él.

Sin embargo una sombra le perturbaba al mirarle: la promesa que le había hecho a Úasal, la bruja, el día en que nació. El pago que había acordado para salvarle la vida.

No quería ni pensar en ello. ¿Cómo iba a cumplir algo así?

—¡Padre, no puede dejarme atrás! ¡Otra vez no!

Patricio sabía de la obstinación de Finn y se había preparado a conciencia para enfrentarse a él. En su mano sostenía aún la carta de Britania. La respuesta inesperada de sus superiores a la petición de dinero: "Regresa de inmediato. Tu ordenación te espera".

Habían convocado elecciones episcopales. Una de las sedes tenía que haberse quedado libre porque no había nada más incómodo para el alto clero que un obispo errante. Pero él no tenía previsto quedarse allí. Solo quería ir, obtener la plaza y volver cuanto antes a continuar con la misión. Un trámite.

Era una llamada muy extraña. Él era demasiado joven para ser ordenado, aunque ya se habían visto otras carreras fulgurantes: diáconos con buenas conexiones en Roma, que ascendían a toda velocidad; jóvenes de prósperas familias, bien situadas; ciudadanos muy queridos en sus congregaciones… Algunos hombres ilustres y

poderosos, adinerados, habían sido directamente propuestos para el episcopado por sus comunidades, sin haber pasado por ninguno de los grados del clero inferior. Él era sacerdote desde apenas unos meses y ahora le llegaba esta oportunidad… esta preciada, imprescindible oportunidad.

Como obispo podría excomulgar, arbitrar en juicios, consagrar el óleo… Y lo más importante: podría ordenar a otros sacerdotes, dejarlos en las tribus para que hicieran su labor. El trabajo se haría mucho más deprisa. La palabra de Dios se escucharía en todos los rincones.

—Después de tu enfermedad eres como un inválido que necesita aprender a andar —respondió Patricio inflexible, ante las súplicas de Finn—. No puedo llevarte a Britania. Nos retrasarías.

Lamentaba hablarle así, pero tenía que descansar. Había estado postrado e inconsciente durante dos meses, por amor de Dios. ¿Y si tenía una recaída?

—¡Aquí seré inútil para la Iglesia! —se lamentó Finn, desesperado — ¿Qué voy a hacer en este castillo? ¿Pasearme por el salón de hidromiel? ¿Deleitarme con el sonido de las arpas?

—Tengo una pequeña misión para ti. Ve al noreste, hasta un gran fiordo que llaman el Lago de los Puertos, y espérame allí. Hay familias en el Fuerte de Celtchar, que han pedido el bautismo. Todos quieren seguir el ejemplo del rey y entrar en el rebaño de Dios. Prepara a la comunidad para cuando yo vuelva de Britania y luego marcharemos al oeste, desde allí mismo. Te doy mi palabra.

Se envolvió en el manto, se cruzó el zurrón y se dirigió a la salida de la hospedería, pero se detuvo un momento en el marco. A punto estuvo de dejar ahí la conversación, pero algo se le revolvía por dentro.

—Será mejor que no escribas a Ceara —le dijo, antes de marcharse para embarcar.

Ahora que Finn estaba en la capital, en un punto fijo y no itinerante, la tentación de escribirse con ella era demasiado grande. Alimentaría sus pensamientos y su fantasía. Una mujer casada. Solo una obstinación imposible, que no podía sino añadirle penas a su espíritu.

Y, sin embargo, Patricio sabía que al mencionarla la había hecho aún más presente, la había traído de vuelta a su mundo. Cuando lo conveniente era que la olvidase por completo.

El clima respetó a Patricio durante la travesía y fue clemente hasta casi el desembarco. Durante el medio día que duró su viaje mantuvo el corazón apretado como un puño dentro de su pecho. Tenía que volver

con los suyos, de los que estaba cada vez más distante, debido a la misión… ¿Qué sabían ellos de los sufrimientos y peligros a los que se enfrentaba a diario? Ellos, diáconos, sacerdotes, obispos, que vivían acomodados, arrellanados en sus sillas de poder. No podían comprenderle. Tampoco sus antiguos amigos, sus maestros… sus padres los que menos. Había tenido que dejarlo todo atrás.

Cuando puso el pie en el puerto el viento estaba cogiendo fuerza y tuvo que calarse la capucha de la túnica. No recordaba en Britania un clima tan nefasto. Allí siempre había tenido refugio, entre los muros la villa familiar, no como en Hibernia.

Pidió que le llevaran directamente a la palestra romana, que habían reconvertido y se utilizaba para cualquier evento público. Las elecciones tenían lugar ese mismo día. La idea de ver a sus padres era demasiado complicada, le creaba un remolino de sentimientos encontrados. Prefería dejarlo para después.

—Si me elegís os prometo que os representaré con intenciones que van más allá de la dignidad y que buscarán la excelencia —cuando llegó, cansado de viento y de sal, encontró en el estrado a Donato, uno de sus dos rivales para el puesto—. Me esforzaré porque seamos escuchados y valorados, porque se defiendan nuestros intereses como cristianos, como miembros de esta iglesia. Mi diócesis será próspera, pródiga en bendiciones. Os pido vuestra confianza para elegirme como guía. ¡Dejad que os ayude!

Donato era un noble bien conectado con Roma, sin apenas carrera religiosa.

—No es más que una garrapata bien vestida.

El bajo clero murmuraba pestes del recién llegado, sentado en el lateral. Para los sacerdotes locales no era más que un advenedizo, que se abría paso a golpe de sólidos de oro, pero era la tríada de los obispos la que tenía que juzgar: habían venido el metropolitano de Corinium y dos más. El mínimo para una ordenación.

—¡Ayúdanos! ¡Te necesitamos, Donato! ¡Eres nuestro salvador!

Las voces del pueblo se levantaban entusiastas en el patio de audiencias. Tenían enfrente a un rico propietario, un vecino respetado por la comunidad, capaz de hacer llegar una demanda, una carta de recomendación, de impulsar cualquier proyecto y de meter en cintura a los poderes civiles en defensa de la fe… Los pilares de su discurso eran claros: hablaba de bienes, de intereses, de prosperidad. Términos materiales y palpables.

Patricio se dio cuenta de que, mientras le escuchaba, no había dejado de rascarse los brazos. Se había remangado y la piel estaba blanca con los arañazos. El nivel de oratoria de Donato era excelente. Hacía lo que quería con las palabras. Temía el momento en que llegara su turno y todos constataran lo pobre de su retórica, que había

quedado truncada por el infortunio. Todos conocían su historia de supervivencia, su secuestro a manos de piratas cuando era un adolescente y su prolongada esclavitud, pero eso no hacía que su torpeza fuera menos vergonzosa. En Hibernia no era lo mismo. Allí nadie le conocía. No tenía aquella presión, pero en Britania…

De pronto atisbó entre el bajo clero un rostro amigo, familiar: Valerio había venido. Aquello le tranquilizó. Era un punto de apoyo. Un lugar donde anclar la mirada cuando le tocara hablar.

—¡Y es por eso que debéis escogerme como obispo!

El noble Donato se desplazó del estrado, no sin antes dirigir una mirada cómplice a los tres jueces, pero ellos permanecieron serios e inmutables. El pueblo, sin embargo, había estallado en aplausos.

Patricio se bajó las mangas y agarró con fuerza las notas de su bolsa. Subió los escalones de piedra, mirando al suelo. A cada peldaño la presión le apretaba más en la garganta.

Estaba acostumbrado a sacar fuerzas en los momentos tensos. Haría lo que pudiese con las escasas armas que tenía, como siempre. Recorrió con su mirada la pequeña extensión de la palestra, mirando a Valerio para apoyarse en él.

—Yo soy Patricio, hijo de Calpurnio, nieto de Potito. Nacido y criado en esta misma ciudad de Banna Venta Berniae, hasta que fui separado de ella contra mi voluntad. Desde entonces he servido a Dios en cuerpo y alma, hasta el punto de ponerme en peligro si era necesario, en lo que considero es Su suprema voluntad. Soy pecador, soy imperfecto, mi discurso no es el mejor… —uno de los obispos bajó la vista y se cubrió el rostro con la mano. En lugar de un alegato parecía que Patricio estuviera haciendo una lista de todas las razones por las que no debían votarle—. Soy como cualquiera de vosotros. He estado lejos, pero eso no significa que no os conozca…

Se quedó sin voz, mirando los rostros anónimos de la multitud. Cerró los ojos e intentó recuperar las palabras, pero no le salían. La gente le miraba expectante. Algunos empezaron a murmurar.

No podía seguir con aquella defensa de sí mismo. Quizás les conociera, al nivel en que conocía la naturaleza común a todos los hombres, pero aquellos ya no eran sus vecinos. E iban a seguir sin serlo. ¿Cómo iba a pedir el apoyo de una comunidad en la que no iba a quedarse? Su propósito era tomar lo que necesitaba y volver a Hibernia lo antes posible. No tenía intención de comprometerse con ellos ni con sus problemas. No podía engañarles.

Se frotó la sien para quitarse las gotas de humedad. La lluvia era igual en ambas islas. Quizás había hecho el viaje en balde, pero… no podía prometer lo que no estaba dispuesto a dar: su compromiso que era, al mismo tiempo, su libertad.

—Dios me ha puesto en este camino y trataré de recorrerlo lo mejor

que pueda. Con todas mis fuerzas y toda la voluntad de que dispongo. En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Regresó el silencio. Todos esperaban que dijera algo más, pues aquel había sido el discurso más corto que nunca pronunciara un candidato a obispo. Sin promesas, sin buenas palabras y sin alabanzas. Las miradas seguían clavadas en él, algunos se ponían de puntillas entre la multitud, otros se miraron desconcertados. Se oyó una tos.

Entonces unos hombres jóvenes y robustos, que Patricio no conocía, se adelantaron en las primeras filas y empezaron a aplaudir y a lanzar vítores a su favor. Los tres obispos jueces les secundaron y el resto del público pronto se contagió. El bajo clero estaba estupefacto.

Finalmente cesó el ruido y la gente se calmó.

Subió entonces el tercer y último candidato, un sacerdote cuya labor era conocida por todos en la ciudad. Destacaba por su devoción, por sus largos años de trabajo entre los vecinos y por conocer en profundidad sus problemas: el propio Valerio se había presentado.

Patricio sonrió. Definitivamente, había realizado el viaje en balde. El que tenía delante era el hombre con más mérito que conocía. Alguien capaz de dejar atrás el lujo y las influencias terrenales para trabajar de verdad en los campos del Señor, choza por choza, alma por alma, siempre arremangado. Un hombre humilde capaz de perdonar lo imperdonable: el pecado de juventud que él mismo le había revelado, bajo secreto de confesión, hacía ya años. Cuando todavía estaban en el seminario.

El bajo claro estaba con él y el propio obispo de Corinium debía de conocer su buena labor entre los pobres. Sí, estaba claro. Lo justo era que Valerio obtuviera la sede.

Su discurso fue modesto, práctico y breve. Habló de una basílica que necesitaba reformas, de aumentar las visitas a los enfermos, de ampliar los terrenos para el cementerio. Un discurso que se convirtió en un listado de tareas pendientes y que no recibió mucho entusiasmo. Sus hermanos sacerdotes fueron quienes le dieron más apoyo.

Se adelantaron, entonces, los tres obispos del tribunal.

—Entonces, ¿a cuál de ellos queréis? ¿A Donato, a Patricio o bien a...?

—¡A Patricio! ¡A Patricio!

Los jóvenes que habían aplaudido su discurso se habían subido en escabeles que traían con ellos. Se apoyaban en varas para hacer ruido contra el suelo.

—¡Patricio! —gritaron unos niños, también desde la primera fila, saltando con todas sus fuerzas.

—¡Nombrad a Donato! —algunos nobles vocearon desde el fondo, poniendo sus manos alrededor de la boca para aumentar el sonido, pero se encontraban lejos del estrado—. ¡A Donato, hombre! ¡Si está

clarísimo!

—¡Patricio! ¡Patricio! —siguieron aclamando los niños y los jóvenes, golpeando el suelo con sus varas—. ¡Patricio es el mejor!

Los tres obispos se miraron y asintieron, ante el disgusto evidente del grupo de sacerdotes. El propio Patricio estaba perplejo.

—Sea Patricio entonces. La imposición de manos será mañana mismo.

Cuando todos en la plaza ya se habían ido, los niños representaron una pantomima de lo que había pasado, subiéndose por turnos al estrado, improvisando discursos que no tenían sentido. Después de cada actuación, gritaban desde sus escabeles: "¡Queremos a Patricio! ¡A Patricio! ¡A Patricio!".

Gala puso su mano sobre el hombro de Niam que, desde el frustrado asalto de Corótico, había pasado intranquila muchas noches. Las ojeras se marcaban en su joven y pálido rostro y se la veía demacrada por la falta de apetito. La esclava amiga lamentaba verla así, con los huesos marcados a través de la túnica, con los cinturones de pedrería cada vez más holgados, necesitados de alfileres para que no se le escurrieran hasta el suelo.

Sus desvelos no venían tan solo por la incertidumbre del futuro. Se había percatado, de pronto, de lo vulnerable que era. Estaba sola, sin familia ni tribu que protegiera su sueño. Cada vez que caía la oscuridad se sentía expuesta: cualquiera podía entrar en la tienda, amparado por la noche, por las hierbas, por el vino… y agredirla. Cualquiera, de hecho, podía matarla si lo deseaba. En cualquier momento. Había perdido la tranquilidad y la confianza. Sin el favor de Cunedda estaba perdida.

El anciano conquistador, sin embargo, no se decidía por una sustituta.

Recibía a las muchachas con regularidad: hijas de esclavas, aldeanas secuestradas de las tribus vecinas e incluso jóvenes de la nobleza aliada, de soldados, de capitanes… pero las rechazaba a todas. Ninguna era como Niam. Ninguna sabía componer, recitar, curar los dolores de sus pies y acompañar, en definitiva, su soledad, como lo hacía ella. La mayoría de las niñas que traían ante su silla venían aterradas… Para ellas era un castigo. En cambio, para Niam, ser la protegida de Cunedda era sinónimo de salvación y privilegio. Un escudo frente a todos los Coróticos.

Gala se arrodilló junto a ella y acercó la lucerna y los cordeles para trenzarle los cabellos. Utilizó un poco de óleo sagrado para que el rubio brillara todavía más, aunque sabía que los sacerdotes se enojarían, de enterarse. A ella no le importaba. Todo era aceite, ¿qué

más daba uno que otro? Si no querían que se malgastara, haberlo guardado en un templo y no en una tienda de mujeres.

—No pudimos celebrar tu cumpleaños entonces. Lo haremos ahora, ¿te parece?

La tristeza de Niam se alivió un poco.

—Y, ¿cómo lo hacemos?

—Pues como se hacen todas las fiestas y festines del mundo. Gastando y derrochando. Así que saca del arca esos perfumes, pinturas y joyas que el caudillo te da cuando se le aflojan las piernas y vamos a gastárnoslo todo, todito.

Niam sonrió un poco más.

—¿Estás segura de que podemos hacer eso?

—Pues claro que estoy segura. ¡Ya le pediremos más al Buen Perro! Seguro que lo entiende. Las mujeres somos así, gastonas y caprichosas. Nos gustan las cosas bonitas. Él también habrá tenido madre, hermanas, esposas e hijas, digo yo. No se enfadará mucho, ya lo verás.

—Es una pena arreglarnos tanto cuando no nos va a ver nadie…

—¿Ves? Ya te salió la vanidosa que llevas dentro. Sabía yo que eras más que cabeza y poesía y ofrendas divinas y que debajo de esas túnicas había una chica presumida. Venga, póntelo todo que para darnos alabanzas ya nos tenemos tú y yo y no necesitamos de nadie. Nos ponemos todas las joyas, las unas encima de las otras, como las reinonas de nuestros antepasados. ¡Hasta que nos duela el cuello y los hombros del peso!

Niam se puso su mejor vestido y las joyas y ya se daba los polvos blancos. Decían que el estaño podía no ser bueno, pero en aquella región del mundo no había nada que abundara más. Un poco de polvo de mica y el cutis brillaba como estrellas molidas. Unas gotas de agua de rosas, dignas de los jarrones de una *mansio*, y no haría falta más.

—¿Sabes dónde sería estupendo ir? ¡A una boda! —bromeó Gala— De niña era lo que más me gustaba. Bueno, como a todas, ¿no? La novia… el novio… las flores y la música de las flautas.

—Hace años que no voy a ninguna…

—A la esposa del rey, en mi tribu de los *belgae*, le gustaban tanto las bodas que no hacía más que organizar encuentros, enredos y chismorreos para provocarlas. Y cuando no había ninguna montaba una especie de teatro, como los de los romanos, con las bodas de los héroes de las sagas. Y cuando esto tampoco funcionaba se colaba en las bodas de las otras tribus, sin que la invitara nadie, solo para pasearse emperifollada con sus mejores vestidos y joyas. Decía que pasa como con las cacerolas, que se estropean de no usarlas. Que los vestidos y las joyas también se mueren de tristeza cuando no hay nadie que los mire.

—Me encantaría ver lo del teatro…

—Oh, hermosa doncella —improvisó Gala, hincando la rodilla en el suelo—, mi padre desearía hablar con el tuyo acerca de nuestro posible contrato.

—¡Qué descaro! ¡Pero si aún no me has regalado ninguna prueba de amor! —protestó Niam con fingido enojo.

—Sirva para ello esta… ¡Esta cuchilla de afeitar barbas! —improvisó.

—¡Espléndido! ¡Eso servirá! Espero que tengas también un precio de novia adecuado.

—¿Qué tal unos pastos de mi familia con doscientas vacas?

—Mmm…. Prefiero un jardín de hierba pastel. ¡Con flores amarillas como el oro!

—¡Sea! ¡Todo para mi novia! Hala, pues ya está. ¡Ya estamos casadas!

Gala abrazó a Niam y ambas se echaron a reír. Las dos se sintieron felices por tenerse una a la otra. Sus sufrimientos parecieron, por un momento, insignificantes.

—Ojalá podamos encontrar en algún momento el amor… —susurró la esclava cuando las risas se apagaron.

—Ojalá…

Finn separó con cuidado los pliegos de *vellum* de ternero que aún llevaba en su saco de viaje. Los contó en silencio, a la luz de unas brasas exiguas, mientras la hospedería de Caisel dormía, entre ronquidos y quejas.

Los pliegos sumaban una treintena y Patricio traería más desde Britania, con toda seguridad. Podía conformarse con medio, si utilizaba un cuchillo afilado y luego se esforzaba por dejar poco espacio entre las marcas *ogam*. Solo usaría la mitad de aquella piel finísima y preciada para poder decirle a Ceara que al fin tenía un destino fijo, que iría al Fuerte de Celtchar, que si se daba prisa aún podían alcanzarle sus palabras. Lamentaba aquellos dos meses que había perdido en cama y de los cuales nada recordaba. Si hubiera avisado a Ceara a su llegada… ya tendría una carta suya entre las manos.

Cuatro misivas había enviado ya a la muchacha sin esperar nunca respuesta. Él siempre estaba itinerante, sin poder anticipar su siguiente destino, cuándo llegaría ni adónde. Todo en su vida era incierto. Y después de la parada junto al Lago de los Puertos, lo sería mucho más. Solo habría más viajes: semanas, meses de existencia nómada, buscando a cristianos dispersos en las chozas de esclavos. Intentando convencer a sus nobles y reyes de las bondades que podía depararles el Cielo.

Pero su maestro lo había desaprobado. Había puesto una barrera invisible entre ellos.

A Finn le resultaba impensable cortar toda comunicación con Ceara. ¿Acaso un hombre y una mujer no podían tener una amistad? El maestro no comprendía. Él no podía entender, más allá de las apariencias. Solo sabía que ella era una mujer casada, pero desconocía sus circunstancias tristes, su soledad. No sabía que su marido no era más que un anciano y que pronto ella enviudaría. Entonces podría tomar el velo o volver con su familia de origen o quizás… quizás podría formar una familia con otro hombre. Con uno que la amase de verdad.

No podía abandonar así su correspondencia. Ella estaría esperándola. “Escríbeme siempre, allá donde vayas. Y yo te avisaré cuando todo termine”, le había pedido ella.

Se puso a escribir junto a una lucerna.

A Ceara, hija de Murchad, Imlech.

Mi corazón mira hacia ti y cabalga sobre mares de hierba.

Llevo en él tu recuerdo como la paloma blanca del santo Espíritu de los Salmos.

Espero que Dios te guarde con amor en su palma hasta que llegue el día próximo en que pueda verte.

Mientras tanto, escríbeme al Fuerte de Celtchar.

Finn mac Ciaráin.

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. AMEN.

En la villa familiar de Patricio los excesos en música, comida y bebida no podían ser mayores. Su padre, Calpurnio, había bebido tanto que le lloraban los ojos de reírse por tonterías. Su madre, orgullosa, no cesaba de repetir “cuán importante se ha hecho mi niño, ahora que ya es obispo”. Los esclavos iban y venían de las cocinas para reponer bandejas de caza, fruta y jarras de vino. El sonido de las flautas traveseras y las panderetas era ensordecedor y hasta las estatuas habían sido vestidas con túnicas de seda pálida y coronadas con guirnaldas de flores, como si fueran también invitados silentes, haciendo el efecto de una fiesta concurrida.

Patricio, en cambio, permanecía serio, casi enojado. No le había dado tiempo ni siquiera a explicarse. Al llegar a la villa, después de las elecciones, se había encontrado con que el banquete ya estaba

dispuesto, como si nunca hubieran dudado de que iba a ganar. Y para su familia la victoria solo podía significar que Patricio permanecería allí, en Britania, con su congregación. Con ellos…

No había tiempo para celebrar. Pediría el traslado y zarparía en el primer barco. Era insultante aquel desperdicio de recursos, cuando tanta falta hacían al otro lado del mar.

Calpurnio le dedicaba toda su atención. El decurión seguía sonriendo, pero su mirada era triste y Patricio ya no estaba seguro de si sus lágrimas eran de risa o más bien de lástima. Podía leer sus pensamientos: "Mi hijo Patricio, la víctima, el traumado. Al que robaron toda posibilidad de disfrutar de nada, ni siquiera de su propia fiesta. Incapaz de sentir ya ningún placer. Condenado a la austeridad de un esclavo de por vida. Mi pobre hijo, liberado de cuerpo, pero cautivo de espíritu. Triste, irrecuperable". A Patricio le parecía que aquella mirada de lástima nunca se borraría del rostro de su padre.

Cuando se marchó el último invitado todavía estaban ambos, padre e hijo, descansando en sus respectivos bancos. Patricio no había querido tumbarse a comer a la manera romana. Siempre lo había hecho así durante su infancia, pero ahora le parecía poco apropiado, ostentoso. Le resultaba incómodo. Al principio había intentado imitar a los comensales, pero pronto había adoptado una posición sedente.

—Hay una hermosa *mansio* en venta que podemos convertir en tu residencia… —a Calpurnio se le veía exultante— Si es que no te gusta la del obispo anterior. Pero esta que te digo está más cerca de nuestra villa y…

—Eso no será necesario, padre.

—¡Bien! —resolvió Calpurnio, incorporándose— Nuestra vieja casa no está tan mal, ¿no? No quieres complicarte y lo entiendo. Tu habitación está disponible, con tus tablillas de cera y tu mesa de trabajo… No hemos tocado nada…

—Padre, no voy a quedarme aquí —dijo, mirándole a los ojos. Tan serio que resultó agresivo.

—¡Lo entiendo! ¡Lo entiendo, hijo! ¡No solo eres ya un hombre, sino que tienes un puesto de enorme importancia! Ha sido absurdo pedirte que quedaras bajo el gobierno doméstico de un viejo como yo, volviendo a tu cuarto de mosaicos de centauros, como cuando eras crío… Entiendo que debes tener un lugar propio donde hacer tus recepciones, dar tus banquetes, albergar pupilos y trabajar con tranquilidad. Una buena casa donde llevar a tu esposa, cuando la tengas… Porque eso tampoco puedes descuidarlo…

Patricio se frotó los ojos con el dedo índice y el pulgar. Calpurnio, febril, no quería escuchar. Nunca lo había hecho porque era el cabeza de familia y él "solo era un niño" y, además, dañado. Lo mejor era decirlo sin rodeos.

—No voy a quedarme en Britania. Pediré mi traslado para volver a Hibernia.

Calpurnio se quedó mudo y el color se fue de su rostro.

Fue como si le vaciaran de sangre, de entrañas… hasta volver su cuerpo reseco y de piedra. Patricio pudo observar cómo bajaba otro escalón más hacia la decepción absoluta. Estaba claro que, si una sede episcopal no podía atar a su único hijo a su familia, nada lo haría.

Su padre, sin embargo, se recuperó más rápido de lo que esperaba, pero en su rostro ya no había lástima sino ira contenida.

—Nada te basta, ¿verdad? Ni la riqueza ni las tierras ni los títulos. No puede un hijo ser más desagradecido y egoísta… ¡Todo lo desprecias! ¡Todo lo destruyes!

—¡No estoy destruyendo nada! ¡Solo quiero ser libre!

—¿Libre? —se rió Calpurnio— ¿Libre? ¡Tú ya nunca podrás ser libre! Te quitaron la libertad aquellos escotos malnacidos que te hicieron un esclavo para siempre.

—Libre de tus imposiciones… Libre para servir a Dios…

—¡Y has venido aquí para eso mismo! ¡Aquí, en tu casa, que es donde tienes que estar! ¡Donde te necesitamos todos! ¡Aquí está tu sede y no en otra parte! —gritaba Calpurnio, cada vez más alterado.

—No puedes entenderlo, padre. No puedes. Dios me ha otorgado esta sede, es verdad… pero no es para que le sirva aquí, sino allí.

—Así que Dios te ha dado esta sede, ¿eh? A veces me parece que los bárbaros te vaciaron la cabeza con una cucharilla.

Se sentó. Hincó los codos y se desplazó hacia adelante.

—Esta sede… —continuó en un susurro agresivo— te la ha dado el abuelo de tu abuelo. Y su padre. Y mi padre. Esta sede te la ha dado tu familia. Te la he dado yo, como te lo he dado todo en tu vida: educación, la mejor comida, la mejor ropa… Y lo más importante: tu apellido y tu posición. Esos que tú tanto desprecias y por los que cualquier muchacho mataría. ¡Me lo debes todo!

Patricio tragó saliva y a su mente acudieron aquellos hombres jóvenes, con sus varas y sus escabeles preparados, que ni siquiera tenían por qué ser cristianos. Los niños harapientos dando saltos en primera fila, deseando quizás que toda aquella farsa acabara solo para recibir las monedas prometidas a cambio de su apoyo. Y los obispos no lo habían dudado. Aquello era simonía en su estado más puro y él no había sabido verla. O quizás no había querido.

—Los compraste… a todos ellos.

—¡Pues claro que los compré! ¿Por qué iban a elegirte, si no? Cuando pedían a Patricio como obispo no sabían ni de quién estaban hablando. No has trabajado por ellos ni un solo día. ¿Llegas aquí siendo un extraño y pretendes que te aclamen? ¡Renuncia, si tan asqueroso te parece! —exclamó— Todo se te ha dado como un regalo,

Patricio, y tú insistes en pisotearlo, en revolcarte en ese estercolero del otro lado del mar. ¿Crees que no sé que estuviste en peligro hace poco? ¡Te vigilo, te protejo y velo tus pasos, incluso desde aquí! ¡Por eso te hice llamar! Pero a ti todo te da igual, no te aprecias ni a ti mismo. Ellos… —a Calpurnio le temblaban las mejillas y la barbilla al hablar— ellos te quitaron esa capacidad. Ellos te hicieron… ¡esto!

Calpurnio se calló de súbito, como si la bebida le hubiera sumido en un estado depresivo.

Patricio estaba conmocionado. Había creído que la mano de Dios estaba detrás de aquellas elecciones, pero en realidad le había robado el puesto a Valerio. Ver a su padre en aquel estado le dejaba sin palabras.

—Lo siento tanto… —musitó Calpurnio, lloroso—. Siento haberme ausentado de la villa aquella noche. Me castigas por ello y lo entiendo. Yo también me castigo, cada día. ¡Pero no te lo hagas a ti! ¡A ti no! Patricio, hijo mío, nunca tendría que haber ido a esa maldita recepción. Nunca tendría que haberte dejado solo.

Patricio tenía un nudo en la garganta. Se agarró con todas sus fuerzas, en silencio, a su coraza emocional.

—No pude salvarte entonces, pero ahora puedo —suplicaba su padre. El lastimero rostro de anciano contraído por el dolor—. Tengo que hacerlo. Ellos te mataron… Te dejaron respirando, pero en realidad te mataron…

Patricio era incapaz de reaccionar. Seguía bloqueado, sin poder enfrentarse a aquello. Llevaba demasiado tiempo aislando sus sentimientos, tragándolos con fuerza. Era lo que le había permitido sobrevivir en Hibernia. Y, ahora, esos mismos sentimientos lo amenazaban todo: su misión, su destino. No podía mirar al pasado.

—Deja que te ayude —rogó el padre en un susurro—. Deja que te salve.

Patricio se levantó y se llevó las manos a los oídos. Su pecho estaba lleno de emociones contradictorias, de lealtades incompatibles, de mandamientos que se estrellaban los unos contra otros. “Amarás a Dios sobre todas las cosas”. “Honrarás a tu padre y a tu madre”. De una familia, la eclesiástica, enfrentada a la otra, la biológica. No podía seguir escuchando. Se dio la vuelta y echó a correr por el pasillo.

—¡Perdóname, hijo! —lloraba Calpurnio, desesperado— ¡Siento haberte gritado! ¡No te vayas! ¡No nos abandones!

Pero Patricio ya huía escaleras abajo, camino de las bodegas. Y después hasta el puerto, durante muchas millas, sin detenerse. Los pensamientos se agolpaban en su cabeza como demonios. A gran distancia aún escuchaba el gemido de su padre en su cabeza: “Patricio, me moriré sin ti”.

9

Luna de sangre

Finn se despertó embriagado del aroma dulzón de la aulaga, que estallaba de amarillo en un ramillete cercano a su cama.

La hospedería de Caisel era irreconocible. Había pieles colgando de las paredes, la manta que le cubría tenía unas franjas verde oscuro y azafrán que no había visto nunca, los niños gritaban, echándose los unos encima de los otros sobre las camas de junco. ¿Qué había pasado mientras dormía?

Una figura femenina tomó forma a contraluz.

—Al fin te has despertado.

Ceara estaba igual que cuando la dejó, más juvenil y risueña de como la imaginaba. Su pelo negro era más largo, por debajo de la cintura: algas marinas sumergidas y brillantes, meciéndose en las olas. Ojos azules como escamas de un salmón al sol. Su voz era como la de la Virgen María.

Estaba mareado. Cerró los ojos un instante. Pero al abrirlos el sueño no se desvaneció.

Ceara se arrodilló a su lado y él pudo rozar su mejilla y acariciar su cabellera prohibida y submarina. ¿Quién se estaba encargando de que se cumplieran sus sueños? ¿Algún desconocido ángel de la guarda?

—Eres extraño, Finn mac Ciaráin. La única persona que entrega en mano sus propias cartas.

—¿Qué cartas?

Ceara le observó un momento, sin entender. Buscando en el fondo de sus ojos.

—Llegaste ayer mismo —dijo ella, con voz queda—. Traías una carta para mí.

Finn bajó la vista y se llevó la mano a la sien. Un súbito temblor le invadió. El vértigo del descontrol. Al darse cuenta de que no podía dominar sus propios actos y de que tampoco podía recordarlos. La sensación de peligro le atenazaba el estómago.

El Jinete era quien le había llevado hasta Ceara. El Jinete era más valiente que él y cumplía los deseos que él mismo no se atrevía a realizar. Pero el Jinete era salvaje e impulsivo y no sabía nada de Dios ni de las reglas humanas. Solo respondía a su propia naturaleza. A las llamadas que le llegaban de lo profundo de la tierra. No era un ángel de la guarda, sino más bien… lo contrario.

—¿Cómo lo hice?

Estaba demudado por la angustia. Ella le tomó la mano y entrelazó sus dedos.

—Cabalgabas… Tan rápido y con tanta entrega que al principio no podía estar segura de que fueras tú. Solo cuando bajaste pude asegurarlo. Solo cuando me besaste…

Finn levantó la vista y la miró a los ojos, desarmado.

El Jinete le había robado su primer beso. Dudó, nervioso, ante la evidencia de que se había derribado una barrera, de que no tenía sentido seguir escondiéndose tras ella. Él quería tener lo mismo que ese otro ser que se apoderaba de su cuerpo. Ceara estaba muy cerca y se aproximó hasta casi rozarle los labios. "Bésame".

Finn se dejó llevar, permitiendo por una vez que fuera el corazón el que dictara las órdenes. Abriendo el puño en el que solía mantenerlo preso. Los besos suaves de Ceara le hacían sentir como si estuviera bajo el mar, a gran profundidad.

No había nadie más en aquel lugar, azulado y oscuro. Estaba sordo por la presión de su misma sangre. Las algas flotaban a su alrededor y se enredaban en sus miembros, en una caricia embriagadora, y los bancos de peces se agitaban destellando como cotas de malla. Se sentía ingrávido, libre y a la vez atado. Entrando en una corriente submarina de la que no quería sustraerse.

Los labios de Ceara en los suyos, el sabor de su saliva, su tibieza… cómo le latía el corazón.

Entonces ella soltó su mano y la introdujo por la amplia manga de su túnica para acariciarle el brazo hasta alcanzar el codo.

Y de repente, aquel gesto desconocido le sacudió. Como un relámpago, fue consciente de todo: la túnica blanca, que era el *alb* del sacerdote, la condición de casada de Ceara, la casa comunitaria donde cualquiera podía verles. Las advertencias de Patricio. Las traiciones del Otro dentro de sí mismo…

Se retrajo, sobrepasado por todo lo que sentía. Temeroso de todas las reglas que estaba rompiendo.

—Ceara, creo que hay algo dentro de mí… Algo malo. O alguien.

Ella se estremeció y le apretó el brazo, aún dentro de la manga, hasta que le clavó las uñas sin querer.

—¿Por qué dices eso?

—Me obliga a hacer cosas que no quiero hacer.

Ella se retiró, decepcionada. ¿No deseaba besarla? ¿Acaso no la amaba?

—¿Te refieres al diablo? ¿Porque te empuja hacia el pecado…?

—Me refiero a un demonio concreto —al fin la había pronunciado, la palabra tabú. Ella le había facilitado el camino—. A uno que se apodera de mí. Soy exorcista de formación, Ceara, escogí esa vía a propósito. Y he visto tantas cosas… —un pensamiento funesto atravesó su mente como una sombra. Decían que nadie salía indemne, que todo se contagiaba. ¿Se habría contaminado de trabajar tan cerca del mal? ¿Sería verdad que había demonios que podían saltar entre hombres e ir habitando distintos cuerpos?— He conocido a muchas personas fuera de sí, incapaces de parar hasta que sentían la sangre en las manos…

—No eres un asesino, Finn. No vas a matar a nadie.

—Pero a veces siento rabia. Como cuando el príncipe Ailill nos vendió como esclavos. A veces desearía llevar una espada para así defender a mi maestro. Siento que estoy perdiendo el control de mis deseos… Y temo hacer una locura.

—¿Te refieres también a mí?

—Sí, Ceara, también a ti. No es seguro para ninguno de los dos que esté aquí. Me marcharé hoy mismo.

El rostro de ella se contrajo de dolor, como si acabara de clavarle una astilla en el corazón. La perspectiva de perderle tan pronto, después de tanto tiempo separados…

—Tú sigues casada y yo soy sacerdote —siguió él—. No quiero ser como el resto de los hombres de tu vida y que tu cuerpo sea solo mi alivio. Ni que cometamos pecado mortal. Necesitamos a Dios de nuestra parte.

—Si mi marido muere y Patricio ya no te necesita, júrame que vendrás a mi lado.

Finn sonrió al ver cómo ella resguardaba la esperanza de ambos, dentro de su pecho. Pero él aún tenía una deuda que pagar, una deuda de familia. La de su padre, Ciarán. Él había participado, de joven, en el secuestro de Patricio y ahora Finn se sentía deudor con toda su vida.

—Cuando mi maestro ya no me necesite vendré a buscarte.

Ella asintió, haciéndole ver que comprendía. Le abrazó despacio y puso la cabeza en su pecho, por encima del *alb*, que aún se interponía entre ellos. Él solo tenía dieciocho años y ella veinticuatro, pero aquel muchacho le había mostrado más amabilidad y ternura que cualquier otro hombre de su vida.

—Te echaré de menos, mi joven amor.

Él le besó la cabellera negra y la abrazó con fuerza. No sabía ni cuándo ni cómo volvería a verla.

La sombra avanzaba muy despacio por la superficie del disco lunar, tal y como sus soldados habían dicho a Corótico, nada más despertarle. Era como un impío soplo de hollín, procedente de una hoguera.

El capitán no había querido regresar a la Altura de Clota. Se negaba a volver fracasado. No podía, simplemente, darse la vuelta y desistir.

Cunedda seguía escondiendo a Niam en su tienda, como un tesoro enterrado en la despensa de un fuerte. Imposible no pensar en su cuerpo luminoso. Ella era la fuente de toda su obsesión.

Se había hecho a un lado, pero no estaba vencido. Había instalado un pequeño campamento provisional, cerca de Segontium, desde el cual se mantenía vigilante y en espera. Si sus informadores no le habían engañado, Serigi el Irlandés preparaba un ataque contra el campamento aquella misma noche.

Corótico sabía que aquella era su oportunidad, que un puñado más de hombres podía inclinar la balanza. Estaba preparado, observando las señales. Aquella ventaja le permitiría defender el campamento y, con suerte, atrapar a Serigi, que ignoraba por completo que le estaban esperando. Reaparecería ante Cunedda como héroe y salvador. Se ganaría su derecho a volver.

Apoyado contra un muro, aspiró el penetrante olor a tierra mojada y a lavanda de los campos. En la bóveda del cielo se cruzaban algunos jirones de nube, pero la sombra que estaba embozando la luna no era la suya. Se trataba de algo más.

El eclipse había llegado a su fase completa y la luna estaba rojiza como si fuera un sol de atardecer. La última vez que la había visto tan roja había sido en compañía de su nodriza, hacía dos décadas y su carácter sangriento no era fácil de olvidar.

Desde que tenía uso de razón, Corótico recordaba a su madre como una persona a la deriva, siempre ausente del mundo. En delicado equilibrio, con su exquisita piel tan blanca, los ojos grises de luna que él mismo había heredado, y unos labios gruesos y siempre entreabiertos, en una expresión de agotamiento perpetuo. A Corótico le daba la impresión de que su madre no tenía fuerzas ni para cerrar su propia boca.

Aquella figura pálida y fatigada, inmóvil como una estatua, siempre colocada junto a las ventanas y los bancos de los patios, parecía pasar por la vida de puntillas, incomunicada y hastiada de todo cuanto la rodeaba. Le costaba permanecer erguida y adecentada, haciendo acto de presencia en los salones y pasillos de la Altura de Clota, ejerciendo de reina, cuando añoraba a perpetuidad el refugio de las sábanas, donde podía por fin abandonarse y descansar.

Corótico recordaba que nunca se dirigía a él en primer lugar. Siempre era él quien la buscaba y ella respondía con monosílabos en el único tono inexpresivo que su cuerpo era capaz de producir. Economizaba al máximo sus expresiones, como si con cada sonido se le escapara un fragmento del alma, que se volviera ya irrecuperable.

Esto frustraba al pequeño, que la sentía cada vez más lejos y que, en su desesperada necesidad de retenerla se excedía, se enrabietaba y llegaba a acosarla hasta que la nodriza lo aupaba y se lo llevaba entre gritos, mientras la madre le decía, entre susurros, “me vas a matar si sigues así”.

Aquella noche la luna se había empezado a ocultar y los ojos de cinco años de Corótico no podían apartarse del vano de la ventana. Con el cuerpo completamente tenso, esperando a que la sombra llenara completamente el astro redondo y plateado, el pequeño se preguntaba qué fatalidades y qué monstruos terribles serían capaces de salir de sus guaridas cuando llegara la oscuridad completa. Y, de repente, cuando el disco se cubrió del todo, la luna se tiñó de rojo, como si hubiera recibido una puñalada.

El niño saltó entonces de la cama y acudió corriendo hasta la cámara de su madre, que estaba al otro lado del pasillo. Nunca hubiera acudido a molestarla, pero tenía un funesto presentimiento.

Entró muy despacio y se acercó a su cama, donde le pareció que estaba muy pálida, casi un fantasma, y dudó de si tocarla o no. Tenía prohibido molestar a su madre en cualquier momento del día, cuando estuviera descansando. Las otras veces lo había pagado con los gritos y castigos de su padre. Pero por la ventana veía la luna rojiza y luego la miraba a ella y el terror le erizaba la espina dorsal.

Finalmente, acercó el rostro muy despacio al de ella y, tras comprobar que respiraba, tuvo una idea y se dirigió al baúl donde la reina guardaba las joyas. Sacó un broche de espirales plateadas y esmalte verde oscuro, rematado con granates y amatistas.

Entonces correteó a la habitación de la nodriza y se metió en la cama con ella. Apretó el broche con fuerza contra su pecho. Tenía prohibido dormir con su madre, pero al menos así conservaría una prenda.

—¿Qué te pasa, niño? ¿No puedes dormir?

—La luna está rara.

La nodriza se incorporó para poder verla.

—No te preocupes. Ya empieza a aclararse, ¿lo ves? —la sombra ya pasaba y podía verse el borde luminoso. Corótico respiró tranquilo.

—Venga, vamos a dormir —abrazó al niño, le besó en la frente y le arropó.

Corótico aspiró el olor del cuerpo de su nodriza, que era tan familiar para él. Una mujer carnal, opuesta al fantasma de su madre.

Un manantial inagotable de besos y abrazos, frente al pozo seco de palabras de la reina, que siempre le dejaba sediento. La nodriza era una constante desde el momento de la lactancia, con un invariable olor a leche. Un refugio sólido como una roca, en contraste con la volatilidad de la madre, incierta. Que podía irse en cualquier momento de este mundo.

La angustia de que su madre pudiera morir, día sí y día también, le pareció aquella noche menos opresiva. No era tan importante. Mientras la nodriza siguiera allí siempre tendría una cama en la que refugiarse.

Deslizó, agradecido, el broche entre aquellas sábanas ajenas.

Al día siguiente Corótico amaneció en su propia cama y lo primero que vio fue el rostro severo de su padre. El niño se incorporó, todavía soñoliento por haber pasado mala noche.

—Hijo, ¿te has movido esta noche de tu cama?

Corótico tuvo miedo, como muchas otras veces, de admitir que había estado deambulando por el cuarto materno. Quizás se había dejado la puerta abierta. Volverían a gritarle y a castigarle. Tampoco quería admitir que se había asustado. Ya era un niño mayor, no un bebé que corre a la cama de su nodriza porque no sabe pasar la noche solo. A un príncipe heredero no se le permite tener miedo de la luna.

—Hijo, te lo voy a repetir. ¿Has pasado esta noche en tu cama o no?

Su padre parecía muy enfadado y él asintió con temor.

—¿Sabes algo de un broche de tu madre? ¿Con esmalte verde y piedras rojas y violetas?

En aquel momento Corótico recordó la joya y el pánico le invadió. Le habían descubierto. Admitir lo del broche sería como confesar que había estado en el cuarto de la reina, que la había molestado durante la noche y que había roto la prohibición de dejarla descansar.

Atenazado por el terror, negó con la cabeza.

Su padre se quedó mirándole unos instantes sin decir nada y, finalmente, satisfecho pero aún severo, se levantó y abandonó la habitación.

Corótico pasó el día metido en su cuarto, temeroso de encontrarse con sus padres y de que le hicieran más preguntas. Pasó parte de la mañana y nadie vino a ofrecerle un desayuno o a ayudarle con su baño o con su ropa.

Se bañó solo, se puso la ropa del día anterior y recorrió el pasillo hacia la sala del trono, pero al pasar por el patio interior escuchó los murmullos de parte de la servidumbre, que se había reunido. Al caminar, las columnas no le dejaban ver.

Finalmente, se subió al muro bajo y se asomó entre dos de ellas. En mitad del patio, colgando de una horca, se balanceaba el cuerpo

delgado de la nodriza, con el broche de su madre prendido sobre el pecho.

El eclipse lunar ya era completo. Y en aquel momento de escasez de luz y cumplimiento de augurios, Corótico escuchó el inconfundible rumor de sus guerreros, a la carrera.

—Los espías tenían razón —la voz ronca del soldado de la cicatriz —. Ya vienen.

—¿Dónde está Faílenn?

El jefe Serigi tenía a Niam sujeta por los hombros y gritaba por encima del tumulto de la lucha. Sus ojos, poseídos por la urgencia, se clavaban en ella desesperados. La agarraba por los hombros para intentar sacudirle aquella alucinación, aquella locura bárbara en que se había convertido la noche.

Niam miraba horrorizada el cadáver de Cunedda, degollado a sus pies, dentro la choza principal de campamento. Aún no entendía cómo su única fuente de protección se perdía por la arena con la sangre del caudillo. Cunedda muerto y aquel hombre demacrado, que ella no reconocía, preguntando por fantasmas.

—¿Dónde está Faílenn? —repitió él. Y esta vez la voz fue más poderosa que el encantamiento de la muerte.

Niam movió la cabeza y observó a aquel hombre que parecía haber ligado su cordura a una respuesta. Era sin duda Serigi el que naufragaba tras los ojos atormentados, enmarcados en un rostro enjuto, maltratado por las preocupaciones y la violencia. Serigi Gwydell, el Irlandés, el azote de Mona del que ya se empezaban a cantar leyendas… no le pareció a Niam más que otro espectro.

Extendió su mano hasta la barba color avellana y la boca, intentando recuperar la expresión de antaño, la atractiva sonrisa que había cautivado desde el principio a su amiga Faílenn. Pero no pudo recomponer el gesto del Serigi descarado de entonces, bromista y arrogante. Los asaltos y las traiciones, el insomnio y la guerra, habían robado su juventud.

Sin embargo, había algo en sus ojos desesperados: una luz que brillaba, que mantenía en pie aquel cuerpo desahuciado y le daba toda su fuerza. Su voluntad de vivir.

—No lo sé —mintió Niam.

—¿Sigue aquí? ¿En el campamento?

Niam se dio cuenta de que su necesidad de encontrar a Faílenn era lo que aún mantenía Mona a salvo. Su deber era proteger el corazón del rebelde a toda costa. Le pareció que la esperanza era más útil a la causa que la ira.

“Consiguió escapar”, pensó en decirle, pero se dio cuenta de que

era imposible de creer. ¿Quién podría escapar de un lugar semejante?

—Se la llevaron… Se la entregaron a alguien como botín. Un capitán, un aliado o algo así.

Serigi asimiló con calma la noticia y asintió, decepcionado. Faílenn estaba, simplemente, en otro campamento, en otro sitio. Quizás hasta se la habían llevado a Dinas Ffaraon, la que había sido su fortaleza familiar, fundada por su propio abuelo. Al Irlandés se le crisparon los puños al pensarlo. Cunedda, que ahora se desangraba a sus pies, había mandado asesinar a su padre y le había robado todo su legado. Pero Faílenn seguía viva, en otra parte. Solo tenía que seguir buscando…

—Serigi, tienes que marcharte —le advirtió Niam, al verle dudar. Cada instante que permanecía allí le acercaba un poco más a la muerte.

—No. Esta vez no te me vas a escapar.

Era Corótico, que acababa de entrar en la tienda. A Niam se le dilataron las pupilas de terror.

Serigi silbó. Tres de sus seguidores se agruparon alrededor y se enfrentaron a los soldados de Corótico.

Fue el propio capitán quien se adelantó para cortar la retirada al líder rebelde y el que levantó primero la espada, de acero oscuro. El Irlandés desenvainó las dos espadas cortas que llevaba cruzadas a la espalda, de cuerpo celta y asta de toro en la guarda. Las mantuvo sobre su cabeza para frenar en seco el primer golpe que, como un hacha, se le venía encima dispuesto a hacerle pedazos.

Serigi retrocedió para resistir el embate y, de un amplio movimiento, desvió el acero a la derecha con una de sus espadas y utilizó la otra para atacar el flanco izquierdo, que estaba descubierto. Sin embargo, Corótico adivinó la maniobra y se cambió rápidamente el escudo de mano para cubrir el golpe.

El capitán era más corpulento que el Irlandés y sus armas y cota de malla eran más pesadas y resistentes, propias de un campo de batalla. Serigi, equipado como un asaltador de caminos, se dio cuenta de que tendría que vencerle por habilidad, porque en la medición de fuerzas llevaba todas las de perder.

El propio escudo sirvió a Corótico para propinarle el siguiente golpe, aplastándole contra el poste central de la tienda y castigando duramente su espalda. Serigi quedó aturdido un instante, pero Corótico levantó el acero y lo dejó suspendido a la altura de su garganta.

Entonces Serigi, espoleado por la visión de la muerte, logró escabullirse alrededor del poste y el acero se incrustó con violencia en la madera, haciéndola astillas. Había quedado muy cerca de entrarle en la carne, pero tuvo que conformarse con la ronca voz del roble.

Serigi rodó sobre sí mismo y se puso en pie, atacando por la espalda

a un Corótico que trataba a duras penas de desclavar su arma, atrapada en la madera, pero nada parecía sorprender al capitán, que se dio la vuelta y volvió a interponer el escudo entre su propio cuerpo y las espadas gemelas. Empujó a su contrincante para quitárselo de encima.

—No te esfuerces tanto —escupió las palabras con rencor—. No saldrás de aquí, rata. Nadie tiene tanta suerte dos veces.

Se habían detenido un momento a recuperar el resuello, para temor de Niam. Hasta entonces habían estado tan volcados en destruirse mutuamente, tan entregados al choque físico, que no habían podido ni pronunciar palabra. Pero ahora el nombre de Faílenn sobrevolaba a ambos hombres como una maldición.

—¡Serigi, tienes que marcharte ya! —gritó desesperada— ¡Einion está en camino!

El hijo de Cunedda dormía en el extremo opuesto del campamento. El jefe Serigi se centró de nuevo. Recordó el plan de asalto que se había trazado: aprovechar la oscuridad y los auspicios de la luna sangrienta para mellar la empalizada, burlar a los guardias de la tienda de Cunedda y asesinarle, preguntar por Faílenn y salir huyendo. Aquel inoportuno combate ponía en peligro las vidas de sus hombres y la suya propia.

—¿No quieres saber lo que le pasó a tu amante?

Corótico no podía olvidar la noche de humillación de hacía dos años, el asalto en que capturaron a Niam y a Faílenn. Habían atacado la fortaleza de Din Lligwy en plena noche para hacerse con el líder rebelde. Si hubiera salido bien, la guerra de Mona habría acabado aquella noche, evitándole desvelos, fatigas y el desgaste que arrastraba.

Pero habían sacado a Faílenn y a Serigi desnudos de la cama y él se le había escurrido como un pez en un estanque. No había tenido más remedio que dejarla a ella atrás.

Niam se cubrió los labios como si así pudiera sellar también los del capitán, para que no revelara el secreto: que él mismo había violado a la muchacha, que la había privado del habla y que ella le había dado el que sería su único heredero, Cinuit, antes de arrojarse a las aguas del Clota.

Serigi le sostenía la mirada, en tensión, esperando las fatales noticias. Dispuesto a escuchar lo que tuviera que decir. El silencio era un cuchillo que jugaba con su corazón. Corótico abrió los labios, dispuesto a darle la estocada fatal.

En ese momento Einion descorrió las pieles e irrumpió en la tienda. Ahora Serigi estaba acorralado entre ambos hombres. No tenía escapatoria.

El poste mellado crujió como partido por el trueno y terminó de

quebrarse, bajo el golpe que Niam le propinó con un atizador, y parte de la tienda se derrumbó.

—¡Maldición! —Corótico gritó bajo la maraña de cueros cosidos.

Serigi aprovechó la confusión para abrir un tajo vertical en la tienda con sus dos espadas gemelas y se escabulló por la parte trasera, anunciando a sus hombres la retirada con un doble silbido.

Decenas de ellos regresaron a los agujeros de la empalizada, como hormigas. Cubriéndose mutuamente y subiendo a sus monturas para huir al bosque.

Otros quedaron atrapados entre los hombres de Einion y los de Corótico y aquel campamento fue su tumba.

De la caída de Mona

Por dieciocho años mantuvo el jefe Serigi la defensa de Mona. Dieciocho años de resistencia contra los ejércitos de Cunedda, de su hijo Einion, el Impetuoso, y de su nieto Cadwallon, el de la Mano Larga. Tan largo fue el asalto que el campamento de Segontium perdió su nombre y pasó a llamarse definitivamente Caer yn ar-Fon, el Fuerte contra Mona.

En el año 470 cayó Montaña Sagrada, el corazón de la isla de los druidas, tras la batalla de Cerrig y Gwydyll (Piedras de los Irlandeses).

Un joven Cadwallon ejecutó públicamente a Serigi en el antiguo fuerte costero, rodeado de las murallas y las torres de vigilancia. Lo hizo al modo romano, hundiéndole la espada por debajo de las costillas y hasta el corazón. Aquel corazón que había estado, durante dieciocho años, buscando a Faílenn entre las filas invasoras, entre los pocos prisioneros a los que lograban liberar, esperando que algún día volviera a él. En aquel mismo día de su ejecución, mientras la vida se le iba del cuerpo, recorrió con la mirada la muchedumbre reunida, buscando entre las mujeres y esclavas de los soldados enemigos.

A partir de entonces aquel lugar se llamó Eglwys y Bedd, que significa la Iglesia de la Tumba, o también Llan y Gwyddel, la Iglesia del Irlandés.

Fue el primer templo cristiano de la isla.

Muchos sacerdotes acudieron desde todos los puntos de Britania para realizar exorcismos y bautizar los pozos y los ríos de Mona, de manera que los druidas que aún quedaban en el mundo ya no tuvieron hogar al que volver.

10

La coronación

—¿Cómo que quieres abandonar Britania? ¡Si te acabamos de imponer las manos!

El obispo de Corinium se frotó los anillos nervioso ante Patricio. Ahora tenía un doble problema: una plaza vacante y un obispo errante. No tendría que haber aceptado la donación y las presiones de Calpurnio, por muy diácono y decurión que fuera.

—No puedo abandonar mi trabajo en Hibernia. Estamos avanzando muy deprisa. ¡El año pasado bautizamos a uno de los reyes principales, en la mismísima Caisel!

El obispo frunció el ceño. Caisel bien podía ser cualquier villorrio bárbaro. Nunca había oído hablar de semejante sitio.

—Todo esto es muy inconveniente…

Aquella no era una decisión repentina. Estaba claro que las intenciones de Patricio habían sido esas desde el principio.

—Estoy seguro de que Valerio podría hacer un gran trabajo aquí, en mi lugar…

El obispo levantó la mano enjoyada para hacerle callar.

—Necesitaré que hagas algo por nosotros antes de marcharte.

Patricio asintió y esperó rígido la petición con la que debía pagar su libertad.

—Como sabrás, hace años que estamos en guerra con Mona, esa isla llena de idólatras donde se sacrifica a seres humanos y se invoca a falsos dioses. Las supersticiones son como la mala hierba y el Gran Tirano quiere arrancarla de una vez por todas. Para que la isla de Britania pueda ser limpia y santa, conforme a la ley de Dios.

Patricio escuchaba en silencio, asintiendo, pero con la mente puesta en los cristianos que seguían siendo esclavos al otro lado del mar. Pensaba en su sufrimiento, en su terror, en los abusos físicos constantes… Toda la alta política del Gran Tirano Vortigern no era más que una pérdida de tiempo. Su misión era mucho más urgente

que la guerra con unos cuantos druidas. La Iglesia debía convencer, convertir, evangelizar… no combatir. ¡Él había avanzado mucho más, con la palabra y en un puñado de años, que todos aquellos guerreros que llevaban décadas desangrándose en la frontera! ¿Es que no era la Palabra de Dios lo suficientemente válida como para no tener que usar una espada nunca más?

—Esos malditos druidas no están solos precisamente —continuó el obispo— y cuentan con defensores de la isla vecina. Guerrilleros que nos hacen la vida imposible. Atacaron hace unas noches el campamento de Segontium y asesinaron al caudillo Cunedda. Su hijo, Einion, debe tomar su relevo y transformará el campamento en la base de su nuevo reino. Ha pedido un obispo para su inauguración.

—Antes dime qué pasa con el dinero que pedí. Lo necesito para continuar con mi trabajo. Fue la razón de que os escribiera…

—Tendré que hablar con Donato, el obispo que ocupará tu sede. A ver si te lo quiere dar.

Fue un viaje penoso por tierra, de Corinium a Segontium. Mientras traqueteaba en el carro Patricio pensó en Finn, que le estaría esperando ya en el Fuerte de Celtchar. Pensó en su rebaño y en lo lejos que estaban los obispos de los verdaderos propósitos de Cristo. ¿Qué tenía que ver todo aquello con las necesidades de los desamparados? Se juró que nunca sería ese tipo de hombre, acomodado, abandonado de su compromiso. Sería un luchador hasta el final. Moriría en el empeño, en tierra extraña, bajo las lluvia de Hibernia… si era necesario.

Uno de sus sacerdotes, el que le escoltaba, había suplicado perdón antes de decirle que no podía continuar con él. Hibernia era demasiado y pedía permiso para permanecer en Britania, con los suyos. En su lugar había venido Tito, un sacerdote muy unido a la familia al que Patricio conocía desde niño y que había asistido a su padre en todas sus labores como diácono.

Al llegar ante las puertas del campamento militar tomó aire, bajaron ambos, y pagó lo acordado al carretero, que debía seguir camino. Aún no sabía cómo alcanzaría el puerto ni cómo cruzaría el mar de vuelta. Sus superiores le habían dejado tirado.

Tito y él pasaron la puerta de la empalizada, bajo la atenta mirada de los soldados, que vigilaban desde las torres defensivas. Aquel no parecía, desde luego, un lugar apropiado para hombres de Dios, pero las túnicas blancas les ganaban el respeto.

Einion les recibió investido con las joyas y el manto que le identificaban como líder de los votadini. Séptimo de ocho hermanos, se había ganado el puesto con fiereza y esperaba acabar el trabajo de

su padre, conquistando Mona definitivamente. Había pasado una eternidad desde que abandonaran el Viejo Norte, dejando a Tybion, su hermano mayor, al mando.

—El sueño de mi padre se ha cumplido. Esta tierra ya no será más de los ordovicos. Ni de los deceanglos ni de los ganganos. Esta es nuestra tierra, nuestro reino. ¡Y yo soy vuestro rey! —el aplauso recorrió las filas de los soldados, que estaban reunidos en el centro del campamento, en el cruce de las dos vías principales— Pero no lo haremos desde aquí. Un campamento no es lugar para una corte real. Nos trasladaremos al Cañaveral. Ya tengo visto el monte de roca donde construiremos nuestra fortaleza, con la mejor madera de la región. Y en sus faldas habrá chozas para los esclavos y sirvientes y en sus alrededores os daré tierras y llevaremos hasta allí el ganado que bien nos hemos ganado estos años. Allí estaremos protegidos. ¡Esos escotos no nos alcanzarán!

Los soldados vitorearon, con ganas ya de abandonar el campamento maldito lleno de zanjas y letrinas. Al fin serían recompensados con un lugar donde asentarse. La guerra no sería lo único en dar sentido a sus vidas. Se les prometía un reino, una fundación.

—Aquí seguiremos plantándole cara a Mona. Aumentaremos nuestras defensas con piedra y las haremos más sólidas. Dejaré al mando a mi hijo, Cadwallon —puso la mano sobre el hombro del muchacho, apenas un adolescente—. Romperemos sus barreras y el grano inundará nuestras tierras, llenándolas de abundancia. Acabaremos con esta hambruna que nos castiga a todos.

Entonces Patricio se acercó, llevando en las manos la corona dorada.

Cuando se aproximó al rey, estuvo a punto de tropezar con una muchacha que había en el suelo, de cabellos rubios y ojos verdes. Había estado allí todo el rato, recostada junto a él.

Llevaba ricos vestidos, pieles y joyas, como una noble, pero estaba encadenada. Se imaginó que, aun siendo una prisionera, sería la favorita del nuevo monarca. La joven tenía un rostro de facciones delicadas, un aire espiritual que le recordaba a Finn.

No pudo evitar un gesto de repulsa por la manera en que los reyes trataban a sus siervas, cuando eran capaces de encadenarlas literalmente a sus pies, pero no dijo nada y siguió con su papel.

—La Iglesia te reconoce a ti, Einion, hijo de Cunedda, como legítimo rey de Venedotia y acepta tu compromiso de mantener este reino siempre cristiano, defendiendo la cruz ante los apóstatas, pictos y escotos, para mayor gloria de Dios. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Le impuso las manos.

—El Gran Tirano ha convocado un nuevo Consejo —anunció Einion

para terminar—. Me presentaré ante nuestros aliados como nuevo rey. ¡Marchamos mañana a Dinas Ffaraon!

Los hombres gritaron de alegría por aquella marcha simbólica. Salir del campamento era estimulante. Vortigern viajaría con su corte y, después del Consejo, habría poesía y música, banquete y mujeres. Se miraban entre sí aventurando quiénes serían los privilegiados en escoltar al rey de viaje.

Cuando los hombres se dispersaron Patricio se acercó al nuevo monarca.

—Necesito un barco. Mi trabajo aquí ha terminado y me esperan en Hibernia.

—¿A qué puerto vas?

—Al noreste.

Einion hizo una seña a un hombre que se había mantenido en segundo plano, taciturno, durante la ceremonia. No había aplaudido ni vitoreado en ninguna de las ocasiones. Vestía una cota de malla resplandeciente, que parecía hecha de escamas de luna, y pantalones de cuero negro y brillante. En la mano, desenfundada, llevaba una espada larga de un acero muy oscuro.

—Este hombre es Corótico, príncipe de la Altura de Clota. Su reino está justo frente a las costas de tu puerto. Él te conseguirá un barco.

Sus ojos estaban llenos de odio.

Corótico estaba harto. Harto del asedio a Mona, de vivir en aquel cochambroso campamento, de no poder volver a la Altura con orgullo. Él era un príncipe y ahí estaba, ninguneado primero por Cunedda y luego por Einion, como si fuera un recadero. La petición de transportar al obispo era la gota que colma el vaso.

—Solo si hacemos un trato…

Se llevó a Einion a un aparte para que el obispo no pudiera oírles.

—No me la pidas —se adelantó Einion—. Yo soy el rey ahora y también necesito protección…

—Ya no es virgen —mintió Corótico—. No te sirve de nada.

—¿Admites entonces que violaste a la protectora de mi padre? ¿A traición? Quizás fue por eso que murió…

Se miraron un momento. Corótico había caído en su propia trampa.

—No lo admito —replicó él, conservando su frialdad—. Pero es evidente que a Cunedda no le sirvió de nada porque está bajo tierra. Véndemela y te podrás comprar un ejército de vírgenes.

Einion se quedó pensando. Estaba construyendo una corte nueva, en una fortaleza que aún no estaba terminada. Y mientras no entraran en Mona no tendría acceso a sus tesoros. Después de estar tanto tiempo desplazado, dependiendo solo de los asaltos, se estaba quedando sin dinero. Por otro lado, había comprobado lo útil que era Niam para manejar a Corótico. Su obsesión por ella era tal que podía

obtener de él lo que quisiera. Podía someter a aquel hombre, todo un príncipe, a los chantajes que se le antojaran. Y todo porque era dueño de algo que deseaba con desesperación.

—Un precio… en plata —insistió Corótico al percibir sus dudas.

—El precio de siete esclavas.

Corótico sonrió con satisfacción. La presa al fin se había roto. Su insistencia había obtenido frutos y Niam ya no era un objeto prohibido, fuera de su alcance. Era una mera cuestión de cantidades.

—Sea entonces.

—Y el viaje del obispo, sano y salvo.

Einion se dio la vuelta y Corótico hizo una seña a Patricio, para que se acercara, y otra a su hombre de confianza, el soldado de la cicatriz de media luna, para darle instrucciones.

—Lleva al obispo al puerto que él te diga, en Hibernia.

—Prepárate. Saldremos mañana a mar abierto —anunció el soldado.

Todos se dispersaron y Patricio se quedó solo en el cruce de las vías principales. Un frío húmedo calaba sus huesos. Solo esperaba que el mar le mostrara más clemencia que aquellos terribles hombres.

En el barco de vuelta, la visión del mar inmenso tan solo acrecentaba su sensación de soledad. No se sentía perdido, pero sí desamparado. Esperaba que aquella debilidad cesara al pisar el suelo de Hibernia, pero ya nada le parecía seguro. La incomprensión y el rechazo de su padre le acompañaban, le dolían, sentía que le agotaban las fuerzas.

Abrió su bolsa de viaje y palpó con alivio los sólidos de oro, que estaban a buen recaudo. Donato había accedido, después de mucha presión, a darle el dinero. Había conseguido solucionar aquel problema, al menos por un tiempo.

No había tenido el valor de despedirse de Valerio. No había querido verle, sabiendo lo injusto de su situación. Pero, ¿qué iba a decirle? ¿Que sentía que le hubieran dado el puesto? No lo hacía. Lo necesitaba demasiado. ¿Cómo iba sino a ordenar sacerdotes en Hibernia? ¿Cómo iba a consagrar el óleo para los sacramentos? “Renuncia”, le había dicho Calpurnio, “renuncia si tan asqueroso te parece”. Pero él se había callado durante la imposición de manos e inmediatamente después había pedido el traslado. Su puesto había pasado a Donato, el aspirante noble y poderoso. Valerio no había tenido ninguna oportunidad.

Podría haber hecho las cosas de otra manera, sin pasar por la podredumbre. De manera más recta y más honrada… podría haberlo

intentado. Había optado por el camino fácil porque quizás era el único.

Era una vergüenza, pero lo había hecho por la misión. Eso era lo único importante.

11

Primera carta: rescate

El pequeño Scél ya había cumplido los tres meses y su madre, Áine, seguía habitando la casa común de las mujeres.

Algo se había roto en su interior al encontrarse cara a cara con la muerte y tener a Scél entre sus brazos. Siempre había pensado que tenía que ser fuerte, invulnerable, responder a la imagen de diosa que se esperaba de ella. ¿Cómo iba a vivir con la debilidad de un hijo, con los desvelos propios de una madre? Las reinas dejaban a sus bebés recién paridos al cargo de nodrizas, se recuperaban y quedaban rápidamente restauradas en su condición de consortes divinas. No estaba hecha para la maternidad.

Atravesar la tormenta de sentimientos, morir y volver a nacer, volverse débil, vulnerable, dar su corazón a alguien por encima de ella misma y de Ciar. No quería nada de aquello. Había sentido vértigo al mirar al niño a los ojos. Él la alejaba violentamente de su juventud y la acercaba a la decrepitud con rapidez.

Era de Ciar antes que de Scél. Tenía que volver a ser su amante, su favorita. Durante aquel tiempo, el rey había estado con otras mujeres del *túath* y ahora tenía que ganarse de nuevo su atención.

Se puso su mejor vestido, se deshizo las trenzas hasta que el cabello ondulado le cayó por la espalda y se adornó el cuello, los brazos y los tobillos con torques de oro.

Entró en la choza principal, donde Ciar dormía, y él se incorporó de pronto, como si la hubiera esperado todo aquel tiempo. Ella se sentó al borde de la cama.

—Acerca del niño… —musitó.

—No hablemos del niño —la calló él—. No hablaremos de él nunca más.

La sujetó con fuerza y alzó su cuerpo para encaramárselo.

—El niño es asunto mío. Es a ti a quien quiero. Es a ti a quien deseo. Es a ti a quien quiero…

Lo repetía con rabia mientras la abrazaba contra su cuerpo, febril de pasión por lo mucho que la había extrañado. No entendía cómo había podido ni respirar sin ella.

Le quitó el vestido a tirones torpes, dominado por la urgencia. Era con ella y contra ella que la naturaleza le obligaba. No podían estar separados.

El alivio que sintió cuando entró en su cuerpo fue incomparable. Ninguna mujer arrancaba unas quejas como aquellas de su pecho.

"No me abandones nunca, Áine, o acabarás conmigo". Pero esto último solo lo pensó. Un rey no podía decir semejantes cosas en voz alta.

"*Is ó mhnáib do·gabar rath nó amhrath*", le había dicho Áedán una vez. "Es de las mujeres que llega toda la fortuna, ya sea buena o mala".

Patricio había llegado al Fuerte de Celtchar en plena noche, rendido del viaje por mar, y al día siguiente ya estaba madrugando para oficiar el bautismo de la comunidad.

La mañana se alargó porque la fila de catecúmenos había sido interminable y todos habían sido sumergidos en el tanque, por turnos, recibido sus palabras de bendición y su óleo en la frente y su túnica blanca.

Cuando se dieron cuenta ya era mediodía, tarde para ir a ningún otro sitio, y el rey insistió en que se quedaran al banquete.

—Parece que ha venido bastante gente… —dijo Finn.

—En cuanto terminemos de comer nos marchamos —insistió Patricio—. Ya hemos perdido suficiente tiempo aquí.

Unos niños pequeños les pasaron por al lado, empujando y dando gritos, y, no contentos con ello, se dieron la vuelta y volvieron a hacerlo. La explanada delante de la casa de reunión era una marabunta de flautas y tambores.

Todos los que iban llegando llevaban algo en las manos: un pastel, un cuenco con avena, un cubo con mantequilla, manzanas, endrinas o zarzamoras. Finn temió que en una de las carreras los niños se las volcaran encima, ensuciando las blancas túnicas de oficiar, que tanto les costaba mantener limpias. Cada una llevaba por lo menos cien golpes de cepillado, tal y como Patricio había aprendido de los *fullones* profesionales, en su Banna Venta natal.

—Salud —se adelantó Finn, cuando le tocó el turno—. Somos los sacerdotes.

Una mujer y sus hijas menores, rubias como ángeles, guardaban los cuencos del estofado del banquete. La señora llevaba un llamativo manto azul, ribeteado con un motivo de olas, y un bebé envuelto en

él, como un bulto que podría haber sido cualquier cosa, pues apenas se le veía la coronilla. Pestañeó un momento.

—¿Sacequé?

Aunque solo parte del pueblo hubiera recibido el bautismo estaba claro que la comida no se la iba a perder nadie, ya fuera cristiano o pagano.

—Somos como una especie de druidas…

Juan, el sacerdote español, se hizo la señal de la cruz mirando a los cielos, pero Patricio no se escandalizó. Él también utilizaba algún truco de vez en cuando para hacerse entender. Se limitó a torcer el gesto, condescendiente.

—¡Ah! ¡Tomad entonces! ¡No os quedéis con hambre!

Los mosquitos eran inaguantables y hacía un calor de mil demonios. Todo el mundo hablaba a la vez, ignorando la música, que era frenética y solo se hacía notar en el silencio, entre una canción y otra. Entonces todo el mundo se callaba. Era como si les diera vergüenza oírse hablar a sí mismos.

No menos de un quinto de los invitados tocaba algún instrumento. Muchos de los músicos eran apenas infantes y movían los pequeños dedos por encima de las flautas a una velocidad milagrosa. Patricio se maravilló de lo coordinados que estaban y no entendía cómo la gente no les prestaba más atención.

Las mujeres llevaban a sus hijos a cuestas, algunas hasta tres o cuatro. Cargaban a uno medio colgando, llevaban a otro de la mano y a otro más pegado a las faldas, entorpeciendo el paso. Se los cambiaban de mano, limpiaban bocas y los envolvían en mantas con gran soltura, sin prestarles atención, mientras charlaban animadamente con las vecinas. Cuando se les cargaba la espalda, simplemente se dirigían a los rincones en busca de algún tronco que las aliviara del peso de sus pequeños.

Había una gran mesa en el centro, donde se habían dispuesto panecillos de cebada, con tropezones de avellana y arándano. Había también un buen barril de cerveza, que ya empezaba a correr por las barbas y no tardó en causar estragos. En una de las esquinas había varios hombres medio desnudos, lanzando fanfarronadas, otros hacían guerras de pedos, ya habían volcado una de las mesas, que estaba rodeada de vómitos y había empezado el manoseo bajo las faldas.

—¡Qué locura es esta! ¡Un poco de silencio! —gritó Finn, pero no había manera de hacerse oír.

—Esto se está yendo de las manos… —dijo Patricio.

—¡Tiene que poner orden! —elevó el tono para que el rey de la tribu le oyera— ¡O nos vamos de aquí! ¡Se supone que es un banquete bautismal!

Pero el rey ya había empezado a beber y a hacer chanzas a gritos

con sus hombres y parecía no oír nada de lo que le decían. ¿Qué querían que hiciese? ¿Cómo iba a poner orden en una fiesta?

—Déjeles, padre, que esto es un día de celebración y alegría —les disculpó Juan—. También tendrán que desparramar un poco, ¿no? Para ser mejores cristianos luego…

—Vámonos —dijo Patricio—. No podemos seguir perdiendo el tiempo.

Se despidieron de Juan, que se quedaría atrás. Sería el sacerdote de la nueva comunidad.

Scél tenía unos ojos tan grandes que en ellos podía ver Ciar los pequeños reflejos de todas las hogueras de la casa.

Por la mañana, nada más despertarse, iba a buscarle a la choza y se lo quitaba a la nodriza de entre los brazos para abrazarle y besarle. Le envolvía en los paños de lino que él mismo le había cosido y le pasaba la mano largamente, por todo el cuerpo, para imitar el lamido de una yegua a su potrillo.

Scél le sonreía con la mirada, sobre todo cuando Ciar le cantaba. Nadie más escuchaba cantar al rey, aparte del hijo y la nodriza. Era algo especial, solo para él.

Aunque en realidad el niño se llamaba Eterscél, que significa "portador de la historia", siempre le llamaban Scél, que significa "historia". La corte de Ciar se llenó de poetas, hombres y mujeres. Eran la clase privilegiada en la Llanura de las Espadas. En sus salones nunca faltaban los héroes valientes, los espectros terroríficos, los monstruos marinos, las bellas princesas de los *síde*. Cada noche había historias llenas de amor y de hazañas y los altos pagos de Ciar empezaron a atraer a los mejores compositores de la isla. El rey les seducía para que dejaran de vagar y se asentaran con él definitivamente.

También daba un trato especial a los músicos. Desde que había escuchado las tres voces de Macha en la batalla, Ciar estaba obsesionado con que la corte nunca estuviera en silencio. Su choza de reunión se había llenado de flautas de cisne y de grulla. Incluso cuando estaba de audiencia, los intérpretes sacaban sus liras hechas con cuernos de vaca y, sujetándolas con la izquierda y tañendo con la derecha, ejecutaban melodías tan dulces y sutiles que no interrumpían el transcurso de las recepciones o los juicios. Era como si el rey detestara el silencio. Su cabeza siempre estaba llena, estallando con el sueño que tenía dentro.

—Por los cielos, bendito seas, Señor.
—Loado seas y alabado, por siempre, Señor.
—Por las aguas que están sobre los cielos, bendito seas, Señor.
—Loado seas y alabado, por siempre, Señor.
—Por el sol y la luna, bendito seas, Señor.
—Loado seas y alabado, por siempre, Señor.
—Por los astros del cielo, bendito seas, Señor.
—Loado seas y alabado, por siempre, Señor.

La procesión de figuras blancas avanzaba hacia el interior del territorio, dejando atrás el Fuerte de Celtchar, aprovechando la media tarde. Patricio encabezaba la comitiva y muchos otros le seguían por el camino desnudo de árboles, respondiendo a medida que él hablaba.

—Por los cetáceos, bendito seas, Señor.
—Loado seas y alabado, por siempre, Señor.
—Por los pájaros, bendito seas, Señor.
—Loado seas y alabado, por siempre, Señor.
—Por las fieras, bendito seas, Señor…

Patricio metió la mano en el zurrón y apartó con los dedos la copia de los salmos y la carta de Agustín *Acerca de la catequesis de los no instruidos*, sobre cómo mejorar el discurso en la predicación. Bajo las hojas palpó los sólidos de oro que había logrado arañar de las arcas de Donato. Sus labios repetían la letanía mientras contaba con los dedos las monedas. Aquello le daba seguridad. Demasiadas fronteras de paso. Demasiados gastos…

—¡Maestro Patricio!

El grito llegó del camino que dejaban atrás.

—¡Maestro Patricio! —repitió, desgarrando la monotonía de los rezos como con un machete. El hombre venía trastabillando detrás de ellos, agotado de correr, con la túnica blanca bañada en sangre.

—¡Maestro Patricio! —gritó una tercera vez. Y en aquel grito puso las fuerzas que le quedaban y la voz se le deshizo mientras caía de rodillas.

Él se arrodilló a su lado, atónito, expectante. Puso la mano en el hombro del herido, dándole tiempo, intentando contener su propia angustia.

—Lo han destruido todo —dijo el hombre, negando con la cabeza —. Estábamos desarmados, todavía en la fiesta… Y… se han llevado a las mujeres y a los niños.

Recorrieron de nuevo el camino de barro, retrocediendo sobre sus pasos, a la carrera. Trepando las colinas y atajando por los caminos hasta que alcanzaron el macabro escenario.

El baño de sangre y vísceras se hacía aún más patente sobre las

túnicas blancas de los bautizados.

Patricio se agachó junto a uno de los hombres, un cabeza de familia. Sobre la frente aún tenía el óleo del crisma, que le manchó los dedos al cerrarle los ojos.

—Entraron nada más iros —se lamentó el mensajero.

También estaba allí el cuerpo de Juan, tirado en mitad del camino. Su mano derecha aún blandía el cuchillo de cocina, en lo que habría sido un torpe intento de defenderse. Le entreabrió los dedos y se lo quitó.

Algunas veces había dicho que quería volver a su tierra, en Hispania. Que echaba de menos el calor del sol y que la lluvia le arrugaba el alma.

—Eran unos veinte guerreros. Y el que los lideraba era un hombre terrible, con la voz muy ronca y la marca de una media luna en la cara.

Patricio sintió que una violenta náusea le sacudía el cuerpo. Aquellos asesinos eran sus guías. Los había traído él, a través del mar.

Finn estaba paralizado ante el cadáver de la mujer que les había dado el guiso. El manto, ahora mortecino por efecto de la sangre, le cubría el rostro. Las olas del bordado ya no eran blancas, sino rojas. Sobre su pecho tenía al niño, con los bracitos aún aferrados a la madre. Para cualquiera se trataba de una mujer anónima, sin rostro, pero para aquel niño lo había sido todo.

Una profunda tristeza se apoderó de Finn, que nunca había sido testigo de una masacre igual. Por un momento sintió que no existía nada decente ni valioso en el mundo. Que sus superiores habían tenido razón al considerarle ingenuo. Aquella imagen era la maldad personificada. Satán había caminado sobre aquella hierba y estaban contemplando el resultado de su macabro paseo. Se cubrió el rostro con las manos.

El gemido prolongado y grave de un ternero le devolvió a aquel lugar lleno de muerte. Algunos de sus compañeros ya habían tomado las palas y estaban cavando las fosas. Menos Patricio, que se había desplazado a la valla del ganado.

Los tajos eran profundos y decididos, rasgando tendones, venas y vísceras. Se estaba llenando él mismo las ropas de sangre, como si se hiciera uno más con la comunidad asesinada. Despellejando y despiezando al ternero con la habilidad que mostraba siempre, entrenada en sus años de esclavitud, pero la saña con la que el cuchillo se hundía era nueva. Le poseía una ira descomunal. Las manos no dejaban de moverse para no temblar de furia. En sus ojos vio Finn el odio en estado puro.

—Padre…

—Tenemos que comer —le atajó Patricio, descargándose con cada

tajo. Rompiendo huesos y arrancando trozos de piel—. Pronto será mediodía y los que estamos vivos tenemos que comer.

Finn miró a su alrededor, desolado. No podía imaginarse cómo ninguno de ellos podría tener hambre, pero entendía el mensaje del maestro: ellos estaban vivos. Había que seguir.

Las náuseas le atacaron cuando Patricio abrió las tripas del ternero y las vísceras se desparramaron. Todo aquello le recordaba a los sacrificios paganos, como los que se hacían para aplacar a los dioses ante una catástrofe, pero su maestro no parecía sentir el hedor ni la tensión. Ejecutaba la carnicería de memoria, mientras su mente estaba muy lejos de allí. Huida. O quizás perdida en sus propios recuerdos de barbarie y dolor.

—Saca el *vellum* y la tinta —dijo el maestro, de repente. Se secó el sudor del rostro con el dorso de la mano y se lo marcó de la sangre animal—. Habrán marchado hacia el este, buscando el puerto. Con las mujeres y los niños irán más despacio. Einion dijo que el próximo Consejo se reúne en Dinas Ffaraon. Escribe lo que yo te diga y dáselo a alguien que sepa cabalgar.

Estaba seguro de que su maestro no lo había dicho para hacerle daño, pero Finn se sentía humillado e impotente. Sus dedos se crisparon en torno a la carta. “Dáselo a alguien que sepa cabalgar”. Porque él, pese al delirante episodio de su fuga, era incapaz. Solo el Jinete sabía hacerlo.

Finn era, dentro de la familia eclesiástica, el asistente inmediato del obispo, el responsable de hacer llegar sus mensajes. Aquel era uno de sus cometidos más importantes, el de mensajero. Y el miedo al caballo le paralizaba cada vez que tenía una misión.

Las palabras de Patricio eran sagradas: “A los conciudadanos de los demonios”, había titulado su epístola. “Quien obra el pecado es esclavo. Lobos rapaces que devoran al pueblo del Señor como el pan”. “He aquí que tus ovejas alrededor mío son desgarradas y capturadas por estos mismos ladrones, que obedecen a la mente hostil de Corótico”.

No había nada más importante que las palabras del maestro. Tenían que llegar a su destino sin falta, a denunciar aquellos crímenes ante los cristianos de a pie, para que repudiaran a sus propios soldados. No había excusas posibles.

Las imágenes sangrientas estaban frescas en su cabeza. Los muertos ya no tenían remedio, pero todavía se podía rescatar a las mujeres y a los niños. Se subió a la montura, y tiró de las riendas con decisión.

Se sorprendió al comprobar que el caballo obedecía exactamente sus órdenes. El dolor le imprimía fuerza y confianza. Cabalgaría hasta

encontrar a aquellos asesinos o se mataría en el intento. Nunca había estado tan seguro de algo.

Solo con el trote ya lo sintió reptar en su interior. Estaba en su garganta y en su estómago, atenazándole. Lo sentía vibrar bajo su piel.

La ansiedad le impedía respirar antes del salto al abismo. Encogió las piernas y las tensó por completo contra los flancos, clavando las rodillas, intentando anclarse lo más posible antes de que el vacío fuera a su encuentro. Se ató dos y tres vueltas de las riendas alrededor de las palmas. No sabía con certeza lo que iba a encontrarse, pero todo su ser estaba alerta ante la sensación de muerte.

Utilizó las riendas como un látigo, contra el cuello del caballo, y se lanzó al galope.

Su espíritu se revolvió en el aire como el de un pájaro que intenta equilibrar las alas.

Miró hacia abajo, hacia el lecho de puro miedo que corría bajo los cascos. Lo había conseguido. Había saltado. De alguna manera, estaba volando.

La corriente le arrastró una vez y otra, pero se repuso. Seguía hacia delante, con un ritmo que no se detenía. Era como caminar por un filo de roca. No podía desviarse.

El mundo dio vueltas en sus ojos, con sus múltiples colores verdes, azules y grises, deshaciéndose hasta volverse blanco por momentos. Su respiración se aceleró al darse cuenta de que escuchaba dos corazones en su interior.

Todo aquello era repulsivo y a la vez sublime, extraordinario. Lo rechazaba y amaba a partes iguales. Sabía que no podía ser otra cosa que pecaminoso, demoníaco incluso, pero ahora tenía una excusa para entregarse.

Después de una larga cabalgada vio por fin la línea de la costa. Tenía que bajarse y humillarse de nuevo. Arrodillarse, rezar. Volver a ser humano otra vez. Pero no podía. Su cuerpo se negaba. Lo necesitaba, lo quería más que a nada.

En un acto de voluntad titánico, tiró de las riendas y sintió cómo todo su cuerpo se rebelaba contra él.

Gritó de desesperación, revolviéndose para no separarse del caballo, sujetándose a él con las uñas, con cada parte de su cuerpo y de su mente. Un inmenso “¡NO!”, gutural e interminable, llenó su pensamiento mientras se imaginaba luchando contra el monstruo, que no era otro que sí mismo. Empujando sus mandíbulas con los brazos desnudos, en tensión, tratando de ahogarlo en las profundidades de su cuerpo. Hasta que lo encerró en un pozo de oscuridad, donde hizo que se callara por completo.

Se sentía aturdido, como si le hubieran atropellado con un carro y le hubieran dejado tirado en el campo. El mundo era extraño y ajeno.

Era insensible a él.

Se bajó del animal, temblando y caminando con torpeza.

Mucho tiempo había temido aquello y, ahora que lo había probado, lo temía más que nunca.

12

Dos dragones

Patricio se veía pequeño e insignificante en el mar de la Historia, mucho más ancho y profundo de lo que había imaginado. Tan solo era uno más en aquel ejército de hombres tratando de rayar con su espada las escamas de un enorme dragón, que era imposible tumbar. Ya no se sentía un elegido, portador de la fuerza de Dios. ¿Qué diferencia podía hacer alguien como él?

Finn no tenía espada, porque él, Patricio, se la había arrancado. Aquel dragón le devoraría y sería solo uno entre la multitud de cadáveres.

Había sido claro respecto a la carta: "dásela a alguien que sepa cabalgar". "Dásela a alguien", maldita sea. ¿Por qué había tenido que hacerlo él mismo?

Finn ya había cruzado el mar y tomado un nuevo caballo, con el que corrió como jamás lo había hecho antes, ni de niño ni de adulto, hacia la fortaleza de Dinas Ffaraon. Su corazón se abrió y permitió que el poder de Macha habitara su cuerpo. No venía de fuera: lo había tenido siempre en su interior.

Todo a su alrededor desapareció. La ola del éxtasis rompió su mente. El día y la noche se fundieron y el amanecer duró una eternidad.

A sus oídos llegó la voz de Ceara, distante. Sus ojos, sus labios entreabiertos… imágenes intensas y breves como quemaduras.

Todo aquello que se había negado a sí mismo durante su formación clerical se desbordó en su interior como una presa que no pudo contener. El Jinete y Ceara se le echaban encima juntos, liberaban la otra parte de sí mismo, gritando de júbilo, estallando por fin.

La espalda de Ceara, con la melena negra, el sudor en el hueco de su cuello, el vello de ambos, confundido en abrazos. Gimió de placer

sobre la montura, aferrado a las crines como al último cabo de la vida.

La muerte también estaba allí, dentro de su cuerpo. El peso de las víctimas, el diente anterior en la rueda del tiempo. Estaba muriendo y renaciendo a la vez, asistiendo a sucesivas explosiones, sin control.

La voz del Jinete tenía el mismo timbre que el sexo con Ceara, la misma cadencia regular. Como el canto de un druida en una invocación. Era la fuerza secreta que empujaba el sol a través del cielo. La luz era tan fuerte que la pradera se veía casi blanca.

Esta vez no se desmayó. Estaba en trance, pero seguía consciente. Más pagano que nunca, más alejado de Dios que en toda su vida, pero plenamente él mismo. Sí, aquella criatura mixta y extraña… Aquello era él.

Cruzó una llanura tras otra y aquellos que le veían pasar dejaban caer sus herramientas, paraban de comer o de cantar, se detenían hechizados ante su aparición. Era una ráfaga rubia y luminosa: sus cabellos, su ropa, su montura. Había hecho carne, plenamente, el nombre que le habían dado sus padres y que significaba Blanco.

Dejando su estela pálida.

Un ángel al galope.

No sería la primera ni la última vez que Vortigern ocupara la silla principal en el fuerte de Dinas Ffaraon. Como Gran Tirano, que había extendido su control por toda Britania, tenía que desplazarse a menudo y refugiarse en fortalezas por todo el territorio. El Consejo de las tribus era convocado en una o en otra, dependiendo de donde él se encontrase en cada momento. Vortigern, el hombre más poderoso de Britania, vivía como un vagabundo. Siempre lejos del hogar, con su corte de esposas y de esclavos. Temeroso, errante, privado de la paz.

Era como un exilio en su propio territorio. Demasiadas horas a la luz de las velas, estudiando los mapas de *vellum* uterino, obtenidos de terneros no nacidos. Tan finos que eran casi traslúcidos y tan preciados que de cada animal solo podía obtenerse una hoja. Demasiado tiempo durmiendo en salones militares, con pieles prestadas, acomodadas con premura. Sin ver a sus hijas ni a sus perros. Vagaba por sus múltiples residencias reales como un fantasma, siempre esquivo a sus enemigos, inmune a las emboscadas y las traiciones.

Estaba más cerca de los cincuenta años que de los cuarenta y no tenía la constitución de un monarca, que ha disfrutado con ganas los placeres de la vida, si no de un intrigante. Comía de manera frugal, como si no pudiera permitírselo, juzgado por su propia sombra. El rostro enflaquecido le hacía parecer aún más viejo, sus cabellos rubios habían perdido el brillo y la salud y sus capas de lana rematadas de

pieles parecían aparatosas y excesivas sobre los huesos.

Sus ojos eran claros y dulces, por eso sorprendía aún más cuando una sombra cruzaba su rostro, una marca ceñuda, y su boca se abría para imponer su autoridad. Decían que tenía la voz de un dragón.

No vivía como un rey, pero tampoco como un guerrero, como lo fue Cunedda. Todas sus batallas eran de palabra: en el Consejo, que era heredero del romano, en las negociaciones con los enemigos, en los pactos. Su hijo, Vortimer, llevaba las riendas militares mientras él se enredaba en una maraña de alianzas, traiciones y funambulismos, en una Britania que se había deshecho en migajas tras el abandono de Roma. Con demasiados lobos intentando hincarle el diente.

Tenía un sueño: el de una isla unida y britana, que retomara el pasado glorioso de sus ancestros. Libre de pictos e irlandeses, sí, pero de romanos también. No eran más que usurpadores, como todos.

Sin embargo, en el Consejo también había quienes sentían nostalgia de las legiones y el Imperio. Ambrosio Aureliano era el peor de ellos.

—Ya te advertí que esto pasaría. ¡Mercenarios! ¡Y sajones, además! Es lo que pasa cuando invitas a unos lobos a un festín y de repente se te acaba la carne…

Vortigern apretó los labios para evitar el enfrentamiento. Para que su voz draconiana no escapara demasiado pronto.

—¡Quien se alía con traidores solo cosecha traiciones! —escupió Aureliano. Se estiró con rabia la loriga hacia abajo, pues vestía la armadura romana completa, como si fuera un centurión. Bajo el brazo resguardaba el casco con el penacho de crin roja.

—No podemos hacerlo solos —le interrumpió Einion, el hijo de Cunedda, con su imprudencia habitual. A menudo su lengua y sus actos eran más rápidos que sus pensamientos—. Britania es demasiado grande.

—Todo esto fue idea de tu padre —le reprochó Aureliano, refiriéndose a Cunedda.

Se acercó hasta donde estaba Einion, pero se dio cuenta de que su interlocutor no podía moverse. Era como si estuviera clavado en el sitio. A sus pies había una muchacha rubia, que llevaba joyas y un vestido lujoso, por la calidad del bordado y el tinte, pero que estaba encadenada.

Había oído hablar de aquella figura, la de la virgen del rey, que acompañaba a los jefes britanos en el exilio. Supersticiones bárbaras. En la sala, llena de hombres, la joven destacaba como una alhaja dorada en un pozo.

—Mi familia ha estado generaciones enteras en el muro, conteniendo a los pictos. ¡Como estacas! ¡Sin moverse de allí! ¡Por supuesto que fue idea de mi padre! Él sabía mejor que nadie cómo tratar con ellos.

A esas alturas Einion ya había tenido que asumir que el Consejo no estaba allí por su coronación, sino por los malditos sajones, que habían sido invitados por las buenas, para defender la frontera norte, y que ahora se estaban revolviendo.

—Si no hubierais abandonado vuestra posición en el muro para meteros en Mona no estaríamos hablando de esto. ¡Aún seguiríais allí!

Einion se tensó ante el reproche de Aureliano y detestó sus aires cesáreos. Su familia tenía derecho a abandonar el Viejo Norte y a buscar una tierra mejor. A fundar un reino más próspero y menos hostil. Nadie tenía por qué darles órdenes y menos un hombre como aquel.

—Si no hubiéramos bajado a Segontium los escotos os habrían pasado a cuchillo hace años. ¡Mi padre es quien limpió de mierda esta tierra que estáis pisando todos!

—¡No tiene sentido quitar a los votadini del muro y en su lugar poner sajones! ¿A qué estamos jugando? ¡Deberíamos pedir ayuda a Roma!

—Creía que tú ya lo habías hecho.

La voz de Vortigern, al fin. El dragón asomando la cabeza. Arrastrándose, sutil, fuera de su caverna.

Ambrosio Aureliano no retrocedió. La carta que había enviado a Roma se llamaba *El gemido de los britanos*: "Los bárbaros nos empujan al mar. El mar nos empuja a los bárbaros. Entre estas dos maneras de morir, bien somos o asesinados o ahogados". Iba dirigida a Flavio Aecio, campeón de los Campos Cataláunicos y vencedor de Atila, el huno. No había nada de malo en suplicar, cuando la situación era tan desesperada. Todo lo había hecho por el bien de Britania.

—¡Roma no vendrá! —retumbó Vortigern, como en una primera llamarada de palabras— ¡Fue ella la que nos enseñó a buscar aliados, a ofrecerles tierras y a federarlos! ¡Como hemos hecho con los sajones! No estamos haciendo nada que ellos mismos no hicieran durante siglos.

Ambrosio tuvo que tragarse el orgullo. Respetaba a Vortigern, sobre todo por su ascendencia romana y por la posición de su familia. Gracias a sus influencias había acaparado, siendo tan solo un muchacho, los más altos cargos políticos y religiosos de su pueblo, en una carrera fulgurante hasta el arzobispado. Y, además, como regalo de la Casa de Teodosio, había obtenido la mano de Sevira, hija de Magnus Maximus, el héroe de leyenda al que Aureliano admiraba. Ella era quince años mayor y se casaba en segundas nupcias, pero le había dado tiempo a darle un hijo varón antes de que la vejez la engullera. Era tan solo una de sus cuatro esposas.

—Roma no tiene que venir, Vitalino —le respondió Ambrosio con calma—. Roma nunca se fue.

Un segundo dragón había tomado forma, en la persona de Aureliano. Su rostro no estaba rojo por los gritos, como el de Vortigern. Era un rostro blanco, marmóreo, como el de las estatuas romanas.

Vitalino, el nombre de nacimiento de Vortigern, era el peor insulto que le podía dedicar. Él mismo había trabajado duramente por enterrarlo, como parte de una época, la romana, que no debía volver. Poniéndose el apodo celta de Vortigern, Gran Tirano, quería inaugurar una nueva Britania, renovada y ancestral al mismo tiempo. Unida bajo su mando.

Ambrosio Aureliano intentaba destruir todo aquello, trayendo el nombre de Vitelino de vuelta, como un fantasma. Él no quería que nada cambiara. Deseaba seguir siendo romano de los pies a la cabeza.

—No volveremos a someternos a nadie —dejó bien claro el Tirano —. ¡Nuestras riquezas son nuestras! ¡Y nuestra tierra también!

—Entonces quiero esta fortaleza. Para defender el legado que Roma nos dejó.

Un guardián entró por la puerta.

—¡Al fin! —exclamó Vortigern, descargando toda su tensión— ¡Haz pasar a esos desgraciados sajones de una vez!

—No son los sajones, señor. Ha llegado un mensajero con una carta. Dice que viene del otro lado del mar y que se trata de un asunto grave. Dice ser sacerdote.

Finn se abarcó los brazos, aterido y húmedo ante las puertas de Dinas Ffaraon. Con el corazón desbocado. Los cabellos rubios se le habían oscurecido y se le adherían al rostro.

Se estremecía cada vez que pensaba en la galopada desde la costa. Lo había hecho por amor a su maestro y a la justicia, pero se sentía humilde y avergonzado ante Dios. Retomó su vieja penitencia de arrodillarse sobre los guijarros del suelo. Sería solo un momento, hasta que le admitieran en el interior de la fortaleza, pero al menos así podría purgarse un poco y no sentirse impío cuando mirara a aquellos hombres a la cara.

El guardián salió a la empalizada para anunciarle que podía pasar y él se puso, por dentro, la coraza de la fe.

—Traigo una carta para un hombre llamado Corótico —anunció ante el salón rectangular.

Era una fortaleza imponente, iluminada por decenas de antorchas. Llena de hombres ilustres, con sus mejores armaduras, con capas forradas de cuellos de lobo. El olor del acero era abrumador.

Rebuscó nervioso en su zurrón de viaje y se le cayeron al suelo unos pedazos de pan duro, que decidió ignorar. Le pareció que las monedas

hacían demasiado ruido al revolver la bolsa. Le costaba respirar. Al fin, logró encontrar el paquete de cueros que protegía la epístola.

—Yo soy Corótico —dijo el capitán, adelantándose.

—También he traído sólidos para liberar a los esclavos que capturaste.

A Finn le ardía el corazón de rabia por tener que entregar la bolsa de los preciados sólidos, la misma que Patricio había obtenido de Donato, a un hombre como aquel.

—¿Qué esclavos? ¿De qué estás hablando? —preguntó Corótico, con fingido desinterés, mientras ojeaba lo que decía la carta. Hablaba de mujeres y niños cautivos. Hizo cálculos en términos de plata y de precio de mercado. Esperaba que fueran suficientes para cubrir el coste de Niam.

—Hablo de los que tus guerreros se llevaron. Después de que el obispo Patricio los bautizara.

Einion era el único en toda la sala que comprendía lo que había pasado, en toda su magnitud. Corótico había llevado al obispo hasta su destino y después había cargado alforjas, en carne humana, para pagarse su propia obsesión carnal.

—Está claro que aquí hay algún tipo de malentendido… —se excusó Corótico ante la asamblea. Señaló a su alrededor con un movimiento amplio del brazo—. Aquí no hay esclavo alguno, como puedes ver.

—¡Todo eso podéis resolverlo después! —ordenó Vortigern, enojado por perder su valioso tiempo en disputas menores—. El chico tendrá que esperar. Te necesito aquí para que me traduzcas. ¿Han llegado ya los sajones? —preguntó, exasperado—. ¡Por todos los demonios! ¡Parece que avanzaran en caballos cojitrancos!

—¡Por Juno que llevamos aquí todo el día! —se quejó también Ambrosio Aureliano.

—Están dando de beber a sus caballos —les exculpó el guardián—. No hay nada más sagrado para ellos...

—¡Pues que los metan aquí, maldita sea! ¡Y que los sacien con vino!

—Estoy seguro de que esa carta tendrá su explicación —Einion se movió entonces para acercarse a Finn e intentar tranquilizarle. La cautiva que tenía a sus pies se asomó detrás de él.

Atrapó su atención de inmediato.

“Niam”.

Era su propia hermana quien le miraba con los ojos azules muy abiertos. Sus pulseras de cristal no ocultaban los grilletes con los que Einion la ataba.

Habían pasado nueve años desde su despedida, pero aquella, sin duda, era la misma Niam con la que había compartido las pieles de la cama en su infancia.

Entonces los sajones entraron en la sala y se interpusieron con violencia entre ambos. El muchacho tuvo que retroceder dos pasos para que no le arrollaran sus monturas.

El corazón estuvo cerca de salírsele del pecho.

13

La mordedura

Los mellizos sajones no llevaban a sus caballos de las riendas, sino de las crines, y estaban tan próximos a ellos que parecían abrazarlos al caminar.

—¿Son más importantes esas bestias que nosotros? —protestó Vortigern.

Se dirigió a ambos líderes, que eran iguales en importancia y prestigio. Los dos extraordinariamente altos y rubios en comparación con el resto del salón. Fue Hengest quien habló primero.

—Nada es tan importante para un hombre como su caballo —le tradujo Corótico—. Por cómo lo trata se sabe qué clase de hombre es. Por eso y por cómo le da la bienvenida a sus invitados.

Era la primera puñalada del líder sajón. No se estaba refiriendo solo a aquella convocatoria. Era el propio Vortigern quien les había invitado a que se asentaran en Britania, a cambio de sus servicios mercenarios. Pero la relación se había envenenado.

—¿Cuál es el problema? ¿Por qué amenazáis con abandonar vuestro puesto en el muro?

Horsa, el otro hermano, se adelantó, mostrando un *vellum* donde se dibujaban unas tablas.

—Sabes bien cuál es el problema. No hemos recibido el *annona* pactado —Corótico traducía lo que hablaban ambos hombres.

—Sabéis que la hambruna está azotando toda la isla y aún así os hago llegar provisiones…

—No las suficientes. No tenemos para alimentar a nuestro pueblo.

—Mis informantes me dicen que vuestro pueblo no cabe ya en la Isla Brillante. Que estáis creciendo demasiado. Me comprometí a mantener a vuestros guerreros, a los que lucharan por mí y por este Consejo. ¡No a alimentar a media Jutlandia!

—Tenemos que traer a nuestras familias al territorio —dijo Hengest —. Asentarnos como pueblo. Si faltas a tus promesas romperemos el

tratado.

—Traidor… —masculló Ambrosio Aureliano, que por primera vez se dirigía al líder sajón— Hengest, el juto. No es el primer tratado que rompes, ¿verdad? ¿Te crees que no sabemos lo que pasó en Frisia?

El silencio se hizo en la sala. Para Ambrosio Aureliano no había nada peor que la traición. Su héroe de la infancia, Magnus Maximus, había muerto así: traicionado por sus soldados.

Vortigern abrió los ojos como platos, temiendo que se hubiera llegado demasiado lejos y que el salón de la fortaleza acabara encharcado de sangre aquella noche, pero Hengest, simplemente, esbozó una media sonrisa y bajó la vista al suelo. Al fin y al cabo, él no era juto como sus hombres, sino que pertenecía a la casa real de los anglos. Vortigern decidió intervenir.

—No te conviene amenazarnos, Hengest. Igual que te invitamos te podemos echar.

Él aguardó un momento sin decir nada. Alguien más había llamado su atención. Había una muchacha de melena rubia que le miraba desde el suelo con sus ojos verdes, propios del tesoro de un dragón. Vestida como una princesa, pero encadenada. ¿Por qué?

—No enviaremos más provisiones —insistió Vortigern.

Hengest volvió a concentrarse en su anfitrión. Miró a Horsa y ambos asintieron, recordando los pactos que habían hecho en privado.

—Está bien. Nosotros mismos nos apañaremos.

Vortigern no supo qué contestar. Le extrañaba que el rubio líder hubiera decidido zanjar la cuestión tan fácilmente, cuando la tormenta había estado a punto de estallar. Miró a Corótico, por si tenía algo más que añadir. Por si la frase pudiera interpretarse de alguna otra manera, pero el capitán no dijo nada.

Finn era el único que no prestaba ninguna atención a lo que se estaba diciendo en la sala. Cada fibra de su ser estaba pendiente de Niam, esforzándose por comprender, resistiendo la tentación de ir a abrazarla sobre aquel suelo de juncos. La buscaba con la mirada a través de las patas de los caballos o más allá de los hermanos sajones.

La expresión en los ojos de su hermana le confirmaba que solo podía ser ella y que también le había reconocido. Su melliza, su misma materia. La misma fe, aunque distintos dioses. El destino dividido.

Niam siempre había sido la más fuerte de los tres, el pilar más sólido. A quien él acudía para protegerse del mundo, a quien acudía Ciar para hacerlo de sí mismo.

Para Finn, Niam había sido muchas veces la roca en el mar zozobrante, cuando sentía que ya no podía más. Ella era quien le

había enseñado a no temer a los truenos ni a las arañas ni a los ladridos de los perros. Niam no le tenía miedo a nada.

Pero él sí temía, a tantas cosas… Se confesaba temeroso de Dios y también de los hombres armados y temeroso del tiempo, que podía separarle de las personas que amaba —Ceara, Patricio— sin promesas ni esperanza.

Nada más terminar los sajones su audiencia, Finn tuvo que contemplar impotente cómo Einion daba un tirón de su cadena y se llevaba a Niam de la sala. Ella le miraba suplicante, volviendo su cabeza hacia atrás, necesitada también de reencontrarse.

En su mano izquierda aún tenía la bolsa de los sólidos, quemándole, recordándole que cada instante podía ser vital para los cautivos. Que tenía que encontrarles antes de que fueran vendidos o asesinados.

Angustiado, se dirigió a Corótico, que se encaminaba distraído hacia la gran sala de enfrente, donde los líderes tomaban puestos para el banquete.

—¿Dónde están los cristianos? ¿Adónde te los has llevado? —demandó, impaciente.

—¿El qué? Ah, sí… esa carta. Busquemos un lugar más tranquilo para poder hablar de esto.

Abandonaron el salón principal y salieron a la oscuridad de la noche. Finn le siguió por el patio central de la fortaleza, al tiempo que vadeaban algunos pequeños grupos de soldados. Estos se entretenían a los dados, dormitaban contra sus propias armas, o bien entornaban los ojos al zurcir sus botas bajo la luz de las antorchas.

Él era un sacerdote y llevaba puesta la coraza de la fe. No debía tener miedo de Corótico. Celebró como un íntimo triunfo que el capitán estuviera avergonzado de la situación, que no quisiera negociar con otros hombres delante. Parecía dispuesto a admitir su crimen y Finn estaba seguro de que aceptaría el dinero. Quizás incluso le estuviera llevando directamente a los esclavos. Pero cuando entró en la hospedería allí no había nadie. Estaba desierta.

Corótico desenrolló la carta nada más entrar.

—Necesitaré un poco más de luz.

Se desvió a uno de los laterales, donde había una antorcha y leyó las líneas por encima.

—Todo esto es un absurdo error… ¿Cómo iba yo a secuestrar cristianos? ¡Yo mismo soy cristiano! —se rió Corótico.

Finn estaba desolado ante sus burlas.

—Deja que te los compre… —suplicó— Te pagaré un precio justo por ellos. ¡A ti te da igual quien los tenga!

—Muchacho, ¿es que crees que soy estúpido? ¿Crees que los iba a traer aquí para venderlos, delante de mis superiores y de mis propios sacerdotes? Mis vecinos pictos también me pagan bien y nadie se

entera de lo que pasa en el norte. Y, si no, siempre puedo revenderlos en la propia Hibernia. A nadie le importará.

No había esperanza. Las vírgenes del bautismo ofrecidas como trofeos, tal y como había dicho el maestro. Los niños vendidos a hombres sin moral, ignorantes de Dios…

"Esto se sabrá", se prometió Finn.

Entonces Corótico le prendió fuego a la carta.

—¡No! —gritó él. Intentó arrebatársela, pero Corótico interpuso su espada, contra la pared. De un golpe brutal le cortó la mano izquierda.

Finn gritó por el dolor mientras caía de rodillas al suelo de juncos. Contemplaba aterrorizado el muñón por donde la sangre brotaba a borbotones, con el vértigo de lo irreparable, pensando que le sería imposible escapar de allí. Corótico le iba a matar.

—Ahora márchate de aquí —el capitán se agachó a recoger la bolsa de los sólidos, que había caído de la mano inerte. Se alejó, limpiando la espada en el cuero negro de su pantalón—. No quieras perder más partes de tu cuerpo.

Finn se quedó temblando junto a la antorcha. Contemplando una mano izquierda muerta, que ya no le respondía. Conmocionado, mientras el *vellum*, con la letra de Patricio, se deshacía en la nevada negra de cenizas.

Einion empezó a preocuparse desde el momento en que vio llegar a Corótico al salón de banquetes, con la espada desenfundada. Mostraba un borrón de sangre y no había ni rastro del sacerdote. Si le había ocurrido algo el obispo Patricio tendría noticias. Podían llegar incluso hasta Roma. Lo último que quería era verse envuelto en algo así.

—Ve y averigua qué ha pasado —ordenó a uno de sus soldados.

A Niam le recorrió el cuerpo un escalofrío insoportable a la vista del acero manchado. El corazón le palpitaba con fuerza. Solo tenía ganas de salir corriendo. Empezó a balancearse hacia adelante y hacia atrás y a cambiar el peso en el suelo, sin encontrar la postura, como un animal en una jaula estrecha.

Después de un rato que le pareció una eternidad, el soldado regresó con las noticias.

—La situación es peor de lo que pensábamos —se acercó mucho a Einion, buscando la discreción, pero tuvo que elevar la voz para que el rey le oyera sobre el tumulto—. Parece que Corótico atacó al sacerdote. Y no solo eso, sino que le ha robado las monedas. Está desangrándose en la hospedería…

—¡En el nombre de Dios! —resopló Einion— Hay que librarse de este loco como sea.

—¡Déjame ir con él! —suplicó Niam, presa de la angustia.

Einion se quedó descolocado ante su reacción. Nada de lo que pasaba parecía tener sentido. ¿Es que todo el mundo había perdido el juicio?

—¡Si algo le pasa te harán responsable a ti también! —le urgió ella.

Einion miró a su alrededor y se sintió desprotegido en aquel salón repleto de hombres armados.

—¡En mi escuela aprendemos medicinas que no conoce nadie! —insistió Niam. Sabía que no debía dejarle pensar— ¡Puede ser cuestión de vida o muerte!

Einion asintió, a regañadientes, y le entregó la cadena a su soldado.

—Escóltala y que nadie la toque. Y dile a Corótico que me envíe pronto a otra virgen porque quiero cerrar ya el trato. Con el precio que acordamos. A ver si dándole a esta mujer consigo perderle de vista para siempre.

Cuando llegó a la hospedería Niam se sintió abrumada por la cantidad de sangre que manchaba el suelo y parte de la pared. El médico de la fortaleza ya había sido alertado y una sirvienta había puesto agua a hervir. Incorporado sobre una cama de juncos, con un lino atado al antebrazo, estaba Finn.

Niam le abrazó con fuerza. Él la rodeó con el brazo derecho, que era él único que tenía sano. Pronunciaba su nombre, quejumbroso. Castigado en cuerpo y alma.

Ella se separó para estudiar la herida, cuya visión era atroz. Le había seccionado limpiamente la muñeca. No había nada que hacer, aparte de detener la hemorragia.

Miró con lástima cómo el médico insertaba su vara de hierro en lo más profundo de la hoguera. Repasó mentalmente lo que había oído en la escuela sobre las técnicas romanas, que permitían atar los caminos de la sangre para frenarla y así no tener que usar el fuego. Sin embargo, ella era poeta y no sabía cómo hacerlo. La única alternativa era la quema.

Observó la piel tan blanca y delicada de su hermano, que siempre había estado resguardada de los elementos, refugiada en los estudios de la Iglesia. Finn tenía aún la misma piel que cuando era niño.

En aquel momento el médico extrajo la vara candente e hizo una seña al soldado. Niam abrazó a Finn, apretando con fuerza su cabeza sobre el pecho.

Cuando los gritos dejaron de atronar pudo escucharse el eco de Niam, que había estado susurrando por debajo, repitiendo “lo siento, lo siento, lo siento, lo siento…”.

El resto de la noche hubo un gran banquete en la fortaleza, que acababa de cambiar de dueño. Los doce miembros del Consejo habían decidido entregársela a Ambrosio Aureliano y desde entonces el nombre de Dinas Ffaraon pasó a ser Dinas Emrys, la Fortaleza de Ambrosio. El propio Vortigern había dado su visto bueno porque sabía que los romanos, con poco criterio, habían construido el fuerte sobre los restos de una ciénaga. Él mismo no había podido levantar ni un muro miserable de dos palmos de altura. Los cimientos acababan hundiéndose en la ruina.

Con el tiempo, Aureliano levantaría una sólida muralla de tres metros de ancho, con rampas. La llenaría con ánforas del Mediterráneo oriental y de vajilla de cerámica roja. Todo ello decorado con la Chi-Rho cristiana, como le hubiera gustado a sus padres, que vistieron un día la púrpura de Roma.

Sin embargo, en aquellos días aún parecía imposible que ninguna construcción se mantuviera en pie. Se extendió la leyenda de que dos dragones, uno blanco y uno rojo, habían sido encadenados por el dios Lug al pozo de la fortaleza y que su lucha sin cuartel era lo que impedía su construcción.

En el banquete de aquella noche Vortigern sugirió, medio en broma, que quizás Aureliano debería hacer algún sacrificio humano, como habían hecho sus antepasados antes de comenzar sus castillos.

La víctima tendría que ser un niño nacido sin padre, si es que lograba encontrar tal cosa. A Aureliano le pareció tan desagradable que le tildó de bárbaro y pelagiano allí mismo, retirándole la palabra y declarando hostilidades que ya no se resolvieron con el tiempo. Su hermano menor, sin embargo, era menos escrupuloso y, decidido a tener éxito, no dejó de buscar por toda Britania hasta que encontró a tal niño.

El hermano de Ambrosio Aureliano se llamaba Uther y con el tiempo se le conocería como Pendragón. El niño al que encontró no fue sacrificado, sino que se convirtió en su consejero.

Se llamaba Merlín.

14

Los mellizos sajones

Que Hengest tenía un carisma especial era evidente para cualquiera que aún conservara la vista. Aquella especie de aura que le rodeaba, de favorito de los dioses, tenía nombre entre las tribus germánicas: la *suerte* del rey, que hacía que los hombres que trataban con él le reconocieran inmediatamente como un superior. “La riqueza de un rey es la que demuestra su *suerte*, ante los ojos de todos”, le había repetido siempre su padre. “Los dioses favorecen a aquellos que actúan”.

Siempre estaba dispuesto para el combate. Para él la llamada a la guerra era una voz constante, que siempre pedía más. Y desde luego Tanet, la Isla Brillante que los britanos llamaban El Regalo, distaba mucho de satisfacerla.

La *suerte* que desprendía Hengest se le hizo a Niam evidente desde el primer momento. Mostraba una fortaleza de espíritu y una seguridad que había percibido en pocos hombres, y eso que había conocido a muchos de los grandes líderes de su tiempo. Hengest estaba lejos de los caprichos del anciano Cunedda, de sus “quiero y no puedo” de gigante derrotado. También superaba con mucho a Einion, ansioso, incapaz de contenerse cuando hacía falta, temeroso de las maldiciones, pendiente siempre de la protectora a los pies. Desde luego aventajaba en apariencia a Vortigern, con su aspecto de mendigo desgastado por los viajes, los cabellos grasos y el color macilento de quien no se alimenta bien. No tenía tampoco la presunción y el aire irritante de Ambrosio Aureliano. Ni tan siquiera el descaro que había conocido en el Serigi joven o el carácter obsesivo en que derivó después. En realidad, le pareció a Niam que solo había visto esa clase de *suerte* en otro hombre, durante toda su vida. Y que ese hombre era Ciar.

“Tienes que hablar con los sajones”, le había dicho a Finn al oído antes de que se fuera. “Corótico ya estará buscando una virgen para que me sustituya, esta misma noche”. El rey finalmente se había

rendido, lo había oído de sus propios labios. No había tenido ni la oportunidad de cambiarse los vestidos manchados con la sangre de su hermano. “No dejes que me entreguen a ese hombre. El líder sajón está interesado. Lo he visto en sus ojos”.

Estaba intrigado, al menos. En la audiencia había centrado toda su atención en ella, con la intensidad de quien contempla cómo se prende una yesca. Le fascinaba.

Volvió al banquete, decidida a no quitarle los ojos de encima al germano. Se movía por el salón según los deseos de Einion, en pie tras él, llevándole el manto, pero mantenía la atención en Hengest, como si en sus pupilas llevara dos alfileres. Él no tardó en devolverle la mirada de forma evidente. Horsa pronto se fijó también en ella, al advertir la atracción que ejercía sobre su hermano.

—Es muy hermosa, aunque parece que tiene dueño —Horsa se llevó el cáliz de vino a los labios, sin despegar su mirada azul de la cautiva.

A Hengest aquellas palabras le parecieron vacías de sentido. Muy propias de Horsa, que siempre era cuidadoso respecto de las leyes y la propiedad. Pero él, que era un conquistador, estaba acostumbrado a coger constantemente cosas que no eran suyas.

Apuró su copa y se dirigió hacia el centro de la sala.

Toda la culpa la tenía Niam.

Solo, en mitad de aquel salón, Corótico se preguntaba cómo su reputación había podido caer tan en desgracia. De ser un capitán admirado, arropado en las influencias de su poderoso padre, a ser tachado de traidor y de enemigo de Dios.

“Has cruzado ya todas las líneas, Corótico. Atacar a los religiosos es impío”, le había reprochado Einion. “Vuelve a la Altura de Clota. Aquí no eres bienvenido”.

Todo había sido por ella. Aquella mujer se había reído de él y le había convertido en un hombre obsesivo, que se había traicionado a sí mismo en el camino para conseguirla. Le había nublado la razón y sacado de su sitio. Quizás los poderes que atribuían a los druidas y poetas de Mona eran ciertos. Quizás le había embrujado.

Necesitaba ser un hombre mejor y reconciliarse con el cielo. Ahora que Einion había aceptado los sólidos del sacerdote ya no tenía por qué esperar a la venta de los esclavos. Al fin podría llevarse a Niam a la casa de su padre. Todo saldría bien.

El rey solo le había pedido un día más, hasta que trajeran a una niña del pueblo que la sustituyera. Lo mismo que él había intentado hacer incontables veces y no le había dado resultado con Cunedda.

Entonces se la llevaría al norte, al otro lado del Clota. Quizás todavía pudiera hacer de ella una mujer cristiana y de provecho.

Quizás incluso podría conseguir que le tratase con respeto como al principio. Incluso con cariño, como cuando le contaba historias en la tienda de Cunedda y se dormía abrazada a él. Cuando él era lo único que tenía dentro de aquella miserable y estrecha tienda. Deseó ser su mundo entero, aislarla de todo, cerrarle los oídos a los comentarios venenosos de los demás. Tenerla solo para él.

La encerraría en su fortaleza del Monte de Grian, rodeada de riquezas.

Hengest tenía veintiocho años y Niam no iba a ser la primera mujer que compraba. A su primera esposa la había conseguido diez años antes y el hijo de ambos, el pequeño Æsc, había viajado con él hasta la Isla Brillante. Su pueblo no conocía ninguna otra forma de unión: toda mujer, ya fuera noble o sirvienta, tenía un coste. ¿Qué precio querría ponerle Einion? ¿Cómo sería de valiosa para él?

Por su vestimenta supuso que sería una princesa, perteneciente a las tribus de los Uí Liatháin, los colonos irlandeses desposeídos por Cunedda. Y por experiencia sabía que no importaba de dónde fuera la princesa ni que lengua hablara. Todas ellas esperaban recibir regalos.

Niam le vio acercarse, seguido de su traductor, y pudo admirar mejor su apariencia. La hebilla del cinturón destacaba en el centro de su cintura con un diseño oval, del tamaño de un huevo de rapaz, con un caballo de miembros enlazados. Llevaba hasta tres broches sujetando sus ropas, engarzados con amatistas y granates. Ataban sus mechones de cabello rubio unas tiras de cuero negro y cuentas de cristal. No desvió la vista mientras se acercaba a ella, pero en el último momento se colocó detrás y le dio la espalda.

A Niam le gustó el perfume del cuero de sus ropas, pero más aún el olor a caballo de su cuerpo. Era el mismo de su infancia, el de los hombres de su familia. El olor de su hermano, Ciar, y el de su padre, Ciarán. El olor de ella misma.

Hengest se puso a hablar con los guerreros acerca del muro del norte y de cómo mantenían a raya a los pictos, mientras su traductor le interpretaba lo más rápido posible. Niam no prestaba atención a las palabras, pero se esforzaba por captar el timbre de su voz, en el mar de las voces de otros hombres. La voz de Hengest era una barca en la que estaba dispuesta a navegar. Constante y segura, capaz de recorrer la distancia necesaria.

Él retrocedió un paso y sus cuerpos se tocaron, a través de la ropa, espalda contra espalda. Niam intentó respirar muy despacio para evitar la más mínima separación.

Entonces sintió el dorso de la mano de él, descansando junto a su pierna. Una invitación. Dejó caer el manto de Einion y su mano se

rozó con la de Hengest que, sin perder un instante, entrelazó sus dedos.

Su contacto fue firme y decidido. No el de un muchacho tímido, sino el de un hombre que sabe lo que desea. Niam cerró los ojos mientras él le cerraba el puño y dejaba algo en el interior de su palma.

Ella llevó la mano hacia adelante y miró el obsequio: era un anillo de hueso de morsa, grabado con runas que no podía entender. Se lo puso en la mano derecha.

—Mi rey, permite que vaya a cambiarme los vestidos, te lo ruego. Así como estoy te avergüenzo —pidió a Einion—. Los hombres se preguntan por qué llevas a una mujer sangrando a tu lado.

—Ahora no —zanjó él.

—*Wes þú hál!* Seas tú saludable, Einion, durante todo tu reinado —Hengest había dado la vuelta y se había colocado frente al rey. Su intérprete era el que hacía comprensibles sus palabras—. Y mis lamentos, desde luego, por la muerte de tu padre.

Einion se sintió halagado. El sajón era el único en la sala que le había felicitado por su inauguración y le había saludado en consecuencia.

—Sin duda Cunedda era un hombre loable.

—Y audaz, como demostró al marcharse del muro y bajar a Segontium. Estaba claro que sabía aprovechar una oportunidad.

Einion estaba expectante. Sabía que Hengest tenía una petición en la lengua. ¿Tropas? ¿Tierras? ¿Víveres?

—También yo sé aprovecharlas. Así que dime qué es lo que quieres, sajón.

—Comprar. Si es que la vendes… —señaló a Niam con la cabeza. Se alegró íntimamente de ver el anillo de hueso en su mano—. Confío en que sí porque me han dicho que te estás haciendo una fortaleza. Y los muros se levantan con oro, más que con doncellas.

—No eres el primer hombre que se fija.

La muchacha se cubrió el vestido, aún manchado por el episodio en la hospedería.

—Ya me imagino. Porque es hermosa y no la tienes precisamente oculta…

El traductor hizo una pausa antes de la siguiente frase de Einion, temiendo la reacción de su señor.

—Me refiero a que ya está vendida.

Hengest se inquietó por un instante. Era un bache, ahora que le parecía que la negociación estaba encaminada. Un fuerte tirón de las riendas cuando ya galopaba. Pero no se había caído del caballo.

—¿Con quién debo negociar entonces?

—Aquel hombre de allí —dijo, señalando a Corótico al otro lado del salón— será su nuevo dueño y te aseguro que no te la cederá.

El capitán moreno, al verse señalado, se encaminó hacia el grupo.

—Aún no la has entregado, así que todavía es tuya —se apresuró Hengest—. Yo puedo darte el doble… o el triple. Aquí mismo, en este salón.

—No puedo enemistarme con él —le advirtió Einion. Aunque sus relaciones no pasaran por su mejor momento era más importante el vínculo con la Altura de Clota que con los sajones—. Búscate otra mujer, Hengest.

En aquel momento llegó Corótico, se plantó delante de Hengest y Niam pudo observarles frente a frente.

El capitán tenía el cabello negro y ondulado y los ojos de un color gris pálido, grandes como redondas monedas de plata. La mandíbula fuerte y marcada de la nobleza, de labios delgados. Las cejas finas y negras en una precisa pincelada, casi siempre airada, en contraste con su piel pálida y dura como el cuarzo. En plata brillante lucía todos sus adornos: los broches, el cinturón, la guarda de su espada oscura… Su cota de malla parecía desprender una luz fría, sobre una túnica de color ceniza. El pelaje de su capa escarlata era el de un lobo gris y blanco.

Hengest, en cambio, no era celta sino un auténtico ejemplar nórdico. Era más alto y su espada era de las más largas del salón. El oro era el metal de sus adornos y su capa era verde oscuro, con una franja bordada de caballos que se enlazaban los miembros, propios del arte de su pueblo. Tenía una espalda hermosa y curva, proporcionada con los hombros. Sus cabellos eran rubios como el oro del saqueo, los mechones mezclados en distintas aleaciones, y sus ojos eran más finos y penetrantes que los de su rival. Una luz fascinante brillaba en ellos, azul como el corazón de los hielos.

Corótico dijo entonces algo en sajón, que Niam no pudo interpretar. Por la expresión de su traductor supo que las hostilidades se habían desatado.

El líder de los jutos se tragó el orgullo y le sostuvo la mirada, en desafío privado.

—En la hospedería hay un hombre que dice tener noticias de tu tierra, mi señor Hengest —improvisó Niam.

Las últimas tres palabras las dijo en sajón, utilizando el tratamiento *Freo*, lo que encendió el orgullo del norteño.

—¿De Angeln? —se extrañó.

Niam asintió.

—Podrían ser importantes…

Hengest pareció entonces olvidarse de todo lo que no fuera aquel mensaje. Inquieto, hizo una seña a su hermano y se alejó a zancadas hacia la hospedería, seguido de su traductor, que apenas podía seguirle el paso.

—Ya he encontrado a la niña que te hará compañía —anunció Corótico a Einion—. Iré a buscarla para que puedas cumplir tu parte. Volveré enseguida.

—Se llama Niam, hija de Ciarán, y es poeta de Mona.

Finn reprimió la náusea de tener que ofrecer así a su hermana, como si fuera una mercancía a intercambiar. Librarla de unos guerreros para entregarla a otros, igualmente impíos, paganos y bárbaros. El juego más peligroso que podía imaginarse. Pero realmente no tenían opción: el lecho de Corótico era el lecho de la muerte.

—Si te la llevas, pondrá sus profecías a tu servicio —transmitió la propuesta de su hermana lo mejor que pudo, aún estando en contra de todo cuanto implicaba.

Sentía asco de cada palabra que salía de su boca. No quería más que olvidarse de que estaba vivo y despierto y de que, en la vigilia, había perdido la mano. Quizás en sus sueños la conservara aún. Quizás dormido podría borrar las últimas horas de su mente.

—Pensaba llevármela de todos modos —respondió Hengest, con altanería—. Pero más todavía si es así de valiosa.

—También debes llevarme a mí. Porque soy su hermano y esas son las condiciones.

Hengest asintió y se volvió hacia Horsa.

—¿Y tú? ¿Me apoyarás en esto?

Llevarse a una mujer principal en mitad de la noche era una declaración abierta de hostilidades. Tenían que estar los dos de acuerdo.

—Las alianzas las rompió Vortigern primero, cuando envió un *annona* insuficiente. A partir de mañana ya nada importará.

—Entonces estamos de acuerdo.

—Pero no quiero que des por sentado que será tu mujer…

Hengest no se esperaba aquello.

—¡Vamos, hermano, yo la vi primero!

—¡Yo también vi primero tu caballo!

Hengest iba a protestar y a decirle que no era lo mismo, pero en realidad mujer y caballo sí que le parecieron, de algún modo, equivalentes.

—Por Woden que este no es lugar ni momento para discutirlo.

—Estoy muy de acuerdo. Lo resolveremos en Tanet.

—Está decidido, entonces —sentenció Hengest.

Finn resopló, resignado. Aquellos dos hombres acababan de rifarse a su hermana en sus narices.

—Tendrás que engañar a Einion —les indicó— o no la dejará

marchar.

—¿Y el resto del plan? —preguntó Horsa.

—Woden me ayudará —sonrió Hengest. Su ancestro, su dios más cercano, era también el tramposo, el mentiroso y el mago. Siempre capaz de salirse con la suya— Tú encárgate de acomodar al herido y prepara a los nuestros para la fuga. Espérame con los caballos en la empalizada. Yo me encargaré de la mujer.

Horsa asintió, resignado.

Los papeles siempre se repartían de la misma forma: a él le tocaba organizar, tener la intendencia preparada, los víveres, las bestias, todo a punto. Moderar peleas e impartir justicia. El enfrentamiento y la gloria, el camino de la espada, le estaba reservado solo a Hengest.

Cuando Corótico llegó al salón, llevaba de la mano a la joven hija de una de las sirvientas. Allí se encontró con que, junto a Einion, solo estaban sus soldados y una niña de trenzas rubias.

—Niam se ha marchado a cambiarse los vestidos. Para no presentarse ante su nuevo esposo en un estado tan lamentable. Llegó esta niña para sustituirla, anunciando que sus ropas de novia estaban preparadas. Dijo que la habías enviado tú…

Corótico los miró a ambos alternativamente, atónito. Luego salió del salón a toda prisa, con un pensamiento funesto en la mente. Con la sospecha echando raíces, implacable y destructiva como el cuerpo de un relámpago.

Los caballos llenaron la noche con el sonido de sus cascos, revelando sus contornos plateados a la luz de la luna. Sobre el lomo del más veloz de ellos, Niam se aferraba al cuerpo de Hengest, tan sólido como la madera, la piedra y el metal de las armas. Volteó el rostro para contemplar cómo ella y su hermano dejaban atrás la mole negra de Dinas Emrys. Envuelta en las brumas de la noche.

15

Segunda carta: *Dies irae*

Patricio agarró la cabeza por la melena negra y la golpeó con todas sus fuerzas contra la piedra del altar.

La sangre manchó la superficie con el primer golpe y así supo que lo estaba haciendo correctamente. Que así era como se mataba a una persona.

Siguió golpeando sobre el canto, una y otra vez, hasta que se familiarizó por completo con el misterio de la muerte. Hasta que le pareció incluso natural. Los hombres llevaban matando desde que existían, mucho antes de que Dios se les revelara. Decidiendo cuándo y cómo desgarrar un alma de su cuerpo. ¿Por qué no iba a saber hacerlo él también?

El cráneo se abrió y los sesos quedaron al descubierto. No había ningún misterio, en realidad. El hombre no era más que un animal, como tantos que había sacrificado durante sus años de esclavo. Tenía las mismas partes, las mismas formas y los mismos órganos. Aquel hombre en concreto, Corótico, no era más que eso: un animal feroz y dañino. Una alimaña.

Se despertó de súbito, los ojos muy abiertos. Junto a su cama, el vacío.

Una carta de Finn había llegado desde la isla de Tanet, en Britania, anunciando el peor de los desenlaces: la epístola condenatoria había sido quemada y los cristianos arrojados a las fauces de los pictos, sin remedio.

No entendía por qué Finn se había quedado allí, con aquellos hombres salvajes que se mofaban de Dios y que le habían robado el dinero. ¿Cuál era el misterio que le impedía volver? ¿Por qué había enviado una carta en lugar de entregar el mensaje en persona?

Finn era un buen muchacho y ahora estaba a merced de aquellos hombres crueles. Quizás estaba prisionero y solo había podido escribir desde una celda. Quizás le habían añadido al lote y su destino era la

esclavitud. Un calvario que él mismo conocía demasiado bien.

Se acordó de Calpurnio y entendió mejor. Así que eso era lo que se sentía. La angustia por el hijo ausente, la falta de paz. Ya nunca volvería a conocerla. Apretó los puños y lloró por Calpurnio, por Finn y por él mismo.

No le perdonaría, a Corótico no. Había sido capaz de perdonar a sus esclavistas, al hombre que le tuvo criando cerdos durante seis años, al propio Ciarán que le había raptado, convirtiéndose en el primer eslabón de su cadena de desgracias.

Pero todo aquello se lo habían hecho a él mismo y podía perdonarlo. Sin embargo, no podía perdonar nada de lo que le hicieran a Finn. Sería injusto. Finn merecía que Corótico fuera odiado con fiereza. Que todo el fuego del infierno cayera sobre él.

Se sentó a escribir una segunda carta, al tiempo que su corazón se enfrentaba a un auténtico mar de oscuridad.

—Quiero hablar con tus señores. Llevo todo el día esperando…

El traductor sonrió y asintió. Dejó a un lado las tablas que portaba, llenas de runas que Niam no entendía. La invitó a sentarse al pie del primitivo faro, una mera torreta de piedras culminada en un refugio para la pira. Por eso la llamaban Tanet: la Isla Brillante. Desde la playa podían ver el mar, hacia el este. El sol de la mañana aún estaba en ascenso.

Niam y Finn llevaban en la isla dos días, descansando después de haber cruzado toda Alba de oeste a este, permitiendo que las monturas tomaran fuerzas, pero sin cambiarlas. A los líderes sajones no les valía un animal cualquiera.

Después de cruzar en las barcas se habían sentido más seguros. Estaban, al fin, en territorio sajón.

—¿Y bien? ¿Cuándo es que tus señores querrán atenderme? Seré una prisionera, pero también soy poeta y reclamo mi derecho a ser escuchada.

El traductor asintió, con gesto serio. Desde luego no era una cautiva cualquiera para los hermanos regentes. Campaba a sus anchas por la villa, sin grilletes ni cadenas, y se le dispensaba un trato de invitada, con las mejores pieles para su cama y la mejor carne en su plato.

—Ahora es imposible. Están cabalgando… y no por placer. Me llamo Eomer.

Qué decepción. Se habían marchado, antes de que consiguiera reunirse con ellos.

—¿Dónde están ahora? —por un momento acarició la idea de pedir una montura y alcanzarles.

—¿Cómo voy a saberlo? Sería como preguntar por dónde para el

rayo una vez ha partido del cielo. O en qué parte del árbol cósmico se entretiene el viento.

—¿Sabes cuándo volverán?

El traductor se encogió de hombros.

—Es imposible saberlo… Están discutiendo. Esta es la manera en que solucionan sus asuntos. Ambos compiten hasta que uno de los dos cae rendido del lomo. Solo el ganador recibe el apoyo de los dioses y conserva la *suerte* real. Aunque jamás les había visto correr durante tanto tiempo.

—¿Por qué discuten?

—Están compitiendo por ti.

Así que ambos hombres se habían fijado en ella.

—¿Es así como ganáis a vuestras mujeres? ¿En competición?

—Las mujeres se compran a la familia de la novia. Pero tú eres una prisionera. Y uno de los dos deberá ser tu dueño, necesariamente.

Niam se cruzó de brazos. La habían rescatado y no estaba en posición de negociar, pero llevaba el anillo de Hengest. No estaba segura de tener influencia sobre su hermano.

—¿Sabes cuál de los dos ganará?

—Ambos son descendientes de Woden y llevan la *suerte* en su sangre. Ambos son nuestros reyes, igualmente necesarios.

—¿Cómo pueden ser reyes dos hombres a la vez?

—¿Cómo podría uno dedicarse a la conquista mientras deja atrás lo conquistado? ¿Cómo podría crecer el otro mientras está sentado en una silla? Uno de ellos batalla mientras el otro gobierna. Y ambos encienden el fuego sagrado el día de año nuevo.

Niam pensó que aquella era una forma sabia de liderar. De otra manera, el rey tenía que ejercer como jefe militar, en un exilio permanente de campamentos, desatendiendo los asuntos del trono como le había pasado a Cunedda. O bien enviar a sus hijos al frente y conformarse con labores diplomáticas, sin poder nunca empuñar una espada, como en el caso de Vortigern.

—Entonces te lo preguntaré de otra manera. ¿Cuál de los dos es mejor jinete?

—A veces gana uno y a veces el otro. Dependiendo de lo fuerte que sea el deseo. El caballo es el protector de ambos, lo llevan en sus nombres.

—¿Hengest significa caballo?

A Niam le sorprendió aquel descubrimiento. Quizás por eso le había atraído desde el principio.

—No. Horsa significa caballo… —aclaró el traductor—. Hengest significa caballo semental.

Niam se alejó de la playa hacia la villa, que bullía de actividad matutina, por el borde de los campos delimitados que los sajones llamaban pieles y que tocaban a uno por familia. Era de las primeras palabras que le habían enseñado a su llegada.

Los niños la miraban con curiosidad. Desde su misma llegada se habían asomado múltiples veces a la choza que compartía con Finn para espiarles. A él le llamaban "el hechicero manco" y a ella "la elfa rubia". Sin duda, formaban una pareja peculiar, que podría haber salido de algún cuento.

Vadeó las casas de trabajo, donde hombres y mujeres se afanaban en sacar adelante sus tareas. La casa de los telares, que estaba llena de mujeres, y la de la metalurgia, que desprendía vapor de día y de noche, sin descanso. De allí no dejaban de salir más y más armas, planas, sin adornos… para servir a escaramuzas inminentes.

Encontró a Finn a solas en el pequeño salón de madera, austero e improvisado, que habían levantado los mercenarios. Bajo el techado de paja, en el encuentro entre una viga y un pilar lleno de runas toscas, habían anidado unos vencejos que no dejaban de piar.

Niam tomó asiento en el banco, junto a su hermano, frente a las sillas gemelas destinadas a los reyes.

—¿Cómo estás? ¿Te duele mucho? —apenas habían podido hablar desde su reencuentro.

Finn se revolvió, incómodo. Procuraba no pensar en lo que había pasado. Prefería no hablar de ello ni mirar… ni recordar si quiera que había tenido una mano diestra.

—Me preocupa mi maestro —improvisó—. Debe de estar inquieto y perdí el dinero que me dio. Le costó mucho obtenerlo y lo ofreció para liberar a los cautivos…

—A Corótico no le sirvió de nada robártelos —dijo Niam para aliviar su culpa. Todo podría haber sido aún peor—. Al final no se salió con la suya… Y yo estoy aquí, contigo.

Finn apretó los labios y asintió. Al menos eso había salido bien.

—¿Sabes algo de Ciar?

La pregunta fue como una pedrada. Niam había permanecido aislada en Mona, sin noticias, desde que se marchara siendo solo una niña. Hacía nueve años que no sabía nada.

—Vive alejado de Dios. El suyo es el camino de la guerra. Oscuro y sin esperanza…

—¿Dónde está? ¿Qué pasó desde que me fui?

—Volvió al Cisne y se casó con la hija de Diarmait.

Niam se quedó atónita al oírlo. ¿Su hermano había juntado sangres con el peor enemigo de su padre?

—¿Por qué?

—Siempre quiso ser rey. Para eso tenía que casarse con la hija de

uno, así que eso fue lo que hizo. La última vez que le vi fue tras la batalla…

—Donde papá murió, ¿verdad? —se adelantó ella. Estaba segura de que la profecía se había cumplido. La lavandera del vado se había llevado al río las ropas y las armas de Ciarán y las había lavado para su viaje al Otromundo— Como un guerrero.

Lo había sabido desde su encuentro en la hospedería. Allí había rescatado la mano amputada de su hermano, con tres de los anillos que siempre llevaba su padre. Eran los de la carrera de las Cinco Colinas. Los había quitado cuidadosamente de los dedos muertos antes de besar la mano y arrojarla al fuego.

—Toma. Son tuyos —se los tendió. Finn se sintió culpable por los dos que había perdido. Quizás en manos de Niam durasen más.

—Quédatelos. Padre hubiera deseado que tú también los tuvieras.

—Entonces me quedaré con este —conservó el anillo de Mumu, blanco como un ópalo, y le devolvió el rojo de Ulaid y el azul de Connacht. Finn asintió, agradecido. Su valor era diplomático y podría reclamar la amistad de los reyes de provincia, en caso de necesidad. Se prometió que, en algún momento, recuperaría los dos que le faltaban—. La próxima vez que veas a Ciar… quizás puedas darle el rojo. Así tendríamos uno cada uno.

Finn suspiró, sin esperanza.

—Tras la batalla del Cisne Ciar prácticamente me echó de la Llanura. Discutimos y… ya no he vuelto a verle.

—El día que me marché a estudiar a Mona le prometí que volvería y que me sentaría con él a mirar el Oeste, desde los acantilados —concluyó ella—. Hacia la Tierra de los Jóvenes. Como cuando éramos niños.

—Ojalá pudieras hacerlo. Ojalá ahora mismo yo tuviera armas y supiera empuñarlas para sacarte de aquí. ¡Detesto la idea de que te entregues a esos hombres!

—Déjame a mí tratar con ellos. Puede que aún haya manera de escapar.

Cuando Hengest finalmente apareció llevaba las botas y los pantalones llenos de barro, los cabellos revueltos por el viento y la capa descolgada. Parecía que hubiera disputado un cuerpo a cuerpo con su hermano, más que una carrera de caballos. Niam se sonrió al ver su desastroso aspecto, tan poco apropiado para un pretendiente.

—Bueno… ¡Pues ya está decidido! —descargó toda la tensión de la prueba al decirlo. Se había quitado un peso de encima. Eomer tradujo su anuncio.

—¿Y qué es lo que has decidido, mi señor Hengest?

El germano se quedó por un momento sin palabras. Aquel tratamiento que le había dispensado ya en la fortaleza, en su propio idioma… era música dulce en sus oídos. Desde el primer momento había percibido algo excepcional en ella. En su mirada de tesoro draconiano, que era algo que él debía poseer.

Sin embargo, no tenía respuesta para aquella pregunta. Con Horsa había sido mucho más fácil ponerlo en palabras. ¿Qué es lo que habían decidido en la carrera? Solo cual de los dos sería su dueño. Cuál tendría el privilegio de hacer hijos en ella. Nada que escapara a una transacción normal de matrimonio. Había intentado comprarla sin éxito. Y el que roba algo, por definición, lo hace suyo.

Pero no encontraba la manera correcta de formularlo. Al menos ya sabía que no estaba ante una princesa de los escotos. Poeta de Mona, había dicho su hermano. Aún peor. Una artesana de las palabras. ¿Cómo hacían los contratos allí? No conocía las costumbres de esas gentes…

Eomer le miraba expectante y Hengest de repente se sintió sucio de la carrera. Estaba sudado y apestaba a caballo. Se arregló la capa sobre los hombros y se apartó un mechón de pelo, llevándolo hacia atrás.

—No podíamos tenerte los dos —resolvió, al fin.

—¿Y bien?

La muchacha no parecía impresionada. Le miraba llena de seguridad con aquellos ojos minerales, corazón de roca verde. Casi desafiándole a hablar. Pues bien, no podía medir sus palabras con ella, él no era un poeta, pero estaba en su derecho. La carrera se lo había dado.

—He ganado yo —se envalentonó.

—Has ganado el derecho sobre Horsa, pero no sobre mí. Así que tienes que correr también en mi contra.

Finn comprendió por fin la intención de su hermana.

Hengest sonrió ampliamente, feliz. No sería más que un trámite fugaz y ya no quedaría como un mero ladrón. Le ganaría la apuesta, sí, para compensar el pago que no había podido hacer.

—Y después de la carrera, ¿serás mi mujer?

—Solo si tú ganas. Si gano yo, seré de mí misma. Me dejarás libre y a mi hermano también.

Aquellos detalles sobraban. La fama precedía a los mellizos como jinetes más dotados de su pueblo. Hengest había domado a tantas monturas que había perdido la cuenta. Su caballo y el de su hermano llevaban los nombres de los cuervos de Woden: Memoria era el de Horsa, mientras que Pensamiento era el de Hengest. Y estos corrían tal y como aquellos volaban.

—Será un placer competir contigo.

16

Ese lugar es tu cuerpo

Finn se había refugiado en la casa de huéspedes para no tener que presenciar aquel despropósito. Su hermana jugándose la virtud a una carrera, como si fuera una moneda que pudiera apostarse, en lugar de un don de Dios. No quería tener nada que ver con aquello. Entendía que era su única posibilidad, pero como sacerdote no podía aceptarlo.

Su frustración crecía por momentos, inquieto por la suerte de Niam. Una y otra vez había intentado desatarse la soga de la túnica sin éxito, incapaz de hacerlo con una sola mano.

Habitualmente la cuerda era tan larga que podía sujetarla con los dientes mientras tiraba de ella con la mano sana. Sin embargo, nada le servía para desatar el doble nudo con que lo fijaba en su sitio. Niam siempre tenía que ayudarle.

Una sirvienta se ofreció a deshacerlo, pero él la rechazó, iracundo.

—¡Déjame en paz! —gritó a la sirvienta, que no entendía su idioma y se empeñaba en ayudarle. Como quien trata con un niño testarudo que no quiere desvestirse. La apartó de un manotazo.

La mujer le miró un momento y se marchó indignada de la casa, dejándole solo.

Finn se sentó en el banco de aquella casa rectangular, extraña, y se llevó las manos a las sienes. Casi pierde el equilibrio porque no tenía más que una de ellas para apoyarse. Aquello le pasaba todo el tiempo. No recordaba que le faltaba la mano hasta que era demasiado tarde, hasta que fallaba en su puesto, como un soldado desertor, y entonces venían la frustración y la rabia.

Pensó en Patricio y en sus compañeros. Debería regresar pronto para que no se preocuparan, pero no se encontraba con fuerzas. Tampoco era capaz de abandonar a Niam. Él la había animado y ayudado a huir. Era, en parte, responsable de su protección.

Sentía que había perdido el favor de Dios. Los cristianos recién ungidos habían sido masacrados. Los cautivos restantes… imposibles

de recuperar. Los malhechores habían escapado indemnes, sin el escarnio de la palabra si quiera, porque la carta de Patricio se había quemado. Y ahora él y Niam se veían obligados a trampear y mendigar, a saltar de las fauces de un lobo a otro y a hacer equilibrios entre sus dientes. Había perdido la mano. Ante aquellas desgracias Dios no había hecho nada.

Apareció Horsa, acompañado de Eomer, recién bañado después de la carrera con su hermano. Aún tenía los cabellos empapados, recién peinados, y su piel lechosa de norteño estaba enrojecida por los vapores del agua caliente.

—¿Qué es lo que ha pasado aquí? Una mujer dice que la has atacado…

—¡Aquí nadie me entiende! —le tradujo Eomer— ¡Y tu intérprete no puede estar en todas partes!

—¿Cuál fue el motivo de la pelea?

—¡Este es el motivo! —Finn levantó el muñón— ¡No puedo hacer nada solo! ¡Ni desatarme mi propia ropa!

—Es difícil acostumbrarse a la ausencia, pero lo harás. Tendrás que hacerte la vida más fácil. Yo te puedo ayudar, si me dejas.

Se acercó a Finn y, para su sorpresa, empezó a desatarle el *alb*.

Cuando la soga estuvo deshecha, Horsa se llevó la mano derecha por detrás de la espalda.

—Observa ahora.

Con la izquierda tomó el extremo de la soga en su boca, como el propio Finn solía hacer. “Ese truco ya me lo sé. No vas a enseñarme nada, sajón”. Sin embargo, después de rodear el cuerpo de Finn con el cabo, la mano izquierda ejecutó unos movimientos que Finn no había visto nunca. Los hábiles dedos de Horsa pasaron el cabo por encima de la cuerda madre, quedando el vacío de un triángulo entre el cuerpo del sacerdote y la soga.

—Es el nudo de Woden —explicó Eomer, que ya había comprendido la intención del rey—. Esos son los tres primeros mundos, los de la raíz: Helheim, el de los muertos; Svartálfheim, el de los elfos oscuros; y Niflheim, el de las nieblas y el terror.

Horsa metió entonces la mano por dentro del triángulo, sin soltar el cabo. Luego bordeó la cuerda principal y sacó una pequeña lazada.

—Los tres segundos mundos… —siguió Eomer— Jötunheim, de los gigantes; Midgard, de los hombres; Vanaheim, de los Vanir.

Por último, Horsa tiró del cabo hacia atrás, a través del hueco que su propia muñeca había mantenido abierto.

—Y a través de los tres terceros mundos: Alfheim, de los elfos luminosos; Asgard, de los Æsir; y Muspelheim, del fuego primordial.

El resultado fue un nudo perfecto, firme y ajustado.

—Es un nudo de navegación —dijo Horsa, que había soltado la

cuerda y liberado sus dientes—. Para deshacerlo tira de esta lazada. También lo llaman el nudo de la muerte porque con él se puede hacer una horca.

Finn entendió: solo un hombre que quiere salvarse puede ser salvado. Lamentó que el rey Horsa no hubiera vencido a Hengest en carrera. Sin duda era más sabio que él y un pretendiente más adecuado para Niam.

—Estoy dispuesto a aprender.

Horsa sonrió y puso la mano en su hombro.

—Te convertiré en discípulo del dios Tiw.

Finn se tensó, pero no dijo nada. Solo escucharía y aprendería, nada más. Eso no podía dañarle. No era la primera vez que escuchaba relatos paganos, su infancia estaba plagada de ellos.

Hubiera preferido historias cristianas, pero ni Cristo ni ninguno de sus discípulos habían sido mancos y él tenía que aprender a vivir de nuevo, como fuera.

Hengest ayudó a Niam a subirse al caballo que ella había escogido, porque Pensamiento y Memoria estaban agotados. La muchacha volvió a clavar en él sus pupilas de alfiler, que sujetaban su atención como una fíbula a un manto. El verde esmaltado, con un fulgor de vidrio. Luego se apoyó en él, en su pierna y en su hombro, para alzarse hasta la bestia.

El sajón le alcanzó las riendas y contuvo el aliento al pensar en que no tardaría mucho en estar con ella. La había deseado desde el primer momento, desde la primera mirada, a sus pies. Ahora ella estaba en lo alto, con el cabello rubio cayendo por su espalda hasta casi rozar la grupa. Se había descubierto el muslo para que el vestido le permitiera montar. Hengest hubiera deseado hundir su rostro en aquella falda para aspirar su olor.

—¿Qué es lo que dice el anillo? —preguntó ella, mediante el traductor.

—Es una invitación a cabalgar —dijo él—. A cabalgar conmigo.

“A cabalgarnos mutuamente”.

Le dio unas palmadas en el cuello al caballo y se fue a montar su ejemplar.

—Hasta cruzar los postes… donde están las antorchas.

—No —se impuso ella—. Corre conmigo igual que con Horsa. Hasta que uno de los dos se retire.

—A muerte entonces.

Ella sonrió.

La primera visión fue la de Frigg, hilando las nubes. Tan ligera que era capaz de transmutarse. De la total quietud, Niam pasó directamente al galope, restallando las riendas como un látigo. Imposible asirla. La dama amada, fugaz como un suspiro.

La segunda visión fue la de una valquiria, capaz de ir y regresar antes de que el siguiente guerrero expire. Antes de que Hengest lograra tomar aliento y se lanzara tras ella a la carrera.

La tercera visión fue la de Woden, que era el propio Hengest montado en Sleipnir, el caballo de ocho patas. Y sin embargo insuficientes para darle caza.

La última visión fue la de Sigel, la diosa del sol, inalcanzable por siempre, por más que un hombre aprendiera a volar. Casada con Glenr, un simple mortal. Gloria de los elfos. Perseguida por un lobo, Fenrir, que quiere devorarla. ¿Cómo iba a correr tanto Sigel si no fuera por el temor que le tenía a la muerte? Solo para ser alcanzada por el lobo en la batalla final, en el Ragnarök. Para ser reemplazada por su hija, que no es menos hermosa que ella, y que seguirá surcando los cielos al igual que su madre, aún después del fin del mundo.

Hacía mucho que habían dejado atrás el poblado y habían empezado a recorrer las playas de Tanet. Hengest sentía tal tensión en su cuerpo que le parecía que sus tendones se rasgarían y que se desmembraría. Nunca había soportado un desafío igual.

Niam le agotaba. Consumía toda su fuerza sobre el caballo. Sentía que apenas podía respirar, como si estuviera colgado de Yggdrasil, el gran árbol del mundo. Como si cabalgara el caballo de Woden, que no era otro que la horca.

A veces la alcanzaba por momentos y veía que ella también sufría, pero no tanto como él. El cuerpo de ella era más menudo, el viento respondía mejor a su contacto, mientras que él se veía incapaz. Nunca se había sentido tan impotente sobre una montura ni había tenido a los elementos tan en contra. Era sacudido contra el lomo sin piedad. Ella, en cambio, era mimada por el paisaje como un elfo de la luz. ¿Qué razas misteriosas habitaban al otro lado del mar? ¿Sería posible que, al final, ella pudiera superarle?

Estaba deseando verla cabalgar. No de soslayo, en los breves instantes en que conseguía alcanzarla, o con la urgencia de la carrera desesperada. Quería contemplarla.

Sintió un pinchazo de dolor en el pecho y decidió que era el momento de rendirse. Ella no podía pertenecer a nadie. Vencerla era imposible.

Tiró de las riendas con todas sus fuerzas y se bajó del caballo sin resuello, tambaleándose, con el cuerpo anquilosado, como si estuviera

herido. Se echó de rodillas, frenando el golpe contra la arena con las manos. Su pecho subía y bajaba, aquejado del terrible esfuerzo.

Levantó la mirada desolado cuando ella aflojó el paso y volteó la yegua. La había dejado escapar. A aquella mujer extraordinaria, probablemente su única pareja natural, de estirpe semidivina como él.

Ella descabalgó también y se acercó hasta que pudo mirarle desde arriba, a sus pies, al contrario de como se habían conocido.

Le abarcó la cabeza con las manos hasta apoyarla sobre su vientre y él cerró los ojos de alivio, como si le acabaran de salvar la vida.

Se sentía vulnerable y, por primera vez, plenamente vencido. Temía que ella, que estaba hecha de viento, se fuera a deshacer. Que se subiera de nuevo a la yegua y, con su simple voluntad, desapareciera, dejándole allí solo. Sobre la playa húmeda y grisácea de la tarde.

—Me he ganado el derecho de ir al lugar que quiera… —dijo Niam.

Hengest sintió que le dolía el pecho porque, aunque no comprendiera sus palabras, intuía en la frialdad de su tono lo que le estaba diciendo. Estrechó sus brazos alrededor de las piernas de ella, en muda súplica.

Ella sin embargo, aceptó su abrazo y tomó su rostro entre las manos para que la mirara.

—Ese lugar es tu cuerpo. Yo te elijo a ti, mi señor Hengest. Tú eres donde deseo estar.

Caminaron juntos hasta una cueva cercana que habían visto al paso, lo suficientemente grande como para encender un fuego en la entrada y capaz de resguardarles en caso de llovizna. Allí tendieron las mantas de montar y las capas de ambos.

Los guerreros no solían quitarse sus joyas en la cama, en especial el torques que les daba el estatus, pero Hengest se quedó desnudo para ella. Tenía veintiocho años y su hijo mayor, Æsc, ya iba a cumplir los diez. Niam tenía diecinueve y hasta entonces había sido la virgen del rey de Venedotia.

Ambos se abrazaron bajo las mantas, intercambiando el calor de los cuerpos y los besos, en un lenguaje que, finalmente, no necesitaba de traducción alguna.

Niam puso su mano menuda en la palma masculina de él, encallecida de empuñar las riendas y el acero. Recorrió la línea de los brazos fuertes y contempló sus hombros y su pecho, la marca de su herencia nórdica. Los hombres entre los que se había criado Niam no tenían tal envergadura de espaldas. Amó sus piernas, firmes de sujetarse a las monturas y de dar órdenes a los potros que domaba. Amó su vientre y su cintura, que aguardaba en espera de una palabra suya.

—Hengest… —le llamó con un susurro.

Él la observó con sus ojos azules, que parecían prendidos en los fuegos de la atmósfera. No parecía él y, a la vez, parecía plenamente él mismo en aquel momento de calma, en que se sentía libre de la carga de liderar a los suyos, de buscarles tierra a todos. De la certeza de que era conquistar o morir y de que ya no tenía hogar al que volver. Hijo privilegiado de Woden, portador de la *suerte* de su pueblo.

—Pon tu cuerpo dentro de mi cuerpo —siguió Niam, poniendo la mano sobre el uno y el otro, a medida que hablaba—. Pon tu sangre dentro de mi sangre. Pon tu vientre dentro de mi vientre.

Le atrajo con aquella letanía, que él no podía comprender. Pero la cadencia y el ritmo de las palabras le mecían como si fuera una barca y ella tirara de su cabo.

—Pon tu cabeza dentro de mi cabeza —continuó—. Pon tu pecho dentro de mi pecho. Pon tus manos dentro de mis manos. Pon tus ojos dentro de mis ojos. Pon tu boca dentro de mi boca. Pon tus huesos dentro de mis huesos…

Cuando se acoplaron ya no pudo seguir hablando.

Se movían juntos por debajo de la piel, en un calor místico que Niam solo había sentido cuando cabalgaba, en los extremos de lo posible.

El mar rompía en olas afuera de la cueva, pero Niam se sentía parte de la marea y de las corrientes de la brisa marina. Ella y Hengest compartían, en aquel instante, el pulso del mundo invisible, la inercia de la creación entera, en su avance expansivo y creciente. En aquella corriente vio Hengest la mano creativa de Woden y Niam el rostro fértil de Macha.

—Respira… —le susurró él, poniéndole la mano sobre el pecho. Escuchaba a la yegua, galopando dentro de ella. Le llamaba desde algún lugar muy profundo del tiempo—. Solo sigue respirando.

Sabía lo que Niam estaba sintiendo, sin necesidad de palabras. Tenía la mirada húmeda, al igual que él. No sabía cuándo cruzarían el umbral de lo soportable. ¿Por cuánto tiempo se podía permanecer en aquel estado sublime, tan cerca de los mismos dioses, sin perder la cordura o el aliento?

El éxtasis prendió al unísono en el interior de ambos: una tormenta de placer rompiente con un punto de dolor, en lo más profundo.

Desgarró la invisible cuerda dejándoles abandonados. Jadeando el uno en los brazos del otro. Con el eco de las quejas aún en los oídos.

Parte II

(…)
Cuántos hombres amaron tus momentos de gracia
y tu belleza, con falso o verdadero amor,
pero solo un hombre amó en ti el alma peregrina
así como las penas de tu cambiante rostro.

Y al inclinarte sobre encendidas barras,
murmura, algo apenada, cómo el Amor se fue
al paso por encima de las altas montañas
y su rostro ocultó entre un sinfín de estrellas.

Cuando seas vieja, W.B. Yeats

17

Las runas de tu nombre

Primavera del 454 d.C.

—¿Y a cuántas mujeres has invitado antes a cabalgar? —Niam mostró a Hengest el anillo de marfil que él le había regalado en su primer encuentro. Ahora que ya llevaba un año a su lado hablaba sachsanach perfectamente. Al fin podía preguntarle y entender y había aprendido las veintiséis palabras que se utilizaban para nombrar al rey.

—Eso fue antes de conocerte —Hengest quiso quitarle importancia. Se sentó en la cama, junto a ella. Dentro de la choza rectangular, donde un fuego abundante les calentaba—. A otras mujeres les he entregado anillos similares. Pero este es solo para ti.

Le puso en la mano un anillo de oro con esmaltes rojos. Las runas estaban grabadas en la parte interna, en lugar de a cara vista.

—¿Y qué es lo que pone este?

—La rienda de Hengest.

Se besaron.

—Enséñame el *futhorc* para que yo también pueda escribirlo.

Hengest le fue señalando una por una las runas en el anillo, a medida que las nombraba.

—La primera de tu nombre es Nyd. Es la runa de la necesidad… De la mía por ti —Niam le sonrió—. La segunda es Is, la del hielo… Mi mundo cuando no estás. La tercera de tu nombre es Ac, el roble. Mi mundo cuando sí estás. Y la última es Mann, el hombre.

Le acarició el vientre, que llevaba ya dos tercios de embarazo. Los germanos calculaban los meses por sesenta días, así que, para él, solo quedaban uno y medio para salir de cuentas. La besó en el cuello y le susurró al oído.

—Esa runa soy yo. En ti, dentro de ti, profundamente. *Ič freoge þē*.

"Te amo" la estremecía como la primera vez. Niam se abandonó en

sus brazos, deseando tenerle siempre dentro de su nombre, de su mente y de su cuerpo.

Tir biþ tacna sum, healdeð trywa wel
wiþ æþelingas; a biþ on færylde
ofer nihta genipu, næfre swiceþ.

Tir es una estrella, guarda bien la fe
con los nobles, siempre en su camino
sobre las nieblas de la noche no fracasa.

Finn observó la runa Tir, con forma de flecha, de su reciente tatuaje. La tinta oscura infiltrada en la piel enrojecida.

Se lo había hecho el propio Horsa en la cara interna de la muñeca izquierda, donde el muñón había cicatrizado. Durante todo el tiempo que había pasado con los sajones, Finn no había conocido a ningún oficiante religioso. Por lo que sabía, los mellizos hacían personalmente todas las ofrendas y conducían todos los rituales y sacrificios. Con tantas tareas, no le extrañaba que aquel pueblo necesitara de dos reyes, en lugar de uno solo.

—La marca siempre se hace en la articulación del lobo —explicó Horsa—. En la mano sabia, que es la que intentará cortar tu enemigo. Estas marcas de protección son un secreto y las obtuvo el propio Woden con gran sacrificio.

Finn contempló el dibujo con sentimientos encontrados. Por un lado se sentía orgulloso. Había aprendido a hacer los nudos casi tan bien como Horsa. El rey le había iniciado en el conocimiento de todos ellos: no solo en los de navegación, sino también en los utilizados en el arte de su pueblo, con sus complicadas figuras geométricas y sus animales entrelazados en los broches, hebillas y escudos. Ya podía dibujar sus propios nudos. Pero, por otro lado, nunca se había sentido tan lejos de Cristo.

Había pasado el invierno en la choza de los huéspedes, abandonado por una Niam del todo fascinada por el líder de los jutos. Como un animal. Intentando sanar.

Pero ahora había llegado la primavera y la llamada de Irlanda ganaba poco a poco terreno. Sabía que tendría que hacerse a la mar en cuanto llegara el verano.

Pensaba en Ceara. ¿Cómo le vería ahora que estaba mutilado?

—Todos los protegidos de Tiw intentamos parecer mancos, como él —explicó Horsa—. Eso nos prepara por si perdemos en batalla nuestro miembro más valioso, que es la mano de la espada.

—Bueno, mi rey, ese será vuestro miembro más valioso… pero

desde luego no el mío —se rió Eomer. Ahora que Finn dominaba el idioma, permanecía con ellos por pura complacencia.

—Ya que estás aquí, sé útil y cuenta cómo el dios Tiw perdió su mano.

"Este el último paso de la iniciación", pensó Finn. El relato del ancestro, el origen del culto. La revelación de lo que pasó en un principio.

—El lobo Fenrir era uno de los tres hijos monstruosos de Loki y la giganta. El más feroz de todos ellos, sin duda, y gran temor le tenían los dioses. Por tres veces intentaron las ataduras imponerle: Leding fue la primera cadena. Con ella le desafiaron para que demostrara su fuerza, pero el lobo se revolvió y la rompió sin dificultad. Droma fue la segunda, aún más pesada y sólida, pero nuevamente la bestia hizo el mayor esfuerzo y se liberó de ella. Se dieron cuenta los dioses de que solo las artes mágicas podían mantener prisionero a un animal como aquel y pidieron a los enanos que hicieran una soga especial, infalible. Esta cuerda prodigiosa era mucho más suave y fina que las otras, pero estaba hecha con materiales extraordinarios: el sonido de las pisadas de un gato, las barbas de una mujer, las raíces de una montaña, los tendones de un oso, el soplo de los peces, la saliva de los pájaros. Sin embargo, Fenrir era una criatura astuta y, cuando vio que aquella cuerda era tan diferente de las otras, desconfió de los *Æ*sir. Exigió que uno de ellos introdujera la mano en sus fauces, como símbolo de buena fe. Tiw fue el único con el valor para hacerlo.

—Se sacrificó para que ataran al monstruo… —dijo Finn.

—Es el dios de la justicia y de los juramentos. El dios del honor. Y protege a los reyes gobernantes al igual que Woden protege a los guerreros.

Un dios manco y otro tuerto. Aquello era inexplicable para Finn.

—Me hubiera gustado que tú, y no Hengest, te convirtieras en mi familia.

—Él lleva también una inmensa carga. Los dos la llevamos. Si la conquista se tuerce responderemos ante el pueblo con la vida.

—¿Se revolverían contra vosotros? ¿Vuestra propia gente?

—Primero se harán ofrendas, claro, de plata y oro. Después vendrán los sacrificios de animales: vacas, ovejas, caballos… De seguir perdiendo batallas, por su parte, o cosechas, por la mía… pasaremos a mayores. Los prisioneros de guerra irán a los altares. Y después, si no queda esperanza, seremos nosotros mismos. Para que el pueblo pueda reconciliarse.

Finn quedó impactado. Nunca había oído hablar de reyes que ofrecieran su propia vida de esa forma. Sí que se hacían sacrificios humanos, durante las inauguraciones, pero las víctimas siempre eran otras. Sustitutos simbólicos de los reyes.

—¿Ha pasado eso alguna vez? ¿Habéis tenido regentes que han muerto por su pueblo?

—Oh, desde luego que sí. Y más en las migraciones… No es nada fácil. Pero no hablemos más de fracaso. Hoy es tu triunfo —sonrió y le puso la mano en el hombro, en aquel gesto de amistad que Finn tanto valoraba—. Ahora eres siervo de Tiw.

Hengest besó el vientre lleno de Niam, que llevaba un sobrevestido blanco, el *hängerok* de lana, por encima de la túnica de lino. Estaba sujeto con un solo broche sobre el hombro izquierdo. Después de tener al niño se ganaría el derecho de ponerse dos, uno por cada hombro.

Del cinturón colgaban muchos adornos: pequeñas bolas de cristal guarnecidas de plata, cucharillas y también dos pequeños objetos planos de metal, con forma de llaves, pues se decía que aquellos colgantes no solo simbolizaban el cuidado de una mujer sobre la propiedad de su marido, sino que también eran la llave de su virilidad.

El germano sacó una sarta de cuentas de ámbar.

—De mi tierra —tomó ambos extremos y cerró el collar alrededor de su cuello.

—Tengo una adivinanza nueva para ti —dijo ella, sonriendo—. Es la primera del nombre del bebé.

A Niam le gustaba practicar aquel juego de adivinar las runas. Le recordaba a cuando jugaba con Ciar y las letras del *ogam*, cuando eran niños. Era el mes de la diosa Ēastre y los reyes acababan de encender los fuegos sagrados de la primavera. Los vecinos habían intercambiado huevos y celebraban la llegada del buen clima.

—¿Y cuál es el poema? —sonrió Hengest— *Hwat*… —"Escucha", susurró al bebé aún no nacido. Ya faltaba menos para que estuviera con ellos.

byþ on recyde rinca gehwylcum
sefte ond swiþhwæt, ðamðe sitteþ on ufan
meare mægenheardum ofer milpaþas

Para el guerrero bajo techo
parece sencillo, aunque es arduo estando a lomos
de un semental que recorre los largos caminos

Niam había mejorado mucho durante aquel tiempo, no solo con las runas sino con el idioma en general. Rad era la runa adecuada, tanto si era una niña como un niño.

—No podía ser otra que Cabalgar.

—Quiero que se llame Rowena si es niña.

Hengest frunció el ceño. Era un nombre britano, no sajón.

—Si es un niño, escogeré yo el nombre.

—Es lo justo.

Rowena era una abreviatura de Rhonwen, que significaba Crin Blanca, y a Niam le pareció un tributo adecuado a los que habían sido sus abuelos, Ciarán y Olwen.

—Además, he aprendido tus letras.

—¿Ah, sí? —dijo divertido.

Ella se acomodó sobre su pierna y fue trazando las runas con los dedos, sobre la palma derecha.

—La runa del Granizo, como cuando caes sobre tus enemigos. La del Caballo, que está en tu interior. La de la Necesidad y la del Regalo, las dos caras de mi amor por ti. La runa del Caballo, de nuevo, porque en ti es doblemente fuerte. La runa de Sigel, el Sol…

—Esa eres tú —la estrechó por la cintura.

—Y la del dios Tiw, que es tu hermano Horsa —terminó ella.

—Cierto. Tanto a ti como a Horsa os llevo en mi nombre porque sois lo más importante de mi mundo.

Pero Niam había podido comprobar a lo largo de aquel año que, en realidad, lo más importante para Hengest era su pueblo.

Lo era para ambos hermanos, pero mientras que Horsa se dedicaba a construir una tribu de verdad —organizando sembrados, justicia y vida cotidiana—, Hengest vivía rodeado de bandas, con la mirada puesta en la próxima conquista. Él era la mano creativa de Woden, siempre en movimiento. Debían seguir expandiéndose, pues la posesión de más tierra era la obsesión de su pueblo y, por lo tanto, la suya propia.

A ella solo le pertenecía como hombre, después de la caída del sol, cuando la falta de luz hacía imposible el deber. Por eso Niam prefería la estación del invierno, porque permanecía más tiempo a su lado. Ambos salían al amanecer, a cabalgar por las playas. En cuanto el sol despuntaba, Hengest la abandonaba para unirse a los hombres.

El resto del tiempo Niam vivía refugiada en sus versos. Componiendo, recordando y aprendiendo a tocar la lira sajona que Eomer le había regalado.

—Eres como Gunnlod —le decía Hengest—, que guardaba la hidromiel de la poesía en su caverna. Todo el que bebía de ella se volvía más sabio. Hasta que llegó Woden…

—¿Tu antepasado?

—Él la sedujo y le prometió tres noches de amor a cambio de tres sorbos del licor. Durante esas noches ella le sentaba en un trono dorado y vertía hidromiel sobre él y así fue como le convirtió en el hombre más inspirado del mundo.

—Podría hacer eso mismo contigo —le besó, mimosa—. Yo verteré el sagrado líquido y lo probaremos juntos sobre tu piel…

—Espera, espera… que a lo mejor no te gusta el final. Porque Woden la traicionó y se llevó todo lo que tenía en su cueva.

Niam fingió enojo. Woden siempre hacía lo mismo en sus historias.

—Pues eso es muy poco loable —protestó Niam.

—Si no hubiera sido por eso no existirían los poetas. Dicen que Woden se transformó en águila y que derramó parte de la hidromiel en su huida. Y que gracias a ella es que los poetas pueden cantar…

—Hengest, yo podría cantar sobre ti. Cantar tu historia y la de tu pueblo.

—Eso estaría muy bien —se acercó para besarla.

—Pero antes debo saber lo que pasó en Frisia.

El germano se quedó mudo, atónito.

—¿Por qué?… ¿Por qué me preguntas eso?

"Traidor", había dicho Ambrosio Aureliano. Lo había dicho delante de ella.

—Pasara lo que pasara, seguro que tiene una explicación… —se justificó Niam.

—No vuelvas a mencionarlo —susurró él, que ya pasaba de la sorpresa a la indignación.

—Hengest, quizás podría componer un poema… con tu verdad. ¡Solo quiero poder comprenderte! Limpiar tu nombre. Para que no digan que eres…

—¿El qué? ¿El qué dicen que soy?

Estaba ya hecho una furia. Ella nunca le había visto tan fuera de sí.

—No te atrevas a decirlo. Tengo muchos enemigos, Niam, como cualquier líder. Lo último que esperaba es que tú también les prestaras oídos.

Se levantó y tomó su manto, que descansaba en una silla, y se lo llevó de un tirón antes de salir por la puerta.

Niam pasó la tarde bordando mensajes de protección en los bordes de las túnicas de él, usando las runas del *futhorc*. Sabía que pronto le harían falta, que la guerra abierta estaba cada vez más próxima.

El rey se había cansado de los asaltos esporádicos y de las conquistas menores. Habían dejado de esperar los pagos de Vortigern y ahora tomaban por asalto las aldeas vecinas, saqueando lo que querían y expandiéndose cada vez más. "Nos apañaremos nosotros mismos" era la promesa que Hengest le había hecho al Tirano.

Se acercaba el momento de una apuesta mayor, en el campo de batalla.

18

En los extremos del mundo

—Coma algo, maestro. Ya sabe… ayuno…

—Ayuno con cabeza, sí, ya lo sé —Terminó Patricio. Estaba resignado a que Tito utilizara sus propias frases para reprenderle. Calpurnio, su padre, había mencionado que seguía vigilándole y Tito era amigo de la familia. Patricio sospechaba que estaba en el grupo más como espía que como misionero.

Habían acampado junto a la Montaña del Águila para guarecerse de los vientos. ¿Se verían desde allí los acantilados del oeste? ¿Esos que llamaban las Espaldas de la Tierra?

"Solo soy el esclavo de Dios".

Muchas veces tenía que recordárselo. Cuando las gentes, desde los sirvientes hasta los reyes, le miraban con rendida admiración y acudían a él en busca de consejo y esperanza. Con la expresión suplicante de los náufragos.

Aquella sensación era peligrosa, lo sabía. Era tan fácil acostumbrarse a ella… El carácter de un hombre que iba adquiriendo poder se echaba a perder con el uso cotidiano, sin que uno apenas lo advirtiera. Las mujeres no dudaban en ofrecerle sus joyas para el altar y los hombres, deslumbrados por el discurso, se arrodillaban a sus pies mientras él insistía: ante mí no, ante la cruz de Cristo. Él no era ningún ángel ni ningún santo. No hacía milagros. No era más que un servidor.

Todos miraban hacia él. Y la suma de aquellas miradas formaba una sustancia resplandeciente y placentera, pero también pegajosa, dañina. Tenía que hacer algo.

—Voy a subir la montaña. Necesito estar a solas con Dios.

—Te acompañaremos —Caílte y Oissíne se levantaron, dispuestos a abandonar el campamento. Después de la masacre de Corótico, Patricio se había rendido y había accedido a contratar a dos guerreros para que acompañaran al grupo en sus viajes alrededor de la isla.

Habían pedido al hermano del rey de Caisel, Eochaid, que seleccionara a dos de su antigua banda.

—A esto no podéis acompañarme. Tengo que hacerlo solo.

Pasó el día trepando la montaña. Sudando y sufriendo por la ascensión escarpada, repleta de piedras. Resbalando con el calzado de cuero sobre los guijarros e hiriéndose las manos de arañazos cada vez que se apoyaba para ascender. Hasta que no alcanzó la cima no pudo sentirse verdaderamente pequeño.

Ante él se abría un arco de cordilleras gemelas, que un glaciar había dividido hacía milenios. Alfombradas de medio centenar de verdes.

Y al oeste, cortadas sin piedad sobre el océano, las murallas de Dios. Los acantilados que eran la frontera última. Apenas quedaba tiempo y seguía sin saber nada de Finn.

Desde su desaparición se había vuelto huraño y pasaba largo tiempo con sus pensamientos. A veces tenía estallidos de violencia. Otras, daba la espalda a sus asistentes y se aislaba sin más, para poder desahogarse, hasta que Dios volvía a darle algo de paz.

Finn era lo más parecido que había tenido a un hijo, pero ya no estaba.

Dejó que cayera la tarde, hasta que las estrellas empezaron a salir, dibujando el Camino de la Vaca Blanca sobre su cabeza. El arco espolvoreaba la bóveda de luz.

Allí, durante su esclavitud adolescente, era donde Dios se le había manifestado por fin. En Hibernia, donde los caminos eran ríos de sombra y no calzadas romanas. Cuando más desamparado estaba.

La luz del cielo iluminaba los ríos y lagos a sus pies, como cintas de plata recorriendo la tierra. Y al fondo, las montañas formando manchas oscuras que no podía llamar negras, pues tendría que haber inventado muchas sombras de negro para poder referirse a todas ellas.

Aquella noche vio, danzando en los extremos del mundo, hasta siete estrellas fugaces.

El comerciante apoyó un collar de oro trenzado varias veces sobre las clavículas de Áine y ella se tensó por la leve opresión de su peso. Después, le alcanzó el espejo, de espirales grabadas a compás.

—¿Qué piensas de este? —preguntó ella.

Úna asintió.

—Es muy bonito…

—Pero poco novedoso —dijo la reina, quitándoselo y dejándolo de nuevo en la bandeja de las mercancías—. Dame algo que no haya visto aún.

—Esto viene de Roma. Es antiguo.

Le puso un brazalete con forma de serpiente, cuya cola se curvaba elegante, haciendo eses. Era algo que la reina no podía haber visto. Para los irlandeses, una serpiente era un animal tan exótico como un dragón.

—¿Y las pinturas?

El comerciante sonrió y fue desplegando con cuidado todo su arsenal sobre la manta de cuadros. Era para eso que le habían hecho venir desde la capital. La reina lo había dejado bien claro: no quería ver los tintes de siempre, de rubia, musgo, ceniza y cal. Necesitaba algo distinto. Nuevo y mejor. Algo que captara la atención de Ciar.

Hacía ya más de un año que había nacido Scél y ella no se había vuelto a quedar embarazada. Después del nacimiento del niño se hallaba dividida: por un lado deseaba seguir dándole hijos al rey, demostrarle que era la más fértil de todas las mujeres del *túath*. Pero, por otro lado, el recuerdo de la muerte, soplando en su nuca en el lecho del parto… seguía estando demasiado presente.

Sabía que Ciar tomaría amantes si se quedaba embarazada. Habría cumplido su misión y buscaría ocuparse en otras. Sabía que también las tomaría si el tiempo pasaba y ella no se quedaba en estado. La obsesión por la fertilidad dominaba la vida de los reyes, de cuya capacidad dependía la de todos los demás. Ciar, que era siervo devoto de Macha y de sus tres rostros, también se debía a esa llamada.

Sabía que Creidne, la reina del *fían* de los Juncos, no le daba solo consejos. Que si cabalgaba hasta sus territorios era para yacer con ella. Y que, en su propia granja, también visitaba a las esclavas.

—Aquí está lo que usan las mujeres más bellas del Imperio —dijo el mercader.

Tomó un pequeño recipiente de vidrio azul y mezcló a partes iguales aceite, galena y polvo de antimonio. Después cogió un palillo de marfil, lo mojó dentro y lo pasó por las pestañas de la reina. Con una espátula recogió zurita oscura, traída de Egipto, y se la aplicó en lo párpados. Pasó la punta de un pañuelo de lino por el sulfato de mercurio y luego por sus labios. Le mostró un espejo.

—¿Tienes algo para hacerme más blanca?

El mercader sacó un pequeño cofre de madera y lo abrió, mostrando una crema espesa y blanquecina.

—Tengo esto de aquí. Es bastante suave. O bien… esto otro. Es mucho más eficaz, aunque puede ser peligroso.

Sacó entonces un segundo cofre, más pequeño y de metal negro, decorado con escarabajos. Era albayalde, que contenía plomo.

Úna había oído hablar de aquellos compuestos minerales que podían envenenar poco a poco a las mujeres. Por eso la mayoría preferían los tintes de las plantas, aunque el resultado no pudiera compararse.

—Me quedaré con este último.

—Tengo el complemento perfecto.

Sacó una cajita pequeña con el polvo azul del lapislázuli. Su comercio había aumentado, como el de otros minerales, por la demanda de los primeros manuscritos ilustrados.

Buscó las venas sobre la piel de Áine y, con un pincel mojado en aceite, comenzó a repasarlas con cuidado. Era justo el efecto que ella deseaba: la de una piel traslúcida, semidivina.

Desde siempre Áine había exigido un hombre capaz de dominarla. Para cualquiera incapaz de hacerlo, solo reservaba el desprecio. Ciar tenía que luchar con ella en la cama, imponerse, sujetarla del cuello para que se dejara penetrar. Ambos necesitaban de aquella violencia, sentir que no era fácil. Ella le había enseñado a ser intransigente.

Después, una vez acoplados, podían ya rendirse, entregarse y hacerse juramentos. Siempre debía simular un reto, una conquista. Ciar necesitaba sentir que la controlaba, que la Soberanía siempre le sería fiel. Era rey de los pies a la cabeza y, en el momento en que dejara de serlo, dejaría de existir.

Ciar despertó y acomodó mejor la cabeza sobre el pecho de su maestra, Creidne. Aspiró la fragancia familiar de su sudor, mezclada con la del acero y el cuero. Poco importaba que estuviera entrenándose o en el lecho. Ella siempre olía igual: a vida y muerte a partes iguales.

Cerró el abrazo en torno a su cintura. No era solo su amante y consejera, también era lo más parecido que tenía a una madre en aquel lado del mar.

—No estoy haciendo lo suficiente. No estoy satisfecho.

Ella le acarició los cabellos negros.

—Debo conseguir más territorio para la Gente de Ciar —insistió.

—Hacia el norte tendrías que cruzar el río. Será mucho más difícil. Hacia el este molestarías a Caisel, lo cual no te conviene. Y en el oeste… tu peor enemigo, Iarmumu, te mira con los ojos de un lobo vengativo.

—Pues entonces volveré a la Llanura del Cisne. A recuperar lo que es mío.

Creidne no podía dar crédito a sus palabras. Se cubrió el pecho, protegiendo su desnudez.

—Nunca te tomé por un insensato, Ciar.

—Elatha y Ablach se revuelcan en la tierra que era de mi padre. Las dos mitades de la Llanura fueron de mis ancestros. Ellos no tienen ningún derecho. ¡Me hierve la cabeza solo de pensarlo! Nunca debimos perderla y los dioses están furiosos…

—No. No metas a los dioses. Tú estás furioso, Ciar, porque tus mayores hicieron la paz sin contar contigo.

—Ganamos aquella batalla, ¡maldita sea! Mi padre murió por ella. Y tuvimos que salir de allí como unos perros…

—Solo porque el orgullo no te permitió quedarte. El Cisne es inconquistable, Ciar. Todo Iarmumu es su escudo. Ellos tienen el Oeste y tú… no tienes a nadie.

—Te tengo a ti.

—Olvídalo, muchacho. He terminado mis días de saqueo. Estoy demasiado vieja para llevar al *fían* a ningún sitio. Ya me gané mi retiro.

Ciar apretó los dientes. Estaba perdiendo la costumbre de que le dijeran lo que podía o no hacer. A él nadie le negaba un deseo.

La tomó de la muñeca para deshacerse de su abrazo y la presionó contra el suelo, mientras se colocaba sobre ella. La besó con fuerza. No quería seguir escuchando sus consejos. No quería oír ni una palabra más.

A veces le parecía que el sexo era lo único que le aliviaba de la presión de ser rey, de la angustia de sentirse siempre juzgado. La fertilidad era toda la base de su reinado. Su sexualidad respecto a la diosa territorial era la que podía llevar a la tribu al triunfo o a la ruina. ¿Qué clase de rey dejaba un hijo único como legado?

Quiso tomarla de nuevo, pero esta vez no mostraba la devoción de otras veces, el juego de pleitesía hacia la diosa encarnada. Parecía que quisiera bebérsela de un trago.

—Será mejor que te marches y que vuelvas cuando estés más calmado —dijo ella.

Él hizo oídos sordos y siguió presionándola, pero sintió de pronto el frío acero en su cuello. Era una lasca afilada que la maestra había sacado de debajo de las pieles.

Al ver que él no reaccionaba, le presionó el filo contra la piel blanca y entonces Ciar se retiró, con las manos en alto, desconcertado. Bajo las pieles vislumbró decenas de lascas parecidas. Quién podía imaginar que la reina del *fían* dormía sobre aquella trampa de metal.

—Esta es tu segunda insensatez del día, Ciar. No podía imaginarme que había criado a un necio. Ni siquiera a mí me obedeces. Ni siquiera a mí me respetas…

—Un rey no tiene por qué obedecer a nadie.

—Mis días de hospitalidad han terminado. Ya no eres bienvenido.

Cuando Ciar regresó al *túath* estaba agotado por la carrera a caballo desde el *fían* de los Juncos. En la galopada había quemado buena parte de la ira por el rechazo y la expulsión de su maestra y amante.

¿Por qué había tenido que discutir con ella? ¿Cómo había podido convertir, en un momento, a su aliada en enemiga? Creidne era una mujer excepcional, tenía como una llama en su interior. Una fiereza brillante. No era como las demás.

No ocupaba en su mente el lugar de Áine, que era exclusivo y había echado raíces en recodos de su cabeza a los que era imposible que llegara ninguna otra mujer, pero, sin duda, resultaba excepcional y portentosa a su manera y todavía era fértil. Sería, sin duda, una tierra muy valiosa donde plantar un hijo. Tenía a Áine, tenía la Llanura de las Espadas, pero no se podía conformar. Debía ir más allá, más lejos, más fuerte. Tenía la Llanura del Cisne atravesada en la garganta.

El ansia conquistadora le ardía en el ánimo, con toda la fuerza de su juventud, y necesitaba encontrar algo con que satisfacerse. No podía cruzarse de brazos mientras el tiempo le consumía hasta los huesos.

Al entrar en la choza de reunión le sorprendió ver allí a Áine, en pie frente a una mesa que no era más que una tabla de madera improvisada y sin pulir, flanqueada por Irél a su izquierda y Conmáel a su derecha. Estaban ante un simplificado mapa de la zona, apenas un dibujo a carbón sobre la tabla, donde se mostraban tanto la Llanura del Cisne como la de las Espadas.

Ciar encontró a Áine muy diferente con sus nuevas pinturas. Las oscuras y penetrantes sombras de zurita contrastaban con el azul fiero de sus ojos. Sus labios parecían los de la Morrígan después de beber la sangre de los guerreros caídos.

Sobre su frente llevaba una diadema dorada que la ennoblecía sobre las demás mujeres. La marca de su estatus. Ella era la reina del *túath*, por derecho propio. La que había estado a su lado durante el exilio y la batalla y la única capaz de enfrentar sus desafíos.

—¿Qué es lo que pasa? ¿Por qué se ha organizado una reunión sin mí?

—No es una reunión —intervino Irél—. Tan solo…

—Hay asuntos que requieren de tu presencia —dijo Áine—. Decisiones pendientes. Debes supervisar las audiencias y confirmar los actos de tus jueces, organizar los rituales… Ya no tienes tiempo ni para tus poetas. Simplemente no estás.

Ciar cerró los ojos y esbozó una media sonrisa de sarcasmo. Eran tan solo los reproches de una mujer celosa, bajo ropajes bien armados. ¿Cómo se atrevía a cuestionarle así delante de sus hombres? ¿A poner en entredicho sus cualidades como regente? ¡Ser rey no era solo estar sentado en una silla, escuchando peleas sobre si una vaca se había saltado un vallado o decidiendo si se iba a recitar tal poema! ¿Es que no podía entenderlo? Un rey tenía que demostrar su poder, imponiendo su voluntad. Demostrar que podía hacer y deshacer a su

antojo.

—Tú no eres quién para decirme a mí nada. Es una vergüenza…

—Es una vergüenza que tu mujer tenga que estar recordándote tus deberes —le cortó ella.

Irél bajó la vista, temiendo que fuera a estallar una discusión marital. Solo quería salir de aquella situación sin que le salpicara la sangre. Conmáel, sin embargo, no estaba acostumbrado a bajar la cabeza ante nadie.

—En las últimas lunas ha habido al menos tres riñas fronterizas. Dos de ellas no tuvieron importancia, pero la última fue provocada por una de las bandas del Oeste. Coirpre el Picto te la tiene jurada, Ciar, desde que le enviaste la cabeza de su pariente. Y se está moviendo deprisa. No podemos hacernos los sordos cuando los tambores suenan tan alto.

Ante aquella afirmación tan grave, Ciar tuvo que replegarse. Respetaba profundamente a Conmáel. Era el tipo de hombre al que confiaría su vida sin dudarlo. Su ética guerrera era impecable y su sentido del honor era duro como las armas de sus antepasados.

—Tendrías que haberme avisado. Haberme enviado un mensajero al *fían* de los Juncos… Pero no os preocupéis. A partir de ahora permaneceré más… disponible —ahora que Creidne le había cerrado las puertas de su casa, ya no tenía sentido ir por allí. Solo esperaba que Áine no lo tomara como una victoria personal—. Tú puedes volverte ya con las mujeres. A bordar o a probarte vestidos o a lo que sea que hagas todo el día.

En el camino hacia la puerta de salida, ella se plantó delante de él y le miró con un desprecio sin palabras. Ciar experimentaba sentimientos encontrados y no tuvo más que rendirse y bajar la vista, dejándola pasar. Sentía vergüenza de sí mismo por haber utilizado unos argumentos como esos para humillarla. Como si ella fuera una mujer cualquiera. En un instante había intentado reducirla, con las palabras, a su condición de hembra para criar o bien de esposa noble, ociosa y sin valor. Cuando lo cierto es que Áine, bien lo sabía él, participaba del espíritu de la diosa-reina Medb y de Ness y de todas las reinas guerreras de la antigüedad. Que en ella ardía la llama de la conquista, tanto como en él, y lo que habían logrado lo habían hecho juntos. Pero no podía admitirlo, no podía ceder. O ella le ganaría el mando y le consumiría, como Macha, como el resto del mundo. A veces sentía que tenía que batallar contra todo y contra todos. Y, en aquella lucha sin cuartel, echaba de menos tener un lugar propio donde echarse a descansar.

Hasta cuarenta días había pasado Patricio junto a la Montaña del

Águila, esperando una señal de Dios. Si ya había alcanzado las Espaldas de la Tierra, ¿a qué esperaba? ¿Por qué no llegaba el fin del mundo, como estaba prometido?

El silencio, en la cima, era abrumador.

¿Qué iba a hacer ahora que la misión estaba cumplida? ¿Volver a Britania? ¿A disfrutar de los donativos de sus fieles? ¿A intrigar para ascender y a las buenas relaciones con Roma? Se le retorcían las tripas tan solo de pensarlo. No había abandonado a sus padres y su villa para acabar así.

El dolor de los músculos y los huesos, por las repetidas ascensiones, le recordaba que su juventud se agotaba. Llevaba en su pecho, como piedras, la ausencia de Finn, de Calpurnio, de Valerio e incluso de Claudia, capricho de deseo de su adolescencia. Pero, de todas ellas, la ausencia de Dios era la más dolorosa. "Dame una señal", rogaba. "Necesito saber". "¿Por qué me has abandonado?".

Aquel día se cumplían los cuarenta días de ayuno, que había dado de plazo.

Desde la altura se veía a los aldeanos yendo de un sitio a otro, como un pequeño ejército de hormigas. Todos parecían tener sus tareas muy claras: ordeñar una cabra, curar la rodilla de un niño, cantar una nana para dar consuelo, zurcir una manta rota. Siempre lo mismo, repetido día a día.

Nunca se había fijado en aquellas pequeñas cosas. Minucias. Tan distantes de la alta reflexión teológica… de San Agustín, los pelagianos y esas cosas invisibles que quitaban el sueño a los obispos.

Dios estaba más en aquellas cosas pequeñas que en sus concilios.

—Prepara a la familia —anunció a Tito, en cuanto bajó de la montaña—. Volvemos al noreste. Dicen que hay terrenos disponibles, que pueden comprarse con moneda extranjera. Cerca de la colina de los Mellizos de Macha. Allí fundaremos nuestra sede.

La respuesta era una iglesia estable. Los fieles podrían acudir a ella desde todos los puntos de la isla, como si fuera una almenara brillante. Ya no tendría que ir a buscarlos, uno por uno, tribu por tribu.

Sería una fortaleza.

—¡Maldita sea! ¡No podemos seguir así!

Hengest se arrancó con furia el yelmo completo y lo arrojó contra el suelo. Niam sintió que el bebé se removía en su vientre y puso las manos sobre él para calmarlo.

—Estos asaltos de granjas ya no son suficientes para mantenernos. No sé si podremos aguantar un invierno más. Otro de nuestros espías ha sido asesinado y los augurios no dicen nada. ¡Absolutamente nada!

Hengest y Horsa habían asistido al ritual de los relinchos de los

caballos, el más sagrado de su pueblo, por ver si se les revelaba la señal definitiva, aquella que estaban esperando. Seguían sin ponerse de acuerdo sobre cuándo era el mejor momento para atacar. Recibían informaciones contradictorias de sus exploradores. Cuando había malas cosechas, estas lo eran para ambos bandos. Los dioses parecían decir un día una cosa y al otro día otra. De un tiempo a esta parte, el germano solo vivía para observar los cielos.

—Tú eres una visionaria. Se suponía que ibas a ayudarnos en la conquista. O al menos eso dijo tu hermano cuando te liberamos de tus cadenas.

—¿Qué quieres decir, Hengest? —se defendió ella— ¿Que de saber que no te sería útil no me habrías sacado de allí? ¿Me estás pidiendo cuentas por mi rescate?

—Los britanos me temen porque dicen que tengo a una bruja en mi cama. ¿Por qué no me ayudas? Maldita sea, si tienes ese poder, ¿por qué no lo compartes conmigo?

—Todos los que acuden a una batalla corren riesgos. Nadie se presenta en el campo con el triunfo en la mano.

—No soy un cobarde, Niam. Se trata de todo mi pueblo. Una vez que se declare la guerra solo tendremos una oportunidad. Necesito el favor de los dioses, ¿es que no lo entiendes? ¡Mi situación es desesperada! Si ataco en mal momento, moriremos. Si me quedo sin hacer nada, mi propia gente pedirá mi cabeza. ¡Y no podemos volver al continente! ¡Moriremos aquí y lo haremos como amos, no como esclavos!

Niam se quedó en silencio un momento, pensando.

—¡Dime algo! —exigió él— ¿Por qué no me contestas?

Estaba descargando su ira contra ella. Desde lo de Frisia no se habían reconciliado. Niam no sabía qué decir.

—Dime que no puedes hacer nada —insistió—. Dime que no tienes ese poder y te dejaré en paz. Que no tienes el conocimiento necesario, que nunca has tenido una visión…

—Quizás haya una manera…

—Entonces, por Woden, por Tiw y por Thunor… ¡Búscala ya!

Una noche, en la escuela de los druidas, Niam había intentado robar el *imbas forosna*, la técnica suprema que se le había negado por nacimiento. Se la habían prohibido injustamente, solo por no ser hija y nieta de druidas. La sabiduría que ilumina, el sueño profético, era justo lo que Hengest le estaba pidiendo.

Faílenn la había rescatado aquella noche y le había dicho que alguien había robado el conocimiento secreto antes que ella. “Te enviarán al exilio en el sureste”, le había advertido entonces, “como hicieron con Dímma, aquel tipo que les desafió y al que despacharon al Portus Dubris”.

Había alguien con el conocimiento necesario a menos de un día de camino. Un hombre que no formaba parte de la casta y que no estaba sometido a sus leyes ni a sus secretos. Dímma, un ladrón que podía traficar con ello, venderlo.

—Tendré que ir a buscar ese saber, pero no puedo cabalgar así, con el bebé…

—Te pondré un carro, pero tráeme una respuesta. Haz lo que sea que tengas que hacer.

Hengest volvió a marcharse, pero aquella vez Niam se sintió más sola que nunca en su vida.

Se consoló acariciándose el vientre. Al menos le quedaría su hijo.

19

Imbas forosna

El viaje desde Tanet hasta el Portus Dubris fue trabajoso y Niam no parecía encontrar una postura adecuada dentro del carro, a pesar de que tenía pieles abundantes y gruesas que podía amontonar para darle soporte a la espalda. El bebé cambiaba de posición cuando ella lo hacía, pero no parecía encajarse bien, presionando el vientre de ella, marcando el bulto, convirtiendo el cuerpo de la muchacha en una silueta imposible. A Niam le parecía que su propia musculatura y su piel no daban más de sí para albergar al niño. Los pequeños pies se le marcaban como una huella dura y momentánea en el vientre. O bien presionaban sus órganos internos y la dejaban sin aliento.

No podía decir cuál de los dos estaba más incómodo por aquel fastidioso trayecto y no veía la hora de tener a su hijo en los brazos. Se preguntaba cuánto tiempo faltaría y solo rogaba a los dioses que le permitieran completar el viaje de ida y vuelta, sin contratiempos. Sin verse obligada a parir lejos de Hengest y del puñado de mujeres que se habían instalado en Tanet. Rodeada tan solo de los guerreros de su escolta.

El paisaje por el camino de la costa, con el mar a la vista, le daba paz, y el clima era suave y primaveral. Sentía la presencia silenciosa de los primeros antepasados, los *Túatha de Dannan*, el pueblo de los dioses.

Su padre les había contado las tres leyendas de Macha y de su famosa colina muchas veces. La de Macha fértil, que había corrido contra los caballos estando embarazada y había dado a luz a sus mellizos. La de Macha la Pelirroja, la reina guerrera, que había rodeado la colina con el alfiler de su broche. Y, por último, la de Macha soberana, esposa de Nemed, civilizadora de la isla, que había sido enterrada allí. Tres cuentos para tres rostros.

Ahora iba en busca del conocimiento último, el más sagrado de los secretos de su orden. Cuando ya no pensaba que tendría oportunidad

alguna de adquirirlo, una pequeña chispa de ambición había prendido en su pecho. Al fin su formación poética se completaría. Quizás no tendría el reconocimiento de sus maestros ni de su casta. No intervendría ningún tribunal, no habría examen. Pero tendría la satisfacción íntima de haberse enfrentado a los misterios y haber triunfado sobre ellos. Se habría convertido, de hecho, en una sabia.

—Estoy buscando a Dímma, el poeta —anunció en una de las granjas fronterizas, en cuanto pasó los marcadores tribales.

Tuvo que preguntar en dos granjas diferentes, mientras le daban indicaciones hacia el lugar. Dímma era un hombre muy conocido que había llegado como un exiliado al Portus Dubris y en tan solo un puñado de años había conseguido gran fama como satirista y narrador.

Su riqueza era tal que había adquirido el estatus de un noble. Tenía prestadas varias vacas, con lo que gozaba de sus propios clientes y rentas, además de guerreros y esclavas para guardar su granja. Niam advirtió que los lugareños mencionaban su nombre con el temor que se reserva a los poderosos.

Le fueron indicando el camino hasta que llegó a una tercera granja que debía de estar muy cerca.

La muchacha que la recibió estaba sentada en un taburete, con las piernas abiertas, un vestido de lino muy desgastado y sucio y una tela que hacía las veces de delantal. Limpiaba las tripas de pescado, que dejaba caer abajo, a un cubo de madera. Pero cuando escuchó el nombre de Dímma se detuvo de improviso, sin apartar la mirada de las entrañas del animal al que estaba hurgando con el cuchillo. Sus manos se tensaron.

—No deberías ir a ver a un hombre como ese.

—Sé que los satiristas son de temer —la tranquilizó Niam—. Pero también sé que cobran bien por sus servicios. Y yo no tengo enemigos aquí…

—Es un hombre con poder —insistió la muchacha, mirándola fijamente—. Y uno muy siniestro.

Niam no se dejó intimidar. Había crecido rodeada de hombres y mujeres que gozaban del dominio absoluto de la palabra. Que podían construir o destruir la reputación de alguien en un solo día. Difundiendo auténticas barbaridades que, por el ingenio con que estaban construidas, resultaban pegadizas y admirables. Algunas de las sátiras eran tan destructivas y brillantes y provocaban tal vergüenza que hundían por completo el ánimo de sus víctimas. Les enfermaban el alma y les obligaban a retirarse de la vida pública. Algunos se metían en cama y ya no querían salir de ella. Por eso se decía que, en verdad, las sátiras podían enfermar y matar a la gente.

—No le tengo miedo —se reafirmó Niam. Probablemente, aquella

muchacha o alguien de su familia había sido víctima de la lengua de Dímma. Entre vecinos eran habituales las riñas y los desencuentros. Tener a un satirista en la granja contigua debía de ser un tormento—. Llevo a varios hombres que me guardan las espaldas. Te ruego que me indiques cómo llegar.

—Sigue bajando por la playa, hasta rodear las tres cuevas, y allí le encontrarás.

Llegaron hasta el sitio que había indicado la muchacha, una bahía amplia de arenas pálidas. El carro no podía seguir por aquellos caminos, así que Niam y sus hombres se bajaron y continuaron a pie.

Recorrió los acantilados blancos del Portus Dubris, aquellos con los que su padre, Ciarán, tanto había soñado.

Parecían pertenecer al Otromundo, con sus muros luminosos de tiza y de cal. Se parecían a *Un sueño de caballos blancos*, el acantilado de Mona sobre el que solía sentarse junto a Faílenn. Se concedió un momento para acariciar la superficie nívea de la roca. Un recuerdo por la amiga perdida.

Si hay algo que echaba de menos en el poblado de Tanet era la amistad de otra mujer. Hengest la agasajaba con regalos y atenciones, a partir de la caída del sol era todo suyo, pero ella se pasaba los días sola y aislada en la choza del germano. En Mona había tenido a Faílenn. En Segontium, a Gala. Pero ahora no existía otra alma femenina con la que compartir sus pensamientos e inquietudes. Aquel vínculo entre amigas no podía compararse con el que tenía con Hengest, Finn o Eomer. Ninguno de ellos podía reemplazarlo. A veces le daba la impresión de que era imprescindible para la mujer poder hablar con otras mujeres, formar comunidad. Recordaba muchas veces cómo las veía reunirse, en su infancia, en el río para lavar, en los hornos para hablar de cocina, junto al fuego… compartiendo confidencias acerca de sus amoríos. Para hablar de los hombres a los que deseaban, sin importar la edad que tuvieran ni si estaban solteras, casadas o viudas. Hasta Aífe, que era una mujer fuerte e independiente, tenía a dos o tres vecinas de confianza. En Mona, donde las mujeres estaban en clara minoría, se arropaban entre ellas y se daban protección. Faílenn había sido como una hermana.

Y ahora estaba embarazada, cercana a la hora del parto, sin saber nada de la crianza. En un improvisado pueblo hecho de hombres migrantes, donde apenas había mujeres.

Se apoyó con ganas en los muros de cal para sentir la fortaleza de la diosa. Tendría que confiar en ella para hacer frente a la más grande de sus pruebas.

Cuando llegó a la granja costera la recibió una de las esclavas de

Dímma. La muchacha llevaba todo su pelo rubio recogido en pequeñas trenzas de raíz. Se apresuró a atenderla cuando la vio tan llena, arrimó un banco junto al fuego y puso a calentar agua para hacer una sopa.

El satirista tardó en presentarse, pero cuando lo hizo no le pareció a Niam un hombre digno de temer. Era pequeño de estatura, amable en el trato, y tenía los ojos negros y menudos a juego con la melena, muy cuidada. Todo en su aspecto era pulcro y austero. Los adornos se limitaban a unos brazaletes y la túnica blanca era impecable. La exhibía blanca y sin ningún pudor, como si aún formara parte de la orden de la que había sido expulsado.

—Soy poeta de Mona —anunció Niam sin rodeos— y sé que te llevaste el *imbas forosna* de allí. He traído oro suficiente para comprártelo.

Ningún otro poeta o druida habría accedido a vender así sus conocimientos, pero el caso de Dímma era distinto. Él mismo había corrompido ese saber, al espiar a los ancianos. Era la única posibilidad de adquirir la técnica suprema y llenar los agujeros que habían quedado en su formación.

El poeta se tomó su tiempo para reaccionar. Estaba claro que no tenía prisa. Se acercó hasta ella con parsimonia y atusó con cuidado el pelaje de su asiento, hasta que todos los pelos se igualaron, mirando en la misma dirección. Solo entonces se dignó a sentarse.

—¿Y qué precio crees que tiene aquello que, de ninguna manera, se puede comprar?

Su tono de voz era engolado. No iba a ser fácil negociar con aquel hombre.

Niam sacó la bolsa que le había entregado Hengest, con pequeños lingotes de plata. Dímma la sopesó y asintió.

—Muy bien. Pero tendrás que quedarte conmigo tres jornadas y seguir todas mis instrucciones. Hacer lo que yo te diga. Tres noches fueron las que yo pasé escondido en aquel techado de carrizo, aprendiendo lo que los ancianos querían negarme y he memorizado cada paso y cada gesto de lo que vi.

Niam asintió, decidida. Él continuó:

—En ese tiempo prepararemos el camino a la sabiduría y a la tercera noche te revelaré los secretos que tanto buscas. Ahora, muéstrame respeto.

Ella se acercó sin pensarlo, pero con una extraña sensación de inquietud. Aquel gesto estaba reservado para mostrarlo ante druidas y poetas verdaderos, no ante farsantes. Sin embargo, no tenía opción. Se arrodilló ante él, en la posición tradicional, apoyó la cabeza en su regazo y le abarcó las piernas flexionadas.

No merecía las formas de un druida, sino las de un mercader. Para eso ya estaba el dinero.

El conocimiento es la materia apropiada,
cada cosa bien hecha es manifiesta,
despreciable es cualquier falta oculta en un poema.

La excelencia es más venerable que la edad,
un joven tiene ventaja sobre la edad madura,
la primavera resguarda más que la tempestad.

Apartarse es preferente al material recogido,
la estimación de una casa viene antes de construirse,
el juicio, antes del uso de las herramientas.

¿Cómo podrías estimar el valor del oro y plata sin que lo haga el orfebre,
que ha tratado con ellos de la manera adecuada?

Niam recitó las palabras que se formulaban en Mona antes de los exámenes y los cambios de grado.

Se vistió la túnica blanca y contempló la última raya de luz extinguirse, como una franja de sol que se colaba por debajo de la puerta. Ahora estaba sola ante los misterios. Solo podían revelarse de aquella manera: a escondidas y en la oscuridad.

En las dos jornadas previas Dímma se había mostrado como un maestro concienzudo y había exigido interminables tareas, que ella debía cumplir de forma escrupulosa. Siempre empezaban con una vuelta a la casa en el sentido de la mano derecha, que era como se emprendían todos los grandes viajes. Después, el ambiente se volvía extraño, enrarecido, fuera del mundo cotidiano gracias al olor de los cocimientos de salvia, raíz de oro y menta. Aquellos efluvios la transportaban al territorio de lo sagrado: podía intuirlo al otro lado de la oscuridad.

Pero el túnel, en sí, era lento y difícil de transitar para una mujer en su estado. Caminó con dificultad hasta las piedras de los altares y las cavernas para pedir el sueño profético. Ensayó la postura para dormir. Cuidó de los caballos y yeguas, que eran sus animales protectores.

Cuando llegaba el amanecer se dejaba caer a plomo sobre las pieles de la opulenta casa de Dímma y no era hasta bien avanzado el mediodía que tenía fuerzas para desvestirse, darse un baño y comer algo.

Para la tercera noche, Dímma ordenó a su esclava que sacrificara un ternero y pidió a Niam que se arrodillara ante el fuego. Durante el

tiempo que tardó la sirvienta en despellejar, despiezar y cocinar al animal, Niam tuvo que permanecer en aquella posición atroz, sujetándose el vientre colmado y aguantando el dolor de la espalda, mientras recitaba acerca de la creación del mundo e invocaba a Bríg, la diosa de la profecía y de los partos. Dímma insistía en que todo aquello era necesario para que los dioses se presentaran, pero para Niam, ya exhausta, supuso un esfuerzo agotador. El hedor de la sangre animal se adhirió hasta la última hebra de carrizo del techo.

Tras casi dos horas de mantener aquella postura, Dímma la obligó a alimentar el fuego con sus propias manos. Un penoso ir y venir de llevar leños, con gran sufrimiento físico. Era necesario para dar el salto anímico. Cuando el espíritu ya no podía soportarlo era cuando escapaba del cuerpo a lomos de los animales sagrados o de la mano de los ancestros, trepando las escalas del conocimiento místico.

Como última petición, con la noche ya avanzada, Dímma exigió que fuera a buscar agua del pozo para llenar la tina donde debía bañarse y purificarse.

—Pero… ya no puedo más —se quejó ella, ante la perspectiva de tamaño esfuerzo. Temía por el bebé—. Permite que tus esclavas me ayuden.

—¿No querías sabiduría? Pues todo lo que uno desea tiene un coste. Así es como lo exigen los dioses. Si no confías en mí no podré enseñarte nada. Será inútil. Si no estás dispuesta no me hagas perder mi tiempo…

Niam calló ante el enojo del satirista. No quería que él se arrepintiera y renunciara a enseñarle. Tenía que dejar de cuestionarle y de protestar. Ella era la discípula y él el maestro. Esas eran las normas. Tendría que aguantar.

Una y otra vez llevó las piedras calientes a la tina, pero no era fácil sujetarlas con las tenazas. Una de ellas cayó y por poco no le machaca los dedos del pie.

—Muchacha, tienes que poner más atención. No lo estás haciendo bien. Vas a enfurecer a los dioses.

Niam no dijo nada. Nunca había oído hablar de que fuera necesario penar tanto por un ritual, ni siquiera uno tan importante como aquel.

—Mejor lo dejamos —dijo Dímma, levantando las manos, como tratando con una niña mimada e imposible—. No creo que tengas lo que hace falta. Está claro que me he equivocado contigo.

A Niam la invadió el temor. Después de todo lo que ya había hecho… del viaje, del oro, de tanto sufrimiento… y su única posibilidad de conseguir el saber estaba a punto de esfumarse. Era su derecho, por mérito, y en la escuela se lo habían negado. Solo porque no podía demostrar ser hija y nieta de druidas. Lo había deseado y perseguido y lo necesitaba. Hengest lo necesitaba. Él y todo su pueblo.

Sus vidas dependían de ella.

—Perdóname maestro —se humilló, de rodillas—. No volverá a pasar. Pondré más atención…

—Si sigues siendo tan inútil los dioses se enfurecerán. ¡Provocarás un desastre! También para mí es tarde y también estoy cansado. Estás despreciando mis enseñanzas al portarte así. ¿Crees que a mí me importa el oro que has traído? ¿Te parece esta la casa de un hombre necesitado? Me merezco un respeto, muchacha. Estoy haciendo un gran esfuerzo por ti, porque me parecía que merecías la pena, y me molesta que seas tan ingrata. Está claro que no sirves. Nunca he visto a ningún discípulo quejarse tanto…

—Deme otra oportunidad y lo haré bien. No me quejaré más. Se lo juro por el voto que jura mi pueblo.

Cuando terminó con el agua estaba rendida. Al esfuerzo físico se le había sumado la tensión de ejecutar las instrucciones al pie de la letra, por temor a contrariar a los dioses o a provocar la ira del propio Dímma, que parecía siempre al borde de perder la paciencia. Se sentía mareada.

—Ahora dame tu vestido y purifícate en el agua.

El agua, el elemento divino, era habitual antes de los rituales más importantes. Mediante el agua se obtenía la transformación. Sin embargo, en todos sus años de estudio en Mona, nunca había tenido que desnudarse ante un maestro.

No le quedaban ánimos para seguir oponiéndose. Había dicho que no se quejaría más. Los reyes se bañaban desnudos ante todo su pueblo el día de su inauguración. ¿No podía hacerlo ella ante un solo hombre?

Se quitó la ropa, avergonzada, y se metió en la tina.

Después del baño, el poeta le dio a beber vino y la arropó en una piel de oso.

—Acuéstate junto al fuego. Enseguida traeré la ropa blanca del ritual.

Las túnicas blancas eran las apropiadas para pedir un augurio. Niam se quedo mirando las llamas, abrumada por el cansancio y el cambio de temperatura. Sintiendo que tenía la tensión bajo mínimos, al borde del desmayo. Perdió el conocimiento.

Lo primero que sintió fue el abrazo de un hombre que no era Hengest, privándola del sueño que tan desesperadamente necesitaba. Era el cuerpo desnudo de Dímma el que se apretaba contra el suyo.

A Niam le embargó la desolación al sentir los huesos de él cerrándose alrededor de los suyos. Como una araña hábil, al borde de una ejecución inevitable.

—¿Qué quieres? —la pregunta solo pretendía manifestar que estaba despierta. No esperaba realmente la respuesta, que conocía de sobra.

—Solo ayudarte, nada más. Esto agradará a los dioses. Y después te conseguiré esa visión que tanto deseas. Te convertiré en una poderosa profetisa, te lo prometo.

Niam cerró los ojos con fuerza. La noche había sido interminable en demandas y aquel era el último pago. Estaba claro que esas habían sido sus intenciones desde el principio.

—Este es el último paso —dijo—. Y después se acabará. Tendrás lo que tanto quieres.

Apenas unos minutos y se libraría de aquello. Unos minutos insoportables, pero… sentía que no tenía fuerzas ni para hablar.

"Woden sacrificó un ojo por obtener sabiduría", le había dicho Hengest. "Haz lo que tengas que hacer". ¿Qué diría ahora? ¿La perdonaría, acaso, si volvía con las manos vacías? ¿Si, por su culpa, se equivocaba al atacar y fracasaba? Si perdía la vida ya no quedaría nada que perdonar.

La angustia la devoraba. Era quizás su única, su última oportunidad.

Pensó en lo diferente que hubiera sido todo en su vida si hubiera nacido hombre. Con Cunedda, con Corótico, con Hengest, con el propio Dímma. Siendo mujer siempre acababa en el mismo punto, en la misma lucha. Su sexo era algo que se interponía una y otra vez, no conseguía sacarlo de la mesa de negociación. Era el precio a pagar por cualquier cosa que quisiera hacer. La baza que tenía que defender todo el tiempo. Su mayor valor y su mayor desgracia. Una maldición.

Sintió náuseas al notar que él se estaba estimulando. "Tiene que haber otra manera", pensó. Pero era aquella posibilidad o correr el riesgo de poner la vida de todo cuanto amaba sobre el campo de batalla. ¿Cuánto tiempo sobreviviría ella misma si caían Hengest y los suyos? ¿Cuánto tiempo lo haría su hijo? ¿Era bordar palabras en las túnicas lo único que podía hacer para protegerles?

—Tiene que haber otra manera —musitó.

—Has puesto en marcha un ritual muy poderoso, muchacha. No se puede jugar así con los dioses… ¿Es que quieres traer toda la desgracia del mundo sobre tu casa?

Sentía que las fuerzas le fallaban y las dudas le cerraban la garganta.

El desánimo cayó sobre ella, en aquel momento definitorio. Como una piedra que cubriera una tumba portal y la enterrara en vida durante una noche entera.

Finn contemplaba el amanecer, a través de la puerta entreabierta,

anclado en su cama. Con una encontrada mezcla de sensaciones. Antaño no le hubiera costado levantarse, diligente, a rezar. Aunque fuera solo para sentirse uno con la naturaleza que se despertaba.

Ahora, sin embargo, se sentía apático. El muñón de la mano ausente se había convertido en un peso invisible, que le costaba mover. Le recordaba lo mucho que Dios le había fallado a la hora de defenderle de los lobos. Era como si, desde la muñeca mutilada, se extendiera su resquemor.

Sabía que debía rezar por Niam y por el niño. Al preguntar por su hermana, Hengest le había revelado la locura del viaje que había emprendido hacia los acantilados blancos del sur.

No entendía cómo el sajón había permitido algo así. Cómo no había puesto a su familia por delante. Estaba obsesionado con la guerra, como todos los hombres que había conocido fuera de la Iglesia.

Ya no sabía si los rezos servían o no de algo. Quizás en la vida todo era una cuestión de suerte. Un hombre estaba protegido y en calma hasta que un día, de repente, dejaba de estarlo. "Y líbranos del mal".

Patricio, su maestro, era el ejemplo de cómo la fatalidad podía cebarse incluso con los más devotos de corazón. Lo cierto es que el cielo parecía un consuelo, un lugar imaginario donde depositar la idea de justicia, porque estaba claro que en este mundo no existía.

Se dio la vuelta en la cama y se mordió el labio, disgustado. Sabía que aún tardaría mucho tiempo en barrer todo aquel resentimiento que, como un polvo denso y oscuro, había invadido hasta el último rincón de su ánimo.

El conocimiento no llegó al día siguiente.

Dímma siempre le prometía que aquella sería la última vez y que después le revelaría los últimos secretos del ritual. Niam no salía de la casa y no podía levantarse. Se sentía drogada. Como muerta en la cama.

No podía pedir ayuda a sus guerreros, que tenían prohibida la entrada a la choza. Si lo hacía, todo el mundo sabría lo que había hecho.

Era incapaz de moverse. Ya ni siquiera sentía angustia, sino una caída interminable, un abismo de desolación. Empezaba a darse cuenta de que aquel conocimiento secreto no llegaría nunca. De que todo lo que había hecho se había perdido.

Una idea espantosa, inconcebible. La de que tendría que regresar junto a Hengest vacía y saqueada.

—Quiero que vayas a lavarte. No puedes seguir ahí tirada, como si fueras un animal.

Estaba destruida. Vacía como un trozo de madera. Ya no era nadie. Los nadie no hablan.

—Vamos, no pongas esa cara. Nadie te obligó a venir. Ni a desnudarte. Ni a meterte en mi cama. Lo hiciste todo tu solita.

Niam se levantó, cogió su vestido azafrán y se dirigió a la puerta.

—Si te marchas ya nunca tendrás lo que quieres…

Ella se detuvo un momento en el umbral porque, si lo cruzaba, no tendría vuelta atrás. Algunos sacrificios, simplemente, no servían para nada. Solo para asesinarse a uno mismo. Hengest tendría que servir su vida en el campo de hierba ante la Morrígan, como cualquier mortal. Sin seguridades, sin certidumbre y sin protección alguna. Y ella, conformarse con verle partir.

—Ya no me importa.

—Si intentas causarme algún daño —amenazó él— le contaré a todo el mundo lo que has hecho. Con una sátira que nadie olvidará.

Ella salió por la puerta.

Pisó la hierba, con los pies descalzos. No era la misma persona.

Cada paso se le hacía insoportable, después de haber pasado tres días en aquella choza inmunda. Sentía el suelo moverse bajo sus pies.

Aquel hombre había demostrado ser un mero ladrón. Le había robado su cuerpo al igual que le robara la sabiduría a los ancianos, años atrás. ¿Cómo había podido caer así en su trampa? La desesperación la había cegado. No tenía fuerzas ni para sentirse estúpida. Solo quería morir.

Existían historias acerca de miserables como él. Poetas y druidas que utilizaban su poder para amenazar, arruinar y chantajear. A los ignorantes, a los necesitados, a los desesperados como ella. Cuanto más vulnerables, más riesgo. Aithirne, el Demandante, era el más conocido.

Decían que cuando iba de circuito aterrorizaba a los mismos reyes, pues dominaba la sátira suprema: el arte mortal del *glam dícenn*. Lujurioso y sin escrúpulos, había llegado a exigir el lecho de la reina de Mumu, en la misma noche del trabajo de parto. Ella accedió para evitar su propia sátira y la de su pueblo. Luego Aithirne demandó para él y para sus hijos a la prometida del rey de Ulaid y, al negarse la chica, la había matado con sus versos asesinos. Dímma no era más que un fiel sucesor.

Niam sintió unos pasos a su lado y se volvió alarmada, temiendo que el satirista la hubiera seguido y dispuesta a hacerle frente. Sin embargo, solo era la esclava de las trenzas de raíz.

—Mi señor es un mal hombre y ha dañado a no pocas mujeres. Yo misma le detesto. Muchas veces le he acompañado a realizar sus rituales y le he asistido en ellos. Llévame contigo y te diré lo que sé.

“La música del caballo es la música secreta de la tierra. Escuchar al caballo es escuchar su corazón. A través del caballo encontrarás lo que los dioses tengan que decir”.

La carne era el elemento que faltaba. No había que transformarse en el animal protector, como ella había creído. Solo había que masticarlo, crudo.

La carne de la yegua era tabú. Estaba prohibida.

“La yegua puede moverse en el tiempo”, le había dicho Dagán, su maestro en la escuela. “No está sujeta a ningún punto porque todas las yeguas son la misma”. “Siendo la yegua podrás cabalgar al porvenir y verlo con tus propios ojos. Tu sangre se volverá más espesa. Tratará de rebelarse en tu cuerpo de mujer”.

Así la sentía ahora, indómita, luchando contra ella misma y contra el bebé.

“Dentro de ti crecerán las fuertes patas, los grandes órganos, los músculos bestiales”. Y, por efecto de las drogas, era como si el animal estuviera creciendo en verdad dentro de ella, ensanchándola, estirando su piel para que pudieran acomodarse la una a la otra. El efecto de la carne tabú era venenoso, pero, como cualquier chamán aprende con dolor, es la cercanía de la muerte la que permite ver con claridad.

Se le despertaron sentidos de supervivencia que desconocía tener. La yegua sabía. Los animales lo saben todo. Todo lo que hubo antes y todo lo que habrá después.

Le pareció ver dos estrellas cabalgando en el cielo. La de Hengest era la estrella de la tarde, la misma que la de Ciar, enfrentándose a la oscuridad de la noche por delante. Una punta de lanza. Cuanto más negro el cielo, más desafiante. Una estrella guerrera.

La estrella de Horsa era la misma que la de Finn. Se levantaba con los animales y las plantas. Aprovechaba la luz para sembrar y recoger los frutos. Estaba al servicio de una luz más poderosa.

Ambas recorrían el firmamento a lomos de Pensamiento y de Memoria.

La estrella de Hengest, henchida de gloria, creció hasta llenarlo todo con su brillo e iluminó el cielo por completo. De repente parecía de día. Pero en su voracidad luminosa engulló a la estrella de Horsa, que recorrió un arco breve y se extinguió.

Fue Hengest mismo el que estaba a su lado cuando despertó del sueño profético. Lo había tenido en la misma caverna de la playa donde habían estado juntos por primera vez.

—¿Estás bien?

Las palabras eran de preocupación, pero el tono era tenso, ansioso.

Bajo ellas, la frase que pugnaba por salir era otra: “¿Qué es lo que has visto?”

—¿Hasta dónde sacrificarías a cambio de tu victoria?

—Todo. Hasta mi propia vida —respondió él.

—Entonces aguarda hasta el próximo año. Este será duro, tendrás que soportarlo. Pero al siguiente saldrás vencedor y tu gloria te acompañará por muchas décadas.

—¿Qué te puedo dar a cambio de lo que has hecho por mí y por toda mi tribu?

—Manda a tus mejores hombres al Portus Dubris y mata a Dímma, el satirista. Es lo único que quiero.

Así fue como se hizo, con nocturnidad, como pidió.

Sin embargo, a la vuelta de la expedición, los campamentos de Tanet empezaron a llenarse de rumores.

20

La marca de la Badb

Verano del 454 d.C.

—Se te ve cansado, amigo.

Áedán se sentó junto a Ciar, que estaba solo en la choza, frente al fuego. Era difícil saber si estaba pensando en algo o si mantenía vacía su cabeza. Quizás solo contemplaba cómo el fuego danzaba y daba saltos ante sus ojos. Como un malabarista que actuara para él.

El rey sonrió, con un punto triste. Estaba cansado, sí. Había vuelto a discutir con Áine, cuya violencia en la cama había alcanzado un punto álgido. Al principio su fiereza le excitaba, pero habían llegado a una situación en que él ya no podía responderle. Tenía el pecho y la espalda marcados de arañazos y ella había llegado a golpearle. Había tenido que pararla. No sabía qué quería ni qué buscaba. No estaba contenta. Había perdido la capacidad de hacerla feliz.

—Es por Áine —lo dijo con escaso aliento, como si el solo nombre de ella resumiera la tormenta de problemas que llevaba detrás.

A Áedán no le pilló de sorpresa.

—Pues cuéntamelo.

—¿El qué?

—¿Cómo es estar con la diosa territorial? ¿Cómo es vivir entre dos mundos?

—Esto es lo que siempre he querido, Áedán. Tampoco voy a quejarme como si fuera una doncella…

—Lo que queremos puede hacerse pesado como un yunque. O doloroso, como una quemadura. ¿Piensas que yo disfruto siempre con el trabajo de la fragua? Pues unas veces más que otras. Y no puedo estar más enamorado del fuego.

—En eso compartimos amores —sonrió Ciar.

—Entonces, ¿cómo es ser el esposo de la Llanura de las Espadas? Dime…

—Como tú dijiste. Aquel día de la inauguración… Es como quemarse vivo. Con un fuego que respiras cada día, pero que necesitas para seguir viviendo. Estoy solo, Áedán. Y tú eres un buen hombre, alguien en quien puedo confiar. Pero ni siquiera tú puedes entenderme.

Ambos permanecieron en silencio, hasta que Ciar lo rompió.

—Tengo que seguir siendo su favorito. Si me retira su favor no sé… No sé que voy a hacer…

—Tú sabes que nadie es rey para siempre.

Solo era cuestión de tiempo que la Soberanía le reemplazase por un regente más joven. Seguiría cambiando de amante, rejuveneciendo con la sangre fresca, viviendo nuevas vidas al lado de otros hombres.

—Hace apenas año y medio que te casaste con ella y te convertiste en rey —siguió Áedán—. No te preocupes tanto por si la pierdes o no. El Oeste te la tiene jurada y Elatha también. Preocúpate de eso.

—Si tuviera a Áine de mi lado volvería a ser fuerte. Pero ella se está distanciando y no sé… no sé qué hacer. Es como la Llanura de las Espadas. Una tierra dura y difícil, que solo ante el hierro del arado consiente en abrirse… Ella es mi deseo, pero…

—Lo que necesitas, creo yo, es otra tierra más dócil. Removida y fértil. De las que responden a la caricia de la mano que siembra. ¿No crees?

—Si pudiera contar con tu hermana… pero aún es muy pronto para ella. Debe de estar a la cabeza de los trece.

Desde el primer momento en que Ciar había visto a Grian, la hermana del herrero, se había prendado de ella. Era sobrina de Olwen, la Huella Blanca. Tenía sus mismos cabellos rubios y sus mismos rasgos menudos, delicados. Tenía el mismo aire elevado, la misma pureza de espíritu, que Niam y Finn. Con ella a su lado nunca le faltarían sus hermanastros, por muy lejos que estuvieran. Seguiría conservando una parte de ellos.

Le había arrancado la promesa de matrimonio a su padre, Oissíne, hacía ya dos años. Antes de marcharse de la Llanura del Cisne.

Áedán dudó un momento, por la lealtad dividida.

—No tiene solo trece, créeme. Yo la vi nacer y crecer.

—Pero el día de la promesa tu padre me dijo…

—Adivinó tus intenciones y te engañó para protegerla. Es su hija pequeña, compréndelo. A Grian le pasa como a su tía, la Huella Blanca. Parece más joven, pero tiene ya quince años.

—¿Y tú lo has sabido todo este tiempo?

—También es mi hermana. Y no tengo nada en tu contra, amigo, pero tendrá que vivir bajo la sombra de tu mujer. Que no es precisamente pacífica…

—Yo la protegeré —prometió Ciar. Al día siguiente, sin tardanza,

empezaría los preparativos para reclamarla.

En aquel momento Conmáel abrió la puerta y les interrumpió.

—Ciar, deberías ver esto.

—Es la marca de la Badb. Coirpre el Picto ha estado aquí.

Frente a él, pintado sobre la choza principal de la granja, estaba el rostro desencajado y bañado en sangre de la diosa. A su alrededor, los muertos.

—Un recorrido largo para una simple expedición de saqueo. Demasiada distancia con el Lago Léin —dijo Conmáel.

—Es una provocación —dijo Ciar, tenso—. Para que sepamos que pueden saquear nuestro territorio cuando quieran. Como si fuera suyo.

—Esta sangre es fresca. Estarán de camino. Si nos ponemos en marcha aún podemos alcanzarles.

—Iarmumu es muy grande y tienen muchos aliados —intervino Irél —. Ya se habrán refugiado en el fuerte de alguno…

—¡Por Macha que esto no quedará sin respuesta! —se impuso Ciar —. Organizaremos la represalia inmediatamente. ¡Y doblaremos el número de cabezas, maldita sea!

—¿En dónde, exactamente? —preguntó Conmáel.

—Si fuera por mí iría hasta el mismo Lago Léin y lo drenaría hasta secarlo.

“Eso no sería propio de un rey sabio”, pensó Áedán, que se había formado en la escuela del Lago, como tantos herreros de su familia. Pero no quiso contradecir al rey en un momento tan difícil.

—Puede ser una trampa —le advirtió Conmáel— Aprovechando tu ausencia pueden cortar tu árbol sagrado. Temo los ojos del Cisne…

—¿Elatha?

—Sería el momento perfecto de atacarte.

—Iré a la Llanura y averiguaré si traman algo. Conseguiré garantías y les llevaré regalos. Tenía que ir igualmente, a reclamar a mi nueva novia. Será la ocasión para lidiar con ambas cosas.

Grian respiró tres veces, como le habían enseñado sus amigas mayores, las ya casadas. Sus familiares estaban preparando la choza de reunión, allí donde debía celebrarse su contrato de matrimonio, avivando el fuego y haciendo la comida. Su padre, Oissíne, no estaba en la granja. Habían tenido que enviar a un hermano pequeño en su busca.

Su madre lo había adivinado nada más avistar la comitiva: “ese es Ciar, que viene a por ti”.

Sin embargo, a ella no le habían permitido ver nada. La habían metido a empellones en una de las casas secundarias para peinarla y vestirla conforme a la ocasión.

Lo único que deseaba era poder verle al fin. Sabía que no estaba bien, pero quería hablar con él primero. Su padre solía criticar la testarudez de Ciar, pero Áedán, en las pocas veces que había vuelto de visita, siempre hablaba bien de él: que era un hombre valiente y ambicioso, capaz de dirigir un reino, pero también un buen amigo, cercano a su corazón.

Refugiada de espaldas contra la pared de mimbre, examinó que el vestido nuevo estuviera impecable. Era el más lujoso que tenían y su padre había intercambiado buenas joyas de oro por él. Era un regalo de despedida, propio de una reina. Lo estiró hacia abajo para que se le vieran los bordados.

Se colocó las joyas, prestadas de su madre. Todas debían lucir perfectas sobre el pecho, con las gemas hacia delante y los cierres por detrás del cuello. Se alisó la cabellera rubia hacia la espalda y llevó dos largos mechones hacia adelante, por encima de los hombros.

Ya estaba lista. Volvió a tomar aire, se recogió las faldas y entró a verle.

Estaba solo en la penumbra de la choza. Era aún más alto de como lo había imaginado. Su mirada azul claro se clavó en ella, pero no dijo nada y apenas se movió.

Estaba muy serio, con el gesto tenso y alerta de un guerrero y su leve respiración era el único sonido en la casa. Apartó la vista un instante, como si le diera apuro mirarla, como si se sintiera acorralado en aquel espacio íntimo.

Por un momento Grian temió haber metido la pata. Tendría que haber seguido el protocolo. Al fin y al cabo él era un rey y ella iba a convertirse en una reina.

A pesar de todo, se repuso y se acercó. Era demasiado tarde para escabullirse.

—Perdóname si te he ofendido al venir… —susurró cuando le tuvo delante.

Él se limitó a negar con la cabeza, ahora con el gesto relajado, en una media sonrisa cómplice.

Grian se sintió atraída por él desde el principio. Le fascinaban su silencio y sus cambios de expresión. Serio como un líder y luego afín, cercano al corazón, como había dicho Áedán. Su media sonrisa la desarmó.

Sus amigas siempre decían que aquellas cosas no pasaban. Al menos no entre los reyes. Áedán se había casado enamorado, había tenido la suerte de encontrar a una mujer de su estatus, hija de herreros, y de que ambas familias estuvieran de acuerdo. Pero ella había sido

escogida por el propio Ciar hacía varios años, cuando aún era una chiquilla. Era un rey nuevo, con una nueva tierra, necesitado de alianzas por matrimonio. Y sin embargo la había escogido a ella. Un misterio que solo podía explicarse por la amistad que había unido a sus padres, Ciarán y Oissíne.

Pero había pasado lo que decían que nunca pasaba:Ciar la atraía de una manera inequívoca.

Que un deseo tan fuerte como aquel naciera de un acuerdo matrimonial solo podía ocurrir en uno de cada mil contratos. Oissíne le había contado algunas historias sobre Ciarán y sus hijos. ¿Tendría Ciar los poderes proféticos de su familia? ¿Habría podido adivinar, años atrás, que estaban destinados el uno para el otro?

Él seguía observándola inmóvil, siguiéndola de reojo con la mirada por la choza, mientras ella se acercaba hasta casi rozar su cuerpo. Él se volvió entonces audaz y tomó uno de los dos mechones que le caían a la muchacha por encima de los hombros. Cerró los ojos y aspiró el perfume embriagador de su cabellera rubia. Se movió un poco y un haz de luz que se colaba por la techumbre vino a iluminar su cuello.

Grian se extrañó. Se puso de puntillas y su mano fue a acariciar el nacimiento del vello cerca de la nuca. Sus labios estaban junto a su oído y sintió cómo él le rodeaba la cintura con el brazo, ya sin reservas. La estrechó contra su cuerpo.

—Siempre pensé que serías moreno. Que tendrías el pelo negro, conforme a tu nombre, y no rojo. Pero no me importa. Nada me hará más feliz que ser tu esposa.

Conmáel la tomó entonces por los hombros y la arrancó de sí. La interrogó con los ojos muy abiertos. Ella le miró violenta, sin comprender. “¿Qué? ¿Qué pasa?” Aquella sacudida la había llenado de temor.

Él buscaba sus pupilas alternativamente y escuchaba su propio corazón dándole golpes. No sabía cómo hacer para acallarlo. Aquel sonido le estaba volviendo loco.

La puerta se abrió de golpe y Oissíne se sorprendió de verles juntos. Solo estaba Conmáel, sujetando a Grian por los hombros…

—¿Dónde está Ciar?

Grian miró a Conmáel y su corazón también se desbocó, poseído por la sensación de peligro y fatalidad.

Era el momento de ejecutar la represalia, ahora que la afrenta estaba fresca. Ciar había decidido enviar a Conmáel a la Llanura del Cisne para traer a Grian, mientras él encabezaba personalmente el robo de ganado.

Serviría como rito de paso para todos los jóvenes del nuevo *túath*. “Así los muchachos podrán llevar algo de ganado a sus familias”.

Todos los adolescentes que tomaban armas por primera vez debían acompañar a Ciar y al resto de los guerreros.

Además, serviría como *creach* real, el culmen de los ritos de inauguración. Ciar no había celebrado todavía ninguno y ahora se le presentaba la ocasión perfecta. Había que hacerlo en el territorio del enemigo tradicional, que no era otro que Iarmumu.

"Que sea para la victoria y primera herida y triunfo" eran las palabras de despedida, antes de que cada nuevo guerrero diera una vuelta a su casa familiar, en el sentido de la mano derecha. Áine entregó a Ciar el amuleto de Macha, el círculo con las tres espirales: "Colócalo en una lanza antes de entrar en batalla y todo saldrá bien y volverás a salvo", la fórmula se la habían enseñado los druidas.

Se colocaron en lo alto de la colina. A caballo iban tan solo Ciar y sus nobles. A sus espaldas, ocultos aún, Ciar podía sentir la admiración de los jóvenes, lanzas en mano. Se sentía respaldado por todos ellos. Él era su guía. Debía mostrarles el camino para ser hombres fuertes y completos como él.

Desde allí los guerreros podían observar, sin ser detectados, cuál era la distancia y la situación de la granja que los espías habían escogido. A su derecha, el rey mantenía muy próximo a un muchacho menudo, enjuto y lleno de pecas llamado Ercc. Era el hermano de Úna y cuñado de Áedán, que había alcanzado la edad de chozas intermedias y se había sumado al asalto, como el resto de los chicos de su generación. Ciar había prometido al herrero y a su mujer que le mantendría muy cerca y que no le perdería de vista. Que le protegería en la medida de lo posible, aunque sin asfixiarle. El muchacho tenía que trabajar su pequeña reserva de gloria por sí mismo. Un rito de paso ineludible que acabaría con el niño Ercc y devolvería a la tribu un hombre completo. No podía robarle su oportunidad.

Ciar le miró un momento al saberle al borde de la transformación y recordó así sus propias pruebas. Cuánto había cambiado en el camino.

—Atacaremos por el lado derecho. Es el más cercano a los vallados y será mucho más sencillo sacar el botín. Pero primero vamos a colocar las piedras.

En la colina levantaron un montículo. Cada muchacho puso una de las piedras, como si fuera su vida. Solo la retirarían si lograban sobrevivir. Ercc depositó con respeto la suya.

Lo siguiente fue una riada de lanzas brillantes, descolgándose por la ladera, vibrando con el grito del asalto. La encabezaba una franja de jinetes, una barrera que protegía a los más jóvenes y les abría el camino.

Atacaron a plena luz del día, sabedores de su superioridad. Sin temer a las alarmas que ya se disparaban en el asentamiento, una tras otra, en forma de ladridos de perros, gritos y sonidos de cuernos que

no llegarían a ningún aliado.

Enseguida les tuvieron encima, con su marabunta de golpes en la empalizada, gritos de violencia y desafuero, con el atropello de las botas que arrasaban los pastos. Las puntas de lanza brillando como alhajas de muerte.

Se estrellaron contra la empalizada con todas sus fuerzas. Eran tantos los hombres que las defensas no tardaron en mellarse y los arietes hicieron saltar las maderas por los aires.

Pronto se quebró por la mitad uno de los troncos y luego el siguiente, hasta abrir la gran brecha por donde empezaron a colarse los jóvenes, lanzas en ristre.

Se volcaron al interior como un reguero de sombra, arrastrando su manto de fatalidad. Dispuestos a cubrir de muerte el asentamiento entero.

Pronto les rodeó la carnicería, una tormenta de sangre y de miembros y cabezas cortadas. Era uno cualquiera de los muchos fuertes de Iarmumu, escogido al azar. Contra hombres, mujeres y niños desarmados, que no habían podido prever el ataque. Ante la mirada vacía del ganado, incapaz de reconocerse como pieza central en aquel pulso de locura entre ambos bandos. Las vacas seguían pastando en sus cercas, indiferentes a la repetición cíclica de las costumbres bárbaras.

Algunos de los muchachos estaban desconcertados, otros se sobreponían al miedo con los dientes apretados, aguantando. Los más fieros iban un paso más allá, se emparentaban en sus corazones con los grandes guerreros de las sagas, con Cú Chulainn y con Fergus mac Roich. Vestían su piel y experimentaban, en aquel instante supremo, las mismas sensaciones, la misma euforia y violencia, despertando y cantando dentro de sus venas, el mismo vapor en sus cabezas.

Por fin las armas no eran de madera ni romas, no eran las de un entrenamiento. Las luchas no eran coreografías. No estaban solos, eran la banda, algo mucho más grande que sí mismos. Ahora que la vida estaba en juego, todo era más real que nunca. Y por tanto, superior.

La segunda voz de Macha, la de la guerra, gritaba en la cabeza de Ciar hasta ensordecerle. Sujetó a uno de los hombres por la espalda, para bloquear sus brazos y ofrecerle una víctima a Ercc, que le rajó el cuello sin dudarlo. Se cobraba así su trofeo sagrado. El recuerdo al que tendría que acudir cuando dudara de sí mismo, de su virilidad y de su grandeza. Había sido capaz, tenía lo necesario. Podía tomar vidas y también crearlas, cuando yaciera con una mujer al lado. No era incapaz, sino poderoso. Tenía control sobre sí y sobre el mundo que le rodeaba.

Al atardecer ya regresaban a la Llanura de las Espadas con las reses, los esclavos, las cabezas de los muertos. Empapados de sangres y de

lluvia. Igual que hacía muchos años, cuando el rey Bróenán regresara en procesión con sus guerreros. Cuando, desafiando a tribu, familia y ancestros, había tomado la grave decisión de salvar a Ciarán. El momento sin el cual Ciar no habría existido.

Aunque ya era verano y no necesitaba de pieles para calentarse, Grian no podía dormir. Ella y Conmáel habían hecho un alto en el camino para pernoctar en el campamento de Creidne, al resguardo de las Montañas de los Juncos.

La reina del *fían* se arrepentía en secreto de haber apartado a Ciar de su lado. Estaba haciéndose mayor y extrañaba sus atenciones y su juventud, audaz y algo impertinente. Como madre adoptiva, se había mostrado satisfecha de poder examinar a su nueva novia, al igual que había hecho en el pasado con Áine. Aunque seguía preguntándose por qué seguía escogiendo a mujeres tan estrechas de caderas.

Desde su lugar junto al fuego Grian podía observar a Conmáel, sentado fuera haciendo guardia, con la espalda y el pecho medio descubiertos. En un momento él se recostó e inclinó la cabeza hacia atrás, estirando su masculino cuello de veintitrés años, marcando la nuez bajo la incipiente barba pelirroja. Su palidez resaltaba aún más bajo el brillante torques.

Le había rozado un instante, solo eso, dentro de aquella choza en penumbra. Un leve roce, tibio, de su cuello. Aquel instante le había dejado una marca en la memoria.

Él había estado ausente durante todo el camino. Pero a veces ponía en su mirada felina una intensidad que la sobrecogía.

Grian ya había visto a otro Conmáel en la choza, relajado y de media sonrisa. Cuando él aún pensaba que no era más que una esclava, enviada para aliviar a un viajero cansado.

Justo después de Oissíne había llegado su madre con la sierva a la carrera, cuando ya era demasiado tarde. Cuando ya Grian había probado los brazos de Conmáel y se había imaginado yaciendo entre ellos cada noche de su vida.

—¿Es que nunca dices nada?

Ella se había acercado y le miraba, en pie.

—Tu dueño no me necesita para hablar. Ya tiene a muchos que hablan a su alrededor.

Grian estuvo un rato callada, pero no se dio por vencida. Aprovechó que él se había incorporado para preguntarle.

—¿Qué estás haciendo? —Conmáel llevaba un rato haciendo algo con las manos. Ella podía ver cómo las movía en la oscuridad.

—Cordeles. No necesito luz y me mantienen despierto. Pero tú no estás de guardia. Deberías dormir.

“Prefiero mirarte. Pero ordénamelo y te obedeceré”. Se sentó junto a él.

—¿Qué haces cuando estás en la Llanura?

—¿Es que nunca te cansas de preguntar? Guardo uno de los puntos cardinales de rey. El del oeste. El lugar de Iarmumu.

—También es el lugar del Otromundo…

—De eso ya se encarga Irél. Los fantasmas no son asunto mío.

—¿Y cuando no guardas su costado?

—Yo siempre estoy guardando su costado.

—¿No tienes familia?

—Solo Ciar. Él tiene mi juramento y eso es todo.

—¿Y por qué no ha venido él mismo a buscarme?

Conmáel resopló. Grian era como una niña pequeña. Sus preguntas eran interminables. ¿Y por qué? ¿Y por qué?

—Porque está atendiendo sus deberes reales, que no son pocos.

Una larga pausa siguió.

—Conmáel, ¿qué pasará cuando lleguemos?

—Que te entregaré a tu dueño y serás reina. Vivirás con Ciar y con Áine y dormirás con ellos. Eso es lo que pasará.

“No me lo preguntes como si no lo supieras”.

21

Sol de verano, sol de invierno

La choza extramuros se resguardaba en una zona boscosa, en la frontera, no lejos del Fuerte de las Tribus.

A lo lejos podía escuchar Grian el sonido de las flautas y tambores de la fiesta al aire libre de Lugnasad. La noche acababa de empezar.

En el claro había alguien esperándoles. Era Ciar, con las ropas rojas y negras que le permitían confundirse con la noche. Ofreció la mano a la muchacha, invitándola a acercarse. Le pareció que ella resplandecía, que su vestido blanco capturaba una luz de luna tamizada.

Grian sintió un escalofrío. A cada paso que se separaba de Conmáel y que sentía su presencia más lejana le parecía sentir más desamparo. Como si los cabellos rojos de él fueran las últimas brasas que le quedaran al mundo.

Cuando se trataba de reyes y de nobles a algunas muchachas las casaban con hombres viudos, viejos, desdentados o lisiados. No era el caso de Ciar. A sus veinte años estaba en su plenitud física. Tenía los cabellos negro brillante, los ojos como las aguas del Cisne y ese aire orgulloso de quien se sabe por encima de los demás hombres. Todo lo que le habían contado sobre él era cierto: el aura de rey le rodeaba. Y sin embargo, no era Conmáel.

—¿Quieres ser mi esposa, Grian?

Ella no entendía la pregunta. El contrato ya estaba celebrado. Conmáel había hecho de la palabra del rey y el precio de novia se había pagado. Y a pesar de todo, él le estaba pidiendo su permiso. Quizás había adivinado el desencanto en su rostro. La muda decepción de tener que dejar a Conmáel a sus espaldas.

Ella asintió y él tomó su mano. Reprimió las ganas de mirar atrás.

En el interior esperaba la copa, donde debía servir la hidromiel de los reyes. Allí Ciar la desvistió y la amó con la delicadeza con que se roza la escarcha, para ver cómo cambia de forma y se deshace.

Cuando Áine llegó a la choza extramuros, cerca de la madrugada, las brasas estaban casi extintas. Conmáel la dejó pasar. Solo a ella, tal y como el rey había dicho.

Ciar estaba despierto, con Grian dormida sobre su pecho, y miraba a Áine sereno, esperando su reacción.

Ella tuvo sentimientos encontrados. Despreció a Ciar por su cobardía. Porque no hubiera tenido los arrestos de desflorar a la muchacha en su propio hogar, como debía ser. Por haber huido de sus deberes de rey en plena fiesta de la cosecha para confundirse con la noche envuelto en ropas negras, como un criminal. Todo aquello la asqueaba, le daba una imagen miserable de él. ¿Qué pretendía? ¿Ahorrarle los celos? Como si ella fuera vulnerable a semejante estupidez y, por demás, vulgar. Un auténtico rey debía saber lo que quería y tomarlo, simplemente. Por otro lado, la situación solo confirmaba su poder sobre él: Ciar la temía y se replegaba ante ella.

—Déjame ver lo que has comprado a mis espaldas.

Ciar apartó las pieles y dejó al descubierto el cuerpo desnudo de Grian, que se despertó de la impresión. Vio a la reina delante de ella y reprimió el primer impulso de cubrirse con las manos. No debía transmitir ningún miedo. Permitió que Áine la observara, concentrándose en no temblar en exceso.

—Me hubiera gustado elegirla yo también, teniendo en cuenta que también es mi cama. Y por lo tanto también es mi amante.

Áine no iba a dejar que se la apropiara. Como siempre, lo quería todo, el control absoluto. Pero aquella primera noche, aquella primera vez, él no había querido compartir a la muchacha. Ella también merecía algo de la exclusividad que ya nunca volvería a tener.

—¿Crees que he escogido bien?

Áine se puso encima de ella y le abrió con brusquedad los muslos. La muchacha dio un respingo, con el cuerpo rígido de la tensión.

—Ten cuidado —la detuvo Ciar—. Por favor… —se lo dijo suplicante, como si estuviera tratando con una pieza frágil y valiosa, que le hubiera costado mucho conseguir— Yo te enseñaré.

Tomó la mano de Áine, se la llevó a los labios para darle su saliva y volvió a guiarla entre los muslos de la muchacha, hacia los lugares depositarios del placer, un territorio que él ya había marcado.

La atracción que Ciar sentía por Áine le resultaba casi dolorosa. La sentía en el estómago y el pecho, tirando de él como si llevara arneses. Todo lo que ella hacía le fascinaba. Áine siempre estaba por encima, un paso por delante. Se imponía a todo y a todos, dominando el mundo entero.

—Yo soy tuyo —le dijo al oído mientras se incorporaba y la

abrazaba por detrás—. Soy tuyo, Échtach. Nadie podrá hacerte sombra nunca.

Áine se estremeció mientras él la llenaba y se abrazó al cuerpo de Grian, que ya correspondía a sus caricias y a sus besos. El placer calentó el vientre de la muchacha y a Áine le pareció que sus entrañas semejaban un territorio limoso y fértil después de la crecida de un río. Ciar había hecho bien: la familia debía crecer, contar con más herederos, y necesitaban ayuda. Grian la liberaría de las ominosas circunstancias del embarazo y el parto. Llevaría esa carga para que ella pudiera ser, no reina, sino rey también.

El cuerpo de Grian se estremeció y se cerró alrededor de sus dedos, entre lamentos de placer, y Áine se sintió más poderosa que nunca. Dueña de la muchacha y capaz como un hombre. El hijo varón que Diarmait no había tenido.

—Yo estoy aquí para obedecerte —dijo la chica, sin apenas aliento —. Tus deseos son mi deber.

Había comprendido que su única posibilidad de supervivencia ante Áine era demostrar que no era una usurpadora, sino una aliada. Que estaba dispuesta a acatar la jerarquía legal, en que la primera esposa gobernaba sobre la segunda.

Le tomó el seno con los labios, en el gesto que indicaba la sumisión.

Había conseguido inflamar la vanidad de la reina. Áine sería su maestra y su hermana. Sería su protectora y también su amante.

—Ven, vamos a embarazarte.

Se acostó boca arriba, algo incorporada sobre las pieles, y colocó a Grian sobre su propio cuerpo. Llevó los brazos de la muchacha hacia arriba, alrededor del cuello, y le abrió las piernas, ofreciéndosela a Ciar.

Él se puso sobre ambas, incapaz de centrar sus pensamientos, sobrepasado por la cercanía del fuego. Abrasado por el deseo.

Desde su posición podía besarlas a las dos. Sus labios, sus cuellos.

—Me quemo… —susurró palabras oscuras, como solo pueden serlo cuando el amor y la muerte están muy cerca— Me muero. Me vais a matar. Os amo tanto…

Tenía la sensación de estar delirando, de que su cuerpo estaba enfermo por haberse acercado demasiado al sol. Entre aquellas dos mujeres estaba perdiendo una parte de sí mismo, que ya no podría recuperar. El poder que les daba ya no regresaría.

Sintió cómo los brazos de Áine le rodeaban la cintura y le anclaban fuertemente a Grian en el momento de vaciarse en ella. El placer se lo arrancaban de las entrañas a tirones y cada uno de ellos era tan intenso que le impedía respirar.

Cuando se retiró, las mujeres le besaron el sudor del rostro, le acariciaron los cabellos y le acomodaron entre ambas en la cama. Áine

y Grian, el sol del verano y el del invierno. Abrazaron y atesoraron su cuerpo febril, que yacía extenuado. Irradiado por la tormenta solar. Tan vacío y tan lleno como solo podía estarlo un hombre.

Pensó que en aquel momento, por un instante, aquel baño de fuego le haría inmortal.

Estaba amaneciendo y Grian había salido de puntillas por la puerta anterior. Atrás dejaba los cuerpos abrazados de Ciar y de Áine, dormidos y enamorados.

Refugiada en una de las jambas se llevó la mano al vientre, pensativa, mientras observaba en secreto la silueta a contraluz del guardián.

El sol estaba ya despuntando por detrás de Conmáel y recortaba sus cabellos encrespados. Grian suspiró al recordar el vello ígneo de su nuca.

Él, que estaba sentado con las piernas cruzadas, la advirtió y se giró un momento hacia la puerta, pero de inmediato regresó a sus asuntos.

—¿Puedo verlo?

Quería ver lo que había estado trenzando durante la noche. Él se lo acercó, sacando el brazo desnudo por debajo del manto gris con que se cubría.

Era una pulsera, hecha de la crin de un caballo negro. Un entramado de trenzas y nudos que acababa en una falda de flecos. No era un trabajo desordenado, solo para matar el tiempo.

—Es preciosa —dijo ella—. ¿Puedo quedármela?

El negó con la cabeza.

—Te la compraré, entonces.

—La echaría al fuego antes que verla en tu brazo.

Las duras palabras laceraron su corazón. Su rostro se entristeció, pero él no tuvo piedad. Volvió a echarse el manto gris por encima y se dirigió a la casa secundaria, la de las esclavas.

Había amanecido y sin duda era su turno para el descanso y quizás, pensó Grian, para el amor.

El Fuerte de las Tribus era el corazón de la Llanura de las Espadas. Marcán, el anterior rey, lo había construido, pero Ciar lo había reforzado y había hecho levantar sólidas rampas para mostrar la fortaleza de su corte.

Su casa de asamblea no era tan rica ni tan grande como la de las capitales, pero Irél había creado una iconografía espectacular.

La silla real estaba cubierta con la piel de un caballo negro y

llevaba láminas de oro incrustadas en los laterales, por debajo de los reposabrazos y casi hasta el suelo. Por detrás, las armas se disponían formando la imagen de un gran sol naciente: con los escudos brillando en el centro del semicírculo y las lanzas y espadas alternándose en los radios.

A su derecha tenía a Áine, como esposa primera y principal, vestida del color de la hidromiel, con adornos en esmalte en rojo vivo. A su izquierda, Grian, vestida de blanco y con adornos de oro pálido.

Se mostraba como rey amado por los dos soles, el del verano y el del invierno, y por las noches se abrasaba de pasión entre los muslos de Áine y se dormía en el bálsamo de los brazos de Grian.

Era feliz y, sin embargo, sabía que un caballo que arde jamás puede detenerse.

22

El único tabú

Hengest estaba fuera, patrullando la frontera, cuando Rowena nació. Fue Horsa el que acudió al lecho de parto, a darle a Niam la enhorabuena y a contemplar el rostro de la niña. Aquel era su cometido: hacer de Hengest cuando él no podía estar. Ser rey dentro del reino mientras su hermano era rey fuera de él. Actuar en nombre de los dos en todas las cuestiones domésticas, mantener el pulso de la vida en el territorio mientras su hermano peleaba y ponía toda su fuerza en la expansión.

Se sentó junto a Niam y acarició los labios del bebé, que enseguida succionó sus dedos.

—Tiene la belleza de Freya y la voluntad de Sigel —sonrió—. Seguro que ha heredado el temperamento de mi hermano.

Niam miró a Horsa con la compasión de quien sabe lo que va a suceder, pero no puede hacer nada por evitarlo. El recuerdo de una estrella que se extingue, como un suspiro. Un anuncio de su muerte.

Era tan joven y tan hermoso… Físicamente se parecía mucho a Hengest, aunque tenía un punto de dulzura y de sabiduría, de calma reflexiva. Horsa era como el pilar sólido de una casa de reunión.

Niam sentía su pecho como un sepulcro de piedra guardando el terrible secreto. ¿Cómo podía aceptar lo que los dioses habían preparado sin que le embargara la tristeza? Horsa era un buen hombre, sangre real de los anglos como Hengest. La mitad de su cabeza, la mitad de sí mismo.

—¿Por qué lloras, mujer? Si todo ha salido bien. Es hora de la felicidad…

—Es la vida —respondió ella—. Que, a veces, es demasiado grande.

Él la miró un momento, fijamente, con sus ojos azules y norteños. Nacidos en el reino boreal de Jutlandia. Recordó la carrera de caballos contra su hermano. Quizás podría haberla peleado más, a aquella mujer que desprendía una cualidad más alta y más cercana, de alguna

forma, a los Aesir. Hija de Gunnlod, guardiana de la poesía. Pero, desde el primer momento, su corazón había sabido que una apuesta extrema por ella solo le habría llevado a la hostilidad con Hengest, a la ruptura troncal del reino. Conocía bien la ambición de su hermano y que la había considerado suya nada más verla. Le quedaba la sensación de que, por evitar males mayores, había permitido que lo extraordinario se le escapara de las manos.

Abrazó a Niam y puso la cabeza de ella contra su pecho, en un abrazo cálido, para consolarla y para consolarse a sí mismo. Por un momento, parecieron una familia. En un momento de fantasía pasajera, imaginó que la sangre que corría por las venas de Rowena era, en realidad, la suya y que Niam había preferido su brisa calma a la tormenta intempestiva de su hermano. Hengest siempre había ido más lejos, más fuerte, más rápido. Y en la carrera por la familia no había sido una excepción.

—Los dioses nos concedieron la muerte, el nacimiento, el amor… para que no olvidáramos de dónde venimos. Tú eres una mujer capaz de ver la savia de las cosas. Entiendes cómo fluye y se mantiene entramado el gran árbol de Yggdrasil, donde los nueve mundos. Nunca te he contado cómo nacieron el primer hombre y la primera mujer, ¿verdad? Nacieron como tú y como Hengest, a la orilla de una playa.

Niam le abrazó aún más fuerte.

—No eran nada más que dos troncos sin vida con los que jugaba la marea, arrastrándolos hacia adentro y hacia fuera del agua. Hasta que Woden, nuestro antepasado, sopló en su interior y les insufló la vida. Las cortezas se estremecieron y se resquebrajaron hasta abrirse y de ellas surgieron los cuerpos humanos. Las anatomías espléndidas de la mujer y del hombre. Y a ella la llamó Olmo y a él Fresno, en honor de los árboles de los que procedían.

La besó en el borde superior de la frente, cerca del cabello, y se separó con cuidado. Niam no pudo evitar un gesto de dolor. La espalda y el vientre le punzaban aún, por el tránsito tortuoso del parto.

—Temo que mi corteza se haya quedado dañada para los restos.

Horsa sonrió ante aquellas inseguridades físicas que preocupaban a todas las mujeres e incluso llegaban a obsesionarlas. Porque la edad, el trabajo físico, las secuelas de viajes, embarazos, partos y crianza, las desgastaban y eso las hacía reemplazables en su estatus, en el pensamiento y en el lecho de sus maridos y ante su sociedad. La pérdida de su belleza les quitaba presencia en las recepciones, las fiestas y las audiencias, les restaba valor, especialmente a las nobles, y aquella era una batalla interna que tenían que librar. Pero, ¿cómo podía perder valor una mujer como aquella, que sabía mirar en el

interior del Gran Fresno de Yggdrasil?

—¿Dañada? Imposible. Estás más hermosa que nunca Niam. Eres como Sigel, más poderosa en verano, que es cuando le da vida a todas las cosas. Has hecho emerger a Rowena del tronco de su árbol. Eso te emparenta con la divinidad. Estoy segura de que mi hermano sabrá ver ese poder, igual que ya lo hacemos los demás.

Besó sus manos en señal de reverencia, antes de marcharse para continuar siendo solo él mismo, el rey solitario. El protector de los bienes y tesoros de su hermano.

En el salón de hidromiel de los sajones los cantos de celebración se sucedían, alternando con los brindis de vino en los cuernos y los buenos deseos para la nueva princesa. Hengest al fin había regresado y podían celebrarlo todos juntos.

Niam se había ganado por derecho su silla junto al doble trono de los regentes. Ahora era la madre de una heredera y formaba parte del linaje real de los anglos por sangre, no solo por los afectos que le prodigara el líder. Rowena fortalecía a los hermanos en Tanet y, en el futuro, sería la valiosa protagonista de una alianza. Los territorios se conseguían tanto por las armas como por matrimonio.

Después del nacimiento de Rowena, Hengest le había regalado a Niam lo mejor del saqueo. Lucía el vestido azafrán, con el escote forrado de pieles, que le había entregado tras rescatarla de Corótico y el magnífico collar de ámbar traído de su tierra. Por el *imbas forosna* le había regalado sendos broches redondos en plata, repujados con los tres pájaros de la sabiduría. Ahora que ya era madre podía lucirlos ambos, sujetándole la túnica.

Los poetas sacaron las liras sajonas para acompañar la entrega de regalos.

El primero de los invitados venía de una de las tribus vecinas, una de las pocas que no eran enemigas.

—Presenta sus respetos y admiración, por el nacimiento de la princesa Rowena, el líder de la tribu Caint en el Fuerte del Portus Dubris, bajo los auspicios del tirano Vortigern.

Sin duda las relaciones con Vortigern no estaban en su mejor momento, pero acontecimientos como ese servían de excusa para enterrar las armas.

La tribu Caint, sin embargo, tenía sus propios problemas. Hengest no descartaba la posibilidad de firmar un acuerdo de paz solo con ellos. De ampliar su territorio por vías diferentes a las de la lucha, que hasta ahora no había dado apenas resultados. Una vez que tuviera Caint bajo su mando podría lanzarse en guerra abierta contra todo los demás.

A Niam, sin embargo, se le congeló la sangre en las venas al escuchar el nombre de Portus Dubris.

—Traemos esta valiosa pieza de seda violeta, de nuestro comercio con oriente. Para que embellezca aún más tu casa o a tu reina. Si es que tal cosa es posible.

Hengest sonrió, agradecido, e invitó al hombre a sentarse junto a él, en la primera mesa disponible junto a la silla real.

—El segundo regalo es el del rey Horsa, para su hermano —anunció Eomer.

—Me han dicho que mandaste a asesinar a uno de mis nobles más poderosos, rey Hengest —apuntó el líder del Portus Dubris, en comentario privado, mientras el resto de la corte estaba pendiente de la audiencia. Niam, que estaba entre ambos hombres, se tensó en su asiento—. Un satirista llamado Dímma, ¿no es cierto?

Hengest, sin cambiar su sonrisa, preparó el enfrentamiento.

—¿Hay algún problema con eso?

—¿Qué fue lo que te hizo para que le emboscaras así? ¿Compuso alguna sátira ofensiva?

—Teníamos un feudo personal, nada más. Espero que una cuestión como esta no enturbie nuestras relaciones. Podrían ser muy provechosas para todos.

—En absoluto. Era un hombre detestable. Yo mismo no sabía ya qué hacer con él. Le temían en todas las granjas de alrededor, tanto las mujeres aldeanas como las nobles. Y sus maridos se veían atados de pies y manos para hacer nada…

Ambos callaron y volvieron a centrarse en la audiencia ante la proximidad de Horsa. Su regalo era un escudo redondo y puro, adornado de símbolos solares.

—Este escudo —anunció— es la copia fiel de Svalin, el Hierro-frío, que fue entregado a la hermosa Sigel, la Auriga, para protegerla del calor inhumano de sus corceles. Así es como evitó que sus crines le causaran quemaduras en la piel.

Besó la mano de Niam, pero para ella fue un momento agridulce. Por un lado, intentaba estar atenta al gesto. Por el otro, la sombra del Portus Dubris la tenía en vilo.

—Espero que este escudo pueda protegeros tanto a ti como a tu hija, Rowena. Ambas sois la luz que alumbra esta corte que, desde hoy, hace esta Isla más Brillante que nunca.

Todos los súbditos aplaudieron el ingenio poético de Horsa, que había nacido de una improvisación sincera. El rey se apartó para ocupar, de nuevo, su silla real.

—Como te decía —siguió el líder del Portus Dubris—. Yo tenía, no miedo, pero respeto sí… por un hombre de su calaña. Curioso cómo a veces nos preocupan más los que tienen el dominio de la palabra que

los de la espada. Pueden hacer mucho más daño, sin duda. Sátiras y rumores nos acechan como sombras, tras las columnas de nuestros salones, especialmente en los casos de reyes como tú y como yo, contra los que las espadas no sirven.

—Las palabras pueden hacer sombra, es cierto. Pero también pueden iluminar, como ahora ha hecho mi hermano. Todo depende del oído que se les preste. Actuar contra esas cosas no hace más que confirmar su peso. Es preferible dejar que desaparezcan.

El siguiente invitado apareció con un caballo de color blanco, que armó revuelo en el salón y ambos líderes tuvieron que callar. Cuando la ceremonia acabó y todos ocuparon sus mesas, Niam se acercó en privado. Sabía que había rumores desde hacía tiempo.

—Mi Señor Hengest… —dijo ella, llena de una angustia que ya la desbordaba— Acerca del Portus Dubris…

—¡Acerca del Portus Dubris! ¡Acerca de Frisia…! ¡Acerca de qué! —respondió, violento— Ese tipo de venenos no pueden dañarnos a ti ni a mí Niam. ¿Qué más da? ¡Los poemas no hablarán de esas cosas! Solo hablarán de aquellos que obtengan resultados, ¿lo entiendes? ¡De los que hagan lo necesario! ¡De los nombres que pongamos a los sitios! Eso es lo que me enseñaron los reyes del pasado. Al final solo queda la meta y el camino se emborrona en el tiempo. Recuérdalo. Recuérdalo y guarda silencio sobre lo que no quieras que forme parte de esta historia.

Aquella tarde Niam se separó por primera vez de la niña y la dejó con su nodriza. Tenía un álamo favorito, a los pies del cual solía darle el pecho, pero en aquella ocasión acudió sola para tener algo de tranquilidad y tocar la lira sajona. Con Rowena era raro encontrar un momento de paz.

La bebé había despertado en ella una marea de amor, muy distinta a lo que sentía por sus hermanos o por Hengest.

Su nacimiento, sin embargo, también la había vuelto temerosa. A ella, que antes nunca había tenido miedo. Se sentía inquieta cada vez que se separaban y no acababa de acostumbrarse a aquella sensación, por mucho que Hengest le decía que era algo normal en una primeriza.

—No tardes. Las nubes se están cerrando y podrías mojarte. Aún te estás recuperando del parto y no quiero que te enfermes —le había advertido Hengest, antes de despedirse con un beso y marchar a la partida de *Tæfl*.

Niam sintió una leve brisa levantarse.

Hasta entonces el lugar le había parecido agradable y seguro, con un aire familiar, como si ya lo conociera de siempre. Un álamo

frondoso, con buena sombra, el círculo de piedras cercano y el trigal azotado por el viento.

Pero cuando el cielo terminó de oscurecerse y el paisaje se llenó de grises pudo reconocerlo. Sintió la certeza de que había estado allí, cuando aún estudiaba en Mona. Durante el ascenso de iniciación.

En su sueño lúcido, Macha le había ocultado su rostro y ella se había caído del árbol. Se había convertido en tierra negra nada más tocar el suelo.

Escuchó el galope de un caballo que se acercaba y supo que ya no tenía escapatoria.

Corótico descabalgó y, sin permitirle hacer ningún movimiento, la sujetó por el cuello contra el árbol y desenfundó la espada.

La había perseguido desde la misma noche de la fuga, utilizando sus conocimientos de sajón para conseguir espías. Alguien que pudiera revelarle donde ella se sentaba a solas, lejos de Hengest.

En la mente de Niam se formó la imagen que tantas veces había temido: la de una noche sin luna y sin luz.

No hubo palabras. Tan solo una mirada de ira contra una de terror.

El arma se hundió completamente en su cuerpo, por dos veces. Y ella se hundió en la oscuridad.

Hengest acudió a su grito, con la urgencia de un presentimiento funesto. Era lo que siempre había temido y ahora solo podía contemplarlo, impotente.

Tomó el cuerpo ensangrentado de Niam entre sus brazos y cayó a su lado sobre la tierra, sosteniéndola recta. Intentaba mantenerla contenida. Evitar que se le abrieran las heridas del cuerpo para que no se le escapara la vida por ellas.

Sobre el caballo pardo Corótico le dedicó una última mirada. No era de triunfo ni de lástima ni tan siquiera de desafío. Era anodina, vacía.

Para Corótico no había nada peor que un traidor. Todos los traidores debían ser destruidos. Por muy duro que fuera, había hecho lo correcto. Niam le había traicionado. Tenía lo que se merecía.

Se dio la vuelta y huyó al galope. En aquel momento la ausencia del caballo, la falta de las riendas, le ardió a Hengest más que nunca en las manos.

—Tengo frío —le dijo Niam.

Hengest volvió a dedicarle toda su atención. Aquellos momentos eran demasiado preciados.

Le abrió el vestido y la desnudó hasta la cintura, solo para comprobar cuán mortales eran sus heridas. Se quitó la camisa e intentó cubrirla con su cuerpo, taponando los cortes con la misma presión de su piel, atando el manto con fuerza alrededor de ambos.

Con aquel abrazo quería sentir una última vez su carne viva, el movimiento invisible de su estómago, el corazón latiendo en el pecho amado. El pulso, cada vez más débil, huidizo en su cuello.

Así, atado a ella, fue como sintió que su último aliento dejaba sus labios.

La caída de Niam arrastró su ánimo. Sentía el peso de su cuerpo llevándole a la fosa, atado como estaba físicamente a ella. Era la misma sensación de caerse del caballo, en el instante mismo en que empieza a suceder.

Pero no podía ser, no podía dejar huérfano a su pueblo. Temió y se arrancó los nudos del manto. Su cuerpo completo se rebelaba ante el contacto con la muerte, con un rechazo primitivo en el que la náusea reemplazó a la pena. No podía dejarse caer. Él era el rey.

Dejó atrás la incertidumbre. Depositó con cuidado a Niam en tierra y la observó desde arriba. La existencia había volcado, sí, pero no era un vuelco final. Había quedado anestesiado, pero no cedería.

Su realidad, sin embargo, había cambiado. Sentía una completa extrañeza del entorno. Ahora tenía que aprender a mirar el mundo con sus nuevos colores, formas y amenazas, sin Niam a su lado. Todo le era ajeno y más hostil. El paisaje se impregnó del sagrado deber de la venganza.

Miró a Finn y le encontró arrasado en lágrimas. No recordaba cuándo había llegado, no sabía si había gritado o se había mantenido silencioso. Aquellos instantes se habían perdido para él. No recordaba si él mismo había gritado de dolor, pero se llevó la mano al rostro y sus ojos estaban secos.

—Levántate —le ordenó.

El muchacho clavó en él sus ojos azules y tuvo miedo de aquel ser que era incapaz de lamentarse por nadie. Con el pecho desnudo y la melena untados con la sangre de su hermana. ¿Qué clase de hombre era aquel?

No lloraría ni tan siquiera un año después, por la muerte de Horsa, durante la batalla de Aylesford. De ella saldría victorioso, tal y como Niam había predicho.

Áedán contempló con horror cómo el caballo de Ciar se ponía en dos patas, de improviso, tirando al rey al suelo como si le hubiera fulminado un rayo.

Era una imagen inaudita. Jamás había visto a Ciar caerse del caballo en todos aquellos años.

El rey lanzó un lamento desgarrador al estrellarse contra el suelo pedregoso, a orillas del Fial. Áedán descabalgó para socorrerle y Conmáel hizo lo mismo. Tenía que ser la maldita bestia que habían

comprado en la frontera. Lanza nunca se habría rebelado así contra su dueño.

Los gritos de Ciar rasgaban el aire. Se sujetaba el brazo derecho, lo cual despertó aún más el temor del herrero, pues era el brazo de la lanza, un miembro muy necesario para un rey. Se agachó junto a él y vio que el hombro se le había salido de su sitio.

Conmáel se quitó la capa, decidido. Ya había visto aquello antes, en los encontronazos del *immáin*, cuando los jugadores se lanzaban a por la pelota y acababan estrellados o golpeados por las palas.

Agarró con fuerza el brazo de Ciar, luchando con él.

—Sujétale —pidió a Áedán.

Tiró para colocar el hombro y solo entonces sintió Ciar alivio y regresó el silencio. Sin embargo, se quedó mirando hacia abajo, abatido y exhausto, con la mirada perdida.

—¿Cómo estás? —preguntó.

Pero Ciar seguía absorto, sin responder.

Entonces Áedán se percató. El rey estaba mirando la cuenta de ámbar que se colgaba siempre al cuello, la que había pertenecido a su padre, Ciarán. Estaba rota.

La pieza se había fragmentado al estrellarse en las piedras.

Ciar tenía los ojos muy abiertos, acosado por pensamientos funestos. El sol se ennegrecía y se hacía pedazos en el interior del ámbar.

Áedán inspeccionó la montura para averiguar qué había pasado. Acarició las patas, en busca de heridas, y se dio cuenta de que las manos se le quedaban manchadas de tinte. Frotó con más fuerza el pelaje, con una sospecha aciaga en la mente. Se quitó la camisa, la mojó en la orilla del río y siguió frotando para estar seguro. El pelo de la montura pasó de un oscuro pardo a un color marrón claro y después a un crema… hasta llegar al temido blanco. Áedán se retiró, espeluznado. Solo Iarmumu podía estar detrás.

Los caballos blancos estaban prohibidos en todo el reino. Era el único tabú que Ciar tenía. Y ahora estaba roto.

Finn asistió al entierro desolado, sin comprender lo que había sucedido. ¿Por qué las cosas habían sido así? ¿Cómo podía entenderse que Niam hubiera muerto, solo porque alguien decidiera que no debía vivir más?

Cuando dormía se veía a sí mismo en Irlanda, a la intemperie, solo y gritando. Luego despertaba y volvía a hundirse un poco. Las lágrimas no le satisfacían. Solo sus sueños, sus gritos inconscientes.

Hengest permaneció impasible durante los funerales, incluso al depositar el cuerpo de Niam, con todos los presentes que le había

hecho, en joyas y vestidos. Solo salvó el broche solar que un día había sido de Aífe y que pasó a su hija, Rowena.

—Tu señor es inhumano —dijo Finn a Eomer—. ¿Es que no llora nunca?

—¿Tú has visto alguna vez llorar a un caballo?

Hengest talló sobre su lápida una inscripción: *niam biuw hlaw*. La tumba de Niam, la dama.

Y Finn se puso a escribir la carta más difícil de su vida.

Al otro lado del mar, Ciar no tardó en recibir las letras de su hermano, en que cada palabra era una puñalada.

Se hizo tatuar una inscripción en el lado izquierdo del pecho: NEMMIAS, perteneciente a Niam. Su carne ofrecida como piedra. Su cuerpo, un monumento funerario.

Y quedó allí, como una cicatriz por donde le hubieran sacado el corazón.

23

El ahorcado

En su sueño Finn se veía ante la piedra de los sacrificios, vestido con los atributos de un druida.
Era el primer sacerdote del mundo, con la vara de los siete cascabeles a sus pies. La atmósfera era irreal, de completa negrura a su alrededor. Solo la piedra estaba iluminada.

Necesitaba las manos libres y se arremangó la túnica blanca para que la sangre del animal no le salpicara. Observó el arma, que estaba afilada, en espera.

Sin embargo, cuando bajó la vista solo encontró a Ciar, acostado y desnudo sobre el altar.

Intentó desviar la mirada, horrorizado al imaginar lo que vendría a continuación, pero su hermano le tomó con firmeza la muñeca, que ya empuñaba el cuchillo.

—Tú sabes que esto es necesario —su mirada era serena, de consuelo. Él era el rey y el máximo deber de un rey era el de sacrificarse por su pueblo. Esta vez no habría un sustituto, como en los rituales—. Para crear ese nuevo mundo que quieres, el cristiano. Un sacrificio es el origen de toda creación.

—No puedo hacerlo… ¿Por qué tienes que ser tú?

—Yo ya no tengo sitio aquí. Ayúdame a marchar.

No podía hacerle daño, ni siquiera en un sueño. Ahora era su única familia.

Bajó la mirada, pero era demasiado tarde. Sus ropas blancas ya estaban llenas de sangre. Sus manos, ajenas a su voluntad, se habían puesto en marcha con la espantosa tarea.

—Lo siento, Donn… Lo siento, Emon.

Nunca le había llamado por aquellos nombres: Oscuro, Mellizo. Las lágrimas llenaban sus ojos, el pulso le temblaba, debido a la tensión, pero no era capaz de parar. Era como si su cuerpo estuviera poseído.

En el sueño, Ciar había muerto. Al menos de eso estaba seguro. No

le estaba diseccionando vivo. Le vio un momento a su lado, envuelto en sombras, dándole su perdón con la mirada y sonriéndole en una despedida muda, la del que todo lo conoce. Luego se alejó hacia el mar del Oeste, a la Casa de Donn, donde pronto se convertiría en el Rey de los Muertos.

Mientras, Finn hacía un esfuerzo por recomponerse y aplicarse a la difícil tarea de dar nacimiento a un nuevo cosmos.

Necesitaba de nueve elementos, la nueve olas de la creación. Separó en un lateral los huesos de Ciar, con los que debían formarse las montañas y la piedra. Su carne daría forma a la tierra, fértil y joven. Convirtió sus fluidos —su sangre, su semen y su saliva— en mares, ríos y fuentes. Hermosas plantas y árboles crecieron a partir de sus cabellos, oscuras semillas, extraordinarias bellezas botánicas. Su último aliento, al expirar, se había convertido en el viento, que acarició todos los caminos y rincones de Irlanda. Su pensamiento se transformó en la luna y su rostro amado en el sol. El resto de su cabeza formó el cielo y el cerebro se deshizo en multitud de nubes.

Finn vio entonces que su mundo recién creado tenía hambre y le ofreció lo que quedaba del cadáver de su hermano, para que lo devorara. Y vio que los hombres, a su vez, tenían hambre y devoraban la naturaleza. Y nuevamente la naturaleza reclamaba al hombre y así seguían eternamente, en un ciclo que no tenía final.

Comprendió que ellos mismos habían jugado a ser los dos toros que crearon el mundo, según decían los druidas: el toro oscuro, Donn, que era Ciar, y el toro blanco, Finnbennach, que era él mismo. Habían sido antes dos hombres, porqueros, y también caballos, salmones, gusanos, siempre los mismos, siempre transformándose. Muriendo y renaciendo.

Y al final no hubo sitio para ambos en el mismo lado del mundo.

Cada vez que el sol caía Hengest debía enfrentarse al océano de la noche. A la travesía que había hecho en compañía de Niam tantas veces. Solo que ahora no era un remanso calmo que le meciera entre sus brazos. Era implacable. Una pesadilla.

Ellos habían sido dos piezas perdidas de una edad heroica que al fin encajaban, una yegua y un caballo, en la tierra y las estrellas. El dibujo de una constelación que había quedado rota.

Cuando el sol salía Hengest iba a recibirlo a caballo. La aurora, Ēastre, parecía la misma Niam, contemplándole en silencio.

Cada mañana se presentaba ante sus gentes entero y de una pieza, más duro e implacable. Volvía a ser el líder. Pero Corótico le había arrancado el corazón y estaba dispuesto a límites que solo podía cruzar un hombre incompleto como él.

—No debéis tener miedo —le había dicho su padre, Ciarán, una vez — puesto que nunca está oscuro en todas partes. Siempre hay luz en algún lugar, aunque no podamos verla. Cuando aquí es de noche, en el Otromundo es de día. Y lo mismo sucede con la vida y con la muerte. La muerte es solo una vida que no podemos ver.

Finn llevaba a la pequeña Rowena en sus brazos. Se la había pedido a la nodriza para consolarse. Era un bebé y no recordaría nada de Niam. Su mirada de madre se difuminaría en sus recuerdos. Rowena no tendría memoria de que, alguna vez, hubo alguien que la miró de esa manera, con todo el corazón puesto en los ojos.

Le habían robado a su madre. Al final eso había sido Corótico: el ladrón de una hermana, de una amante, de una madre, de una abuela, quizás. Un ladrón del tiempo, capaz de llevarse de una puñalada una miríada de instantes, de besos y de abrazos. Le había robado a Niam todo aquello que podría haber vivido y sentido: el sol, el viento, la hierba y las estrellas. Y a cambio solo había dejado oscuridad.

Acudió a Hengest con la niña en los brazos, dispuesto a exigir lo mejor para ella. Era su deber. Y lo mejor para ella era, sin duda, el bautismo.

El guerrero le había dicho que estaría en el álamo, rindiendo tributo a sus dioses, pero, a medida que se acercaba, no conseguía distinguir a nadie.

Pronto descubrió con pavor que un hombre se balanceaba entre las ramas.

—Es Hengest —dijo Eomer, a su espalda—. Se ha ahorcado.

Finn se estremeció de espanto y en su alma se abrió una nueva grieta. Estrechó contra su pecho a la pequeña Rowena. ¿Cómo podía caber más desgracia en el mundo?

—No es lo que piensas —aclaró Eomer, al ver su reacción. A veces se le olvidaba que no era germano—. Es solo un ahorcamiento ritual. Como el de Woden, cuando se colgó de Yggdrasil. Así es como pasa su duelo. Solo se está despidiendo.

Finn siguió mirando el árbol, con gran preocupación, pero advirtió que Hengest se balanceaba colgado de las cuerdas, sin pender del cuello. Su cuerpo estaba rodeado por múltiples sogas, que se ataban a su vez al tronco y a las ramas. Era una penitencia, pero no moriría.

—No temas —le calmó Eomer—. No se dejará abatir. Su deber para con el pueblo es demasiado grande. Además, el mismo Horsa ató los múltiples nudos.

—Espero que sea como dices —dijo, más aliviado—. Ya hemos sufrido suficiente.

No hacía falta pedir permiso alguno.

Fue al río y se arrodilló con la niña, dispuesto a bautizarla él solo.

No era más que una recién nacida. Estaba acostumbrado a preparar a los fieles para el ritual, con la confesión, con el pediluvio, con sus consejos para una vida libre de pecado… Pero, ¿qué podía decirle a una criatura tan pequeña? ¿Cómo podía preparar su alma?

Acarició su cabecita calva y dormida, cubierta de pelusa morena. A esas alturas ya tenía asumido que nunca tendría hijos propios. El calor emanaba del cuerpo diminuto, que le buscaba el pecho con hambre. Así era como los seres humanos habían sobrevivido tanto tiempo. Con aquel ímpetu que fluía de las crías y colgaba un anzuelo de los corazones adultos.

Abrazó a Rowena contra su pecho, intentando cubrir el vacío. Quiso poder intercambiarse con Niam aunque fuera un momento y cederle sus brazos. Sería posesión, antinatural e impía. Un pensamiento más demoníaco que divino, pero no importaba. Quiso morir y ser reemplazado. Deshacerse en polvo allí mismo.

Había intentado salvarla de Corótico, sin éxito. Mientras hay vida, hay esperanza. Pero ya no quedaba nada.

Estaba Rowena, sin embargo. ¿Qué le quedaría a él cuando muriera? También Rowena. Y a Ciarán y a Olwen, que no la habían conocido. E incluso a Ciar. A todos ellos no les quedaría más que Rowena.

Siempre había pensado que Dios tendría que haber hecho un lugar especial para quienes hacían daño a los niños. Que, si solo existía un infierno, debía reservarse para ellos. Porque hacer daño a un adulto, que ya ha vivido y que conoce el mal no es más que revivir ese mal, revolverlo, despertar algo que ya estaba allí antes. Pero hacerle daño a un niño era sembrar el mal desde cero. Hacer un mundo peor.

Y, sin embargo, todos los hombres habían sido bebés alguna vez, incluso Corótico. Ninguno había nacido con vocación asesina. Algo había pasado entre medias. Ojalá hubiera podido retroceder al momento anterior a ese daño. O anterior al daño que había hecho ese daño. O al daño primero de todos, en el origen de los tiempos, cuando Caín había matado a Abel por pura envidia.

Se preguntó qué sería de Rowena al lado de un hombre como Hengest.

Sintió pena, no solo por ella, sino por todos los niños que habían perdido a sus madres, las encargadas, las misioneras.

Y en aquel momento, Dios le pareció a Finn más una madre que un padre. Como en las historias de las diosas de su infancia. Se preguntó si Niam no estaría tan equivocada, después de todo.

—Dios será tu madre. Él te protegerá.

Sin quererlo había hallado las palabras correctas.

—Dios será tu madre.

Pensó en su antepasada, Muirenn, que había muerto asesinada. En Olwen, a la que no había conocido. En Niam, cuyo dolor era tan intenso que aún le nublaba la mente y rogó a Dios que rompiera aquella cadena trágica y que no la perpetuara en aquella criatura que tenía ante él.

Derramó entonces el agua sobre la cabeza del bebé y esperó acabar así con la maldición de su herencia.

Al día siguiente se embarcó y cruzó el mar, por fin, de regreso a Irlanda.

Llegó al Fuerte de Celtchar arrastrando los pies, exhausto por la fatiga, pero más aún por los dolores que llevaba dentro.

Patricio le vio desde lo alto de las rampas y enseguida le reconoció. Se bajó a trompicones, a punto de resbalar y perder el equilibrio.

Finn corrió y se abrazó a Patricio con todas sus fuerzas. Sintió que, por fin, había llegado a casa y que solo aquellos brazos podían sujetarle.

Se rindió y dejó que el llanto le desbordara, amargo, por todos los horrores que había vivido y que no comprendía.

Patricio besó su cabeza rubia y lloró lágrimas mudas de agradecimiento.

De la venganza de Hengest

Stonehenge, 468 d.C.

Tuvieron que pasar catorce años para que Hengest volviera a cruzarse con Corótico, sentado a una mesa de banquete.

El germano refugió su rostro en el cuello de su capa, rematado de pieles de lobo blanco. Los ojos como dos joyas hirientes, donde Corótico podía adivinar mil formas de morir.

Pero Corótico, ahora rey de Clota, tenía protección incondicional. No estaban en Tanet, en territorio sajón, sino en una de las fortalezas de Vortigern y Hengest había tenido que jurar que no le dañaría.

El Gran Tirano había hecho llamar a Corótico con la excusa de una asamblea más, pero, en secreto, había organizado la reunión para buscar la paz con los antiguos mercenarios, que ahora eran declarados enemigos de Britania. Cuando Corótico vio entrar a Hengest a caballo en el salón se le heló la sangre en las venas.

—Eres mi intérprete —le advirtió Vortigern— y te necesito para hablar con los salvajes. No puedes marcharte.

Cada vez eran más devastadores y rapaces y le urgía al tirano la

tregua. Corótico, un rey menor y sometido a él, no podía desafiarle.

—En cuanto termine el banquete regresaré a la Altura de Clota. No pasaré la noche bajo el mismo techo que ese hombre.

Hengest seguía serio a la mesa, imperturbable, concentrado en el espacio abierto del salón, donde se habían amontonado unas pieles negras. La mitad de las antorchas se habían apagado y las que quedaban encendidas lanzaban sombras espectrales en los muros de la sala. El espectáculo estaba a punto de comenzar.

Hengest se recostó en el respaldo de su asiento y las liras sajonas empezaron. Llevaban meses preparando aquello y su hija merecía toda su atención.

La hermosa y joven Rowena acababa de llegar en los barcos desde Germania, donde se había criado, en la casa real de los anglos. Había cumplido los catorce y se había convertido en una muchacha deslumbrante.

Su cuerpo medio desnudo emergió de las pieles negras, blanco sobre negro, un rayo de juventud buscando herir el espíritu del Tirano.

Su sangre norteña la hacía alta y esbelta como una lanza, iluminaba el fuego helado de sus ojos. Pero sus cabellos negros eran un desfiladero. Como los de su abuelo, Ciarán.

"Una bruja pagana", pensó Ambrosio Aureliano. Y, en verdad, sus movimientos y su belleza, la resolución en su mirada, parecían los de una criatura atávica, de esas que caminaban en las leyendas. Una *síde* oscura.

Hengest estaba orgulloso de la ambición de su hija. Al fin y al cabo, todo aquello había sido idea suya.

—Deja que te ayude, padre. Deja que sea tu aliada en la conquista. Las armas ya no dan más de sí.

Tres batallas había librado Hengest contra el Tirano y sus hijos. En la primera habían luchado cuerpo a cuerpo Horsa y Catigern. Ambos se habían herido de muerte, cumpliendo así el destino.

La vía de la guerra estaba agotada y él se hacía viejo sin haber hecho realidad su sueño. El pueblo seguía en la minúscula Tanet, padeciendo los efectos de una migración numerosa, sin tierra suficiente. Solo le quedaba la alianza y Rowena era la única baza que tenía.

Cuando la muchacha se acercó al anciano Vortigern y tomó sus manos enjutas para ponerlas sobre sus caderas, el líder ya estaba borracho de hidromiel y de amor. Asintió al acuerdo que ya habían pactado por escrito, de antemano. Los hombres del Tirano se abalanzaron sobre Corótico hasta reducirle en el suelo.

—¡Juraste que no me tocarías, Hengest! ¡Esta es la prueba de que nunca tuviste honor!

El germano se levantó de la mesa y se puso ante él, con las botas a la altura de su rostro.

—No son mis hombres los que te capturan, maldito. Sino los de tu señor.

El acuerdo de paz intercambiaba a Rowena por la tierra de los Caint. Y la cabeza de Corótico como regalo de boda.

—Padre, dime qué quieres hacer con él —preguntó la muchacha.

—Es tu regalo. Decídelo tú.

A la mañana siguiente nació una de las torturas más elaboradas y sangrientas de la historia de Inglaterra. Un ritual que, en siglos posteriores, se reservaría tan solo para la alta traición y recibiría el nombre de “ahorcado, arrastrado y descuartizado”.

Corótico sufrió ahorcamiento simulado y después se le ató boca arriba sobre una piedra, donde fue destripado vivo. Se prendió fuego a sus intestinos ante él. Sus testículos fueron cortados e introducidos en su boca. Fue decapitado y descuartizado por cuatro caballos y sus miembros fueron enviados a los cuatro extremos de la isla.

Y aquella noche Hengest, con la venganza bien cumplida, pudo por fin descansar y llorar por Niam.

Parte III

Tá mo chroí-se chomh dubh le hairne
Nó le gual dubh a dhóifí i gceárta
Nó le bonn bróige ar hallaí bana
Agus tá lionn dubh mór os cionn mo gháire.

Bhain tú thoir dhíom 'gus bhain tú thiar dhíom
Bhain tú 'n ghealach is bhain tú an ghrian díom
Bhain tú an croí geal a bhí ' mo chliabh dhíom
'S is ró-mhór m'fhaitíos gur bhain tú Dia dom.

Mi corazón está negro como la negrura del endrino
o como el carbón negro en la fragua del herrero;
como la huella del zapato en blancos salones;
tú cubriste mi vida con esa oscuridad.
Tú me has quitado el este, tú me has quitado el oeste;
tú te has llevado lo que había antes y detrás de mí;
tú me has quitado la luna, tú te has llevado el sol;
y mucho me temo que me hayas robado también a Dios.

Donal Óg, anónimo irlandés antiguo, siglo VIII

24

La penitencia

Primavera del 455 d.C.

Ciar tomó un mechón del pelo de su hijo, que era tan negro como el suyo propio. Lo tensó con cuidado con el peine y después levantó las cizallas y las apretó hasta cortar los cabellos finos y sedosos, que parecieron flotar en su caída. Se mezclaron con la tierra, el hollín y la escoria en la herrería.

Era el primer corte, a los tres años de su concepción. Su bienvenida a la tribu. Había sobrevivido a las primeras trampas de la infancia y su padre, mediante el ritual, le aceptaba y reconocía en sociedad.

El corte de pelo le separaba de los animales y asentaba sus pies entre los hombres, los civilizados. Le hacía partícipe de su cultura. Al fin se había convertido en un niño.

Aún tenía los cabellos suaves y un brillo misterioso del Otromundo en ellos. Con cada tajo de la cizalla, al dictado del metal, le separaría de los *síde*. Todavía podían encapricharse de él e intentar llevárselo. El hierro era patrimonio de los hombres.

También tenían que forjarle su primera espada ceremonial, adecuada a su tamaño. Áedán en persona había seleccionado el mineral de hierro, el mismo día de su nacimiento, y lo había mimado durante tres años. Dormía junto a su propia hija en la cama, envuelto en los mejores linos. Cuando Scél pasara a otra etapa, el hierro volvería a forjarse en una pieza más grande, incorporando el acero y los huesos de su animal protector.

Una y otra vez se estremecía el niño ante los golpes de Áedán sobre el yunque, un estruendo tras otro, como en una tormenta. Empezó a toser, por el polvo de la fragua, y Ciar tuvo que sujetar firme los mechones para asegurarse de que el corte quedara regular y no hacerle un estropicio.

Paró un momento y se frotó los ojos, no supo bien si por estar

irritados por el humo o bien por el cansancio acumulado.

Desde su caída del caballo dormía mal. Estaba inquieto por la ruptura del tabú. Nunca tendría que haber montado un caballo blanco. ¿Cómo podía haber caído en la trampa? En vano Conmáel y sus guerreros habían buscado a los tratantes de caballos, sin hallarlos. No eran más que espías de Iarmumu.

Los ojos del Oeste estaban puestos en él y Coirpre el Picto solo ambicionaba su destrucción. El acto había quedado sin venganza. ¿Acaso ya no era capaz de defender su territorio? Tenía que reunirse con Irél por ver si le daba algo de paz. Ya no se sentía seguro. La ruptura de tabúes era lo más grave que le podía pasar a un rey. Hería la paz en su cabeza.

El niño era el pilar que le mantenía cuerdo. Todo empezaba y acababa en Scél, depositario de sus esperanzas e ilusiones.

Las mujeres iban y venían, pero a su hijo lo había parido él mismo.

Scél le era imprescindible. No podía separarse de él.

—Debo pedirte algo que no se le puede pedir a cualquier hombre.

Ciar había mandado llamar a Conmáel y ahora le hablaba al oído, en confidencia.

—Cumpliré cualquier encargo que tenga mi rey.

—Este requiere de un mucho valor.

—Razón de más para que me lo confíes.

—Se trata de Úasal, la bruja. Quiero que la mates.

La vida le había arrebatado a Niam y no dejaría que le quitara también a Scél. Todavía recordaba la promesa atroz que le había hecho a Úasal, el día de su nacimiento:

> —Me estás pidiendo el futuro de mi hijo, ¿te das cuenta? ¿Tendré que salvarle de la muerte solo para dártelo?
>
> —No seas tan dramático, muchacho. He sido reina durante toda mi vida, hasta que mi hija Creidne me desterró. ¿Con quién iba a estar mejor que conmigo? No me lo llevaré antes de los siete ni me retrasaré un solo día en devolvértelo, después de los catorce. Ese es mi juramento.
>
> El período de adopción del niño era lo que quería. El tiempo en el que debía formarse como príncipe, como futuro rey. Su maestro tendría que haber sido un regente o un noble del estatus más alto. Nunca, jamás, una bruja.
>
> —Permite que se críe en el *fían* —sus palabras apenas le salían, por la angustia—. Con los guerreros de la banda. Con Creidne…
>
> —¿Y para que iba a dárselo a esa furcia emplumada? ¡Lo quiero para mí!

Siete años de su vida, la adopción completa, era demasiado tiempo. Tendría que separarse de él siendo un niño y el que volvería sería un

hombre irreconocible. Era un pacto que ya no podía respetar.

Scél volvió a toser, debido al hollín y al humo de la choza.

Áedán terminó de cantar la espada y sumergió la hoja en el agua. Con un bufido, el arma dejó escapar su última voluta hacia los cielos, cruzándose en el aire con el último mechón de pelo, que ya caía para reunirse con la tierra.

—¿Por qué Conmáel parece tan enojado? A veces desearía saber qué le pasa por la cabeza… —Grian le daba vueltas, distraída, a un mechón rubio que le colgaba por el hombro.

Áine le estaba trenzando el resto.

—Está claro que te gusta mucho.

Grian soltó el bucle, violenta. Lamentó no haber sido más discreta.

—En realidad…

—¿Y a quién no? —la disculpó Áine— Es guapo, hijo del príncipe Eochaid y lleva sangre Eóganacht en las venas. Y además es el mejor guerrero del *túath*. ¿Qué mujer no desearía tener un hijo suyo?

—¿Tú también? —se atrevió ella.

—Yo no deseo tener hijos de nadie. Ya será en la próxima vida. Pero ese hombre es un misterio. No quiere granja ni esposa. Ni hijos a su cuidado… Es tan celoso con su semilla que no se la da a nadie que pueda comprometerle. Esclavas y prisioneras, nada más. Es muy cuidadoso con eso. Podría tener a la mujer que quisiera, de la mejor familia, pero se va quedando con las que los demás desprecian. Como si no deseara tener su propia casa…

—Quizás así puede entregarse mejor a la batalla.

—Tiene que haber algo más. Una sangre tan noble no se echa a perder así. Pero está claro que se engaña a sí mismo. No hay más que ver a Fergal y a Caireann para saber que son hijos suyos. Y eso solo dentro de nuestra granja…

Grian pensó un momento en los dos niños que habían tenido las esclavas. Tenían sus mismos ojos azules y su cabello rojizo. Aunque Ciar, como cabeza de familia, fuera su padre legal estaba claro que Conmáel los había engendrado.

Un deseo anidó en su mente y, a medida que pasaron los días, se hizo más y más fuerte.

Finn miró resentido la luz gris del alba, que ya se colaba en la choza. Tendría que obligar a su cuerpo a levantarse, una vez más. “Dios, ¿por qué me haces esto?”

¿De qué se quejaba? ¿De tener un día más de vida? Solo quería quedarse en la cama.

Patricio estaba cada vez más preocupado. Él mismo sentía un odio desbordante hacia Corótico. Finn había vuelto de Britania maltratado, atropellado, destruido por dentro. Su alma había tenido que ensancharse para dar cabida a nuevas dimensiones del mal. Y ahora que lo conocía tenía que convivir con ello. Aprender a manejarlo a una distancia prudencial.

Había pasado un calvario. Ya no podía hablarle como a un niño o a un discípulo. Era su igual. Había sufrido y prevalecido.

Finn se levantó y se quitó la camisa para echarse agua helada por encima. Le hacía daño, pero así, al menos, se sentía vivo. Se estremeció al sentir el flujo sobre las heridas y los arañazos de la espalda, que se multiplicaban. Tres días llevaba de tortura y solo estaba al principio.

Empuñó con decisión el látigo de cuero que conservaba, envuelto y escondido en una túnica harapienta, lejos del maestro y de sus compañeros. Debía comenzar muy temprano si quería contar con intimidad y que le diera tiempo.

Lo había comprado para el caballo, pensando en el control al cabalgar. Nunca hubiera imaginado que acabaría usándolo contra sí mismo. Le temblaba la mano mientras apretaba el mango.

Sin embargo, el penitencial era claro. Tenía que empezar cuanto antes.

El primer golpe sobre las heridas le puso de rodillas. La primera genuflexión. “Padre nuestro, que estás en los cielos…”

Siempre había preferido el martirio de arrodillarse en los guijarros. Aquel acto de humildad, de arrastrarse por la tierra, nunca le había parecido tan cruel. Pero esto…

Se levantó y se golpeó otra vez. Genuflexión. “Padre nuestro que estás en los cielos…”

Sabía por experiencia que el dolor, con la insistencia, se convertía tan solo en ardor y más tarde en un leve escozor superficial, antes de que la piel se volviera insensible.

Tenía que hacerlo por ella. Por Niam, a la que había animado a escapar y cuya fuga le había costado la vida.

Patricio le observó desde la puerta, sintiendo en su propio cuerpo cada golpe y cada gemido del muchacho. El dolor del cuerpo ayudaba a distraer del dolor del alma, decían. Pero aquella destrucción no podía continuar.

Había sospechado de su tortura porque se dolía al agacharse y gemía cuando algo le rozaba la espalda.

Conocía bien la teoría: 365 padres nuestros, 365 genuflexiones y 365 golpes de látigo cada día. Durante un año. Más un día de ayuno ciego, sin pan y sin agua, durante un mes. Todo el mundo sabía que no era más que una fórmula teórica, para que cuadrara en los

manuscritos con los días del año. Nadie se tomaría esos números en serio, a menos que hubiera perdido el juicio.

Aquella repetición correspondía a un penitencial muy concreto: el de sacar un alma del infierno. El alma de su hermana.

Su mano firme detuvo el tercer golpe de Finn en el aire. Le asía la muñeca tan fuerte que el muchacho tuvo que soltar el látigo.

—Hay otra manera, hijo. Deja que te ayude.

—¿Cómo se puede restaurar el tabú? ¿Cómo puedo aplacar a los dioses después de lo que pasó?

Era la tercera visita que Irél recibía de Ciar en aquella misma semana. Los largos baños en el río y las palabras de protección que había repetido una y otra vez no habían tenido efecto. El temor del rey seguía creciendo por días, como si algo terrible se avecinara.

—La muerte de tu hermana habrá restaurado el orden. No debes temer nuevas desgracias.

Pero Ciar no parecía escucharle. La muerte de Niam le parecía el principio del cambio. La señal que precipitaba una mayor calamidad.

—Tiene que haber algo que podamos hacer. Algo más…

Estaba deseoso de recuperar el control. Una acción, un sacrificio, una ofrenda… lo que fuera. Nunca se había sentido tan inseguro. Empezaba a entender que estaba a merced del destino. Lo que había pasado con Niam era antinatural. Ella no tendría que haber muerto.

Sus ojos se movían intranquilos, recorriendo los recipientes de vidrio y cerámica del druida, alineados contra una de las paredes de su choza. En un lateral estaba la vara de cascabeles plateados, los de un *ánruth*, un estatus inferior en la orden.

Últimamente Irél se quedaba sin palabras demasiado a menudo y Ciar empezaba a tener dudas sobre si había hecho lo correcto al nombrarle consejero. Las cosas no podían estar más torcidas. Estaba claro que algo fallaba y que los dioses no estaban contentos.

—Hay que encontrar la forma —insistió el rey, angustiado.

—Un tabú está por encima de las leyes humanas y divinas —intentó explicarle Irél, con su voz más suave—. Una vez que se ha roto no se puede hacer nada… Ni siquiera imponiendo otro…

—¿Ese es todo tu consejo? ¡Podría dármelo mi hijo de tres años! ¿Qué hay de los secretos de tu casta? ¡Vosotros sois quienes hacéis los tabúes! Nunca te he pedido nada extraordinario, Irél. Nunca he necesitado tanto un conocimiento supremo. ¡Y me encuentro con que tú no puedes dármelo!

Irél adivinó el reproche en sus palabras. Estaba perdiendo el favor real. Insinuaba que había algún tipo de sabiduría que le salvaría de aquella maldición y que él, por su condición de *ánruth*, desconocía.

Se sintió impotente ante sus acusaciones. Los demás druidas no le ayudarían. Se había distanciado de ellos y estaban esperando su caída, agazapados como depredadores. En el *túath* había solo dos bandos: el suyo y el de los demás.

Ciar salió furioso de la choza. Había perdido a su único aliado.

Patricio pidió al resto de sus discípulos que cortaran dos buenos troncos y que hicieran una cruz grande con ellos.

—¿Debemos llevarla hasta la iglesia?

—No. Cortadla en el claro oeste y dejadla allí.

—Pero el claro oeste está muy lejos…

—Haced lo que os he pedido.

Llevó a Finn hasta el lugar y le señaló cuál debía ser su próximo reto.

—Aquí tienes tu cruz. Tú cargarás con ella y ella cargará con los pecados de tu hermana, cualesquiera que fuesen.

El muchacho dudó un momento, pero decidió confiar en el maestro. ¿Serviría aquello de algo? Se acercó despacio, se arrodilló junto a la cruz y la levantó hasta pasársela por encima. Le resultó tan pesada que, más que elevarla, lo que hizo fue meterse debajo de ella.

Fue como separar una lápida del suelo. La rodilla que tenía clavada en tierra parecía hundirse hasta lo más profundo.

Gimió lastimero cuando consiguió alzarse del todo y plantar ambos pies, bien separados. Le dolía la espalda herida.

Entonces vio como Patricio se ponía junto a él y cargaba el otro brazo de la cruz sobre sus hombros.

La presencia del maestro le reconfortó. Si Patricio podía hacerlo, entonces él también. Ya no le parecía un imposible. Era lo que intentaba decirle: que no estaba solo. Que siempre habría alguien para compartir la carga en la gran familia que era la Iglesia.

Patricio también tenía asuntos que purgar: había llegado carta de Britania anunciando que su padre, Calpurnio, había muerto. Y no se había despedido de él en paz, sino en pie de guerra. Era de esas cosas que ya no tenían solución. Ni siquiera había acudido a sus funerales en Banna Venta. ¿De qué iba a servirle a un muerto la presencia que tanto le había negado en vida?

Ambos caminaron con dificultad, cargando con aquella enorme cruz, soportando el peso de la culpa. Con el rostro cubierto de sudor y suciedad y los pies afirmados a cada paso entre la tierra y la roca. Esforzándose en respirar, lanzando de vez en cuando un grito ahogado de rabia para mantener las fuerzas.

Caminaron así durante una hora, por un bosque cada vez más oscuro. Recitando el salterio completo de los salmos, los tres grupos

de cincuenta.

25

Incendios

Conmáel esperó a que cayera la noche para acercarse hasta la Cueva de las Espadas, donde vivía la bruja Úasal. Ciar le había dicho que no vivía sola y que tenía al menos a tres guerreros guardando sus puntos cardinales.

Al perro de presa le gustaba actuar en solitario, con sigilo. Solo uno de los guerreros estaría de guardia. Lo sorprendería primero y después mataría a los demás habitantes, uno a uno.

Iba desnudo y se había embadurnado el cuerpo con el glasto azul oscuro de los antepasados. Mezclado con el estiércol se confundía en la noche, donde solo destacaban sus ojos felinos. Hasta las raíces de su cabello rojizo habían sido teñidas. Los perros no podrían detectarle bajo el olor a azufre.

Se acercó a pie hasta la empalizada. No le costó localizar al guardián, que estaba dormitando, apoyado en la madera.

Se puso a su altura, tomó el cuchillo y lo introdujo entre dos troncos. Lo giró y se abrió una pequeña rendija para espiar. Deslizó suavemente un grueso hilo de oro curvo por la rendija, le rodeó el cuello y volvió a introducirlo por otra rendija a pocos centímetros. Tiró de ambos extremos con todas sus fuerzas.

El guardián se revolvió, con sonidos guturales y los ojos desorbitados mientras Conmáel, diligente, seguía tirando y enroscando el alambre con sus manos enguantadas. Pronto sintió que a su presa le abandonaban las fuerzas y dejó caer el peso muerto de su cuerpo.

Un segundo guardián acudió en breve, alertado por los gruñidos de su compañero, pero para entonces Conmáel ya estaba dentro.

Le asaltó por la espalda y cortó su grueso cuello limpiamente. Las cuerdas vocales se abrieron, incapaces de articular ningún sonido, dejando escapar la sangre y los tejidos. La sombra letal se adentró en otras sombras, buscando más vidas que robar.

Los apagados suspiros de expiración llenaron la noche. Solo Úasal,

despierta y aterrada, pudo ver quién acababa con su vida.

Acertó a decir unas palabras antes de que le cortaran la cabeza: "Ciar, malditos seáis tu hijo y tú".

Ciar acudió a la fragua, que estaba a las afueras del pueblo, junto al río.

La vereda estaba flanqueada de abedules blancos, centinelas florecidos de penachos verde claro. Un ejército silente, como el de sus antepasados, que debían de observarle desde el Otromundo: ¿Qué estás haciendo? ¿En qué te estás convirtiendo? ¿Va a ser este tu único legado? ¡Se suponía que serías legendario! ¡Como los reyes del pasado!

Quizás aquellos reyes nunca habían existido de verdad. Lo mismo sus hazañas no eran más que cuentos y los que ahora llamaban "grandes reyes antiguos" solo habían sido hombres normales, con méritos inflados por los pagos cuantiosos a poetas y el fuelle deformante del tiempo. Figuras huecas, hechas de puro cuero y palabras.

Por fin llegó a la herrería, donde las cintas de humo se elevaban sobre el carrizo. Los enormes techados se extendían hasta apoyarse en el pasto. En la explanada se amontonaban las piezas terminadas, por un lado, y las inservibles por otro, listas para ser fundidas de nuevo. Todo se renovaba con el tiempo, también los hombres. Y él se sentía oxidado, maleable y débil.

Estaba perdiendo el carisma real. Todo el mundo desertaba en cuanto el barco hacía aguas: las mujeres huían de los hombres débiles, los amigos abandonaban a los tristes y a los hoscos. Las tribus daban la espalda a los reyes que ya no creían en sí mismos. El mundo era implacable. No se podía esperar piedad.

Tenía que lograr verse de nuevo como un gran hombre, pero no sabía cómo. Sentía que la diosa Macha estaba dejando el mundo y le estaba arrastrando en su caída.

—Debes estar más atento, amigo mío —Áedán abandonó el martilleo y le ofreció un asiento basto—. No obsesionarte con lo que no puedes controlar. Deberíamos salir más de caza, celebrar algún banquete, organizar un partido de *immáin*… para que la alegría volviera a la corte y a la tribu. Tienes que pasar más a menudo por la casa de reunión… beber con tus hombres. Estás demasiado solo…

—¿Tú también me reprochas, Áedán? Si no puedo apoyarme en ti ya no tengo descanso.

—Tienes que ajustarte a la verdad del rey. Muchas veces no estás y otras estás tan distraído que te equivocas. Hay que tomar las riendas. ¿Qué hay de las mujeres? ¿Ya no te proporcionan calma?

—Su paz solo me dura un suspiro, unas horas… un día a lo sumo.

—Los hombres también hablan sobre eso. Están disgustados, Ciar. Y temo que algunos se vuelvan contra ti.

En los últimos tiempos su lujuria se había desatado, movida por la necesidad de buscar más descendencia.

Áine y Grian no se quedaban embarazadas, pese a lo mucho que había estado con ellas, y no quería pensar que fuera por su culpa. Un hombre incapaz de hacer hijos no podía tampoco dirigir un reino. Toda la prosperidad del *túath* se basaba en su fértil unión con la diosa. Tenía que demostrar que su potencial seguía intacto, era principal.

De esta forma, recurría una y otra vez a la hospitalidad sexual de sus clientes, durmiendo en distintas casas cada noche. Discriminando a las mujeres, no por edad o por belleza, sino por capacidad reproductiva. No quería a las jóvenes, sino solo a mujeres que hubieran sido madres y que estuvieran en el momento propicio de su ciclo. Si bien era considerado un privilegio hacer lazos de sangre con el rey, los nulos resultados de aquellas uniones estaban levantando los recelos de muchos hombres, que consideraban que Ciar se estaba simplemente divirtiendo con sus hijas. Empezaron a circular rumores de que Scél tampoco era hijo suyo.

—Ya no sé qué debo hacer. Desde la muerte de mi hermana tengo la sensación de que lo estoy perdiendo todo.

Sentía la muerte estrechando el cerco a su alrededor. Decaía su espíritu, todo se corrompía. Se marchitaban la carne y los árboles.

Mirara donde mirara solo veía seres pudriéndose, cayendo por la pendiente de la vejez, cantando una canción de abandono. La pulsión sexual era lo único que parecía mantener su mundo a flote, el ciclo de la vida girando. Lo que impedía que la rueda del tiempo se parase.

Áedán percibía en él la angustia del perdido. No sabía cómo ayudarle. ¿Cómo encontrar sosiego cuando es la cabeza lo que está en guerra?

En ese momento apareció Conmáel en el umbral. Su estampa era terrible, aún embadurnado con la mezcla de glasto y de estiércol, que se había secado formando una costra. Su disfraz resquebrajado se caía a pedazos. Ofreció al rey su bolsa de tela sucia.

—Aquí está el encargo que pediste. No hay tiempo de celebrar. El bosque está en llamas.

El incendio parecía un monstruo. Una marea de fuego avanzaba a través del bosque, devorando los recursos del *túath*, quemando los árboles. El fuego les estaba robando.

El caballo de Ciar frenó y se puso en dos patas ante el muro luminoso y el rey se quedó sin aliento. Era un enemigo formidable, el mayor de todos.

La multitud reunida en el claro esperaba una sola palabra que les llevara a la acción. Pero Ciar parecía hechizado.

Cómo luchar contra aquella criatura poderosa. El fuego era un regalo de los dioses…

—¡Ciar! —le apremió Áine— ¡Esposo, di algo! ¡Los hombres esperan tus órdenes!

Los labios temblorosos no decían palabra. ¿Sería ese el infierno del que siempre hablaba Finn? Estaba destruyéndolo todo, es cierto. Pero, al contemplarlo, Ciar solo podía sentir un inmenso alivio. Como si al fin pudiera obtener la paz que buscaba.

—Maldita sea… —murmuró Áine.

Tomó la empuñadura de Echrí, la espada de Ciar, y de un tirón la sacó de su vaina. Después trepó a una roca, levantó el arma y se dirigió al pueblo.

—¡Escuchadme todos! ¡Hay que cortar la retirada y empujarlo al río!

—¡Perderemos los árboles hasta el Fial! —gritó uno de los guerreros.

—¡Será necesario! Solo podemos atajarlo por un lado. Quiero que todas las mujeres vayan a buscar agua. Las niñas, enfermas y embarazadas que vayan más despacio, pero que vayan también. Los hombres que me sigan hasta el camino. Desde allí lo acosaremos. Áedán, ¿cómo nos protegemos?

—Quitaos la ropa y atadla sobre la boca. Para respirar. Para el cuerpo, agua por encima. Hay que revolcarse en la tierra hasta hacer barro…

—Conmáel, hay que quitar hasta el último hierbajo. Haz que traigan un carro.

Todo el pueblo se puso en movimiento, espoleado por las palabras de Áine, que se embadurnó de barro y batalló desnuda de cintura para arriba, como un hombre más, con el vestido descolgado y amarrado al cinto.

—¡Vamos! ¡Hay que contenerlo!

De vez en cuando cambiaba de grupo y acompañaba a las mujeres, supervisándolo todo. Cuando llegó el carro trepó sobre él y ayudó a descargarlo. Organizó un pequeño grupo para aliviar las quemaduras.

Un gran tronco se desplomó en el suelo, resquebrajado por el calor. El sonido retumbó y levantó brasas encendidas. Los que estaban alrededor dieron pasos atrás. Temían morir aplastados por los árboles.

—¡Socorro! ¡Ayuda!

Una mujer gritaba al mirar a su hija adolescente. Con la polvareda de ascuas se le había prendido la melena. Los niños gritaban de pavor.

La propia Áine tomó una manta y se echó encima de la joven, derribándola y sofocando las llamas. El resto del pueblo miraba,

temiendo que la muchacha no pudiera respirar, pero Áine no tenía miedo. Si la joven se asfixiaba, mala suerte. Peor era ver cómo ardía sin que nadie moviera un dedo.

Después de unos segundos angustiosos la descubrió. Estaba desmayada, pero viva.

El bosque era un animal encadenado. Troncos golpeando la tierra, las ramas dando zarpazos, soplos de ceniza ardiente. Aquel podía ser el fin de la Llanura. No se podía vivir sin bosques.

La mañana de lucha fue interminable, de lanzar cubos de agua e intentar acorralarlo en el Fial.

A media tarde los dioses se apiadaron y permitieron que el cielo se nublase y descargara una lluvia fina, que acabó por extinguirlo.

Áine volvió con Conmáel, juntos sobre el caballo, a la granja real. Todavía llevaba la espada del rey en su mano.

Nadie se preocupó por Ciar, sentado en el extremo del bosque calcinado. Contemplando la extensión negruzca y desolada, que momentos antes había sido brillante.

Áine llegó agotada a la choza, sucia del sudor, del barro y de fatiga. No podía entender qué le había pasado a Ciar. ¿Ese era el rey al que con tanto esfuerzo había dado forma? Estaba furiosa y decepcionada.

Se arrancó el resto del vestido a tirones. Menos mal que no estaba allí porque solo tenía ganas de matarle.

Se metió en la tina del baño, que estaba helada. No podía esperar a que las piedras lo calentaran. Necesitaba quitarse aquella tierra de encima y despejarse la cabeza.

Se sumergió y permitió que sus cabellos flotaran bajo las aguas. Sus pensamientos furibundos no cesaban. ¿Cómo podía Ciar fallarle así? ¿A ella, a la tribu, a los dioses, a todo el mundo? ¿Cómo podía fallarse tanto a sí mismo?

—¡Conmáel! —le llamó a gritos. El guerrero entró en la choza. Ella había salido de la tina y se había cubierto con unas pieles de yegua—. Quítate esa suciedad horrible del cuerpo. No puedes andar así por la granja. El olor se mete por todas partes.

El pelirrojo sabía que a Áine no se le podía llevar la contraria. Olía a una mezcla de estiércol, azufre, sangre y sudor. También él estaba harto y cansado, irritable. No había dormido aquella noche por culpa del asalto. Para un rey que había contemplado la destrucción de su pueblo sin hacer absolutamente nada.

Se quitó la ropa y se frotó el cuerpo, liberándose de sus pinturas de muerte, dejando el agua negra de la suciedad. Se echó un cubo de agua limpia por encima. Cuando abrió los ojos rasgados y se apartó los mechones vio que Áine había dejado caer sus pieles y estaba desnuda

frente a él. Salió de la tina, dispuesto a marcharse, pero ella se interpuso.

—¿Cómo explicas lo que le ha pasado a Ciar? —demandó.

—La muerte de su hermana, sin duda, le ha trastornado.

—Pues mi explicación es otra. Es evidente que la diosa se ha cansado de él. La Soberanía necesita un nuevo amante.

Puso la mano sobre el vientre desnudo del guerrero y se acercó para besarle, pero Conmáel la agarró de la muñeca.

—No me toques, bruja. ¿Crees que no he visto lo que has hecho con él?

Ella se enfureció, al verse rechazada.

—Necesitamos un *tánaise* y tú tienes la sangre del gran Corcc. ¿Quién mejor que tú para darnos un heredero?

—Scél será el próximo rey, aunque tú misma no le tengas en cuenta.

—Solo es un niño pequeño y ha caído enfermo, como les sucede a tantos. Ciar no quiere entenderlo, pero no deja de toser y se está apagando por días. Ningún rey puede apostar el destino a una sola tirada. No se puede jugar así con la tribu.

Conmáel no sabía qué pensar. Aquella mujer era de piedra. Materia de rey de la más sólida que había visto en su vida, y eso que él se había criado bajo la sombra imponente de La Roca, bajo el orgullo de los Eóganachta. Áine era el tipo de regente que escribía las sagas con pulso firme y atroz. Su hijo caminaba entre ambos mundos, ella misma lo había dicho, y su única obsesión no era para con él ni para con Ciar. Solo la tribu era su amante.

No sería la primera vez que la diosa escogía como consorte a una hembra.

—Puedes cubrirte. Yo nunca te tocaría.

—No deberías desperdiciar tu herencia y es evidente que el rey no puede tener más hijos… ¡Nos condenas a la extinción con tu soberbia!

Conmáel se dio la vuelta. Aquella situación le asqueaba. Se había jurado a sí mismo que nunca tocaría a la mujer de otro hombre. Se lo debía a la memoria de su madre, Mór, que había sido mutilada por su marido a causa de los celos y había muerto por ello. Áine estaba haciendo que todo volviera a él: el adulterio, el crimen, la sangre de su verdadero padre, el príncipe Eochaid.

—¡No podemos permitirnos una tribu sin heredero! ¿Es que no lo entiendes? —insistió ella, desesperada— No con los perros del Oeste abriéndonos las fauces… ¡Necio! ¡Tú podrías ser rey de Caisel! ¡Incluso tus hijos podrían serlo, según la ley! Y en cambio estás aquí, de rodillas, a los pies de un rey infecundo…

—¡Basta ya, mujer! ¿Es que no te ahogas nunca con tu veneno?

Conmáel se dio la vuelta, dejándola rabiosa, y se encaminó a la

puerta. En sus oídos, la última frase que dijo la reina resonaría durante algunos días y muchas más noches:

—¡Dime al menos que pensarás en Grian!

Ciar regresó al *túath* de noche, sin saber cómo hacerlo con algo de honor, después de haber fallado tanto. Sin embargo, ya no podía seguir ausente. Áedán le había dicho que el niño no estaba bien.

Cuando entró en la choza de las esclavas, donde Scél dormía, le dolió el corazón de verle así. No tenía más que tres años y su piel, suave y brillante por el sudor, marcaba sus pequeños huesos. Las muñecas amadas, las tibias delgadas, las minúsculas costillas se movían cada vez que respiraba. Era un pequeño esqueleto lleno de amor, que tendió sus brazos débiles hacia su padre nada más verlo. Se iluminó su rostro de ojos enormes y negros que sabían sonreír mejor que la boca. Si no hubiera mandado matar a Úasal, Ciar la hubiera convocado de inmediato para intercambiar su vida por la de Scél. Como ya no era posible recurrió al dios de los cristianos y a todos los rezos que Finn le había enseñado, No confiaba en que sus propias diosas no se lo fueran a llevar.

Se sentó en el suelo y lo acunó en sus brazos, como cuando era un bebé. Y cantó para él la que se convertiría en la más dulce y triste de las nanas irlandesas.

Seoithín seothó mo stór é, mo leanbh
Mo sheod gan chealg, mo chuid den tsaol mhór.

Precioso, mi tesoro, mi niño,
mi joya perfecta, mi todo en esta vida.
Precioso, qué felicidad es ver
a mi tesoro en su cama durmiendo sin pena.

En lo alto de la casa los *síde* se reúnen
bajo la luna primaveral, jugando y bebiendo.
Vienen desde el Oeste para llevarse a mi niño
bajo la tierra a su inmensa colina.

Niño de mi corazón, que tu sueño sea plácido,
que tengas contento y felicidad cada noche.
Yo estoy a tu lado, rezando por ti.
Precioso, mi niño, no te irás con ellos.

“No te irás con ellos. No te vas con ellos”, repetía.

Pero cuando llegó la mañana el cuerpo de Scél había perdido todo

su calor.

26

La confesión

Áedán encontró a Ciar en el bosque, junto a una pira funeraria donde los restos de caballo terminaban de consumirse. Era como si el rey estuviera celebrando sus propios funerales.

Había sacrificado a siete monturas junto al cuerpo de Scél. No quedaba nada que quemar, pero él seguía alimentando la pira. Haciéndola crecer.

—¡Basta ya, Ciar! ¡No le eches más leña!

—Todavía puede tener más.

—¡Provocarás un incendio! ¡Tienes que pararlo!

Al ver que no le hacía caso, le agarró de los brazos para que soltara los leños. Tuvo que empujarle al suelo y forcejear con él, rodando sobre los matorrales que había reunido para el despropósito.

—¡Déjame, Áedán! ¡Aparta!

—¡No permitiré que lo hagas!

Ciar estaba tan furioso que desenfundó su espada prestada, una que no era Echrí. Áedán temió que el dolor le hubiera vuelto tan loco que le fuera a dar muerte allí mismo. Se levantó, agitado y sudoroso, y se apartó de él.

—¿Eso es lo que quieres? ¿Matarnos a todos? ¿Consumir a la tribu en la pira de tu hijo?

Sabía que no podía enfrentarse a él cuerpo a cuerpo. Se abrió la camisa, mostrándole el pecho.

—¡Empieza por aquí, entonces!

Ciar le miró, desolado. Con el acero temblando de furia en la mano.

Poco a poco lo abrió y lo dejó caer. Él mismo cayó a tierra de rodillas, sin fuerzas. Estaba cansado hasta para llorar. Se quedó sentado, contemplando cómo el fuego llameaba en el claro.

Áedán, en silencio, se sentó junto a él y miró la hoguera.

—No es la primera vez, ¿verdad?

Ciar negó con la cabeza, a modo de confesión. Hacía calor, pero se

había puesto el manto por encima. Era como si, al irse extinguiendo la pira, él fuera perdiendo su vitalidad.

—Esto es lo único que me deja dormir… El fuego crepita, susurra y silba… como una criatura hablando para mí.

—Esa es Macha hablando por tu boca. Tienes que luchar contra ella y silenciarla.

—¡No puedo! Estoy dentro de ella y ella está dentro de mí. Cuando enciendo el fuego es como si la llamara para que me mirase. ¡No soporto que me ignore!

Áedán guardó silencio y se cubrió los ojos con las manos, espeluznado. Había escuchado, durante sus años de herrero, a muchos hombres hablar enamorados del fuego… Esto era diferente.

Ciar había entrado en un estado suspenso. Tenía la mirada perdida. Se había rendido a la destrucción.

A Áedán se le erizó la piel por la sospecha funesta… que Ciar había tenido algo que ver en el incendio.

—Tienes que dejar de hacerlo —dijo el herrero—. El pueblo no te perdonara esto. Es demasiado. Tienes que dejarlo o te matarán.

—La estoy perdiendo, Áedán. Me ha estado utilizando y ahora me lo está quitando todo.

Áedán ya no podía sentir lástima. Era demasiado grave. Si no lograba detenerle, él mismo tendría que denunciarle y elegir al *túath* por encima de su amigo.

Ciar naufragaba de dolor y desesperación. Acabaría como esos hombres que vagaban por los bosques, cazando animales con las manos y devorándolos crudos. Pagando por el crimen de estar, simplemente, vivo.

—Sabías que este día llegaría. A todos los reyes les llega. Tú mismo lo estás precipitando con tu angustia, ¿es que no lo ves?

Ciar bajo la cabeza. Áedán tenía razón. Era como un amante desahuciado intentando agarrarse con desesperación a una mujer. Ya no podía atraerla ni conquistarla con su juventud ni su ambición. Ya no era digno de ella.

—Te destruirá… Nos destruirá a todos.

—A mí ya no me queda nada.

¿Cómo insuflarle vida de nuevo? Su nombre era Ciar, Oscuro, pero, ¿cómo vivir en la más absoluta oscuridad?

—Permite que sea yo quien encienda tu fuego. Mantente alejado de él.

—Todavía puedo hacer algo para recuperar su favor. Sé que podemos hacerlo. Solo hay que tomar las riendas, como tú decías —Ciar de pronto pareció nervioso, excitado, febril. Temblaba mientras

su mirada se perdía, buscando respuestas en su interior.

Áedán le miraba con preocupación, sin atreverse a preguntar.

—Brillarán de nuevo la Puerta de la Muerte… y Nacida del Fuego… y también la Ráfaga del Viento Gris…

Entonces Áedán comprendió que Ciar estaba nombrando las armas.

—¿Una nueva batalla?

—¡Y no una cualquiera! ¡Una venganza! Por todo lo que nos hicieron, por lo que nos dejamos a medias en la Llanura del Cisne. ¿No te das cuenta, Áedán? ¡Podríamos extendernos por todo el Oeste! El Picto y su nieto no nos esperan. Atacaremos por sorpresa, como hicimos aquí. ¡Sacaremos de nuevo las trompetas de guerra!

El ánimo de Áedán se desmoronó. Ciar había perdido el juicio por completo. ¿Atacar Iarmumu? ¿En su propio territorio?

—Ciar, esto es una locura…

—¡Shhh! —le detuvo el rey, levantando un dedo— Tú no, Áedán. Tú no. Me seguiste cuando vinimos a la Llanura de las Espadas. Cuando ninguno de los nuestros… —se le quebró la voz pensando en Ciarán— de nuestros padres pensó que lograríamos nada. Siempre me has sido leal. No me digas lo que puedo o no puedo hacer. Tú no.

—Esto es muy diferente, Ciar. Son siete las tribus que forman el Oeste.

—Tú tienes gente allí, ¿verdad? Tu padre y tú mismo fuisteis formados en el Lago Léin. Si conocéis las forjas, entonces lo sabéis todo sobre ellos. Las noticias siempre pasan por ahí…

Áedán tragó saliva. No pensaba que la ambición de Ciar pudiera ser tanta como para pedirle algo así.

La escuela-taller de los herreros estaba en Inis Faithlinn, en el Lago Léin. Era territorio sagrado. Allí nadie pertenecía a ninguna tribu. Además de que estaba llena de ciervos, el tótem de su familia.

Llevar mensajes y vigilar al enemigo era una cosa, pero organizar una traición desde dentro de la escuela…

—Ciar, no me pidas eso. No me pidas que ponga en peligro a los míos por un delirio tuyo.

—Es la única vía posible. La única manera de arreglar las cosas. El pueblo me reconocerá si le llevo de nuevo a la victoria ¿No te das cuenta Áedán? Si conquistamos Iarmumu, todo el Oeste llevará nuestro nombre…

—Llevará solo el tuyo: Ciarraige. Y eso si queda algo de tu gente después de enviarla a la muerte de esa forma.

Ciar estaba agotado. Perdió el fogonazo que le había iluminado un momento.

—Entonces estoy solo. Al final… como todos los reyes…

—¡No! ¡No lo estás! —agarró su brazo con fuerza— Yo siempre estaré a tu lado, pero no puedo permitir que te despeñes… que arrojes

a tu pueblo por ese acantilado…

Los ojos de Áedán brillaban de emoción. Sabía del sufrimiento de Ciar, pero era el momento decisivo. Tenía que sujetar su razón, que amenazaba con salir galopando, desbocada. Aunque nadie pudiera decirle a un rey lo que debía hacer. ¿Cómo podía salvarle?

—Prométeme que irás allí, Áedán. Es lo único que te pido. No hace falta que me apoyes en batalla. Solo ve al Lago Léin y dame noticias. Dime si hay alguna esperanza.

Áedán dudó, triste. Era una promesa absurda, pero "esperanza" era la palabra clave. Ahora que Scél había muerto, Ciar necesitaba una.

—Prométemelo, Áedán, solo eso —insistió.

—Está bien…

¿Qué daño podía hacer un viaje corto al Lago Léin? Oyera lo que oyera, las condiciones que le presentaría a Ciar serían nefastas. Tendría que desistir, por fuerza.

—Me pondré en camino mañana mismo.

La carta había llegado a primera hora de la mañana y Patricio había desenrollado el *vellum* con prisas. Noticias de Britania, al fin.

Finn sujetaba contra su zurrón su propia carta, la que había recibido el día anterior de Ceara, reclamándole: "Mi marido ha muerto. Te espero".

Solo de pensar en ella le latía el corazón más rápido, mientras aguardaba el momento de revelársela a Patricio.

Aquellas nuevas de Britania eran lo que el maestro llevaba tanto tiempo esperando: por fin le enviarían los sólidos para levantar su sede episcopal. Dejaría de vagar. Ya no le necesitaría. Sería libre de marchar con Ceara.

Tenía los ojos clavados en los del maestro, que se movían de un renglón a otro. En cuanto terminase de leer le contaría sus planes.

Y, sin embargo, parecía que su rostro mudo se ensombrecía a medida que terminaba la carta. Su piel palidecía como el mismo pellejo traslúcido del ternero.

—¿Qué es lo que dicen, maestro? ¿Cuándo enviarán el dinero?

Patricio no podía contestar. El *vellum* se le cayó de los dedos y Finn acudió enseguida a recogerlo. Leyó por encima, deprisa.

El discurso era errático y el tono, duro. Sin rastro de saludo. Era una especie de comunicado. Se requería al obispo a comparecer en juicio y a realizar expiación por pecado mortal.

Asesinato, apostasía, fornicación. Tenía que ser una de las tres.

Patricio retrocedió un par de pasos, tambaleándose. Se sentó en una silla y se llevó una mano a la frente. El vértigo le poseía.

La misión en el filo de la navaja. Su trabajo se perdería sin la sede

episcopal. ¿Donde se reunirían los cristianos de la isla? Sus habitantes podían perderse para siempre.

Había sido Valerio. Él había revelado el secreto de confesión de tantos años atrás. Su perdón, falso como una moneda de cobre forrada en láminas de plata.

No había podido soportar su derrota en las elecciones. Él mismo, que le había animado siempre, sugiriendo que debía llegar a obispo… Qué traición tan amarga.

Ahora el viejo secreto había salido a la luz. El fantasma de Claudia había vuelto para atormentarle con aquel escándalo mayúsculo. Un día, una hora tan solo de su vida adolescente. De tenerla en sus brazos, ya casada. Y ahora tendría que pagarlo hasta el final.

Finn empujó hacia abajo su propia carta con el nombre de Ceara, enterrándola en lo más profundo del zurrón.

Patricio escribió frenético durante toda la noche, hasta que no pudo sentir los dedos y le costó mantener la pluma derecha. Hasta que el negro de la tinta manchó por completo sus dedos. Tenía las falanges crispadas por la injusticia.

Quiso recordarlo todo, no dejar nada de su biografía sin contar. Tendría que conmover a todo el que leyera la carta: con su brutal pasado, haciéndole sentir los golpes, la humillación, el frío glacial de cuando fue arrancado de su cama en plena noche, la oscuridad del mar mientras le llevaban a una isla ajena y desconocida.

Sabía que sus dotes de orador eran limitadas. Bien se habían encargado los piratas de frustrar su formación. Solo la humildad puede salvar al hombre. Decidió empezar por el principio:

“Mi nombre es Patricio. Soy pecador, un simple hombre de campo, y el menos importante de todos los creyentes. Soy despreciado por muchos.

Mi padre era Calpurnio. Él era diácono; su padre era Potito, sacerdote, que vivía en Banna Venta Berniae. Su hogar estaba cerca y allí es donde me hicieron prisionero. Tenía unos dieciséis años por entonces. En aquella época, yo no conocía al verdadero Dios. Fui llevado a Irlanda en cautividad, junto con otros miles. Nos merecíamos esto porque nos habíamos apartado de Dios e ignorado sus mandamientos. No escuchamos a nuestros sacerdotes, que nos aconsejaban sobre la Salvación. El Señor descargó su ira sobre nosotros y nos dispersó entre muchas naciones, incluso hasta los confines de la tierra”.

Debía luchar con las palabras, tenía que vencer. Él era Patricio, el que sobrevivió. El que soportó seis años de purga y salió victorioso. El que había renunciado a su casa y a su padre, hasta el punto de dejarle

morir en soledad, y también a una cómoda carrera desde el lujo de su villa. ¿Cómo podían hacerle esto, malnacidos? ¿Aquellos obispos hipócritas, que se quedaban en Britania, en sus tronos, mirando como el mundo se descomponía? Las manos se le crispaban de furia.

Y Valerio, el traidor… "ruego a Dios no se lo tenga en cuenta", escribió sobre él. Quebrantar un secreto de confesión como aquel por pura envidia… "Si me tocan a mí es como si tocaran la pupila del Señor".

Volcó en aquella defensa la historia de su vida, las explicaciones, los sacrificios, los padecimientos… necesitaba que se entendiera su propósito. No quería sentirse tan rechazado y solo. Todo lo que había hecho había tenido un sentido, uno importante, que ni era comprendido ni apreciado.

Cuando terminó apartó los pliegos, los enrolló con una cinta de cuero, se recostó sobre la mesa y se quedó dormido.

Finn se acercó a la mesa del maestro y tomó en sus manos los pliegues que había escrito. Patricio era un hombre sabio pero, como todos los grandes líderes, tenía un lado vehemente que en horas bajas podía poseerle. Su documento de defensa frente al tribunal no podía tener fisuras. No podía despacharse y cargar las tintas contra sus superiores.

Se llevó los cueros a otra de las chozas para examinarlos con calma. Desanudó con cuidado la cinta y desplegó el alegato. Con cuidado repasó el documento, línea por línea, pasando el índice por encima de la tinta.

Patricio comenzaba con un ejercicio de humildad, tachándose de pecador, inculto e insignificante para después ensalzar a Dios, su generosidad y protección, dándole las gracias por un calvario que pasaba luego a relatar. Hacía una descripción de su odisea, del sentido que tenían todas las partes de su vida en el plan del Altísimo. Se presentaba como imprescindible en la misión, como "pupila de Dios" y ejecutor de su voluntad.

Todo eran, sin embargo, reflexiones. Patricio no había conseguido aún nada tangible en la isla. La idea de fundar una Iglesia, de constrirla, pretendía exactamente eso.

La acusación era demasiado grave. Adulterio, profanación del sacramento matrimonial. Finn se había quedado atónito al leerlo, sobre todo después de que el maestro le cortara las alas una y otra vez con Ceara. Advirtiéndole, sin duda, para evitar que Dios le castigara como le había castigado a él.

Encontró el hueco que buscaba en uno de los cambios de página, allá donde se narraba el final de su fuga, después de seis años de

cautiverio. El joven Patricio había encontrado la embarcación prometida por Dios y había navegado con los marinos. Y después pasaba directamente al reencuentro con sus parientes. Ahí es donde podía introducir algo más grande, que le destacara como elegido de Dios. No solo porque él se lo dijera a sí mismo… sino con el respaldo de milagros.

Solo así podría ser santo. Con algo que, sin la intervención directa de Dios, sería inexplicable.

Estructuró el relato de forma simbólica, en un período de cuarenta días, como una travesía en el desierto. Dos días, veintiocho días, diez días… en total sumaban los cuarenta necesarios. Introdujo el peregrinaje, el hambre, la desesperación… Patricio y los piratas llegados a una Britania sin víveres, perdidos, a merced del hambre y de la muerte. El ataque de Satán paralizando sus miembros y su lucha contra el demonio. La aparición de Elías en el carro de fuego. El milagro: la llegada de unos cerdos providenciales y de la miel salvaje y pagana, que él se había negado a probar, como testimonio de su fe.

El pasaje quedaba algo metido con calzador, distinto en estilo al resto de la carta. Con saltos temporales y apuntes… con símbolos muy alejados de la vida cotidiana narrada por el maestro. Poco importaba. ¿Quién iba a preguntarse si aquello lo había escrito otra persona? El milagro estaba ahí. Ese detalle brillante que abriría las bocas de quienes oyeran su historia. Tendría el componente de espectáculo que le faltaba. Patricio, ahora sí, sería tomado por un hombre santo. Un hombre con poder.

El *vellum* era fino y traslúcido, suficiente para calcar la caligrafía del maestro. Finn se aplicó a ello en un trabajo minucioso que le llevó la noche entera. Insertó el pliego entre los demás, lo enrolló, le ató la cuerda y lo dejó con sigilo.

Sobre la mesa del que, a partir de entonces, sería san Patricio.

27

Conspiradores

Ciar, ansioso por recabar apoyos para la inminente conquista de Iarmumu, cabalgó hacia el sur, a la región de las Montañas de los Juncos, para hablar con Creidne. El apoyo del fían era imprescindible en sus planes.

La encontró de pie junto a su silla de reina. Aún no se había puesto su larga capa de plumas de cuervo y el muñón de su brazo izquierdo llamaba la atención.

La *rígfénnid* le miró con los ojos muy abiertos. Ciar llegaba con la respiración agitada, como si viviera una alucinación.

—¿Mandaste tú a asesinar a Úasal? —le preguntó nada más verle.

Ciar respondió a su mirada inquisidora con el gesto de sacar la espada, pero Creidne no tenía ningún arma a mano. ¿Qué pretendía? Miró las lanzas que colgaban de la pared. El muchacho, sin embargo, arrojó el acero a sus pies.

—Quítate la ropa y ven aquí.

Creidne recuperó la respiración. Ciar le fascinaba, no solo por su físico, sino también por su fiereza y su ambición. Su punto de locura era necesario. Para tomar el poder había que transgredir lo social. Y para transgredir no se podía estar muy cuerdo.

Seguía deseándole. Desde que ganara su torques de guerrero nunca le había negado un encuentro. Aún así, le debía una explicación.

—¿Cómo te has atrevido a quitarme mi venganza?

—No podía dejar a mi hijo en manos de una bruja.

A Ciar le temblaban los labios al hablar de Scél. El dolor era tan intenso…

—Cálmate, Ciar. Estás sufriendo una tortura, lo sé. Pero me has traicionado y has despreciado mi autoridad…

—Entonces ya nada importa.

Se acercó y ella pudo percibir toda su tensión. Cuando se puso sobre ella se hizo evidente que solo había venido a desahogarse.

—Para, Ciar… ya basta.

Él le tapó la boca con la mano.

—Esta vez no. Yo diré cuando basta. Siempre decías que debía ganármelo, ¿no? Pues ahora soy el rey, el conquistador. Soy todo lo que querías que fuera. ¡Si estoy loco es por tu culpa!

Eran las palabras que tenía enterradas en lo más profundo, aunque en realidad eran para Áine.

Creidne le apartó la mano de un tirón.

—¡No digas estupideces! Yo solo te guié. Te enseñé cómo conseguirlo. ¡Tu desgracia te la has hecho tú solo!

—Si esto era lo que yo quería, si este era mi deseo… ¿Por qué, por todos los dioses, no estoy satisfecho? ¿Por qué nunca puedo descansar?

—¡Tú nunca estarás satisfecho, Ciar! ¡Los verdaderos reyes nunca lo están! Para ellos todo es sexo, sangre y poder…

Los tres rostros de la diosa, en todo su esplendor. Ciar había abrazado su destino con la devoción y fe de un mártir pagano.

—¿Es que existe algo más? —preguntó, sin fuerzas.

—Nunca pensé que te volverías contra mí.

—Yo no estoy contra ti. Solo quiero ser tu dueño. Como del resto del mundo.

—Te ordeno que te quites.

—Ya no eres mi maestra. No tienes nada que enseñarme. Yo soy tu dueño y me darás un hijo.

Aquel siempre había sido el límite, el que marcaba la autoridad. “Te desuncirás siempre antes del final”. Hasta entonces siempre lo había respetado.

—Nada de hijos. Lo tienes prohibido.

—Este será distinto. Será un hombre fiero, para defender a una tribu joven —Ciar se dejó llevar por su propio delirio. Intentando por todos los medios no evocar en su mente el rostro amado de Scél—. Este lo desearás, no como a los otros tres que te hizo tu padre…

Creidne le abofeteó.

—¿Cómo te atreves? ¡Quítate de encima!

En ese momento Ciar sintió como una mano fuerte le arrastraba y le golpeaba contra el suelo, como si quisiera enterrarle en él. Desde la tierra miró atónito a Bressal, el guardián de Creidne, un instante antes de que le girara el rostro de un puñetazo abrumador.

—¡Desagradecido!

Ciar estaba desorientado por el golpe. Cuando consiguió enfocar recibió otro puñetazo.

Era Bressal, el Toro. Ciar estaba seguro de que aquel hombre podía matarle a golpes. Sus dedos tentaron el suelo en busca de la espada. Solo la había dejado caer. No podía estar tan lejos.

Bressal levantó el brazo dispuesto a darle un tercer golpe. Le quitaría al muchacho las ganas de volver por el *fían*. No había podido defender a Creidne en su juventud, pero se había jurado que en su madurez siempre la protegería y que nadie más la tendría contra su voluntad.

Sin embargo, cuando su brazo cayó fue detenido por la mano izquierda de Ciar, mientras que la derecha se cerraba en la empuñadura de la espada. De un rápido movimiento, se la clavó entre las costillas.

Los ojos de Bressal se aguaron de sorpresa y aflicción ante el terrible golpe, mientras Creidne miraba, muda de espanto. El voluminoso guardián se giró para contemplar la herida y luego, muy despacio, volvió a mirar a Ciar, como si no pudiera creerlo.

El joven rey estaba temblando, sin entender lo que había hecho. Deseando con todas sus fuerzas que el tiempo se parase.

Bressal se llenó de lástima al mirar el rostro magullado y sangrante del que había sido su discípulo. Ahora estaba marcado por la desgracia, consumido por un destino trágico.

Su mano temblorosa apartó el flequillo de la frente de Ciar. Ahora se parecía más al adolescente ilusionado que había llegado a la banda con lo puesto.

Sus ojos se cerraron y el gigante reposó, aún arrodillado. Quieto y sin vida.

El grito de Creidne fue estremecedor, semejante al de una *bean síde* tumularia. Abrazó el cuerpo de Bressal, que no acababa de caer. Sus alaridos nacían de lo más profundo de su cuerpo. En aquellos momentos, Ciar comprendió que el fiel Toro, el hombre que siempre la había respetado, había sido su auténtico amor.

—¿Qué has hecho? —le increpó ella, furiosa— ¿Qué has hecho? ¡Maldito seas!

Ciar se puso en pie, vacilante. Miró su espada prestada, llena de sangre, y las náuseas le poseyeron. Abandonó el arma en el suelo, se ató los pantalones y huyó.

—¡Capturadle! ¡No dejéis que escape!

Los hombres del *fían* se habían reunido en la puerta principal de la choza, atraídos por los gritos de su reina, y se lanzaron todos como una marea contra Ciar. Él se precipitó hacia la puerta posterior y luego saltó para sujetarse a la empalizada, arañándose las manos con las astillas y las puntas de las estacas, colocando como podía los pies para treparla. Saltó, buscó a Lanza con la mirada y corrió hasta subirse en su lomo para salir de allí al galope. Sorteó al primero de los jóvenes guerreros que trataban de cortarle el paso, fintando con el caballo a izquierda y a derecha. Un segundo atacante saltó sobre el flanco del animal y él tuvo que apartarle de una patada. Estaba

desarmado y sabía que cualquier fallo podía ser fatal. Se agachó para evitar la lanza del último guardián, junto a los cercados exteriores, antes de salir a campo abierto.

Galopó al límite de sus fuerzas, hasta alcanzar la Llanura de las Espadas. Se refugió en la choza extramuros y se echó en el suelo de juncos.

Dio rienda suelta a un llanto inconsolable.

Irél contempló su propio reflejo, distorsionado y algo apagado, en las aguas cenagosas.

Aquellos años no habían sido fáciles. Desde que Ciar le nombrara su druida mayor debía demostrar todos los días que podía con ello, a pesar de no haber terminado sus estudios.

La cita venía tallada en un palo de *ogam*. En aquella ciénaga fronteriza, cuando el sol estuviera en lo más alto. La enviaba el druida más anciano, el que había sido el *ollam* del reinado anterior.

—Te estábamos esperando.

Se dio la vuelta y encontró al anciano frente a él. Con su vara de cascabeles dorados en la mano.

—Deberías alejarte del borde —dijo, señalando las aguas—. Es peligroso.

Irél avanzó unos pocos pasos, algo confuso. El druida había hablado en plural, "estábamos", pero allí solo estaban ellos dos.

—Aunque tú no le temes a nada, ¿no es cierto? —continuó el anciano— Porque hay que tener mucho valor para convertirse en consejero y protector de un rey con la edad que tienes.

—El rey tiene que tomar esa decisión. Y estar satisfecho con ella —se defendió Irél.

—¿Y tú crees que Ciar está satisfecho? ¿Con lo que está pasando?

Un escalofrío recorrió la espalda del joven. ¿Se habría cansado ya de su servicio? ¿Es que le culpaba de sus desgracias? En realidad poco había podido aconsejar a Ciar. Solo escuchaba su propio deseo.

Entonces empezó a verlos. Salían de detrás de los árboles y de los arbustos, con sus túnicas blancas, que poco a poco iban poblando el paisaje de manchas luminosas. En lugar de sus varas llevaban cuchillos.

Se dio la vuelta, asustado, pero también se habían colocado junto al borde de la ciénaga, cortándole la retirada. Estaba rodeado.

—¿Es él quien os envía?

El druida anciano negó con la cabeza.

—Él ya no toma ninguna decisión. La Soberanía le ha abandonado.

Un cambio de regente. Eso es lo que estaban anunciando. Traidores.

—Pronto celebraremos la nueva inauguración —dijo el *ollam*,

acercándose. El resto de druidas le seguían. El cerco era cada vez más cerrado—. Ya sabes lo que eso significa, ¿verdad?

Por supuesto que lo sabía, de primera mano y al detalle. Él mismo había dirigido la tortura y el sacrificio ritual de Marcán, el anterior rey, que había sido la víctima escogida. Había cortado sus pezones, haciéndole así inservible para el mando. Y había rajado sus brazos a lo largo para vaciarlos de músculos e introducir lascas de sauce.

Un rey debía sacrificarse por su pueblo, tenía que morir por él. Como tal cosa no era posible se escogía a quien sufriera la agonía en su lugar.

Ahora la víctima era él.

Intentó correr hacia el agua, pero dos de los druidas más fuertes le sujetaron.

El *ollam* desenfundó su cuchillo.

No tenían prisa.

—Macha le ha destruido. Yo se lo entregué a la diosa, en la noche de su inauguración, y yo se lo arrebataré. Tienes que ayudarme, Grian. Esto tenemos que hacerlo entre las dos.

Áine daba vueltas por la gran choza de reunión, buscando cómo darle la forma definitiva a sus acciones. Estaba decidida. Grian se frotaba las manos nerviosa, durante aquella reunión secreta.

—Debes ocuparte de Conmáel —continuó Áine—. Es el único que puede interponerse.

—¿Y qué podría hacer yo contra un guerrero de su valía?

—No seas necia. No es ningún secreto que ese hombre te daría su cabeza. Seducirle será un juego de niños.

—Conmáel no cede ante ninguna mujer.

—Ante ti lo hará.

—Pero…

—He entregado a Irél a los druidas —replicó Áine, agresiva. Estaba perdiendo la paciencia—. Tu perro es un buen guerrero, pero no podrá hacer nada si le tiendo una emboscada…

—¡No! ¡Conmáel es un hombre valioso para la tribu! ¡Déjale vivir!

—¡Entonces hazte cargo! No puedo tener a alguien como él dando vueltas por la colina mientras tiene lugar el *glam dícenn*.

Grian se estremeció ante la sátira definitiva. Era la peor de las maldiciones. Capaz de destruir a un rey.

—Haré como dices. Pero Ciar es nuestro esposo, Áine. En nuestro caso la traición es doble…

—Debemos salvar al pueblo. Es nuestro, tuyo y mío. ¿Has visto las cosas que hace? Desatiende sus labores reales, no respeta a la mujer de nadie, mira lo que pasó en el bosque… Está incapacitado.

—Desde que murió el niño ha dejado de ser el mismo.

—Dicen que la pira estuvo a punto de provocar otro incendio. Que el fuego le ha vuelto loco. ¿Cuánto tiempo pasará antes de que ardan las casas?

"La pira de Scél", pensó Grian. Áine evitaba mencionar su nombre a toda costa.

—¿Es que no hay otra manera?

—Se podría enviar a un asesino a su cabaña, de noche. ¿Es eso lo que quieres?

—¡No! Tienes que darle una oportunidad.

—Mientras sea rey, es intocable.

—Prométeme que compartiremos la Soberanía.

Áine se sintió orgullosa. La había convencido, al fin.

—Prométeme que será nuestra y de nuestros hijos —insistió Grian. Seguía desconfiando de cerrar acuerdos con aquella mujer terrible. Temía que la mandara asesinar también a ella para quedarse como única regente.

—Te lo juro por el voto que jura mi pueblo.

—Entonces te ayudaré a quitarle la regencia. Pero deja a Conmáel. Deja que yo me encargue.

Grian dejó la casa y Áine se apoyó sobre el poste central de la casa de reunión, como si así pudiera tomar fuerzas para lo que le esperaba.

Bajo las yemas de los dedos sintió las marcas que Ciar le había hecho. De arriba abajo, a lo largo de una línea vertical, se alineaban sus letras *ogam*: "Perteneciente a Áine, hija de Diarmait".

En realidad el *túath* siempre había sido suyo. Ahora solo tenía que hacerlo oficial.

Ciar ya no estaba en la granja real, pero Conmáel continuaba fiel en su puesto, guardando la propiedad. Estaba dormido, recuperando el sueño que las guardias le robaban.

Grian se acostó sobre las pieles, frente a él, dispuesta a hacer todo lo que Áine había pedido. Le mantendría a salvo, entre sus brazos, entre sus piernas, mientras el ritual tuviera lugar. En aquel momento era vulnerable. Se abrazó a él.

No sabía nada de aquel hombre. Nada de su historia. Quizás nunca sabría lo que él pensaba realmente. ¿Qué misterios había en su cabeza?

Conmáel se inquietó y abrió los ojos, grises, felinos. La observó serio y callado unos instantes. Podía sentir la tibieza que irradiaba su piel.

Escuchaba de nuevo aquel latido en su cabeza, acelerado, ensordecedor. Algo que se filtraba por lugares de su cuerpo donde no

debería estar, anulando su juramento más profundo, el que tenía consigo mismo y con su madre. La piedra básica de su identidad.

—Ciar se puede volver contra ti… —susurró él, acosado por los fantasmas de su historia familiar— Los celos de un hombre son la fuerza más destructiva que hay.

—¿Y qué hay de tus celos, Conmáel? ¿No eres un hombre tú también?

—A mí no me perteneces. Él es tu dueño y no yo.

—¿Has estado alguna vez con una mujer que no sea esclava? ¿Es por algún tabú?

Hasta entonces no había pensado en ello. Que él pudiera estar bajo *geis*.

Conmáel negó con la cabeza.

¿Entonces por qué, en todo aquel tiempo, no había buscado esposa? ¿Por miedo a que le traicionaran? ¿Porque su juramento a Ciar le obligaba a estar apostado en su puerta, como un perro, día y noche? ¿O había sido por ella misma, porque si no podía tenerla no quería a ninguna?

—Maldigo el día en que me entregaste a Ciar.

—Ha sido lo más difícil que he hecho nunca. Yo estuve allí el día en tu padre te prometió. Solo tenías once años.

Conmáel entrelazó los dedos de su mano con los de ella y se la besó.

Ella acarició sus cabellos de resina rojiza. Se besaron en los labios.

Les separó el ruido de una bolsa arrojada a sus pies.

Grian se incorporó solo para ver la espalda de su hermano Áedán, cruzando la empalizada.

No había podido marcharse al Lago Léin. Se había detenido en la frontera, ante el mayúsculo absurdo de todo aquello. No podía abandonar el *túath* con Ciar en aquel estado.

Tenía que hablar con las reinas y contar con su ayuda para que entrara en razón. Estaba seguro de que entre todos podían recuperarle, curar las profundas heridas que se le habían abierto en la cabeza.

Su decepción había sido mayúscula al llegar a la granja real y encontrar a su propia hermana enredada en las pieles con el perro de presa. Había lanzado al suelo el petate de viaje, de pura rabia. ¿Es que todo a su alrededor era una infamia? ¿Es que nadie tenía el más mínimo sentido del honor?

Áine solo podía estar en la gran choza de reunión. Hacia allí dirigió sus pasos, consciente de que Grian y Conmáel, sin duda avergonzados, le pisaban los talones.

Al abrir la puerta le sorprendió encontrar reunidos a todos los poetas. Áine estaba vestida de blanco, con numerosos collares de oro y

pintura de cal en el rostro y los brazos. Su rubia melena estaba endurecida en las raíces, elevando su pelo hacia atrás, dándole un aspecto temible. En la mano llevaba una figura de arcilla con forma de hombre.

—¿Qué estáis haciendo aquí todos? El rey no ha convocado ninguna asamblea…

La reina miró con desprecio a Grian cuando vio que ella y Conmáel entraban por la puerta. Algo tan sencillo y no había sido capaz. Al final el perro se le había escapado, pero no importaba. Tenía al menos a diez guerreros a su espalda.

Se adelantó hacia Áedán y le habló con voz helada.

—Tenemos que hacer algo con él…

—¿Qué quieres decir con eso, Áine? Lo que Ciar necesita es nuestra lealtad. Han muerto su hermana y también su hijo. ¿Cómo puedes ser tan cruel?

—También era mi hijo —dijo con amargura.

—Y nunca le quisiste como él.

—¿Cómo te atreves? ¿Qué sabrás tú de lo que yo siento? ¡Tú no sabes nada! ¿Me oyes? —por un momento pareció perder los nervios. Su rostro se transformó en la viva imagen del dolor. Pero tragó saliva porque no podía permitirse aquello. Respiró y la calma volvió a adueñarse de su voz—. Por cada instante de dolor que él tuvo yo tuve siete. Un día interminable estuve de parto. Un día con su noche. Por supuesto que le amaba. Era mi hijo.

—Entonces tú, mejor que nadie, deberías saber lo que sufre.

—¡Un rey no puede romperse así! La tierra no le desea ya. Hace falta un sustituto…

—¿Y quién será ese sustituto? ¿Tú? En verdad eres Échtach, la potente, pues tú decides quién puede reinar y quién no. A mí no me engañaste, Áine. Eres como la diosa tierra. ¡Ingrata! ¡E infiel!

Ciar no era culpable de su locura. Había vivido intensamente, el máximo que se permitía a los hombres. Sus llamas solo eran por el roce de su galope contra la vida.

—¡Vosotros no le entendéis! —siguió Áedán, dirigiéndose a los reunidos—. ¡No sabéis lo que ella le está haciendo! Ciar se está sacrificando por nosotros, por todos. Él lo daría todo por la tribu. Desea que sea fuerte y poderosa… Hablo con él a diario y te aseguro…

—¡No has conseguido nada! —le cortó ella—. Las palabras no bastan. Es hora de actuar.

La reina miró directamente a Conmáel, desafiándole. Áedán advirtió aquella mirada y se dirigió a él.

—Tú no puedes estar de acuerdo con esto… Esto es traición.

Pero Conmáel permanecía serio y callado.

—¡Maldita sea, di algo! —insistió el herrero—. Dile que el rey es

intocable y que estás bajo juramento y que le guardarás el costado aunque te cueste la vida.

—El rey ha perdido la razón, Áedán. O la esperanza, no lo sé. En cualquier caso es lo mismo. Su cabeza se ha vaciado. No estoy obligado a respetar mi juramento ante un fantasma.

Áedán dio un paso atrás, espantado. La conspiración contra Ciar era una realidad. La habían tejido entre todos los que debían respetarle y amarle.

—Haces esto para quedarte con mi hermana, ¿verdad?

—¡Áedán, no seas injusto! —protestó la muchacha.

—¡A mí no me hables de justicia! ¡Ciar es tu esposo y tu rey! ¡Qué bien os ha venido a los dos!

—Por respeto a tu dolor ignoraré esas palabras —advirtió Conmáel —. El rey está loco. No dejes que esa locura te arrastre a ti también.

Era evidente, pese a que contenía el tono, que bullía de cólera. Al herrero le recordó a un perro enseñando los dientes.

—No te preocupes, que me voy a advertirle de lo que estáis haciendo. Volverá y entonces… a ver si tenéis coraje. Esto no va a quedar así —dijo, antes de salir por la puerta.

—¿Puedo contar contigo entonces? —Preguntó Áine a Conmáel.

—No impediré tu actos. Pero si Ciar se presenta no me usarás contra él.

—Suficiente —se dirigió entonces a los poetas—. ¡Deprisa, a la montaña!

—¿De verdad crees que vendrá? —susurró Grian, preocupada.

—No vendrá —respondió Áine—. Ya está muerto.

—Tu hermano tiene razón, Grian. Somos traidores.

—¿Cómo puedes acusarte así? Con lo que tú y yo hemos sufrido por lealtad.

Conmáel, de regreso a la granja real, se sentó en el suelo, contra el mimbre de la pared. Allí es donde debía purgar su traición, mientras el ritual tenía lugar afuera, donde él no pudiera verlo. Grian se arrodilló a su lado.

—Tengo que ver cada día a los niños de las esclavas sabiendo que son tus hijos y que nunca serán míos —siguió ella, dolida—. ¿Crees que eso es justo? Puede que tú no lo desees, pero yo sí. Secretamente he deseado que Ciar se marchara e incluso que muriera. He deseado ser libre para poder estar contigo. Odio saber que unas esclavas pueden tener cada noche lo que yo, siendo reina, nunca podré tener.

—Calla, Grian.

—¿Cuántas veces no le he besado, imaginando que eran tus labios? ¿Cuántas veces no le he abrazado pensando que era tu cuerpo?

—¡Cállate!

Le cubrió los labios con la mano, pero Grian se la arrancó. De nuevo el latido ensordecedor.

—¿Cuántas veces no le he tenido dentro de mí y he deseado que fuera tu carne y tu semilla?

Él apretó su boca contra la de ella para sellarla, con una fiebre en la que ardían por igual los celos y el deseo, la certeza de una traición completa, el fracaso de todas sus promesas.

Áine miró el cielo nublado, que cada vez se cerraba más sobre la montaña, amenazando tormenta. Si no la habían detenido ni Irél ni Conmáel, mucho menos cedería ante ella.

La pintura de cal la hacía temible y los bordes negros resaltaban sus ojos claros. Los hombres la miraban con miedo, como si ya fuera su única reina. O incluso algo más. Reina seguía siendo Grian, a la que veían como a una frágil muchacha, todo vientre y pecho y trenzas. Pero Áine parecía un ser divino, capaz de sacar las aguas de su curso. El fuego la obedecía, todos lo habían visto en el bosque.

Empuñó la espada del rey, que todavía conservaba. Echrí poderosa. Al final Ciar y ella habían acabado frente a frente. Ni toda la pasión del mundo había podido con la herencia envenenada de sus padres.

Subió en una yegua blanca, cuya grupa quedó cubierta por su manto. Se puso en marcha, encabezando la procesión hasta la cima.

Detrás de ella se alineó un ejército de poetas que iban entonando maldiciones y canciones de muerte por igual.

Áedán encontró a Ciar a pocos metros de la choza extramuros, sentado contra un árbol, mirando las aguas cambiantes del Fial.

—Ha habido una asamblea. He venido a avisarte tan pronto como he podido.

Ciar sabía lo que significaba que una reunión se convocara sin él, pero no reaccionó.

—Debes volver al *túath* inmediatamente —le apremió el herrero. Todo aquello podía incluso tener un lado bueno. Era el revulsivo que necesitaba para levantarse. Un enemigo real.

Ciar, sin embargo, hizo como si no le hubiera oído. Áedán, exasperado, se puso ante él.

—¿Es que no me has oído? ¡Se te acaba el tiempo! ¡Áine ha reunido a un ejército de satiristas! ¡Va hacia la Colina de las Espadas!

Ciar apretó los dientes, pero no dijo nada. Su mirada se perdía más allá del herrero, como si le atravesara.

—¡Maldita sea! —insistió el muchacho rubio, agarrándole la túnica — ¿Por qué no haces nada? Tus hombres son leales, pero no queda

nadie para dirigirles. ¿Vas a dejar que…?

—¡Basta ya, Áedán! ¡Estoy harto! ¡Harto de luchar! ¡Quiero descabalgar de una vez! —se restregó los ojos con los dedos— Estoy cansado.

El herrero retrocedió un paso y su rostro se llenó de amargura. Bajó la vista. Estaba triste, pero también furioso. Maldijo en secreto a Áine, que tenía la culpa de todo. Ella había destruido a aquel hombre hasta reducirle a polvo con forma de hombre.

—No te dejes vencer así. Esto no es justo…

—Que sea lo que tenga que ser.

Áedán se sentó junto a él, mirando también al Fial.

—Irél ha muerto a manos de los sabios. Ya no podrá protegerte.

Ciar se lamentó por haber puesto al joven druida en esa situación. Le habían asesinado por envidia. Su casta no se lo había perdonado.

—Y Conmáel tampoco lo hará. Su traición es más profunda. Como una herida por hierro. Le descubrí con mi hermana, en tu propia casa. Como si ya estuvieras muerto.

Ciar bajó la vista y comprendió entonces por qué Grian se quedaba tantas veces apoyada en las jambas de la puerta, observando de madrugada. No era para ver la salida del sol. Y, sin embargo, estaba seguro de que ambos le habían sido fieles. De que le habían servido con entrega, cada uno desde su posición, aunque él se hubiera interpuesto entre ellos, sin saberlo.

—Eso es algo que también debía remediarse. Ahora todo está como debe ser.

Áedán suspiró.

—Me quedaré contigo hasta que todo haya pasado. Si eso es lo que quieres, te acompañaré hasta el final.

28

La sátira definitiva

Patricio coronó la cima de Emain Macha. Después de tanto tiempo, al fin alcanzaba la antigua capital de los reinos del norte.

Para Finn el lugar estaba lleno de fantasmas. Los Mellizos de Macha era donde la diosa había muerto, dando a luz. Donde sus tres leyendas se unían y mostraban sus rostros de fertilidad, guerra y poder. Como madre, reina guerrera y sabia de una raza superior. Eran infinitas las veces que su padre, Ciarán, le había hablado del lugar.

Patricio se había cansado de esperar un dinero que no llegaba y había decidido acudir al encuentro del paisaje. Después de que le acusaran y de la encendida defensa que había hecho en su confesión, solo deseaba dejarlo todo atrás y comenzar por fin su obra.

Junto a su documento de expiación había incluido una última carta a sus superiores, informándoles de que llevaría a cabo aquel deber, con ayuda o sin ella.

—Me llamo Patricio, obispo de los cristianos. Vengo del otro lado del mar con mi familia— anunció cuando llegaron a la tribu de los Airgialla.

—Lo sabemos. Os estábamos esperando.

Patricio se extrañó. No había enviado a ningún mensajero.

—¿Cómo es eso posible?

—Alguien llegó antes que vosotros. Un hombre del otro lado del mar. Dijo que tenía que ver a Patricio a solas.

El cielo se estaba nublando cada vez más y algunas gotas comenzaron a caer.

—Id a refugiaros —pidió al resto de los clérigos—. Y tú, llévame a donde está ese viajero.

Cuando cruzó el umbral de la choza vio que el desconocido estaba encorvado, tapado con un gran manto con capucha. Apenas iluminado por antorchas. Cerró la puerta tras de sí.

Se hizo un silencio prolongado. Había algo en aquel hombre que le

inspiraba temor. Cuando el desconocido se dio cuenta de su presencia, se irguió un poco y se retiró la capucha.

Patricio sintió un escalofrío cuando reconoció sus rasgos. El horror le dejó paralizado.

—Hola, Succat.

Conmáel y Grian tomaron al fin, entre las pieles de la cama real, todo lo que hasta entonces se les había prohibido.

Grian besó los cabellos rojos, con vocación de llamarada, hundiéndose en ellos como una piromante. El nacimiento del pelo de Conmáel era el lugar donde deseaba morir, aunque fuera solo un poco.

Recorrió el cuerpo cicatrizado del joven en busca del vello rojizo. Le fascinaba cómo cambiaba de color, brillando como el cobre cuando estaba húmedo.

Le lamió el vello suave y casi invisible de los antebrazos y el dorso de las manos. Pasó la lengua sobre su cuello y su barba pelirroja de pocos días, separándose para observar el efecto de la luz. Le levantó los brazos para contemplar sus axilas y las acarició con devoción. Pasó la lengua por el centro de su pecho, por las ingles y por la cintura. Y después por los genitales hasta que él sollozó de deseo.

El perro al fin había encontrado a la cierva, su presa exquisita. A dentelladas suaves Conmáel recorrió su bajo vientre, buscando el territorio del hijo en su interior. Nunca hasta entonces había deseado tierra propia.

Cuando ella le recibió se sintió curado y los juramentos se convirtieron en palabras vanas. Llegaron juntos a aquel lugar en las profundidades del mundo. Temblando y sudando de pasión y de éxtasis.

Una tribu no podía quedar sin heredero. En lo alto de la Colina de las Espadas, la Soberanía estaba a punto de romper sus cadenas con Ciar y tendría necesariamente que acudir a aquella choza, a atarlas de nuevo en el vientre de Grian.

Áine se erguía en la cima, desafiante, con los brazos bien abiertos. Como invitando a la diosa a que lanzara su poder contra ella.

El viento era cada vez más fuerte y tiraba de sus ropas y de sus cabellos. A su lado, el recitado de los poetas no cesaba.

—¡Devuélveme a Ciar! ¡Era mío y yo te lo di! ¡Mira lo que has hecho de él!

Un trueno rugió como si llevara con él la furia de un ser invencible. Una voz grave de protesta.

—¡Fue hombre antes que rey! ¡Lo que se hizo puede deshacerse!

Entonces la tormenta se desató. Las nubes negras centelleaban debido a los rayos, los truenos eran ensordecedores. Entre los cambiantes dibujos de los nubarrones parecía adivinarse el rostro más espeluznante de Macha, su máscara de muerte.

Una ráfaga de aire lanzó a la reina al suelo, de rodillas, y la obligó a abrazarse a la piedra erguida de la cumbre, junto al acantilado.

—Mi reina, hay que interrumpir el ritual… Es demasiado peligroso —advirtió uno de los poetas mayores.

—No… No de rodillas —murmuró ella, como si hablara a la diosa directamente—. No me arrodillé ante mi hijo y tampoco ante Ciar. Mucho menos ante ti.

Se puso en pie de nuevo, luchando contra el viento.

—¡Yo soy descendiente de la reina Medb y reclamo la Soberanía! —gritó, dándole cuerpo a su propia leyenda.

Era el único modo de enfrentar el desafío. El vendaval quebraba ramas, doblaba árboles, amenazaba con despeñar a los poetas que, cuerpo a tierra, permanecían callados.

—¡Seguid recitando! ¡No paréis! ¡Seguid con los versos bajo pena de muerte!

En la choza de las afueras del *túath*, Áedán puso la mano sobre la frente de Ciar, que yacía en cama, arropado por las pieles. Temblaba de fiebre. Bajo sus párpados cerrados no podía imaginar qué clase de imágenes se estarían formando. Su respiración agitada daba cuenta del combate atroz que varias fuerzas libraban por su cuerpo, donde el hombre y el rey luchaban por sobrevivir.

El poeta mayor se adelantó y recitó un encantamiento mortal, destinado a extinguir su lado regente:

Maile, baire, gaire, Ciar
Cot-mbéotar celtrai catha Ciar
Ciar di-bá, Ciar di-rá—Ciar!
Fo ró, fo mara, fo chara Ciar!

Mal, muerte, corta vida a Ciar,
Lanzas de batalla habrán matado a Ciar,
Que Ciar muera, que Ciar se vaya—Ciar!
Ciar bajo la tierra, bajo los cerros, bajo las piedras.

La reina tomó entre sus manos la figura de arcilla que había traído. Ella misma ejecutaría la última parte del ritual.

Aquella masa de barro representaba al propio rey. La miró un momento e imaginó sus amados miembros, recordó cómo era de joven, a los diecisiete, cuando le había conocido lleno de ambición, no triturado por los años de regencia.

Tomó las agujas de espino blanco y, conteniendo el aliento, las

levantó. Sabía que no debía dudar. Ciar no podía seguir viviendo así. Él era un hombre fuerte. Si había sobrevivido a la transformación de hombre a rey, seguro que podría hacerlo a la inversa. Clavó las agujas hasta lo más profundo en su cuerpo.

La tempestad se alzó rabiosa, herida. Áine se sujetó a la piedra monumental, sabedora de su triunfo. Aquello era lo único que la diosa podía hacerle. Lluvias, viento, trueno. Se debatía tras las nubes como un animal encadenado, que ve cómo le quitan aquello que más ama.

Desplazó cortinas de agua inmisericorde. Saturó las noches sobre bosques y playas, más allá del territorio conocido. Su desesperación coronó montañas y se reflejó en la superficie de los largos océanos.

Su separación de Ciar, su adiós definitivo.

Succat era el auténtico nombre de Patricio, el *praenomen* romano que le habían puesto a los nueve días de nacido, en el ritual purificador del *dies lustricus*.

El nombre que le habían dado sus padres.

Calpurnio estaba en sus últimos días de vida y su palidez era la de un espectro. Arrugado, canoso y enjuto, se presentaba ante él retornado de la tumba.

El resplandor ocasional de los rayos de tormenta, en el exterior, hacía dudar a Patricio de si se trataba de un fantasma. Pero el entendimiento de lo que había pasado fue profundo y certero, con la sustancia inconfundible de la realidad.

—Fuiste tú durante todo el tiempo, ¿verdad? Tú me denunciaste. Tú convenciste a Valerio para que me traicionara… Tú cortaste mis provisiones y eres quien ha buscado mi fracaso una y otra vez…

Calpurnio se levantó y dejó caer el manto. Cojeaba y sus cabellos y su barba eran ya canos. Estaba viejo y enfermo, de cuerpo y de alma.

—Era mi última oportunidad —dijo, triste—. La de intentar apartarte por la fuerza, no me dejaste otra opción. No fue culpa de Valerio. Él te quería, pero yo le convencí de que debía denunciarte. De que era la única forma de que volvieras y te salvaras. Le conté que te habían capturado y que te habían intentado esclavizar otra vez. Le dije que un buen amigo no permitiría que murieras entre salvajes. Él accedió a ayudarme. Pero después…

Guardó silencio y a Patricio le temblaban los ojos de rabia, de decepción y de sospecha. El temblor se transmitió a su voz.

—¿Después qué?

—No pudo soportarlo y se ahorcó.

Como Judas. Pudo imaginarse a su viejo amigo debatiéndose entre su deber como hermano, de salvarle la vida, y su deber como sacerdote, de guardar el secreto de confesión. Manipulado por la

mente de Calpurnio, que solo perseguía una cosa: devolverle a Britania. ¿Salvarle la vida para qué? ¿Por cuánto tiempo? ¡Todos los hombres mueren, padre! ¡Y todos, invariablemente, sufren!

Se estremeció ante los actos monstruosos que aquel hombre había cometido en nombre del amor. Se había convertido incluso en enemigo de Dios. Había cometido simonía, comprando unas elecciones episcopales. Le había arrojado a las fauces de un juicio eclesiástico. Había llegado a fingir su propia muerte, con la esperanza de que su hijo acudiera a sus funerales. Había comprometido su alma, arrastrando a la muerte al inocente Valerio.

Sus pecados eran múltiples y de una gravedad extrema y, sin embargo, no podía guardarle rencor. No podía sentir por él más que una lástima de una hondura abismal, un dolor agudo y una pena profunda por todo lo perdido, por su vida malgastada, por lo que aquellos piratas malnacidos le habían hecho a su familia. Ahora, después de todo lo que había vivido con Finn, podía comprenderle. Aquella necesidad ciega de protección. Aquella forma tan posesiva de querer.

Finn era la mejor parte de sí mismo. El Patricio de antes de los quince. El niño inocente, que se había perdido.

Era un amor aterrado el de Calpurnio, sin respeto ni escucha. Un amor monstruoso. Pero, como ya sabía por experiencia, inevitable.

—Así que por esto nos has abandonado —dijo su padre, mirando alrededor—. Por esto nos has dejado a tu madre y a mí, tu legado, tu posición, día tras día. Duro castigo por nuestro único error. Qué cruel has sido, hijo mío. Por estos bosques y estos pastos…. por estos bárbaros. Quería verlo con mis propios ojos, antes de morir. Saber qué te fascinaba tanto. Ahora ya lo he visto y puedo morir en paz. Es una isla hermosa, pero no lo comprendo, hijo… No lo comprendo. Yo solo quería ser un buen padre. Pero estás aquí solo, te has quedado sin nada y no eres nadie. He fracasado.

—Padre, por favor…

—Me has hecho todo el daño que podías hacerme, Patricio, pero yo te perdono —le interrumpió el anciano—. Te perdono porque sé que ya no eres tú. Que a mi verdadero hijo lo mataron y te pusieron a ti en su lugar. Ahora sé que todas las lágrimas que lloré por ti tuvieron un sentido. Que la lápida que pusimos en el cementerio era la tuya. Tú no eres más que un desconocido.

Patricio permaneció impasible mientras su padre pasaba a su lado, al salir de la choza, y aquellas palabras fueron las últimas que dijo.

Antes de que pasara un mes recibió la carta de su madre, anunciándole que Calpurnio había muerto y que su herencia estaba disponible.

—Pasa —dijo Áedán. Llevaba el rencor pintado en el rostro—. Pasa y mira el resultado de tu obra.

Era una invitación amarga y Áine pasó a su lado sin apenas mirarle, con el rostro alzado, como correspondía a su nueva posición. Orgullosa de haber cumplido su deber.

Ciar estaba dormido, envuelto en su capa y en la manta de montar. Desnudo y empapado aún, de bañarse en el Fial. Con la melena negra apelmazada y la piel de un blanco violáceo. Vulnerable y mortal.

Recordó la primera vez que le había visto bañándose en aquel río, justo después de la conquista del *túath* y de obtener para ambos la tierra donde cavar y plantar su sueño de poder. Ella estaba embarazada y él parecía herido. Antes de inaugurarse, cuando todavía era plenamente humano.

Aquellas aguas llenas de vida parecían ahora llenas de muerte. Todo lo parecía alrededor de Ciar: los caballos, los bosques calcinados.

Se acostó con cuidado junto a él y le acarició la mejilla. Él entreabrió los ojos azules, más fríos que nunca.

—Todo ha acabado. Ahora eres libre. No volverás a oír la canción de Macha —dijo ella. Le acarició los cabellos negros y mojados—. Ahora podremos volver a ser solo tú y yo. Como antes…

Ciar la miró, sin mudar su expresión serena.

—No, Áine, el rey era todo lo que yo era. Tú me has quitado el este y el oeste. Lo que tenía al frente y lo que había a mis espaldas. Yo ya no soy nadie. No hay nada más.

El corazón de ella se encogió. Siempre había sido fuerte, pero le dolían las palabras. Era aún tan joven… Había sido tan hermoso cuando estaba lleno de ambición…

—¿Cómo podría volver contigo, ahora que me has arrebatado la regencia? —siguió él, con una sonrisa triste— ¿Como un mero consorte sin honor?

Áine lo sabía bien, pero no pudo seguir sujetando sus lágrimas y se echó a llorar por aquel imposible. Había tenido que destruir a Ciar para salvar lo que quedaba de él. Y había tenido que condenar su amor.

Él se apiadó y abrazó su cuerpo pintado de cal y de ceniza. La besó, notando en sus labios el sabor de las lágrimas. El fuego le sabía, esta vez, muy amargo.

—¿Qué hay de las cosas buenas que te di? —susurró ella—. No digas que todo fue una maldición… ¿Qué hay de tus sueños, que yo alimenté? ¿Qué hay de tus fuerzas, que hice despertar? Dices que te lo he arrebatado todo y sin embargo me has amado…

—De una manera que no volverá a ver el mundo.

—¿Por qué tenemos que hacernos tanto daño?

—No lo sé —susurró, mientras la besaba—. No lo sé…

Abrió las pieles en las que se envolvía y la acogió junto a su cuerpo desnudo, en una abrazo cálido.

Aquel cuerpo había sido su este y su oeste, lo que tenía enfrente y también a sus espaldas.

Estuvieron juntos una última vez para despedirse como amantes.

29

Las Espaldas de la Tierra

La espera en el umbral de la hospedería se le estaba haciendo a Finn eterna, sin poder entrar y sin saber quién era el desconocido que había cruzado el mar para encontrarse con el maestro. No podía imaginarse que, en realidad, era el mismo Calpurnio el que había acudido a despedirse.

Decidió alejarse y explorar la colina sagrada de los Mellizos de Macha, lugar de culto de sus ancestros y de todo su linaje.

Los prados, verde intenso, parecían revivir bajo la lluvia.

Sentía un cosquilleo extraño en las palmas de las manos. Una vibración de la tierra que pisaba. Se arrodilló y las puso sobre ella.

Había una vez un pueblo muy antiguo que quiso decirle adiós a sus diosas madres.

El pueblo entero subió a su colina sagrada, donde decían que estaba su poder y decidieron construir un gran templo.

Levantaron durante semanas los postes, altos como ejes, en derredor, formando radios. Tiraron de las cuerdas hasta que estuvieron derechos y los huecos intermedios los rellenaron con piedras.

Después lo cubrieron de una gran techumbre, más grande que la de cualquier choza de reunión. Y entonces, aquellos hombres le prendieron fuego.

Habían conseguido completar su desafío, imitar el rostro de la diosa solar. Ya no la necesitaban.

Sacrificaron y enterraron el templo y decidieron que, con él, una era completa había terminado.

Finn vio entonces una yegua blanca, a la carrera por el cielo, fustigando el aire con sus crines.

Y reconoció a Macha, la hija del Extraordinario Hijo del Océano. En aquella colina es donde habían nacido sus mellizos, niño y niña, como Niam y él mismo. También estaba su abuela, Muirenn, la dama del

Mar Blanco, y su madre, Olwyn, la Rueda de fuego, que ahora llevaba su verdadero nombre. Tras ella iba Niam, la Luminosa, con la pequeña Rowena, Crin Blanca, en sus brazos.

Y entonces Finn comprendió que todas aquellas mujeres formaban parte del mismo linaje. Compartían sus atributos solares y su trágico destino. Como una indeleble huella blanca.

Macha había sufrido la misma transformación en las leyendas que el resto de las diosas madres. Los hombres habían inventado nuevas historias en que les daban forma humana, vulnerable, para así poder torturarlas, violarlas o asesinarlas de forma simbólica. Para despojarlas de su poder. Así era como el patriarcado indoeuropeo había conquistado el espíritu de los pueblos matriarcales: adueñándose de los cuentos. De las diosas ya solo quedaba el recuerdo de la tierra, que las nombraba de forma incansable en los lagos, ríos, colinas, alturas, valles y olas… donde habían sufrido cada una de sus múltiples caídas.

Ahora, completada la era, el sol pertenecía al fin a un Dios masculino y cristiano.

Abrió los ojos y, con gran esfuerzo, despegó las manos de la superficie de aquel montículo maldito.

Aquel lugar estaba lleno de poder y no sería abandonado. Sería puesto al servicio de Dios.

Bautizó la colina, que pasaría a llamarse, desde entonces, la Altura de Macha.

Primavera del 493 d.C.

Habían pasado treinta y ocho años y una próspera iglesia dictaba desde el norte su hegemonía sobre la isla. La obra de Patricio había resultado grandiosa.

Sin embargo, el maestro había preferido el Fuerte de Celtchar como refugio para sus últimos días. Decía que quería ver el mar. Que las costas de Britania podían verse desde allí. Ahora yacía en cama, moribundo, esperando el final.

Finn tomó sus manos.

—La comunidad debe continuar con el plan de Dios. Ahora comprendo que el fin del mundo no llegará. Que nuestra labor no terminará nunca…

Finn asintió. Las palabras de Patricio se volvían cada vez más densas, camino de la inhumación.

—Me voy en paz. Veo y piso las huellas de Valerio y de Victórico. Me llevan a mi último hogar. La espera llega a su fin, como todas las esperas.

Finn apretó sus manos mientras los ojos de Patricio se apagaban, pendientes de esas huellas que no se suspendían en los cielos, sino que se hundían profundamente en las tierras verdes y los limos fecundos de Irlanda.

Allí permanecería. En las colinas y los caminos cuyo verde le llamaba más que nunca. Entre la niebla y las copas de los árboles.

La belleza de la isla le sobrecogió.

Una última sonrisa acudió a sus labios sin color.

Cuando Finn salió de la choza, Ceara le estaba esperando. Se había quedado dormida bordando, apoyada en el tronco de un álamo. Su melena ya no tenía el negro brillante de las rocas húmedas y las conchas de los mejillones. Ya no tenía la vida de un banco de peces en movimiento. Eran cabellos blancos y ella era casi una anciana, pero Finn estaba agradecido. Llevaban juntos veinticinco años.

Después de los acontecimientos de Emain Macha, una gran tristeza se había apoderado del maestro, que nunca pudo superar la herida que Calpurnio le causó. Finn sentía que no podía abandonarle, pero no veía razón alguna para seguir separado del amor de su vida. La visión de la colina le había abierto los ojos respecto de sí mismo y de su herencia. Se sentía unido a aquella larga cadena de mujeres malditas.

Continuó haciendo de mensajero para Patricio y su sede. Abandonó el sacerdocio porque, si bien no era incompatible con el matrimonio, Patricio siempre defendía el celibato como situación ideal y él no quería contaminar su modelo de iglesia. Pagó el precio de novia de Ceara y se la compró a su gente, que solo aceptó su marcha una vez dejó de sangrar y se convirtió en una mujer yerma.

Se acercó despacio y se arrodilló frente a sus pies descalzos, aquellas formas blancas y puras como aves que, pese a la edad, aún encontraba hermosos. Sus pies adorados. Pasó los brazos alrededor de sus rodillas y descansó la cabeza en su regazo, en el gesto de respeto y devoción tradicional.

Ceara entreabrió los párpados y acarició los cabellos también blancos de él.

—Todo ha terminado —anunció él, exhausto.

—Ahora podrás descansar…

—Todavía no. Queda un último encuentro.

Tenía que ver a Ciar.

Se detuvo ante la choza del bosque extramuros. En la misma frontera de la Llanura de las Espadas. Había tenido que cruzar toda la

isla de noreste a suroeste.

Todo el mundo decía que allí era donde habitaba, en soledad, el que antaño había sido el primer rey del *túath*. La tribu que ahora se llamaba Ciarraige, la Gente de Ciar.

Tuvo miedo de lo que podía encontrar al otro lado de la puerta. ¿Y si estaba loco, decrépito, sucio o incluso muerto, pudriéndose abandonado, sin que nadie lo supiera? Este último pensamiento le espoleó. Patricio había sufrido mucho por no reconciliarse con su padre. Tenía que arreglar las cosas como fuera.

Las risas procedentes del interior le desconcertaron y le animaron a abrir la puerta.

Nada menos que Diarmait, el antiguo enemigo de su padre, se sentaba al otro lado de la hoguera.

Arrugado, encorvado y desdentado a sus ochenta y tres años, pero con una sonrisa en los labios. En un lateral, una mujer de trenzas rubias, en la cincuentena, servía bebidas y unos pasteles. Pero quien más le sorprendía era su propio hermano: su aspecto era magnífico.

Estaba mayor, sin duda, y la poblada barba blanca, muy cuidada, lo atestiguaba. También los cabellos eran canos, aunque no los llevaba en melena sino en mechones recortados. Pero su pecho desnudo era el de un hombre de cuarenta y tantos años, no de casi sesenta.

Ciar se puso de pie en seguida al verle. Apenas podía creer que hubiera acudido, después de tantos mensajes con excusas. Le abrazó con fuerza.

—Hermano, por fin.

Él le devolvió el abrazo y le concedió unos instantes.

—Pero no me aprietes tanto que me vas a romper…

Ciar se separó de él, con una sonrisa. Finn no podía entender cómo transmitía aquella energía y carisma. Algo de su juventud volvía a brillar en él. Se le veía en paz, exultante. Feliz.

—¿Cómo lo haces? —Le preguntó, aún fascinado.

—¿El qué?

—Seguir tan joven… ¿Has hecho un pacto con el diablo o algo así?

Ciar abrió los ojos, sorprendido. Estaba claro que Finn no era el mismo hombre. El muchacho del pasado nunca habría bromeado con según que cosas.

—Vivo solo. Me corto mi propia leña, saco mi barco a pescar, corro con mis perros de caza, me reparo la casa cuando se me rompe algo… ¡Qué remedio! Pero sobre todo rezo poco, leo poco y escribo poco… ¡que me parece que son cosas que tú haces demasiado, por las ojeras que tienes!

Finn observó a su alrededor y contempló las maravillas que colgaban de las paredes. Eran trabajos de costura sobre cuero.

Durante aquellos años Ciar había retomado las agujas y se había

convertido en un auténtico virtuoso. Su trabajo no podían hacerlo las bordadoras porque se necesitaba de una enorme fuerza en las manos para forzar las agujas a través de las pieles.

El trabajo de Ciar, en ese sentido, era único. De toda la provincia le llegaban encargos, algunos muy elaborados. Los reyes le pedían que bordara sus riendas con los símbolos de sus animales protectores, las marcas en *ogam* de sus antepasados o el nombre de sus tribus. La factura de su trabajo era bellísima porque bordaba con los cabellos negros de las crines de caballo y jamás se le rompía una rienda. Además de los arneses, cosía también armaduras de cuero, brazaletes e incluso escudos. Tenía las manos encallecidas y fuertes y no había perdido habilidad con los años. En la pared tenía todo un muestrario de agujas de media luna y de piezas ya acabadas.

—Veo que tú también pasas tiempo a la luz de las antorchas —dijo Finn, señalando los trabajos.

—En algo me tengo que entretener —dijo Ciar, encogiéndose de hombros—. Grian, algo de bebida para mi hermano, por favor.

En aquel momento entró Áedán por la puerta. También había envejecido bien, arropado en el amor de sus tres hijos, aunque había sufrido un accidente en la fragua que le hacía cojear.

—¿Terminaste ya, Grian?

—Enseguida… —respondió ella.

—Vamos. Está amenazando lluvia.

—¿Conoces a mi hermano, Finn? —dijo Ciar.

—Por supuesto —le abrazó Áedán—. Le conocí cuando murió tu padre…

—Ha pasado mucho tiempo… —atajó Finn.

Grian se acercó a Ciar y le besó leve en los labios como despedida.

—Volveré la próxima semana.

—Dile a Áine…

—Ella no vendrá, Ciar. Sabes que no vendrá.

—Díselo de todas formas.

"Que la echo de menos. Que yo no puedo volver al *túath*, pero que ella puede venir cuando quiera".

Desde el mismo día en que fue derrocado, Áine se inauguró y ocupó su puesto como reina de la Gente de Ciar. Él siguió siendo el único que la llamó Áine durante toda su vida porque se cambió de nombre y para todos los demás fue solo Échtach. Bajo su mando, y en alianza con las bandas de Creidne de los Juncos, había conseguido expandir sus dominios, conquistando varias tribus limítrofes. Seguía pintándose con ceniza y manteniendo su aura sobrenatural y temible, con la espada Echrí en el cinto. Nunca llegó a estar con otro hombre.

La sucesión la había delegado completamente en Grian, que se había convertido en su única consorte. Conmáel había guardado la

granja real hasta su muerte, durante los veinte años en que había sido su amante. Sin contratos ni derechos legales. Los seis hijos que había tenido con ella eran, a todos los efectos, hijos de Áine y de Grian, y de nadie más. Grian siguió acudiendo a la casa de Ciar con sus esclavas, para ocuparse de que no le faltara nada.

—Ella es también tu esposa, ¿no es cierto? —preguntó Finn cuando la mujer se marchó. Le parecía que algo así le había mencionado en sus cartas.

—Ahora es solo una amiga…

—¿De verdad? —bromeó.

—He terminado con las mujeres, Finn. Demasiados problemas.

Las voces de Macha ya no le torturaban. Al fin vivía y dormía tranquilo.

—¿Y tu maestra, Creidne? Temías que quisiera matarte…

—Le gustan los castigos a fuego lento. Cuando me vio destronado y en el destierro pensó que ya tenía suficiente. Murió hace un par de años en un feudo entre bandas. Acorde con lo que fue su vida.

Miró al más extraño de los integrantes de la reunión. Todavía no podía entenderlo.

—¿Y Diarmait?

—Se ha convertido en mi silencioso compañero, como ves —el anciano no había pronunciado palabra y tenía la mirada perdida—. Le gusta estar aquí sentado, mirándome. Dice Ablach que a veces se pasa los días llamando a nuestro padre, alterado, hasta que le traen aquí y entonces se calma. A mí no me molesta. Pronto vendrán a buscarle.

—Me alegra ver que has conseguido la paz. Incluso con la Llanura del Cisne. Incluso con tus enemigos.

Ciar le dedicó media sonrisa triste.

—Siempre hay algo más que el corazón desea. Un deseo insatisfecho.

—¿Qué más podría querer un hombre como tú?

—Está atardeciendo. Ven conmigo a despedir a Macha…

—Siempre pensé que me sentaría en los acantilados con Niam, a mirar el Oeste como cuando éramos pequeños —confesó Ciar—. Una última vez.

Finn se adelantó y se sentó junto a él. En aquella frontera que llamaban las Espaldas de la Tierra. Estaba atardeciendo y era como si la puerta del Oeste se hubiera abierto para dejar pasar a Macha con su gran manto dorado. El sol se agitaba, cambiante y moribundo. Los pasos de la diosa eran de despedida.

—He fracasado en el mayor de mis empeños —se lamentó Ciar, abriéndole su corazón. Revelando lo que pesaba en él más que la roca

—. No he conseguido que nuestra sangre perdure. Al final triunfó la maldición de infertilidad que pesaba sobre nuestro padre. Todo lo que él luchó no ha servido para nada. Nos extinguimos, Finn, igual que se extingue este mundo. Como si nunca hubiéramos estado aquí.

Su hermano se apiadó de su pesar y decidió que debía saberlo. Hasta entonces había temido su obsesión y solo había intentado proteger a la niña, manteniéndola en secreto.

—Niam deja un descendiente.

Ciar le miró, sorprendido.

—Al otro lado del mar —continuó— Una niña, Rowena, hija de un líder germano. De un guerrero-caballo como tú.

Ciar asintió, satisfecho. La sangre de sus ancestros, de Cathal y Muirenn, de Ciarán y de la Huella Blanca no se había perdido como creía.

—Estoy desnudo de orgullo ante los dioses. ¿Qué puedo hacer sino reconocerles su victoria? Habéis ganado, Finn. Tú y tu dios cristiano. En cambio, Macha se ha puesto en el Oeste para siempre —dijo Ciar cuando se ocultó el último rayo—. La luz volverá a salir, pero ya no será la de su rostro. El mundo ha cambiado y aquí ya no hay sitio para mí.

Finn se estremeció al escuchar sus palabras. Le recordaban demasiado a las del sacrificio que había soñado. Ciar encaminándose a la Casa de Donn para convertirse en Rey de los Muertos.

—Debo seguir a Macha hasta su última morada, en el confín postrero.

Finn se apenó porque sus mayores temores se hacían realidad. Aquel era su último deseo, el de la muerte. Iría al encuentro del Oeste antes de su tiempo. Antes de que Dios le llamara a su vera.

—No vayas. No tienes por qué hacerlo…

—No puedo hacer otra cosa.

A Finn se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Oh, vamos. No llores —le reprendió Ciar, como antaño. Como cuando era un niño pequeño con el que los otros críos se ensañaban. Le abrazó y le recostó sobre su pecho.

—Nadie ha regresado nunca de allí.

—Entonces supongo que es una cuestión de fe.

Finn le dedicó una sonrisa triste, pero él no la vio porque le estaba estrechando en sus brazos.

—Después de las cosas horribles que te dije —se disculpó Ciar—. No iban en serio. Solo estaba…

—Ya lo sé. Disgustado por lo de papá.

—Aquí ya no me espera nadie. Debo irme. Estoy decidido.

Finn asintió.

—Está bien, pero prométeme que no marcharas solo. Solo una

tripulación puede manejar un barco de ese tamaño.

—No seas ingenuo, Finn, ¿Quién querría acompañarme en semejante locura?

—No lo sé. Aún no lo sé, pero encontraré a alguien. Dios tiene un plan para todo el mundo. Espérame…

Ciar lo consideró un momento y finalmente consintió.

—Todo lo que me has dicho hasta ahora se ha cumplido, así que confiaré en ti. Pero me estoy haciendo viejo. No me olvides.

"¿Cómo podría olvidarte, hermano?", se preguntó Finn.

Y allí, en los extremos, mientras la luz se volcaba en los dominios de Macha y dejaba la tierra en sombras, Finn tuvo la certeza de que una era completa llegaba a su fin. Las nubes corrieron sobre su cabeza, llevándose los recuerdos de una época antigua y olvidada.

Lo que vio desde los acantilados fue el río Cisne de hacía años, inundado de luz matinal y desbordante.

Su padre, Ciarán, llevando a Aífe en brazos, envuelta en las pieles. Y él mismo, siendo niño, corriendo junto a Ciar, que entonces tenía cinco años.

El padre abrazó la carne de los dos, les dejó trepar por su cuerpo desnudo, les encaramó a sus hombros. Corrieron, gritando, junto a la orilla. Llegó Niam y corrió también junto a sus hermanos, salpicándoles de agua brillante, haciendo que aquella mañana soleada fuera especial.

Olwen se acercó a la orilla e intercambió con Ciarán una mirada y una sonrisa.

Se habían apropiado de un pequeño pedazo del mundo.

Aunque fuera antiguo y olvidado, también sería imperecedero.

Los bosques florecen, los reductos se adornan,
hermosean los campos, el mundo corre:
(…)
Mas ya el pensamiento, de dentro de mí,

írseme quiere; a lo lejos me vuela
a través de la mar, de ballenas camino,
por las tierras del mundo; con ansias y afanes
vuélveme luego. Canta el que vuela,
el alma él urge a los anchos mares,
solar de ballenas.

El Navegante
Poema anónimo, anglosajón antiguo

EPÍLOGO
(LA TIERRA DE LOS JÓVENES)

"Allí no habrá hombres ni animales. No habrá nada", le habían dicho.

Pero había niebla.

El camino a la bahía atravesaba la falda del Monte del Águila y la niebla allí era tan densa que cubría el camino por delante y por detrás y no podía verse el límite de la costa ni tampoco el mar.

A medida que avanzaban el silencio era opresivo, como si el aire se hubiera vuelto más denso y les taponara los oídos.

Apenas se escuchaba el respirar de ambos hermanos, fatigados por la caminata, con sus pechos de edades avanzadas resoplando.

Doce años había tardado Finn en encontrar una expedición para atravesar el mar del oeste. Doce largos años y un cambio de siglo, escribiendo cartas y preguntando en todos los puertos de Ériu. Y resultó que el hombre, o más bien el muchacho destinado a tal proeza, el elegido, había estado todo aquel tiempo delante de ellos. Brendan, al que llamaban el Navegante, había nacido en la Gente de Ciar. Era fruto de su propio pueblo.

Era Brendan el que, al final, les había encontrado a ellos y no al revés.

Tenía un problema: había construido un maravilloso armazón para su barco, pero no sabía cómo coser los cueros para un desafío como el de lanzarse a mar abierto, más allá de las nueve olas. Y Ciar tenía fama de ser el mejor artesano costurero de toda la provincia.

Tenía ya setenta y dos años pero, a pesar de que era mayor que Finn, seguía con mucha mejor salud. Avanzaba más rápido y tenía que esperar a su hermano en el camino. De vez en cuando se escuchaba el desprendimiento de alguna piedra, el balido de una oveja o el ladrido de un perro. Tan lejanos y amortiguados que parecían venir del Otromundo. Como si ya hubieran dejado atrás la tierra de los vivos.

Los vallados de piedra y de los refugios de pastores emergían por momentos y se desvanecían de nuevo, como fantasmas.

Las piedras eran negras, pero estaban manchadas de blanco, como

embadurnadas con pintura ritual. El color espectral de las tierras muertas.

Y el mar podía verse por momentos entre la niebla, pero no podía escucharse, haciendo aún más extraño el paisaje.

El horizonte se había borrado. El cielo y el mar se habían fundido.

Un pájaro negro salió de unos helechos, graznando, y le arrancó un grito a Finn.

—¡Por Cristo, la Virgen y todos los santos! —exclamó, santiguándose. Había pasado todo el camino rezando. Pidiéndole a Dios que protegiera a Ciar en su viaje porque sabía que él no rezaría.

Llegaron al final del camino y la niebla por fin se despejó, permitiendo ver, muy abajo, la costa y el barco, aún inacabado. El gran *currach* abrazado por la bahía, refugiado entre las murallas de los acantilados y las cuevas donde resonaba el mar.

Bajaron la pendiente, dejando atrás las tierras verdes y encaminándose a la gran nada blanca a la que Ciar llamaba destino.

—Sé bien lo que estás pensando. Soy demasiado viejo para formar parte de tu tripulación, ¿verdad? Bien, pues tú eres demasiado joven para entrar en la mía. Y menos como capitán. ¿Quieres que cosa tu barco o nos pasamos el día adivinándonos la edad?

Con veintiún años, Brendan era muy joven para aquel viaje. Y Ciar, con setenta y dos, muy viejo. Pero Brendan le dedicó una media sonrisa. Ambos eran pura voluntad.

—He oído hablar de ti —siguió Ciar—. Eres el muchacho cristiano que se fue a estudiar siendo niño. El que llaman el Navegante.

Con aquella edad Brendan ya había viajado hasta Gales, Bretaña, Iona, las Orcadas, las Shetland y hasta las Feroe.

—Yo también he oído hablar de ti. Eres el regente destronado. El que ha escuchado a Macha en la batalla. La misma reina Áine me lo contó, cuando le pedí el barco… Tu hermano me ha dicho que quieres navegar, pero esta es una expedición sacra y un pagano como tú no puede venir. ¿Cuántas vacas quieres por el trabajo?

—Hijo mío, ¿para que va a querer ya vacas un hombre de mi edad, si probablemente hasta me sobrevivan? Si no me llevas, no tendrás barco. O lo que es peor, tendrás que jugarte la vida y la de tus monjes en una cáscara llena de agujeros.

Brendan bajó la vista y se quedó pensando. Otros dos desconocidos se habían aparecido también a última hora, pero no podía meter a hombres faltos de Cristo en la expedición. Y el nombre de Ciar estaba demasiado asociado al de Macha.

Mientras veía a Brendan cavilar, el antiguo rey se acercó al barco a medio construir. El gran armazón tenía dos espléndidos mástiles y una

borda de roble, mientras que el marco y el casco estaban hechos de fresno, más dúctil, protegido con capas de grasa de lana. No había ni un solo clavo. Toda la estructura estaba entramada con correas de cuero que sumaban hasta mil seiscientos nudos para hacerla flexible en el mar. El barco podría bailar con las olas. Ciar tiró de los nudos mientras miraba a Finn, que asintió.

El trabajo de coser las pieles apenas había comenzado y era irregular. Solo un par de piezas colgaban del casco. Examinó la trama con ojo agudo, buscando los puntos y, sin pensárselo, estiró el cuero con una mano y le pegó un puñetazo con la otra, desgarrando las puntadas.

—Pero, ¿qué es lo que haces? —gritó Brendan—. ¿A eso has venido? ¿A destrozarlo todo?

—A eso precisamente. A enseñarte la chapuza que estás haciendo y lo frágil que es tu bote. Si un viejo como yo, que apenas tiene fuerzas, te hace un agujero de este calibre… ¿Qué no te va a hacer el mar?

Brendan abrió los ojos como platos, desconcertado y aún enfurecido. Confuso y aterrado de que la palabra imposible pudiera contaminar sus planes, adhiriéndose como un hedor apestoso que ya no fuera posible sacar. El golpe de mar desgarraría una primera piel y acto seguido el resto se romperían por la presión. El casco se deshojaría como un árbol caduco. Llevaría a sus compañeros a la muerte.

—Deja que yo te ayude —Ciar le puso una mano en el hombro—. Yo te enseñaré a hacer esto.

—Créeme, nunca has visto una destreza igual —le apoyó Finn, dirigiéndose al joven capitán—. Es el mejor.

Brendan levantó el rostro y miró en los ojos profundos de aquel hombre. En verdad comprendía por qué había levantado un reino de la nada. Su determinación era absoluta.

—Sabes que no regresarás, ¿verdad?

—*Is ed doróachtamar*.

“Para eso hemos venido”.

Brendan asintió. Sería Ciar o nadie. Tenía que llevar a aquel hombre hasta el otro lado.

—Manos a la obra, entonces.

El proyecto llevaba varios meses en preparación. Hasta cincuenta y siete pieles de buey se habían curtido, contando con que algunas se romperían durante la construcción y que necesitarían algunas extras durante el viaje. Tenían que aguantar la sal del mar, ser estrujadas, enrolladas, estiradas y secadas varias veces para asegurar que aguantarían.

Cuando Brendan llevó a los dos hermanos hasta el taller les recibió la peste a grasa de lana, que embotaba el olfato. Rodearon unas fosas revestidas de cal blanca, donde habían arrancado el pelo a las pieles. Los raspadores de a dos manos aún estaban apoyados en los bordes. En otras fosas, más adelante, se acumulaba un espeso líquido, parecido a cerveza oscura, con la corteza de roble para curtir. Hasta doce meses habían estado las pieles absorbiendo los taninos antes de que las sacaran, las embadurnaran con grasa de oveja y las apilaran para estirarlas.

Habían sido examinadas una por una para comprobar que estaban libres de arañazos, que no habían sido rasgadas a la hora de matar al animal. Todas tenían que ser perfectas.

—Ni se os ocurra agujerearlas con cuchillos —les advirtió Ciar—. Hay que ser más preciso.

Desplegó el paño donde guardaba sus herramientas: punzones, perforadores, pinzas y rayadores, agujas de media luna, rizadores, recortadores. Brendan estaba impresionado por el oficio que tenía. Se avergonzó de que ellos mismos lo hubieran intentado sin contar con un sabio.

—Las pieles hay que ponerlas bien juntas —las superpuso en los bordes—. Si coses demasiado cerca la piel se romperá entre los puntos, ¿ves? Y si separas demasiado el cuero se abombará, formará bolsas y el agua entrará por ellas.

Brendan contempló las manos fuertes y los poderosos músculos que Ciar tenía en brazos y hombros, incluso a su edad. De luchar contra las hebras y empujarlas a través de las durísimas pieles.

Él les enseñó a enrollar el lino hasta conseguir una soga gruesa, formada por hasta catorce hebras simples, que embadurnaron con cera de abeja y grasa de lana. Les mostró cómo hacer el pespunte y a coordinar el movimiento del punzón con el paso de la aguja. Las cuerdas de lino cortaban como cuchillos y Ciar era el único que no sangraba cuando corrían por sus manos.

Después pasaron a puntadas dobles, donde los monjes se coordinaban por parejas. Si alguna puntada estaba mal hecha Ciar cortaba la hebra sin piedad y había que empezar de nuevo.

Calentaron las pieles para que se adaptaran a la forma del casco y cosieron así hasta cuarenta y nueve.

El barco estaba listo, a la espera del mar definitivo.

El barco de Brendan zarpó una mañana soleada de un 16 de mayo del año 505.

Después de ver partir a su hermano, Finn tuvo sueños extraños en los que se le aparecía un hombre con barba que gritaba en la niebla y

que sujetaba las velas en mitad de la tempestad. Un hombre cuyas canas estaban recuperando su color negro original.

El anciano se convirtió en un hombre maduro, luchando con el frágil barco de cuero, subiendo y bajando entre los muros de agua salada. Comiendo cangrejos en cubierta. Contemplando las cimas volcánicas de unas islas heladas. Estremecido ante paredes de hielo, ante montañas abruptas de un color blanco que, sin duda, pertenecían al Otromundo. Ante un pilar gigantesco y flotante de cristal como Finn no había visto jamás.

Vio a Ciar a la edad en que su padre, Ciarán, había muerto. Un hombre más joven, que bajaba hasta el casco del *currach* para reparar, con manos endurecidas y heladas, las pieles rajadas por el hielo. Esas mismas manos embadurnando de nuevo el casco con aceite de semillas, a las puertas ya de la Tierra de los Jóvenes.

Ciar de dieciocho años, en la flor de la vida, portador de la edad heroica y vencedor de la muerte. Encaramado en lo alto de un mástil, avistando la franja de tierra verde de un mundo completamente nuevo.

Ciar, el Oscuro, convertido en Donn, Señor de los Muertos, heredero de su casa.

Y en la orilla, Scél soltó la mano de Niam y corrió a darle la bienvenida.

FIN del libro III

APÉNDICES

Entonces Eärendel huyó del terror del Marino
más allá de los límites de la sombría tierra,
otra vez sobre el borde del Océano opaco
y allá detrás del mundo desplegó su velamen;
y oyó los regocijos de los pueblos terrenos
y el caer de sus lágrimas,
mientras el mundo retrocedía entre despojos turbios
en su viaje a lo largo de los años.

El viaje de Eärendel, la estrella vespertina
J.R.R. Tolkien, 1914

APUNTES, LICENCIAS Y ACLARACIONES

Acerca de los tres rostros de Macha

Cada uno de los tomos de esta trilogía está dedicado a uno de los tres rostros de Macha. El primero a la fertilidad, el segundo a la guerra y el tercero al poder, según indican las tres leyendas célticas que se narran en cada uno de los libros.

Se cree que estas leyendas conservan las huellas del paso de una sociedad matriarcal, dominada por las diosas madres, a una indoeuropea y patriarcal, donde marcaba la pauta la aristocracia guerrera.

El cristianismo contribuyó a culminar este proceso, que ya se había iniciado varios siglos antes.

Acerca de los actuales territorios de Kerry, Mallow y Cashel

Hasta donde llega mi información, se desconocen los orígenes reales del condado de Kerry (Ciarraige), así como de la actual Mallow (Llanura del Cisne) o de la realidad fundacional de la propia Cashel (anterior Caisel). El registro histórico comienza alrededor de los siglos posteriores (VI, VII) y todo lo que se conserva anteriormente es legendario, bien procedente de una tradición oral antigua, bien fabricado en dichos siglos con fines de propaganda. La genealogía que Ciar manda a componer, en la ficción, es el mismo relato fundacional de los Ciarraí que ha llegado a nuestros días.

Los cuentos de los grandes reyes (dinastía Eóganacht, Niall de los Nueve Rehenes) están tomados de la literatura irlandesa tradicional.

En cambio, el trasfondo histórico y mitológico de Mallow, la vecina Kanturk, la región de Sliabh Luachra (Montañas de los Juncos) y la tribu de Ciarraí es completamente de mi invención, al no disponer de ninguna tradición previa conocida.

Acerca de los mellizos divinos y la doncella solar

El linaje de Ciarán es ficticio y ha sido modelado sobre la familia indoeuropea clásica, que incluye un padre celeste, una madre medio yegua, unos mellizos (habitualmente varones, aunque también pueden ser de distinto sexo, como en el caso irlandés) y su hermana, la

doncella solar. Este mito se repite en la mayoría de las culturas indoeuropeas, siendo la más popular la griega, con los dióscuros y su hermana, Helena de Troya. Los mellizos divinos aparecen también en las culturas báltica y germánica, siendo Hengest y Horsa una versión del mismo mito.

Las crónicas, hasta donde llega mi conocimiento, no mencionan la identidad de la madre de Rowena ni el destino de esta.

Acerca de Patricio

Patricio no especifica en sus escritos cómo era la relación con su padre, Calpurnio, ni tampoco con la persona que traicionó su secreto de confesión (aquí Valerio) o con Victórico, el hombre que se le aparece en sueños como portador de su misión. Se desconoce por completo cuál fue el pecado de juventud que llevó a Patricio a un tribunal eclesiástico y a tener que defenderse públicamente por ello, aunque tuvo que ser uno de los tres considerados como mortales.

CRONOLOGÍA PROPUESTA
(trilogía completa)

LIBRO I

410: saco de Roma el 24 de agosto. Concebido Ciarán. Nace Diarmait.

411: nace Ciarán. Guerra contra los Barr.

413: Nace Olwen

416: Nace Patricio

421: Rebelión de Coirpre de los Juncos (32). El gobierno de Iarmumu pasa a Maine (15)

422: Muerte de Conall Corcc. Subida al poder de Nad Froích (37).

427: Ciarán hace el camino de los tributos. Primer Samain en Cashel

428: Nace Ceara.

429: Año de Ciarán con la banda en los bosques

430: Pasan un año patrullando y ejerciendo como guerreros.

431: Llegada de Paladio a Irlanda. Ciarán mata a Bran. Muerte del capitán Murchad.

432: Carrera de las cinco colinas. Ciarán se casa con Aífe (15) y Olwen con Diarmait . Nace el príncipe Óengus y muere Níall de los Nueve Rehenes. Patricio (16) es capturado y vendido en Irlanda.

433: Olwen y Ciarán se reencuentran en Alba.

434: sacrificio del caballo. Olwen se queda embarazada. Nace Ciar. Nacen Finn/ Niam. Muere Olwen.

435: Ciarán regresa con Aoife.

LIBRO II

438: Reunión de los 9 hijos de Conall Corcc. Patricio se fuga de Irlanda.

440: Patricio sueña con Victórico y decide ser sacerdote.

444: Niam tiene su primera visión y parte hacia Mona.

448: Finn conoce a Ceara y Ciar a Áine. Patricio se confiesa a Valerio .

449: Llegada de Hengest y Horsa a la isla de Tanet , invitados por Vortigern.

451: Paso del cometa. Muerte de Nad Froích (66). Óengus sube al trono de Caisel.

Ciar se casa con Áine. Cunedda llega a Mona con Corótico.

452: Batalla de la Llanura del Cisne. Patricio y Finn llegan a Irlanda. Bautizo de Oengus como primer rey cristiano de la isla.

LIBRO III

452: Conquista de la Llanura de las Espadas e inauguración de Ciar. Nace Scél.

453: ataque de los soldados de Corótico. Finn lleva la primera carta de excomunión. Hengest y Horsa liberan a Niam.

454: Nace Rowena. Muerte de Niam.

455: Muerte de Scél y derrocamiento de Ciar. Confesión de Patricio. Batalla de Aylesford, en la que muere Horsa frente a Catigern.

457: Batalla de Crayford.

465: Batalla de Wippedesfleot.

468: Vortigern se casa con Rowena. Muerte de Corótico.

470: Caída de Mona y muerte de Serigi.

473: Traición de los Cuchillos Largos.

488: Muerte de Hengest.

489: Muerte de Óengus en batalla.

493: Muerte de Patricio.

505: Viaje de Brendan

520: Rowena canta ante Beowulf

PERSONAJES

(los marcados con * son personajes históricos)
La pronunciación (paréntesis) es aproximada, adaptada al castellano

LLANURA DEL CISNE / LLANURA DE LAS ESPADAS

Ablach (*ablaj*): hija mayor de Diarmait. *Manzano*.

Áedán (*ean*): hijo de Oissíne. *Pequeño fuego*.

Áine (*anya*): hija menor de Diarmait y esposa de Ciar. *Brillo, resplandor*.

Ciar (*kir*): rey de la Llanura de las Espadas, hijo de Ciarán y Aífe. Hermanastro de Niam y Finn. *Oscuro*.

Ciarán (*kíron*): Padre de Ciar, Finn y Niam. *Pequeño oscuro*.

Conmáel (*konvel*): hijo del príncipe Eochaid de Caisel. *Siervo del perro o Guerrero lobo*.

Creidne (*crede*): *bánfennid*. Reina de una banda de guerreros. Maestra de Ciar.

Diarmait (*dirvid*): rival y primo tercero de Ciarán.

Elatha (*alaha*): rey de la Llanura del Cisne, hijo de Coirpre de los Juncos. *Arte, oficio.*

Etherscél (*edirskel*): hijo de Ciar y de Áine. *Mensajero*.

Grian (*grian*): hija de Oissíne, hermana de Áedán y esposa de Ciar. *Sol*.

Irél (*irel*): druida de Ciar.

Oissíne (*oshin*): hermano de Olwen. Amigo de Ciarán. *Pequeño ciervo*.

Uasal (*uasal*): madre de Creidne. *Noble*.

Úna (*una*): esposa de Áedán y dama de Áine.

MONA

* **Ambrosio Aureliano**: líder britano, rival de Vortigern.

* **Cadwallon Lawhir**: nieto de Cunedda, apodado el de la Mano Larga.

* **Corótico / Coroticus / Ceredig Guletic**: rey de la Altura de Clota. Al servicio de Cunedda y Vortigern.

* **Cunedda**: líder de la tribu Votadini, al servicio de Vortigern. Fundador de la dinastía real de Gwynedd. *Buen perro*.

* **Einion Yrth**: hijo de Cunedda, apodado el Impetuoso.

Faílenn (*fílan*): satirista, amiga de Niam. *Grácil*.

Gala: esclava de Cunedda. *Procedente de la Galia*.

Niam: poeta, hija de Ciarán y Olwen, melliza de Finn. Hermanastra de Ciar. *Brillo, resplandor*.

* **Serigi Gwydell**: jefe irlandés que lidera la defensa de Mona.

* **Vortigern**: tirano britano.

CAISEL / CASHEL (FAMILIA EÓGANACHT)

* **Ailill** (*alil*): hijo mayor del rey Nad Froích. *Duende*.

* **Coirpre de los Juncos** (*carbre*): hermanastro del rey Nad Froích. Señor de Iarmumu.

* **Coirpre el Picto** (*carbre*): gemelo de Coirpre de los Juncos. Desterrado en Alba.

* **Conall Corcc** (*conal corg*): rey fundador de Caisel. *Fuerte como un perro*.

* **Eochaid** (*eojith*): príncipe de Caisel. Hijo segundo del rey Nad Froích. *Jinete*.

* **Óengus** (*engas*): hijo cuarto y menor del rey Nad Froích y de Faochan. *Dios de la juventud*

SAJONES

Eomer: traductor de Hengest y Horsa. *Relacionado con el caballo.*

* **Hengest**: guerrero germano de la casa real de los anglos, líder de una banda de jutos. *Semental*.

* **Horsa**: mellizo de Hengest, con el que comparte la regencia. *Caballo*.

* **Rowena**: hija de Niam y Hengest. *Crin blanca.*

CRISTIANOS

* **Ailbe** (*alve*): santo irlandés, anterior a Patricio. Patrón de Emly. *Blanco*.

* **Brendan**: santo irlandés, apodado el Navegante.

* **Calpurnio**: decurión y diácono. Padre de Patricio.

Finn: hijo de Ciarán y Olwen, mellizo de Niam y hermanastro de Ciar. *Blanco.*

* **Patricio**: santo, misionero de Irlanda. *Noble*.

* **Valerio**: amigo y confidente de Patricio.

CALENDARIO

LUGNASAD
(I DE AGOSTO)
ESTE MUNDO
BELTINE
(I DE MAYO)
SAMAIN
(I DE NOVIEMBRE)
PRIMERA MITAD
AÑO NUEVO
EL OTROMUNDO
OÍMELC
(I DE FEBRERO)

BIBLIOGRAFÍA

Además de los libros citados en los volúmenes primero y segundo, éstos me han sido de gran ayuda y debo mucho a sus autores:

Alberro, Manuel, *Diosas celtas*, Dilema, 2009

Alberro, Manuel, *Immrama-Echtrai*, Muñoz Moya Editores Extremeños, 2008

Breatnach, Liam (editor), *Uraicecht na Ríar*, Dublin Institute for Advanced Studies, 1987

Coulon, Gérard, *L'enfant en gaule romaine*, Errance, 1994

Henson, Donald, *The origins of the Anglo-Saxons*, Anglo-Saxon Books, 2006

Lucas, A.T., *Cattle in Ancient Ireland*, Boethius Press, 1989

Löffler, Christa Maria, *The voyage to the Otherworld Island in Early Irish Literature*, Universität Salzburg, 1983

Lomas Salmonte, Francisco Javier y López Barja de Quiroga, Pedro, *Historia de Roma*, Akal, 2004

Lynn, Chris, *Navan Fort - Archeology and myth*, Wordwell Ltd., 2003

Norton, Peter, *Episcopal elections 250-600*, Oxford University Press, 2007

O' Croinín, Dáibhí, *A new history of Ireland*, Oxford University Press, 2005

Severin, Tim, *The Brendan Voyage*, Gill&Macmillan, 2005

SOBRE LA AUTORA

Ana B. Nieto (Madrid, 1978) es apasionada de la épica y la mitología desde niña. Debutó en el género de novela histórica con la saga de épica celta de *La huella blanca* (Ediciones B, 2013). Con ella obtuvo una nominación a la Mejor autora novel en los Premios Hislibris y alcanzó los primeros puestos de *bestseller* en Amazon. Fue distribuida en México, Chile, Uruguay y Colombia y traducida al catalán.

Le siguió una secuela, *Los hijos del caballo* (Ediciones B, 2015) y la adaptación de la exitosa serie de TVE Acacias 38 con *Manuela. La novela de Acacias 38* (Plaza & Janés, 2016), que se tradujo al italiano.

Fue finalista al Premio Mont Marçal con *El Club de las 50 palabras* (Roca, 2019), llevada también a Italia en 2020.

Está representada por la Agencia Literaria Hanska.

www.anabnieto.com
www.lahuellablanca.com

@anabnieto.libros

@ana_b_nieto

@anabnieto.escritora